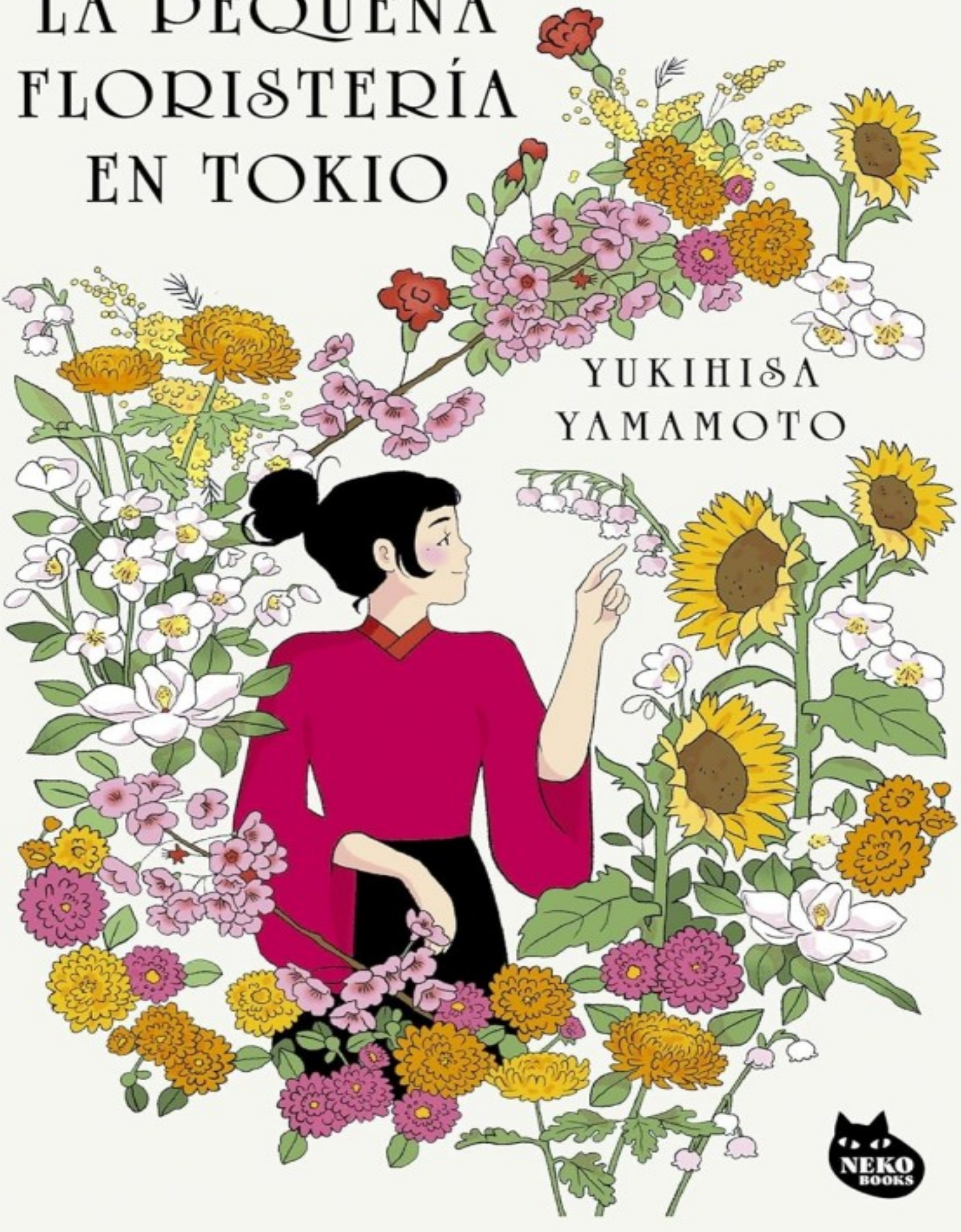
LA PEQUEÑA FLORISTERÍA EN TOKIO

YUKIHISA YAMAMOTO



NEKO BOOKS

Índice

Portada

Portadilla

CAPÍTULO 1. MAGNOLIA

CAPÍTULO 2. GIRASOL

CAPÍTULO 3. CRISANTEMO

CAPÍTULO 4. ROSA DE NAVIDAD

CAPÍTULO 5. MIMOSA

CAPÍTULO 6. FLOR DE CEREZO

CAPÍTULO 7. LIRIO DE LOS VALLES

CAPÍTULO 8. CLAVEL

ACERCA DEL AUTOR

Créditos

La pequeña floristería en Tokio

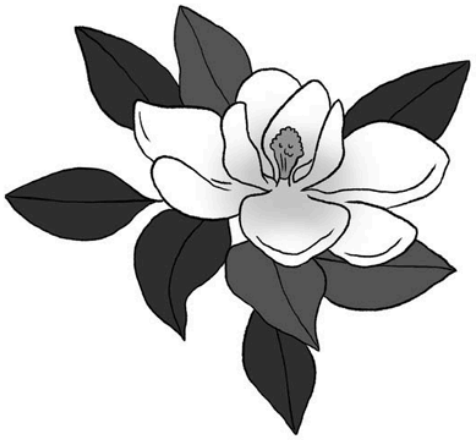
Yukihisa Yamamoto

Traducción de Marc Blanco Reniu

NEKO BOOKS

CAPÍTULO 1

MAGNOLIA



La había citado en un restaurante la noche del sábado. A pesar de que era un hombre quien la esperaba, no se trataba de una cita romántica: él tenía más de cuarenta años y un aspecto anodino.

Media hora antes había llamado al móvil de Kikuko Kimina para pedirle que se vieran para hablar. Aunque ella quiso declinar la propuesta, no pudo, pues él estaba ya en la estación más cercana.

—¿Te parece bien que vaya a tu apartamento? —preguntó.

«Por supuesto que no», pensó ella, que no tuvo más remedio que sugerir una cadena de restaurantes cerca de la estación. Recalcó que llegaría sin falta antes de las diez y media y se puso algo rápido para salir. Tal vez no fuera buena idea irse sin maquillar, así que se pintó un poco.

En las noches de principios de junio, podía pasar con una camisa de manga larga y una sudadera con capucha. El trayecto en bicicleta hasta el restaurante duraba unos minutos, por lo que apenas sudó.

Al llegar, vio desde fuera al hombre con el que había quedado, sentado cerca de la ventana. Él también se percató de que ella estaba allí, subida en la bicicleta, y alzó brevemente la mano a modo de saludo. En la oficina hacía lo mismo. Era el jefe directo de Kikuko y asistente del líder del segundo equipo de ventas del tercer departamento comercial de la empresa. En su fuero interno, Kikuko lo llamaba «el asistente» a secas.

No le apetecía verlo en absoluto. Estuvo tentada de dar media vuelta y marcharse, pero habría sido peor si él la hubiese seguido hasta casa. Dejó la bicicleta en una esquina del aparcamiento y entró en el restaurante.

—Perdón por las horas —se disculpó el asistente mientras Kikuko se sentaba—. ¿Te apetece comer algo?

—Solo tomaré algo de beber —respondió ella.

—¿Segura? Yo aún no he cenado y tengo hambre. Me he pedido un plato de caballa en salsa —apuntó él.

Le pareció extraño que fueran ya las diez y media y aún no hubiese cenado.

—¿Has trabajado hoy, que es fiesta? —prefirió preguntar.

—¿Cómo? Ah, es verdad... Que hoy es sábado —contestó, fingiendo sorpresa.

—Debes de andar muy liado.

—¿Cómo no voy a estarlo? Si no vienes a trabajar.

Kikuko estuvo a punto de disculparse, pero se recordó a sí misma que no tenía la culpa de nada.

—En un rato tengo que volver a la oficina.

—¿No te vas a casa?

—Si vuelvo, es solo para dormir.

—¿Y tu mujer no se queja?

—Da por hecho que nunca estoy. A veces vuelvo a casa y mi hijo de cinco años se cree que, en vez de vivir ahí, estoy de visita. ¡Ja, ja, ja! ¿A que es bueno?

A Kikuko no le hizo ni pizca de gracia.

—¿De qué querías hablar? —preguntó.

—¿Te importa esperar a que cene? —pidió el asistente—. Cógete algo para beber.

Ella sabía de qué quería hablar: iba a pedirle que volviese a la empresa. Aunque pensaba rechazar tajantemente su propuesta, no cabía duda de que era un tipo obstinado.

Diez días antes había enviado al presidente su carta de renuncia junto con su tarjeta de identificación y el móvil de la empresa.

Kikuko no había vuelto a trabajar desde entonces, pero la bandeja de entrada de su móvil personal había empezado a recibir una cantidad ingente de mensajes y el teléfono no dejaba de sonar ni un segundo. Todas eran llamadas de la empresa. Tuvo que apagar el móvil y solo lo encendía por la noche. Con el paso de los días, tanto los mensajes como las llamadas fueron disminuyendo hasta que, al cabo de una semana, cesaron de golpe. Fue un error confiar en que, después de eso, no llegarían más.

Esa misma noche, recibió la llamada de un número que empezaba por «080». Contestó, intrigada por saber quién podría ser, pero resultó que se trataba del asistente. Le fastidió el tono alegre con el que le dijo que llamaba desde su móvil personal.

Mientras Kikuko llenaba un vaso de plástico con té *oolong* en la barra de bebidas, una nueva clienta entró en el restaurante. Parecía tener poco más de treinta años e iba ataviada con un vestido que no pegaba mucho en un establecimiento como aquel, lejos del centro. Lo que más le llamó la atención fue la flor que traía puesta en la cabeza: llevaba el pelo recogido y adornado con un gran accesorio floral blanco.

Kikuko no recordaba el nombre de aquella flor. A pesar de que su propio nombre contenía la palabra *kiku*, que en japonés significa «crisantemo», nunca había sentido un interés particular por las flores. Aun así, siempre que veía una bonita se detenía para observarla. Incluso desde lejos se percibía un tenue sonrojo en el rostro de la mujer. Llevaba un deslumbrante vestido de encaje negro, un pequeño bolso colgado del brazo y, en la mano, una gran bolsa blanca de papel. Guiada por el camarero, caminó con paso algo inseguro hacia la mesa contigua a la de Kikuko.

—Una copa de vino —pidió la mujer al camarero en cuanto se sentó.

Kikuko volvió a su asiento con el té azul y, con disimulo, la miró de reojo. La mujer se dio cuenta y reaccionó con una suave sonrisa, a la que Kikuko respondió con una leve inclinación de cabeza.

«¿Me conoce?», se preguntó.

No podía ser. Habían pasado más de seis años desde aquella primavera en la que, con dieciocho, se había mudado a Tokio para estudiar Bellas Artes. Desde entonces, siempre había vivido en el mismo apartamento de Kujiranuma, un barrio en el extremo occidental de la ciudad. En marzo de ese año, había renovado el contrato de alquiler por otros dos años. La facultad de Bellas Artes estaba en el centro de la ciudad, y el trayecto en tren y autobús duraba media hora. Tanto la cafetería en la que trabajó durante su época de estudiante, cerca de la facultad, como la empresa que acababa de dejar se encontraban en el centro. Por eso, en los seis años que llevaba allí, nunca había hecho amigos ni conocidos en el barrio. Tampoco frecuentaba ningún comercio de la zona, salvo el supermercado que había frente a la estación y la tienda abierta veinticuatro horas por la que pasaba de camino a casa.

«Aunque, ahora que lo pienso...», caviló dubitativa.

A pesar de que estaba segura de haberla visto en algún sitio, seguía sin recordar dónde. Ni siquiera sabía cómo se llamaba la flor que, visible por encima del hombro del asistente, adornaba el pelo de la chica.

—Ah, no me acordaba... —dijo él mientras dejaba los palillos sobre el plato. Hurgó en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó algo—. Toma, antes de que se me olvide.

Era la carta de renuncia que había escrito Kikuko.

—¿Por qué me la devuelves? —preguntó ella.

—Porque te necesitamos.

—Pero es que yo quiero dejarlo —insistió.

—¿Por qué razón?

—Nunca puedo salir a mi hora. No me pagan el montón de horas extra que hago. He de trabajar el sábado o el domingo, a veces todo el fin de semana; aun así, no puedo coger vacaciones. Para cumplir con las cuotas de venta me obligan a comprar los productos de la empresa con mi propio dinero; cuando voy a reuniones o hago visitas comerciales, también he de cubrir yo los gastos de transporte. Necesito pedir permiso a mi jefe para ir al baño durante el horario laboral y está prohibido beber mientras se trabaja.

Podía seguir dando un sinfín de motivos, pero Kikuko se quedó sin aliento y guardó silencio. Fue entonces cuando el asistente preguntó:

—¿Y?

—Por eso quiero dejarlo —respondió ella.

—¿Cómo puedes pensar así? Fíjate: todos en la empresa hacen lo mismo que tú y no se quejan. Yo también, por supuesto —contestó él—. Si los demás lo hacen, ¿por qué tú no? Estás siendo egoísta. Al fin y al cabo, la gente como tú, que ha estudiado Bellas Artes, no aporta nada a la sociedad. Sin embargo, nuestra empresa te dio trabajo. ¿A qué viene ahora ese desdén?

Las burlas y los comentarios sarcásticos sobre sus estudios habían sido una constante. Aun así, esta vez no se iba a callar.

—Lo he buscado en internet. Cada prefectura tiene un sueldo mínimo por hora trabajada. El de la empresa está claramente por debajo del estipulado en Tokio.

—Ese es el problema de la juventud —dijo el asistente mientras comía y se encogía de hombros—. Os creéis a ciegas todo lo que sale en internet. ¿Cómo vas a ganar lo mismo que la media si no cumples con tu trabajo?

—¿Y la ley laboral?

—A nuestra empresa le da igual eso.

Kikuko no daba crédito a sus oídos.

—Entonces, a la empresa le dan igual las leyes.

—El presidente tiene las ideas claras. Las normas establecidas por el Estado son demasiado laxas y así es imposible que las empresas obtengan beneficios —contestó—. Según él, la crisis en Japón tras el estallido de la burbuja económica fue culpa de la ley laboral.

A Kikuko le entró un escalofrío solo de pensar que había trabajado dos años en aquella empresa. No había marcha atrás, había hecho bien en dejar el trabajo.

—Piensa en todo el perjuicio que causarías a la empresa si te marchas —siguió él.

Terminó de comer la caballa en salsa, apartó el plato a un lado y se inclinó hacia ella.

—Tus ausencias están causando muchos quebraderos de cabeza. Y, aun con todo el trabajo extra que tengo ahora, he hecho un hueco para venir a verte y convencerte de que regreses —dijo él—. Estamos perdiendo el tiempo. El presidente dice que, si nos dejas, te denunciará por perjuicios. Como mínimo, y para que la empresa no salga perdiendo, tendrías que devolver el dinero equivalente a todo lo que has trabajado hasta ahora.

—Pues menudo problema.

—Claro. Por eso he hablado con él y le he pedido que te perdone a cambio de que regreses a la oficina la semana que viene. El equipo te necesita —dijo el asistente. Luego susurró—: Bueno, y no solo eso. Ya te lo he dicho varias veces: me inspiras un afecto especial. Haría cualquier cosa por ti.

A Kikuko se le erizó la piel. El asistente se le había insinuado en muchas ocasiones. Incluso en visitas comerciales o cenas de empresa, le había propuesto pasar la noche juntos en un hotel. Por

supuesto, esa era otra de las razones por las que quiso dejar el trabajo. Furiosa, pensó que no lo hacía por ella, sino por su entrepierna.

Intentó replicar, pero le faltaba el aire. La angustia le oprimía el pecho y el sudor comenzó a brotarle en la frente. Casi siempre sufría esos síntomas cuando iba al trabajo. Habían pasado diez días desde aquella mañana en la que se había despertado con un dolor insoportable que le impedía incluso ir a trabajar. En aquel momento pensó que, si no hacía algo, moriría. Por eso, con la respiración entrecortada, había escrito su carta de renuncia y la había enviado.

—Qué asco de tío —se oyó decir a una mujer detrás del asistente. Inmediatamente después se levantó: era la mujer del adorno floral, que, con una copa de vino en la mano, se sentó al lado de Kikuko.

—¿Qui... Quién eres tú? —titubeó él.

—¿Y a ti qué más te da? —contestó la mujer.

—¿La conoces? —le preguntó a Kikuko.

—Somos amigas —volvió a contestar ella mientras rodeaba los hombros de Kikuko con el brazo izquierdo.

Olía a una mezcla de alcohol y maquillaje que desprendía también un aroma dulzón. Sin duda, era por la flor.

—Me avisó de que un viejo verde de su empresa la había citado, así que he acudido rauda en su ayuda —dijo la mujer, que de un trago se bebió su copa de vino.

Dejó la copa vacía sobre la mesa y, estirando con fuerza el brazo izquierdo con el que había rodeado a Kikuko, presionó con ganas el timbre para llamar al camarero.

—Siempre que hablábamos de su empresa, pensaba que no podía ser tan mala como la pintaba. Y resulta que no es que sea mala, sino que es lo peor. Me he quedado tan alucinada que, a mitad de conversación, me he puesto a grabar con el móvil —dijo la mujer—.

Además de ser una empresa que explota a sus empleados, parece que también se da allí acoso sexual.

El asistente tragó saliva con fuerza.

—Kiku, conoces al abogado Takahashi, ¿verdad? —dijo la mujer, para sorpresa de Kikuko, que no esperaba que le hablase con aquella familiaridad.

Era evidente que no lo conocía, pero asintió con un leve gesto.

—Vamos a pedirle que escuche lo que hemos grabado —continuó la mujer.

—¿Para qué vas a hacer eso? —preguntó el asistente, irritado.

—¿Tú qué crees? —sonrió ella. Tras dar un sorbo a la nueva copa que le habían servido, prosiguió—: En cualquier caso, Kiku ya ha dejado la empresa. Si os atrevéis a reclamarle una indemnización por daños, tendremos que contraatacar.

La mujer le clavó la mirada al asistente, que volvió a tragar saliva sin saber qué decir. Estaba temblando.

—¿Tienes algo más que añadir?

—No... No —balbuceó el asistente, que hizo ademán de levantarse.

—Llévate esto —dijo, refiriéndose a la carta de renuncia de Kikuko, que seguía encima de la mesa.

La mujer la recogió y se la entregó con brusquedad. Él, que aún no se había levantado del todo, se la guardó de nuevo en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Eh, y esto también —añadió mientras agitaba dos cuentas.

—¿Por qué tengo que pagar lo tuyo también? —preguntó el asistente.

—Tienes razón. ¡Ja, ja! Toma solo esta —rio la mujer.

Cuando cogió la cuenta y se disponía a marcharse, la mujer volvió a dirigirse a él:

—¿No deberías dejar tú también la empresa?

El hombre se detuvo, la miró con el rostro encendido de ira y, con ojos vidriosos, le contestó:

—Tengo una familia que mantener. No lo haría ni loco.

—Perdón, igual me he metido donde no me llaman —dijo ella dirigiéndose a Kikuko. Antes de volver a sentarse a su lado, colocó el bolso en la silla donde hasta hace un segundo había estado el asistente.

—Para nada. Me has salvado —contestó Kikuko.

—¿Sí? Me alegro —dijo la mujer, que volvió a apretar el timbre para llamar al camarero.

—¿Por qué me llamas Kiku?

—Eres Kikuko Kimina, ¿no? Por eso te llamo así —respondió.

—¿Por qué sabes cómo me llamo? —preguntó, sorprendida de que supiera su nombre completo.

—¿No sabes quién soy? —replicó la mujer con otra pregunta.

—Me suena tu cara, pero no logro acordarme de qué —admitió Kikuko con sinceridad—. ¿Me das una pista?

—Hablamos una vez al año desde hace tiempo. La última fue el mes pasado.

Entonces Kikuko cayó en la cuenta.

—Eres la florista de enfrente de la estación, ¿verdad?

—Correcto —dijo mientras el camarero se acercaba a la mesa—. Tráenos un decantador de vino. ¿Tú vas a querer?

—Va... Vale —contestó Kikuko.

—Y otra copa. Y también unos caracoles asados en aceite —añadió la mujer al camarero.

El primer Día de la Madre tras mudarse a Tokio, Kikuko quiso regalarle a la suya un ramo de claveles. Fue a encargarlos a la floristería frente a la estación. Como su familia vivía en Hokuriku, al

norte del país, aquella floristería no realizaba la entrega directamente. Pero, al ser socia de Hana Tenshi —«Ángel de las flores»—, una empresa dedicada al reparto de flores frescas, otro comercio asociado de allí se encargaba de hacer la entrega a domicilio. Podría haberlo pedido por internet, pero a última hora decidió encargarlo en persona en aquella floristería frente a la estación de Kujiranuma. Desde entonces, cada año la atendía la misma mujer que ahora estaba sentada su lado. Este año también había sido así.

—En el pedido aparece el nombre completo. Además, el tuyo contiene una referencia floral: *kiku*, «crisantemo». Por eso me es fácil recordarlo. Es un nombre fácil de leer, pero no muy común. No puede ser que yo sepa cómo te llamas y tú no sepas cómo me llamo yo.

Mientras hablaba, se levantó para alcanzar el bolso que había dejado en la silla de enfrente.

—Me he quedado sin tarjetas, así que... qué remedio —añadió a la vez que sacaba un rotulador del bolso y cogía una servilleta de papel de un lado de la mesa—. La tinta se corre bastante —dijo al escribir los caracteres que formaban su nombre.

—¿Se lee Rita Sotojima? —preguntó Kikuko.

—No, se pronuncia Tojima. Y, aquí donde me ves, soy la encargada de la floristería.

El camarero trajo el decantador y los caracoles asados. Rita le sirvió una copa a Kikuko y esta fue a coger el decantador para hacer lo mismo.

—Déjalo, no hace falta —dijo Rita, rechazando el gesto. Entonces levantó bien alto la copa que ella misma se había servido y exclamó —: ¡Un brindis por haber dejado el trabajo!



Eran las diez de la mañana cuando Kikuko se despertó. Se levantó sobresaltada al pensar que llegaría tarde... hasta que se dio cuenta de que ya no importaba: había dejado el trabajo. Se quedó sentada de rodillas sobre la cama repitiéndose eso mismo. Como había bebido demasiado, le dolía un poco la cabeza y el aliento le olía a alcohol. A partir del quinto decantador, había perdido la cuenta de cuánto habían bebido. Sabía que habían pedido más cosas además de los caracoles, pero no recordaba qué.

Tampoco tenía claro de qué había hablado con Rita. Aparte de lo del trabajo, creía haberle contado algo sobre su exnovio. Su primera relación había sido con un compañero de la facultad. Aunque estaban en la misma clase, era un año mayor que ella, pues había empezado la carrera un curso más tarde. En menos de seis meses, el chico le fue infiel y la relación terminó bruscamente. Kikuko recordaba haberse quejado de no haber salido con nadie más desde entonces.

Rita le había contado que venía del banquete de boda de una compañera de su antiguo trabajo. Le habían pedido que organizara la fiesta posterior, así como que eligiera el lugar para una tercera celebración, de la que incluso había llevado las cuentas. A las nueve de la noche había terminado y se había ido. Le apetecía tomar una última copa antes de volver a casa, por eso había acabado en aquel restaurante. Durante un tiempo, le dijo, estuvo trabajando en el bufete de abogados Takahashi. Kikuko recordaba a Rita contándole que el carácter con el que se escribía *taka* era el mismo que el de «halcón».

—Entonces, ¿eres abogada? —le había preguntado Kikuko.

—Más bien, una simple oficinista —había contestado Rita.

Tras siete años en ese bufete, había heredado el negocio familiar de su madre: una floristería. De eso ya hacía ocho años y Rita había cumplido los treinta y ocho.

—Para nada los aparentas. Pensaba que tenías poco más de treinta. Va en serio, no es por quedar bien —dijo Kikuko.

Tras recordar todo aquello, salió de la cama y se dirigió al cuarto de baño, que usaba también como vestidor. Nada más abrir la puerta, percibió un aroma dulce y embriagador en el aire. No era el típico olor artificial de los perfumes.

De repente, recordó una palabra, «magnolia»: así se llamaba la gran flor blanca que Rita llevaba en el pelo. En el lavabo, lleno de agua, flotaba una. Rita le había contado la noche anterior que había ido a una peluquería del barrio para que se la pusieran como adorno. También le había explicado que la flor había llegado a Japón por primera vez a finales del siglo XIX, en el período Meiji, y que era la flor oficial de los estados de Misisipi y Luisiana.

Al despedirse, Rita se había quitado la flor del pelo y le había dicho:

—Te la doy.

Fue en ese momento cuando le reveló el significado de aquella flor. A pesar de que recordaba haberse emocionado y de haberle aportado claridad y una sensación de alegría, no lograba acordarse de cuál era.

—¿Qué significaba? —se preguntó mientras se quitaba la camisa del pijama y la metía en la lavadora. Fue entonces cuando se percató de que tenía algo escrito en el dorso de la mano.

Floristería Kawarazaki. Una del mediodía. Currículum.

No era su letra. Tenía que ser la de Rita.

—¿Te gustaría trabajar en mi floristería? —recordó que le había dicho.

También le había contado que la floristería llevaba el apellido de soltera de su madre. La verdad era que ponerse a buscar trabajo ahora se le hacía muy cuesta arriba. Además, si no lo encontraba pronto, se iba a deprimir. Sin embargo, tenía que trabajar si no quería quedarse sin dinero: apenas le quedaban ahorros, los justos para pagar el alquiler y la comida de los próximos tres meses. Tampoco tenía sitio ya en casa de sus padres. Su hermano mayor se había casado hacía tres años y llevaba desde entonces viviendo allí con su mujer, además de con su hijo de tres años y su hija de año y medio. Sus padres seguían en plena forma, por lo que vivían los seis en la misma casa. No se atrevía a volver allí y decirle a su familia que ya no se veía capaz de mantenerse sola en Tokio.

Entonces recordó que, embriagada por el alcohol, había llegado a la conclusión de que podría trabajar unas horas en la floristería mientras buscaba un trabajo fijo. Por eso Rita debía de haberle escrito aquello en el dorso de la mano derecha.

Cuando se puso el traje y salió de casa, el reloj marcaba las once. La letra de Rita seguía sin borrarse: debía de haber usado un rotulador permanente. Aunque se notaba bastante, no podía hacer nada.

Kikuko fue primero al fotógrafo del barrio a sacarse una foto para el currículum. Después, fue a un bazar cercano y compró papel para el currículum y pegamento para la foto. Por último, entró en la cafetería Ryu Coffee, que estaba en la misma calle comercial, y se sentó a escribir.

«Opino que las flores no solo son para disfrutar observándolas, sino que son la herramienta más poderosa de comunicación entre

personas. Su venta contribuye, aunque sea un poco, a enriquecer la vida en sociedad y...».

Llevaba media hora escribiendo cosas por el estilo y, para cuando llegó la hora del almuerzo, había logrado improvisar una redacción que sonaba convincente sobre los motivos que la impulsaban a postularse para el puesto. Se dio cuenta de que no había comido nada desde la mañana, así que pidió un perrito caliente y un sándwich mixto para calmar el hambre.

Todavía era algo temprano. Kikuko se miró el dorso de la mano derecha. «Una del mediodía».

«Aún faltan diez minutos», pensó.

Se detuvo en la salida norte de la estación de Kujiranuma. Al otro lado había una rotonda bastante grande, con cuatro paradas de autobús y una de taxis. Vio que la floristería Kawarazaki quedaba justo enfrente. Se ubicaba en el bajo de un pequeño y coqueto edificio de dos plantas, encajado entre una sala de máquinas tragaperras a la derecha y un supermercado a la izquierda. En el ventanal de la primera planta, que daba a la calle, colgaba un cartel donde se leía: «Club de go de Kujiranuma». Unas cortinas tapaban el interior de la segunda planta. Más arriba, una valla que rodeaba todo el perímetro del edificio parecía indicar que tenía azotea.

«Ya va siendo hora de entrar», pensó.

Rodeó la rotonda hasta que estuvo frente a la floristería. En la entrada, una pizarra de ochenta centímetros de largo por cuarenta de ancho mostraba un mensaje escrito con tiza:

Hortensias en flor.
Lo que ayer fue verdad
hoy es mentira.

MASAOKA SHIKI

Se asomó al interior de la tienda mientras intentaba descifrar el significado de aquellas palabras. Pese a la estrechez de la entrada, el local resultaba profundo y más amplio de lo que había imaginado. Como era de esperar, había flores por doquier, de todos los colores. Frente a cada una había una tarjeta en la que no solo figuraban el nombre y el precio, sino también una frase alusiva a la flor. En el caso de las hortensias, tal vez por ser de temporada, cada una tenía su propia tarjeta con sus características, nombre y precio. Solo de hortensias había una infinidad de variedades.

Un hombre y una mujer trabajaban en la tienda. El hombre, que estaba confeccionando un ramo de flores en la mesa de trabajo, medía casi un metro noventa, tenía el torso ancho y los brazos fuertes. Podía pasar tanto por estudiante universitario como por alguien de más de cuarenta años. La mujer, que barría el suelo con una escoba, era más bien rellenita y probablemente superaba los cincuenta. Ambos llevaban un delantal de color verde grisáceo.

—¡Ay, discúlpeme! No la había visto —se excusó la mujer con una sonrisa afable—. Espere un momento. En cuanto recoja la basura, estoy con usted.

Metió todo lo que había barrido en un recogedor con tapa y, tras dejar la escoba a un lado, se acercó a Kikuko.

—¿Qué tipo de flor busca? ¿Es para su casa? ¿O se trata de un regalo? En cualquier caso, por la época del año, le recomiendo las hortensias.

—En el cartel de la entrada había un haiku de Shiki Masaoka. ¿Qué...? —comenzó a decir Kikuko, aunque no pudo terminar de preguntar por el significado.

—«Hortensias en flor. Lo que ayer fue verdad hoy es mentira» —recitó la dependienta—. De igual forma que las hortensias cambian de color, el corazón de las personas también cambia de un día para otro.

Ahora lo entendía. Y Kikuko estaba muy de acuerdo.

—La que más se vende es la estándar de color azul, pero a una chica joven como usted tal vez le guste más esta otra.

Para ser una hortensia, la flor y las hojas eran más bien pequeñas, y el tallo, delgado. Transmitía delicadeza y finura. En la tarjeta ponía: «Hortensia de montaña. Color carmesí. Pregunte en la tienda por qué la flor es blanca».

—¿Por qué es blanca? —preguntó Kikuko.

—Al principio, la flor es de color blanco. A medida que le da el sol, va adquiriendo un tono rojizo o más bien rosado. De ahí que los pétalos que quedan tapados, así como el centro de la flor, sean de color blanco o apenas cambien de tono. Cuesta conseguirlas, por lo que son un poco más caras —dijo la dependienta—. Pero, si le gustan, podemos ajustar el precio.

Mientras decidía qué hacer, Kikuko se dio cuenta de que estaba a punto de comprar hortensias.

—Ah, no... —balbuceó.

—¿No le gustan las hortensias? Si es así, hay unas flores muy monas de temporada. ¿Le gustaría verlas? —dijo la dependienta antes de guiar a Kikuko hacia el centro de la floristería.

—¿Qué le parece esta?

—¡Qué monada! —se le escapó a Kikuko.

De color rosa pálido, le pareció que tenía forma de campanilla. En la tarjeta ponía: «Campánula. En Japón, también recibe el nombre de “campana de viento” o “campana colgante”».

—¿Verdad que sí? —asintió la mujer, satisfecha por obtener la reacción que esperaba—. Florece desde la base del tallo, por eso aún tiene capullos en la parte de arriba. Se la recomiendo muchísimo, sobre todo si es para regalo.

—¿Y eso? —preguntó Kikuko.

—Por lo que significa la flor: gratitud, amor sincero, empatía, fidelidad y expresión de los sentimientos.

Por ahora, Kikuko no tenía a nadie a quien expresar sus sentimientos. Tampoco sabía si tendría a alguien en el futuro, aunque eso ahora no venía al caso.

—Muchas gracias por la sugerencia.

—¿Tampoco le acaba de convencer esta? Entonces...

—Es que no venía a comprar flores.

—¡Vaya! Conque buscaba plantas suculentas. Me lo podría haber dicho antes. Tampoco es que tengamos muchas, pero todas son de muy buena calidad. Écheles un vistazo.

Kikuko contuvo el impulso de ir a verlas.

—¿Está Tojima, la encargada?

—¿La encargada? ¿De qué se trata? ¿Es para el reportaje de alguna revista o algo así?

—En realidad, no.

—La mano —dijo el grandullón que componía el ramo de flores.

—¿A qué te refieres, Haga?

—Su mano derecha —dijo con la mirada fija en la mano de Kikuko —. Parece la letra de Rita.

—A ver... —dijo la dependienta, y tomó la mano de Kikuko sin darle tiempo a negarse—. Sí, es su letra. Si pone currículum, será que vienes para una entrevista, ¿no?

—A... Así es —contestó Kikuko.

—Haberme avisado antes.

—Lo siento —dijo, sintiéndose obligada a disculparse.

—Tranquila, no pasa nada. Me imagino que ya se habrá levantado. Voy a llamarla.

La mujer se colocó tras la caja registradora, descolgó el teléfono que había en la pared y marcó unos cuantos números. Kikuko se estaba preguntando adónde llamaría cuando la dependienta volvió a dirigirse a ella:

—¿Cómo te llamas?

—Kimina —contestó, a la vez que la mujer empezaba a hablar con tono irritado.

—¿Hola? Rita, ha venido una tal Kimina. Habías quedado a la una, ¿no? Es que ya es la una. ¿Para qué me lo preguntas? Es la una aquí y en todo Japón. Vale, entonces le digo que suba a la azotea.



En el cielo no se veía ni una sola nube. Se notaba que el verano estaba cerca por cómo brillaba el sol y hacía calor para ir en traje. Kikuko se planteó quitarse la chaqueta. Al tratarse de la azotea de un edificio de dos pisos, tampoco es que se viera todo el barrio de Kujiranuma, pero se alcanzaba a ver la rotonda frente a la estación. Aun así, una no se cansaba de observar el ir y venir de taxis y autobuses.

—Perdón por la espera —dijo Rita al cabo de unos diez minutos.

Cargada con un futón, se dirigió al tendedero, que daba al lado del supermercado.

«Querrá tenderlo», pensó Kikuko, y se acercó a ayudarla.

—Lo siento —se disculpó Rita.

—No te preocupes. ¿De dónde ha salido este futón?

—Vivo en la segunda planta. Cuando mis abuelos vivían, la primera planta también era parte de la casa —contestó—, pero para mí sola no necesito tanto espacio. Hice una ligera reforma y lo convertí en un club de go.

Tenía sentido.

—Así está bien —dijo Rita cuando terminó de tender el futón—. Siéntate ahí, que voy a traer algo para beber. Y tranquila, que no será alcohol. ¡Ja, ja!

En la azotea había una mesa y sillas de plástico típicas de los resorts baratos. Sin embargo, estaban tan sucias, tal vez por estar a la intemperie, que Kikuko dudó si sentarse.

—¿Están sucias? Perdón. Ahora traigo algo para limpiarlas —dijo Rita cuando se percató.

Con los ojos entrecerrados y algún que otro bostezo contenido, Rita leyó el currículum de Kikuko. Su aspecto era radicalmente opuesto al del día anterior. Con unos pantalones y camiseta largos y desgastados, parecía que estuviese en pijama.

Kikuko empezó a sentirse ridícula con su traje. Bajo aquel cielo despejado y bebiendo limonada casera, costaba creer que estuviera en una entrevista de trabajo.

—Veo que estudiaste Diseño en la universidad. Entonces, ¿por qué trabajabas en una empresa de alimentación? ¿Hacías los diseños del empaquetado?

—No, era comercial —respondió, y le vino a la mente la cara del asistente.

Al recordar cómo la habían explotado en aquella empresa, sintió un dolor punzante en el estómago.

—Quería ser diseñadora gráfica, por lo que me presenté a varias agencias, pero no me cogieron en ninguna. Finalmente, la única que

se puso en contacto conmigo fue esa empresa, que ni siquiera era del sector —dijo, refiriéndose a su anterior trabajo.

—Veo que tienes carnet de conducir.

—Así es.

Una vez aprobado el examen de acceso a la universidad, a mediados de febrero, se había apuntado con su mejor amiga de entonces a un curso intensivo para sacárselo.

—Pues se agradece, porque en este momento soy la única que puede conducir —dijo Rita.

La floristería Kawarazaki hacía envíos a domicilio casi a diario, por lo que disponían de un coche. Hasta marzo, un estudiante se había encargado de las entregas, pero, como era lógico, una vez que concluyó los estudios dejó también el trabajo. Antes de irse había recomendado a otro compañero de universidad, dos años más joven que él, para sustituirlo.

—Ese niñato no aguantó ni una semana, así que llevo dos meses encargándome yo del reparto, lo que complica mucho cuadrar los turnos de los tres. Hasta ahora, hemos ido tirando de conocidos para cubrirlos puntualmente, pero ya hemos llegado al límite —dijo Rita, y preguntó—: ¿Te podrías encargar del reparto? No hay que ir muy lejos, solo es un radio de cinco kilómetros.

—No hay problema —contestó Kikuko, aunque no tenía muy claro cuánto era un radio de cinco kilómetros. En su época universitaria había ido de viaje varias veces con sus amigas en coches de alquiler y, en su trabajo anterior, tampoco eran infrecuentes las visitas comerciales con el coche de empresa. A pesar de no tener vehículo propio, estaba más acostumbrada a conducir que la mayoría de las chicas de su edad.

«¿El grandullón no sabe conducir?», se preguntó justo en el momento en que este aparecía.

—¿Qué ocurre, Haga?

—¿Puedes comprobar esto? —dijo mientras sostenía un ramo de flores en las manos. Sin duda, lo había preparado él.

—¿Para qué era?

—Para celebrar la recuperación de una mujer de setenta y dos años.

—Ponlo encima de la mesa.

Kikuko se sorprendió al ver que el ramo se mantenía en pie, detalle que no se le escapó a Rita.

—¿Pasa algo?

—Es la primera vez que veo un ramo así.

—Es un arreglo floral de pie. Muchas veces, cuando nos encargan un ramo, recomendamos que sea de este tipo. Así no hacen falta floreros. Además, se pueden llevar con facilidad en el bolso y no hay que regarlos.

—No lo sabía —contestó Kikuko con sinceridad.

—Si no me equivoco, es como los claveles que le regalas cada año a tu madre. Así es como lo hacemos para Hana Tenshi.

Nunca se había fijado. No se había dado cuenta ni con los mensajes de agradecimiento que le enviaba su madre junto a la foto del ramo.

—¿Cómo se llama esta flor de color morado claro? —preguntó Kikuko. Era una flor abierta de par en par y bastante grande. Tendría unos diez centímetros de diámetro. Por la finura de los pétalos, más que hermosa resultaba delicada.

—Es una *Clematis florida* —contestó el grandullón—. Pertenece a la familia de la ranunculáceas, y también se la llama «molinillo».

—Ahora que lo dices, tiene forma de molinillo. ¿Cómo se escribe con caracteres?

—Se escribe con los de «hierro» y «línea», pues el tallo... o, más bien, la enredadera es tan dura como ese metal.

—¿Y esta flor blanca?

—Se llama delfinio y es de la misma familia de las clemátides. Su nombre deriva de la palabra griega *delphínion* o «espuela de caballero», por la forma de delfín que tienen sus hojas basales. Aquí en Japón, sin embargo, evocó más la imagen de una golondrina en pleno vuelo, por lo que también se le puso el nombre de «flor de la golondrina».

Mientras el hombre contestaba a las preguntas de Kikuko, Rita observaba fijamente el arreglo floral. Lo giraba y, de vez en cuando, se lo acercaba para olerlo.

—Kiku, ¿tú cómo lo ves? Como estudiaste diseño, tendrás una opinión bien formada sobre la combinación de colores y el equilibrio —preguntó Rita, cogiéndola desprevenida.

—Me parece que está bien, pero...

—¿Pero qué? —insistió Rita.

—Pero lo veo un poco discreto... O, mejor dicho, demasiado sobrio, ¿no?

—Porque es para una anciana de setenta y dos años —justificó el grandullón.

—Precisamente por eso sería mejor algo más vistoso. Para nosotras, seguir sintiéndonos mujeres es más importante que la edad.

—A mí, por ejemplo, no me gusta que me traten como si fuera una señora mayor. El otro día, la dependienta de una tienda de ropa me trajo unas prendas muy sosas y va y me suelta: «Son perfectas para su edad». Qué rabia me dio. Pensé: «¿Qué sabrás tú de mí, eh?».

—Exacto —coincidió Kikuko, sin saber si Rita esperaba que le diera la razón. Sin embargo, eso era exactamente lo que quería decir.

—Kiku, ¿te importaría escoger unas flores de la tienda para añadir vistosidad al ramo?

—¿Yo? —titubeó, a la vez que el grandullón también decía:

—Bueno, pero...

—Haga, ¿qué pasa? —preguntó Rita.

—Es un pedido de Hana Tenshi. ¿No será un problema si el ramo es distinto al de la foto de muestra?

Kikuko también era de las que elegían las flores que regalaba a su madre a partir de las fotos colgadas en internet.

—Sería un problema si fuera completamente distinto, pero si es algo que suma no debería importar.

—Pero, entonces, nos pasaremos de presupuesto.

—Con lo grande que eres, qué minucioso llegas a ser, ¿eh?

—Tú, que eres demasiado descuidada —le reprochó él.

—Ahora bajo a la tienda yo también. Que Kiku elija unas flores que aporten más valor al ramo, pero dentro del presupuesto. Ya está.

—¿Quién es? —preguntó el grandullón, dirigiendo su mirada hacia Kikuko.

—Se llama Kikuko Kimina, y a partir de hoy trabajará con nosotros —le respondió Rita.

—¿Empiezo hoy?

—Por supuesto, y te pagaré la jornada. Durante los primeros tres meses, tu salario será de novecientos cincuenta yenes la hora. Después, ¿qué te parecen mil yenes la hora? A poder ser, cinco días a la semana.

—No hay problema.

Siendo cinco días a la semana, Kikuko se preguntó qué dos días tendría descanso o cuántas horas al día tendría que trabajar. Sin embargo, decidió que ya haría la consulta en otro momento.

—Él es Haga. Lleva seis años trabajando aquí, pero en realidad es como si llevara la mitad. En la tienda has visto a una mujer rellenita, ¿verdad? Se llama Mitsuyo. Lleva más tiempo aquí que yo. Venga, vamos abajo.

—Rita.

—¿Qué pasa? ¿Algo más, Haga?

—No irás a bajar así a la floristería, ¿no?

—Pu... Pues claro que no. Me iba a cambiar.

—Péinate y ponte algo de maquillaje, haz el favor.

—Que ya lo sé. Qué pesado eres.

—Ah... —exclamó Kikuko al levantarse. Acababa de recordar algo.

—¿Qué ocurre, Kiku? ¿Tenías ya planes para hoy?

—No es eso. Quería preguntarte una cosa. ¿Puedo?

—Claro, dime.

Tanto Rita como el grandullón la observaban. Era el momento de preguntarlo.

—Ayer me regalaste una magnolia y creo que me dijiste lo que significaba, pero, por algún motivo, no logro recordarlo.

Rita sonrió satisfecha y dijo:

—Que el futuro está lleno de posibilidades.

CAPÍTULO 2

GIRASOL



—¿Esta cómo se llama? —preguntó Mitsuyo mientras señalaba una flor.

Le había dicho a Kikuko que tenía que aprenderse, al menos, los nombres y las características de todas las que había en la tienda. Luego, le hacía exámenes sorpresa como aquel. La que ahora tenía delante era una flor doble de un vívido color púrpura.

—Es una Eustoma, popularmente conocida en Japón como «campanilla turca», a pesar de que ni proviene de Turquía ni pertenece a las campanuláceas.

—¿De dónde procede en realidad?

—Pertenece a las gencianas y es originaria de Texas, Estados Unidos.

—¿Qué representa? —continuó Mitsuyo refiriéndose a aquella en particular, pues había de varios colores y cada una simbolizaba una cosa distinta.

—La púrpura representa la esperanza; la blanca, la compasión; y la rosa, la elegancia.

—¿Cuánto cuesta una?

—Ochocientos yenes.

—Muy bien, así me gusta.

—Gracias —dijo Kikuko, realmente contenta.

En los casi dos años y dos meses que había trabajado en su antigua empresa, jamás había recibido elogios de sus compañeros. De su jefe solo había recibido gritos y pullas, además de bromas groseras.



Llevaba poco más de un mes trabajando en la floristería Kawarazaki. Su turno era de ocho de la mañana a cuatro de la tarde los martes y miércoles y de doce del mediodía a nueve de la noche los viernes, sábados y domingos. Los lunes y jueves no iba a trabajar. De hecho, el jueves era el día que la floristería cerraba.

Era miércoles, y quedaba una semana para que acabase el mes de julio. En cuanto llegó a la tienda, se puso a limpiar. Después, junto a Mitsuyo, que trabajaba a media jornada, se había dedicado al riego y el cuidado de las macetas del escaparate. Observaban cada planta, una por una, para comprobar si la tierra estaba seca y, en ese caso, regaban lo necesario. Retiraban las flores marchitas y cortaban los tallos dañados o rotos. Kikuko, que carecía aún de criterio suficiente para juzgar por sí misma, se limitaba a seguir las indicaciones de Mitsuyo.

Después de las macetas, llevaban en un carro cubos llenos de los tallos cortados al almacén que quedaba en la parte trasera de la tienda. Por supuesto, no podían transportarlo todo de una vez, así que lo hacían en varios viajes.

El almacén tenía una superficie de poco más de dieciséis metros cuadrados. Las flores que no cabían en la tienda se alineaban allí en estanterías. También había macetas sin usar, cajas de cartón y esponjas florales para insertar tallos. En la pared contigua a la zona de venta había dos fregaderos grandes y profundos. El trabajo de Kikuko consistía en dejar las flores cortadas en uno de ellos y lavar los cubos de flores en el otro.

Los cubos eran alargados y de hojalata, y los había de todos los tamaños. Para limpiarlos, se aplicaba un poco de detergente al estropajo y se frotaba por dentro y por fuera. Una no podía

preocuparse por mancharse la ropa. Desde que había empezado a trabajar en la floristería, Kikuko iba en pantalones y solía vestir de conjunto prendas de color caqui o marrón. Ese día, llevaba una camiseta precisamente de color caqui y unos pantalones ajustados de color negro. Rita le había dicho en su día que viniera con ropa cómoda a trabajar. Al final, Kikuko llevaba lo mismo también los días de descanso, pues no le hacía falta arreglarse y salir: después de todo, no tenía novio ni amigos. No estaba segura de si su forma de vestir era sosa porque su vida también lo era o si su vida era sosa porque se vestía así. En cualquier caso, ambas cosas carecían de brillo.

Mitsuyo se encargaba de las flores que había en el otro fregadero. Enjuagaba los restos viscosos de los tallos y cortaba los extremos entre cinco milímetros y un centímetro para renovarlos. También retiraba las flores y las hojas marchitas, así como las ramas y los tallos dañados. Kikuko llenaba de agua los cubos limpios, ponía las flores cortadas en su interior y los colocaba sobre el carro. Las flores con el tallo podrido no se podían vender, por lo que iban directas a otro cubo de plástico junto al fregadero.

El cambio de agua y el mantenimiento de los tallos se realizaban todos los días, salvo el de descanso. Si no se cambiaba el agua, las bacterias proliferaban en los cubos y el agua acababa pudriéndose. Su compañera le había contado que, cuando los tallos absorbían esa agua, los microbios se alojaban en ellos y provocaban que las flores cortadas se marchitasen. Mitsuyo Maruhashi, con casi quince años de experiencia a sus espaldas en la floristería Kawarazaki, era ya una veterana. Enseñaba a Kikuko nueve de cada diez tareas del negocio. Al parecer, aunque trabajaba a tiempo parcial, cobraba las pagas extras de verano e invierno.

—¿Qué te parece el trabajo? ¿Ya te vas acostumbrando?

—Qué va, aún estoy muy verde —respondió Kikuko, y le dio uno de los gladiolos que había en el cubo.

Los gladiolos también se conocían como iridáceas holandesas y, al contrario de lo que su nombre indicaba, no provenían de Holanda. Según el color que tuvieran, simbolizaban cosas distintas: rosas, el amor sin reservas; lilas, el amor apasionado; rojas, la prudencia, y blancas, como la que le acababa de entregar, el encuentro furtivo. Sin duda, eran conceptos llenos de significado, aunque tenían poco que ver con Kikuko.

—¿Tú crees? Desde que llegaste, nos has ayudado mucho. Y lo mejor de todo es que no idealizas el trabajo de florista.

—¿A qué te refieres? —preguntó Kikuko, pues aquello no le sonaba mucho a elogio.

—En el tiempo que llevo aquí, he conocido a unas cuantas personas que han trabajado a media jornada. Las que siempre han querido ser floristas y aprender el oficio son, precisamente, las que lo dejan a la mínima —contestó Mitsuyo mientras cortaba con las tijeras el tallo del gladiolo, haciendo un ruido seco—. En el fondo, tienen idealizado el oficio y se creen que, por estar rodeadas de sus flores favoritas, el trabajo va a ser bonito y glamuroso. Pero, en cuanto cargan y limpian los cubos de flores tres días seguidos, se van pitando.

A Kikuko no le resultaba difícil entender a esas personas. El trabajo principal en una floristería consistía en tareas físicas y con agua. Además de ser un oficio exigente y pesado, implicaba estar de pie casi todo el tiempo. Ella también se había sentido agotada la primera semana de trabajo. En cuanto volvía a su apartamento, se echaba en la cama sin cenar ni cambiarse de ropa. Para colmo, debido al dolor que sentía en las articulaciones, iba con los hombros, la región lumbar y las piernas cubiertos de parches con calmante. De

hecho, aún hoy seguía usando parches para la lumbalgia y el dolor en las pantorrillas.

—El pastel de pescado *kamaboko* que nos envió tu madre estaba buenísimo —dijo de repente Mitsuyo.

Kikuko había dudado de si debía contar en casa que llevaba trabajando en una floristería una semana entera. Al final, había llamado a su madre por teléfono y se lo había contado, aunque no le había mencionado que era un trabajo temporal. Su madre lo había aceptado con naturalidad, sin sorprenderse ni preguntar los motivos, algo que había desconcertado a Kikuko.

Hacía una semana que la madre había enviado el surtido de *kamaboko* a la floristería Kawarazaki, junto con un mensaje de agradecimiento por cuidar de su hija. El *kamaboko* de la región natal de Kikuko no era como el de otros lugares, pues no iba pegado a una tablilla, sino que se enrollaba con alga *konbu*.

—A mi marido y a mi hijo les encantó. Por aquí no lo venden con esa forma en ningún sitio —dijo la mujer—. Por eso, pensé en comprarlo por internet. La mala pata es que ya había tirado la bolsa en la que venía envuelto y ahora no sé de qué tienda es.

—Es de una empresa que se llama Iwato —respondió Kikuko.

En ese momento, se oyó la voz de Rita desde la tienda.

—¡Mitsuyo!

—Dime.

—¿No había un poema de Shuji Terayama sobre un niño que cuando agitaba su sombrero parecía un girasol?

—No, es al revés —protestó Mitsuyo, que después recitó—: «Desde el tren, lo veo en la lejanía. Un girasol semejante a un niño que agita su sombrero». Es un girasol lo que se asemeja a un niño agitando un sombrero.

—Ah, vale. Repítemelo, que lo voy a apuntar —le pidió Rita.

Sin un atisbo de hastío, volvió a recitar cada línea, una por una, siguiendo la métrica. Mitsuyo podía recitar de memoria poemas *waka* y haiku desde el período Heian, en el siglo VIII, hasta la actualidad. Lo mismo podía hacer con los diálogos de una obra de teatro o las frases de una novela. Era prodigioso. De hecho, hacía más de veinte años, Mitsuyo había sido profesora de Lengua en un instituto público de un barrio que colindaba con el sur de Kujiranuma. Varios de sus antiguos alumnos vivían cerca y habían ido allí a comprar flores. Algunos eran incluso clientes habituales.

—Gracias. ¿Qué haría sin ti?

—No hay de qué —contestó Mitsuyo.



Cuando terminaron de cambiar el agua y de arreglar las flores, Mitsuyo se dirigió a la zona de venta. Kikuko, que se había quedado sola en el almacén, barrió el suelo y empezó a desechar las flores estropeadas que había metidas en los cubos de plástico.

Según Rita, las floristerías desechaban alrededor del treinta por ciento del producto, es decir, que una de cada tres flores acababa en la basura. En cambio, en su establecimiento, lograban mantener la cifra en un veinte por ciento. Aun así, con las flores que Mitsuyo había declarado fuera de combate el cubo de plástico estaba a rebosar. Siempre dolía tirarlas, por más marchitas o descoloridas que estuvieran. Kikuko hizo de tripas corazón y las fue metiendo en bolsas de basura. Mientras cortaba con las tijeras los tallos y ramas más largos, se sentía como una asesina. Cerró con fuerza las bolsas, como si intentara acallar los gritos de sus víctimas, salió del almacén, atravesó el garaje y se dirigió al punto de recogida de residuos que había detrás de la tienda.

Más que pena por desperdiciar flores, la invadía el sentimiento de culpa. Si ella se sentía así, una persona amante de las flores seguramente lo pasaría mucho peor. Al regresar a la floristería, se pasó una vez más por el almacén para comprobar que no quedaba nada por barrer y se fue a la zona de venta. Ya pasaban de las diez y media.

—¿Eh? —se sorprendió al ver que no había ni rastro de sus compañeras.

—¿Ya has terminado de limpiar y tirar la basura? —se oyó preguntar a Rita desde fuera de la tienda. Estaba de pie junto a Mitsuyo.

—Ah, sí —respondió Kikuko, que también salió al exterior.

Frente a las dos mujeres había una pizarra negra. En ella, Rita había escrito:

Desde el tren,
lo veo en la lejanía.
Un girasol
semejante a un niño
que agita su sombrero.

SHUJI TERAYAMA



—¿Llevas el móvil?

—Sí —respondió Kikuko.

En la floristería Kawarazaki, todos usaban el mismo delantal de color verde grisáceo con bolsillos de diferentes tamaños. En uno de ellos guardaba su teléfono.

—¿Puedes ir, como siempre, hacia la estación y sacar una foto de la tienda?

—De acuerdo.

Kikuko bordeó la rotonda a paso rápido en dirección a la estación.

Kujiranuma era un pequeño barrio en el extremo occidental de Tokio, pero estaba mucho más desarrollado que el pueblo natal de Kikuko. El flujo de personas en los alrededores de la estación era constante. A esa hora de la mañana, había muchos ancianos y madres con niños pequeños. Al ser verano, se veían estudiantes de todas las edades. Algunos armaban jaleo mientras esperaban en la parada el autobús que los llevaría a la piscina municipal.

Apenas un día antes había terminado la temporada de lluvias, y esa mañana había amanecido con un cielo completamente despejado. Aunque el sol brillaba con fuerza, el calor no era sofocante. Sin embargo, Kikuko llegó frente a la estación empapada en sudor. Con la respiración entrecortada, sacó el móvil para hacer la foto. En ese instante, un autobús que pasaba por delante le obstaculizó la vista. Esperó hasta que, al fin, volvió a verse la floristería Kawarazaki en el objetivo.

Era todo amarillo. La parte delantera de la floristería estaba repleta de girasoles colocados con minuciosidad, de diferentes variedades, tamaños y formas, todos seleccionados por Rita en el mercado mayorista de flores de Setagaya. La fachada parecía brillar bajo la luz del sol y llamaba la atención de los transeúntes que salían de la estación. Eso era precisamente lo que Rita y Mitsuyo pretendían.

La floristería Kawarazaki ocupaba el bajo de un edificio de dos plantas y daba a la calle. Su fachada era muy estrecha y parecía estar encajada entre el enorme supermercado y la sala de máquinas tragaperras adyacentes, por lo que había que buscar la manera de

que el local destacase. Por suerte, en una floristería no faltaban las flores y eso había que aprovecharlo.

Tras hacer la foto, la envió al grupo de chat de sus compañeros. Después, bordeó de nuevo la rotonda para regresar a la tienda. Fue en ese momento cuando reparó en un chico con camiseta y bermudas. Estaba allí quieto, donde no había ninguna parada de autobús ni de taxi. Al pasar por su lado, Kikuko lo miró de reojo sin que él se diera cuenta.

«Sí, tiene que ser él, el chico que vino a la tienda ayer», pensó ella.

Ya era raro de por sí que viniera un estudiante de instituto solo a la floristería. Además, lo recordaba porque llevaba la cabeza rapada, algo que ya era muy poco frecuente. Pero eso no era todo. A pesar de que fue respondiendo con desgana a todo lo que Mitsuyo le ofreció mientras estuvo allí, recorrió la tienda de una punta a otra observando detenidamente cada flor. Al final, acabó marchándose sin comprar nada tras casi quince minutos merodeando por la floristería.

—¿Te has dado cuenta? —le preguntó Mitsuyo a Kikuko mientras la agarraba de la mano y la llevaba hasta la zona de venta.

—Es el chico rapado, ¿verdad?

—Sí, en efecto. Pues hace un rato Rita me ha dicho que estuvo aquí también antes de ayer.

—Ah, ¿sí? —dijo Kikuko, y viró su mirada hacia Rita, que había empezado a confeccionar un ramo de flores sobre la mesa de trabajo.

El ramo tenía un precio de dos mil yenes y estaba compuesto principalmente por gerberas y rosas, con hipéricos de llama roja y *Phlox* de flor blanca. Por la cantidad de flores que había dejado preparadas, calculó que podría hacer unos veinte ramos.

—¿Crees que le gustan las flores? —preguntó Kikuko.

—No es eso —negó Rita sin pestañear—. Miraba las flores con verdadera pasión, pero en realidad lo que veía era a alguien más allá de ellas. Sus ojos lo delataban.

«¿Miraba a alguien más allá de las flores?», se preguntó Kikuko, sin acabar de entenderlo.

Fue a preguntar qué significaba aquello cuando, de repente, Mitsuyo susurró con los ojos brillantes y vivaces que el chico se acercaba. Parecía disfrutar con la situación.

—¿Qué hacemos? —preguntó a Rita.

—Antes de ayer lo atendí yo y ayer fuiste tú, así que hoy te toca a ti, Kiku.

—Tienes razón —aprobó Mitsuyo—. ¡Suerte!

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Kikuko.

—Si consigues venderle una flor, te puedo ofrecer una bonificación especial por el mismo precio de la venta —contestó Rita, que seguía confeccionando el ramo.

—Ya está aquí —susurró Mitsuyo.

El chico, plantado enfrente de la floristería, observaba con detenimiento el impresionante despliegue de girasoles. Aunque no cabía esperar que un chico de su edad fuera a gastarse mucho dinero en flores, Kikuko aceptó el reto y pensó: «¿Y por qué no? Allá voy».

Creyó que no convenía atosigarlo, por lo que observó al chico desde una distancia prudente. Aunque era más delgado y de menor estatura que ella, lejos de ser frágil, contaba con músculos firmes en brazos, piernas y hombros. Fue entonces cuando Kikuko advirtió que en la parte de atrás de su camiseta negra ponía en inglés y en letras blancas: «Tobe Boxing Gym». Tenía que ser el gimnasio que había en la segunda planta de aquel edificio en pleno corazón de la calle

comercial de Kujiranuma, donde también había un salón de uñas. En los seis años y tres meses que llevaba en Tokio, no se había enterado de que allí había un gimnasio. Sin embargo, y a causa de las numerosas entregas de flores por la zona, lo había descubierto hacía justo un mes y medio.

El chico se fijó en un «girasol de Van Gogh», referencia evidente al pintor Vincent van Gogh. No obstante, no se trataba de un tipo de girasol que Van Gogh hubiese visto y pintado. Al contrario: era una variedad nueva de girasol, creada por una empresa de semillas que se inspiraba en los girasoles de Van Gogh. Mitsuyo le contó que esa empresa había desarrollado también otras variedades llamadas «girasol de Monet», «girasol de Gauguin» y «girasol de Matisse», todas a partir de las representaciones pictóricas de esos artistas. Cada tipo de girasol tenía una tarjeta con su nombre, el precio y el cuadro correspondiente. Rita le había encargado a Kikuko la tarea de buscar las imágenes en el ordenador de su casa e imprimirlas. Al comparar las flores reales con los cuadros, la similitud saltaba a la vista.

El chico dirigió su mirada al girasol de Van Gogh y al de Monet, luego al de Gauguin, al de Matisse y de nuevo al de Van Gogh. Los miraba con tal seriedad que parecía enfadado. Aun así, Kikuko no supo decir si veía a alguien en particular al otro lado de aquellas flores.

Entonces se dio cuenta de que Mitsuyo la observaba desde el interior de la tienda mientras confeccionaba con Rita ramos sobre la mesa de trabajo. Con un gesto de la barbilla, la mujer le señaló al chico. Era su manera de apremiarla a que le dijera algo.

«Está bien, vale. Lo haré», pensó con resignación. Estaba preparada, pero por más que se tratara de un crío, no podía evitar ponerse nerviosa.

Respiró hondo y dijo:

—Perdona...

—¿Qué? —respondió el chico, volviéndose con una mirada afilada que provocó en Kikuko un leve estremecimiento—. ¿Molesto? —preguntó con voz ronca, quizá por el cambio propio de la edad.

—Qué va, para nada —contestó Kikuko, tratando de disimular su nerviosismo con una ligera tos—. Si te cuesta decidir, puedo ayudarte a elegir una de estas flores.

El chico no dijo nada. Cerró la boca con firmeza, frunció el ceño y puso cara de malhumorado.

—Ah, no pasa nada. Si lo prefieres, puedes meditarlo tú solo. En caso de que necesites algo, no dudes en decírmelo.

—Tengo una amiga que se muda —admitió él, como si le costara trabajo decirlo.

—¿Cuándo? —preguntó Kikuko de inmediato.

—Este sábado. Le tengo que regalar unas flores.

—¿Es una amiga del colegio?

—Sí.

—¿Y por qué dices que tienes que regalarle flores?

—Porque me pidió que le regalase algo a modo de despedida. Yo no sabía qué, así que le pedí que me diera una idea. Me dijo que flores.

—¿Y de qué tipo?

—Eso mismo le pregunté, pero me dijo que después de tantos años tenía ya que saberlo.

En ese momento, Kikuko lo entendió. Lo que el chico veía más allá de las flores era, sin duda, a su amiga de la infancia. Y quiso preguntar:

—¿Se te ocurre qué flor puede ser?

—Para nada. Por más vueltas que le doy, no caigo.

El chico bajó los hombros. La arruga del entrecejo se disipó y su mirada se volvió más relajada. Al ver por su expresión que parecía desolado, Kikuko sintió la necesidad de ayudarlo en la medida de lo posible.

—¿No tienes ninguna pista? Por ejemplo, ¿hay alguna flor que le hayas regalado alguna vez? ¿O ella a ti?

—No sé —insistió, y torció la cabeza—. Tampoco recuerdo que nos hayamos regalado flores, pero...

—¿Sí?

—En primaria, fui a un recital suyo de piano. Creo que le di un ramo, aunque no recuerdo qué flores eran.

—¿A qué curso ibais?

—Hace ya bastante tiempo. Íbamos a cuarto o quinto.

—¿Y ahora estás en el instituto?

—Sí, en segundo.

En ese caso, hacía unos tres o cuatro años de aquello. Sin duda, para los chicos de su edad, aquello era «bastante tiempo».

—¿No tienes fotos o vídeos de entonces?

—Mis padres a lo mejor sí.

—Aunque no sean del recital, pueden ser de cualquier otro momento en que salgáis juntos. Igual aparece en algún sitio. También puede ser que, al verlas, te acuerdes.

—Lo probaré, gracias.

Kikuko observó al chico darse la vuelta e irse corriendo. Después, entró en la tienda. Rita había terminado de preparar los ramos de gerberas y rosas y estaba trabajando junto a Mitsuyo con unas cajas redondas. Como eran de cartón, ponían celofán para evitar que el agua se filtrase, y, encima, unas esponjas donde colocaban las flores. En su mayoría eran lirios dobles de pétalos blancos y rojos

violáceos, de la variedad Samantha, y campanillas turcas de pétalos blancos. También se vendían por dos mil yenes.

—Buen consejo —dijo Rita mientras colocaba las flores en una caja.

—Ya, pero no he conseguido venderle nada.

—Si descubre qué flores le gustan a su amiga, quizá venga a comprarlas.

—¿Quién sabe? Aunque la verdad es que no creo que consiga acordarse.

—Pero seguro que valora tu buena intención. En un negocio pequeño como el nuestro, estas cosas son importantes. Entabla conversación con los clientes siempre que puedas.

—De acuerdo.

—Uy, buenos días —dijo Mitsuyo, que dejó las tijeras y las flores sobre la mesa de trabajo, la rodeó y salió al área de venta para atender a alguien. Era una clienta habitual a la que incluso Kikuko reconoció.

—Kiku, ¿usas redes sociales? ¿Tipo Twitter, Instagram o Facebook?

—En la universidad usaba Twitter, pero ahora nada.

La empresa donde había trabajado prohibía a sus empleados el uso de redes sociales. En su primer día, la habían amenazado con represalias si la pillaban usándolas, por lo que Kikuko había cerrado su cuenta.

—Sabes que tenemos cuenta en Twitter e Instagram, ¿verdad?

—Sí, algo sabía —contestó. Aunque rara vez subían nada, había visto alguna publicación anunciando los días en que la tienda cerraba.

—¿Te puedo pedir que te encargues de ellas?

—Claro, no hay ningún problema. Pero ¿qué tendría que hacer?

—Para empezar, ¿podrías subir la foto de la tienda que has sacado antes? También vendría bien que publicaras qué flores nuevas nos llegan cada día o qué productos recomendamos.

—De acuerdo.

—Ah, y esto también.

Rita le entregó un pósit amarillo que había en el mostrador de la caja. Ponía de su puño y letra: «Celosía (roja o naranja), mijo, gipsófilas, lino de Nueva Zelanda».

—Es el pedido de la profesora Mabuchi para su taller de ikebana de la residencia Jardín de Lilas de las Indias. Hay veinte de cada. Las compré antes de ayer en el mercado y las dejé en el almacén. Ve metiéndolas en el coche.

La profesora Mabuchi, que vivía en Kujiranuma, había abierto un taller donde impartía clases de arte floral japonés en su propia casa. Era una de las mejores clientas de la floristería desde hacía más de cuarenta años, cuando los abuelos de Rita regentaban el negocio. También daba clases en la residencia de ancianos Jardín de Lilas de las Indias el segundo y cuarto miércoles de cada mes, por lo que había que entregar las flores antes de la una de la tarde.

—Mientras, voy a preparar tres ramos para llevar. Ven luego a recogerlos.

—De acuerdo.



Kikuko sacó de un cubo las flores del pedido de la profesora Mabuchi y las fue enrollando una por una en papel de periódico. Se podían llevar envueltas sin necesidad de un carro. Abrió la puerta que había al fondo del almacén y salió a la entrada principal del

edificio, que daba al lado del supermercado y tenía enfrente una calle de sentido único.

La entrada contaba con una escalera empinada que carecía de rellano. Por ahí entraban y salían del edificio los miembros del club de go. El ochenta por ciento de ellos eran hombres de más de sesenta años y a veces coincidían con ella. Había a quienes no les bastaba con saludar y entablaban conversación, mientras que otros la miraban detenidamente sin decir nada. Sin embargo, en ese momento, no había nadie, pues el club de go abría al mediodía.

Kikuko abrió la puerta corrediza de acero inoxidable que había justo enfrente, a la izquierda de la entrada. Las luces estaban apagadas, por lo que el interior del garaje estaba completamente a oscuras. Al encender las dos luces del techo, vio los dos vehículos estacionados uno al lado del otro, como perros fieles que esperan pacientemente.

El primero era el monovolumen que Rita usaba para ir al mercado de flores de Setagaya tres veces a la semana: los lunes y los viernes compraba flores cortadas, mientras que los sábados iba a por macetas.

Las subastas de flores en el mercado se solían realizar por unidades de cien tallos, pero, para negocios particulares como la floristería Kawarazaki, resultaba casi imposible vender luego tanta cantidad, de modo que Rita se hacía con el suministro a través de varias tiendas de intermediarios mayoristas que dividían en cantidades más pequeñas lo que compraban en la subasta. Salía a las cuatro de la madrugada y tenía que regresar a la tienda antes de las ocho, por lo que resultaba un trabajo bastante duro.

El segundo vehículo era mucho más pequeño que el monovolumen: un triciclo motorizado para una persona que utilizaban para hacer repartos por el vecindario. Detrás del asiento

del conductor, había un compartimento de carga para las flores que medía aproximadamente un metro y medio de largo por un metro de alto. En lugar de ir con gasolina, era eléctrico y se podía cargar con el enchufe típico de los hogares. No expulsaba dióxido de carbono ni otros gases, pero, por muy ecológico que fuese, no era cómodo de conducir. El asiento del conductor estaba protegido solo con un techo, sin puertas a los lados. En los días de lluvia, hacía falta un chubasquero para no mojarse, y, en un día de verano como aquel, el calor era insoportable.

Rita le había puesto nombre al triciclo: *La vie en rose* (o, traducido, «La vida en rosa»). Aquel nombre tan pomposo se debía a que estaba decorado con un envoltorio de rosas en plena floración. A distancia también se veía sin dificultad. La primera semana, a Kikuko le había dado vergüenza conducirlo, aunque después se había acostumbrado.

Se acercó a *La vie en rose*, abrió el compartimento de carga y metió las flores tumbadas. En la pared derecha del garaje colgaba un mapa bastante grande de Kujiranuma formado por varias piezas y que medía dos por dos metros. Servía para ver dónde había que hacer los repartos. Un círculo trazado con bolígrafo rojo marcaba un radio de cinco kilómetros, con la floristería Kawarazaki en el centro. Había chinchetas con bolitas para mapas clavadas por doquier. En total, las había de once colores distintos. Para lugares donde se hacía la entrega por primera vez, se utilizaba el blanco. Si era la segunda vez, el verde. Si era la tercera, el marrón, y así sucesivamente. Si en un sitio se había entregado más de diez veces, se consideraba un cliente habitual y se clavaba una chincheta roja. Era el caso de la profesora Mabuchi y de la residencia de ancianos Jardín de Lilas de las Indias. El rojo de las chinchetas destacaba detrás de la sala de máquinas tragaperras adyacente a la floristería,

una zona de bares y clubes, donde se entregaban a menudo flores que servían para decorar los locales. Por la zona comercial y de la estación también se veían algunas chinchetas rojas. Eran restaurantes, peluquerías, salones de estética, inmobiliarias y tiendas de alquiler de coches.

El último color era el plateado, para los clientes del servicio de entrega regular Flower Break (o «Descanso floral»), que había empezado Rita tres años antes. Por mil quinientos yenes mensuales, los clientes recibían dos veces al mes en el buzón de su casa una caja plana con flores que escogía la misma tienda. No hacía falta que hubiese alguien en casa para realizar el reparto.

La salida norte de la estación de Kujiranuma, opuesta a la dirección de la floristería Kawarazaki, daba a un complejo residencial formado por bloques de pisos llamado Kirakiragaoka. Todos los bloques eran de cuatro plantas, pero había que subir las escaleras para hacer las entregas porque ninguno contaba con ascensor. Cinco entregas en esa zona bastaban para agotar a cualquiera. Kikuko podía entender al sustituto de aquel universitario que había dejado el trabajo al cabo de una semana.



—Buenos días —saludó Taito Haga, que entraba a la vez que Kikuko regresaba a la zona de venta.

Era el único varón de la floristería Kawarazaki y, al igual que Kikuko, trabajaba de forma temporal. Aunque podía parecer tanto un universitario como un cuarentón, en realidad tenía treinta años. Con su metro noventa de altura, el ancho del torso y aquellos brazos fuertes, cualquiera creería que era atleta. Sin embargo, era asistente de investigación en la facultad de Agricultura de la ciudad. Por lo

visto, el sueldo no le alcanzaba para vivir, así que seguía trabajando a tiempo parcial en la floristería desde que había empezado a estudiar el máster. No obstante, cuando lo enviaban a investigaciones botánicas por Japón o al extranjero, podía estar como mínimo medio mes fuera. El récord de tiempo había sido más de nueves meses seguidos. De ahí que Rita hubiera dicho que llevaba seis años trabajando en la floristería, pero en realidad era como si llevase la mitad. Vivía solo en un estudio ubicado en el extremo sur de Kujiranuma.

Todo esto lo sabía por Mitsuyo, no por él. Cuando Haga entró en la tienda, empezó a flotar en el aire un aroma a curri. No era el olor típico de una cocina, sino uno más bien especiado y tostado. Sin duda, aquel olor provenía de la bolsa de la tienda abierta veinticuatro horas que llevaba en la mano derecha.

El piso de Rita estaba en la segunda planta. Había que subir una escalera y, nada más abrir la puerta, se encontraba la cocina. La entrada de su piso hacía las veces de puerta del servicio. Rita les prestaba la llave a los compañeros de la floristería Kawarazaki, de modo que todos comían y cenaban en su cocina. Con la arrocera eléctrica hervían alrededor de un kilo de arroz y cada cual se servía la cantidad que quería. La última persona en cenar se encargaba de limpiar la olla de la arrocera, enjuagar el arroz crudo, colocarlo en la arrocera y programarla para que estuviese listo el día siguiente a las once de la mañana. Los cuatro se encargaban por turnos de los acompañamientos: Rita solía traer platos preparados del súper de al lado; Mitsuyo, guisos o frituras caseras; Kikuko, una mezcla de ambos, y Haga siempre traía curri hecho a partir de especias. Era evidente que el hombre llevaba un táper con curri en la bolsa.

A Kikuko le rugió con fuerza el estómago, un ruido lo suficientemente alto como para que los clientes de la tienda se

dieran cuenta y la mirasen. También se giró Mitsuyo, que en ese momento estaba atendiendo a alguien.

«Tierra, trágame», pensó Kikuko, que no sabía dónde meterse de la vergüenza.

—Kiku, aún es un poco temprano, pero puedes subir a comer —dijo Rita, tratando de aguantarse la risa. El primer turno de comida era a las doce menos cuarto; faltaban diez minutos para la hora.

—¿No te importa?

—Claro que no. Pero antes, carga en el triciclo las flores que hay que entregar.

—De acuerdo.



—¡Mira, un coche de flores!

—¡Es verdad!

—¡Son rosas!

—¡Qué bonito!

—¡Qué mono!

Mientras *La vie en rose* esperaba frente a un semáforo, un grupo de niños de guardería cruzó en fila el paso de cebra. Saludaron a Kikuko con la mano y ella les respondió con el mismo gesto.

El curri de Haga estaba espectacular. Incluso Kikuko, que no era muy de picante, había repetido. Aunque ya había pasado más de hora y media desde que había terminado de comer, con el estómago lleno y las especias recorriéndole todo el cuerpo aún sentía cierta quemazón en su interior. Sin embargo, parecía que la ayudaba a soportar mejor el bochorno de aquel día de pleno verano.

—¡Adiós, coche de flores!

—¡Adiós!

Cuando acabaron de cruzar los niños, el semáforo se puso en verde. Siguió conduciendo y, al cabo de un rato, oyó una voz a su espalda:

—¡Kikuko!

Aparte de la profesora Mabuchi, no conocía a nadie más en Kujiranuma que la llamase así. No obstante, la voz que había oído era de alguien mucho más joven que la profesora.

—¡Kikuko, espera!

El triciclo no tenía puertas y, evidentemente, tampoco tenía retrovisor, por lo que no había forma de mirar atrás. Kikuko tuvo que pararse en el arcén y darse la vuelta. Vio a alguien con una equipación completa de béisbol que corría hacia ella a toda prisa.

—Pe... Perdona —balbuceó mientras se quitaba la gorra de béisbol.

Vio que era una chica y, además, le sonaba haberla visto antes.

—¿Eres la nieta de la profesora Mabuchi?

—Sí. Me llamo Chihiro Mabuchi. Soy estudiante de segundo, clase tres, en el instituto Kujiranuma. Juego como receptora y cuarta bateadora en el equipo de béisbol Kirakiragaoka Sunshines.

«Qué presentación tan formal y completa», pensó Kikuko.

Había coincidido con Chihiro varias veces cuando iba a entregar flores a casa de la profesora Mabuchi. Estaba aprendiendo ikebana y ayudaba a su abuela en el taller. A diferencia de la profesora, delgada y menuda, Chihiro era alta, corpulenta y de espalda ancha. De hecho, la primera vez que la había visto llevaba chándal y había pensado que se trataba de un chico que estaba acabando el instituto.

La profesora Mabuchi le había contado que su madre se llamaba Ichi, que en japonés significa «uno». Ella se llamaba Toe, nombre que se escribía con el carácter de «diez». A su única hija le puso

Momoka, que se escribía con la combinación de los caracteres de «cien» y «flores». Por último, la nieta se llamaba Chihiro y se escribía con el carácter de «mil».

Hacía ya diez años que Momoka se había divorciado y había regresado a casa de la profesora con su hija. Kikuko recordaba haber oído que Chihiro estaba apuntada al equipo femenino de béisbol del barrio. La profesora no solo charlaba mucho, sino que le gustaba hablar de sí misma.

—¿Querías algo?

—En mi clase hay un chico que se llama Udagawa. Si no fuese porque lleva la cabeza rapada, pasaría desapercibido.

—¿Va al gimnasio de boxeo Tobe?

—Eso es. ¿Cómo lo sabes?

—No sé si es ese tal Udagawa, pero ha venido a la tienda un chico rapado con una camiseta de ese gimnasio.

—Tiene que ser él. Dice que es el único con la cabeza rapada tanto en el gimnasio como en el instituto. ¿Qué flores quería comprar en la tienda ese tío? O sea... Udagawa.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Pu... Pues no sé —contestó Chihiro, sorprendida de recibir otra pregunta por respuesta.

Al ver la mezcla de desconcierto y apuro reflejada en su expresión, algo se removió dentro de Kikuko. Igual que había hecho con el chico rapado, quiso ayudarla también, en la medida de lo posible.

—Si quieres, te cuento todos los detalles —se ofreció Kikuko, pues ya había terminado con el reparto y solo le quedaba volver a la floristería—. Dependiendo de qué se trate, te echaré una mano, siempre y cuando esté dentro de lo que una florista puede hacer, claro está.

Esto último pilló aún más desprevenida a Chihiro.

—Sí, por favor —contestó indecisa.

—Siguiendo la callejuela que hay más adelante, girando a la izquierda y avanzando un poco, hay un parque pequeño pero agradable. Podemos hablar allí.



—Nishi, una chica que ha sido lanzadora y ha formado batería conmigo desde primero, se muda el próximo sábado.

Tras llegar al parque, Chihiro había dudado si sentarse o no junto a Kikuko en un banco a la sombra de un árbol, y, finalmente, había empezado a hablar. Le había contado que Nishi iba a su mismo instituto y a su mismo curso, pero que estaban en clases distintas.

—Las casas de Nishi y Udagawa están una enfrente de la otra, y han sido amigos desde que iban a la guardería.

—Aparte de jugar al béisbol, ¿Nishi toca el piano?

—Así es —contestó Chihiro con cara de sobresalto—. ¿Udagawa te ha hablado de Nishi?

—Me dijo que tenía que regalarle unas flores a una amiga de la infancia porque se mudaba, pero no me dijo cómo se llamaba. Cuando le preguntó qué flor quería, le contestó que, siendo amigos desde hacía tanto tiempo, tendría que saberlo —explicó Kikuko.

También le contó brevemente que Udagawa había estado tres días seguidos en la floristería y que ella misma lo había atendido esa mañana y le terminó relatando la conversación que habían tenido.

—¿Cómo sabes que vino a la tienda a comprar flores?

—Antes de ayer, alguien envió al grupo de chat que tengo con unas amigas de clase una foto suya frente a la floristería, con el mensaje: «He encontrado a Udagawa» —respondió Chihiro, sacando el móvil para mostrarle la foto. Después, como si la cosa no fuera

con ella, aunque con un tono que dejaba entrever cierto descontento, añadió—: Udagawa es bastante popular entre las chicas. Según Nishi, él le preguntó qué quería de despedida, y eso le sentó mal, porque le parecía que lo mínimo era que pensase algo él. Así que se quedó callada, sin decir ni mu. Udagawa es tonto y no se entera de nada, por lo que siguió insistiéndole una y otra vez. Al final, ella le dijo que quería flores, y, entonces, él le preguntó cuáles quería. Por eso Nishi le respondió que, siendo amigos desde pequeños, ya tendría que saberlo.

—Vaya respuesta.

—Eso mismo le dije a Nishi cuando me lo contó. Siempre están igual. Los dos. Por muy buenas notas que saque, ella es tan tonta como él. Y puesto que los tontos hacen buena pareja, ya es hora de que sean sinceros el uno con el otro.

Kikuko notó cómo se le escapaba una sonrisa ante aquella historia demasiado nimia como para considerarse de amor. Sin embargo, Chihiro hablaba con gravedad. Sin duda, tanto Nishi como Udagawa consideraban el tema igual de serio. No quiso faltarles al respeto, por lo que se mostró muy seria.

—Aparte de tonto y poco sincero, también es muy simple, y cree que Nishi se contentará con cualquier flor que le regale. Ese es otro problema.

—¿Por qué?

—Cuando no sabe qué hacer, le cuesta mucho tomar decisiones y acaba pifiándola. Y si se siente acorralado, aún más. En los combates de boxeo, justo en el momento decisivo, suelta un golpe demasiado amplio y termina comiéndose el puño del rival, y, así, pierde la pelea. Se cree que el suyo es un golpe maestro, pero en realidad es todo lo contrario. Seguro que esta vez también mete la pata. A ver, ¿cuál es la flor más cara de la tienda?

—Supongo que la orquídea mariposa.

—Al final, no logrará acordarse de la flor que le gusta a Nishi, que por cierto no es ninguna, así que no hay nada de lo que acordarse, y acabará comprando la orquídea mariposa porque pensará que, al ser la más cara, ella no pondrá pegas.

—Menuda tontería.

—Ya, pero es que él es así de tonto. Imagínate el bochorno de que le regale una orquídea mariposa como despedida por creer que cualquier flor valdrá.

«Ahí tiene razón», pensó Kikuko.

—Así que, por favor, no permitas que ocurra tal cosa. ¿Le puedes vender la flor más normal y predecible que haya?

—De acuerdo.

«Eso es algo que una florista puede hacer», pensó Kikuko, y le sonrió para tranquilizarla.



Tres días después, el sábado en que se suponía que Nishi se mudaba, Udagawa entró con ímpetu en la floristería. Era ya pasada la una.

—Quiero una flor de cada tipo que haya en la tienda.

—¿Cómo? —preguntó Kikuko tras dejar de barrer los pétalos y hojas que habían caído al suelo.

Mitsuyo no trabajaba ese día, y Haga estaba arriba comiendo. Aparte de ella, en la zona de venta solo estaba Rita, que confeccionaba sobre la mesa de trabajo un ramo que habían pedido a través de Hana Tenshi.

—Le pedí a mis padres fotos y vídeos de cuando éramos pequeños para ver si encontraba algo, pero no había ninguno donde se me

viera regalarle flores a mi amiga, así que he pensado que, si compro varias, quizá acierte con alguna.

«No es una orquídea mariposa, pero Chihiro estaba en lo cierto», pensó Kikuko.

—Si te llevas una flor de cada tipo, te va a salir bastante caro. ¿Te da igual?

—Sí. He traído mis ahorros.

—¿Cuánto llevas?

—Cuarenta y siete mil seiscientos yenes.

«Si le vendo todas esas flores, recibiré una bonificación por el mismo valor de la venta», pensó Kikuko al recordar lo que Rita le había dicho tres días antes. Sin embargo, eso no estaría bien. Tal y como le había prometido a Chihiro, iba a venderle la flor más normal y predecible de todas. La cuestión era cómo hacerlo.

—Ni con un ramo así se va a alegrar tu amiga. Y las flores tampoco se merecen eso —apuntó Rita con cautela y en un tono sereno y amable mientras confeccionaba el ramo. Kikuko había informado de antemano a sus compañeros de lo que había hablado con Chihiro, por si ella no podía atender a Udagawa.

—¿Pe... Perdón? —preguntó él, incapaz de ocultar su desconcierto.

—Entrenas en el gimnasio de boxeo Tobe, ¿verdad?

—Sí, ¿por qué?

—En el boxeo, lanzar ganchos a lo loco no sirve de nada si no tocas al rival, ¿no? Uno tiene que decidir bien el golpe. Lo mismo ocurre con las flores. Deberías decidir tú cuál es la mejor flor, ¿no te parece?

—Ya, pero... ¿y si la que elijo no le gusta a Nishi? —rebatió él, mencionando el nombre de su amiga sin darse cuenta.

—Se trata de pensar en lo que tú quieres darle, no en lo que ella espera que le lleves. Eso es lo que le hace ilusión de verdad a la persona que recibe el regalo.

Udagawa se quedó atónito. Echó un vistazo al interior de la tienda, salió a la entrada y se detuvo ante las flores expuestas. Todo seguía lleno de girasoles, que se vendían muy bien. Kikuko lo siguió.

—Estos, por favor —Udagawa señaló un girasol de Matisse—. Desde la primera vez que los vi, pensé que eran perfectos para ella.

—A mí también me gustan mucho —afirmó Kikuko al instante—. Me parece una buena elección.

Era un girasol de flor doble, con multitud de pétalos superpuestos que recordaban a una melena. Comparado con los demás, su color era más intenso, y la flor, más grande. Era un girasol robusto y vigoroso, pero también hermoso y deslumbrante.

—Gracias.

—¿Cuántos quieres?

—Tres —dijo Rita desde la mesa de trabajo—. Si son girasoles, tres es el número perfecto. Llévate tres.



En la floristería no hubo manera de saber si, en efecto, a Nishi le habían gustado los girasoles o si Udagawa había llegado siquiera a entregárselos. Sin embargo, un día que Kikuko hacía el reparto de flores con *La vie en rose* y esperaba en el semáforo de un cruce, oyó a Chihiro llamarla.

—¡Kikuko!

En la acera opuesta, al menos una decena de chicos con el mismo uniforme esperaban para poder cruzar.

—¡Gracias por lo del otro día!

Al verla agitar la gorra que llevaba, recordó aquel poema de Shuji Terayama:

Desde el tren, lo veo en la lejanía.
Un girasol semejante a un niño que agita su sombrero.



En su caso, no era un tren, sino un triciclo motorizado. Tampoco un niño, sino una niña. En el poema era un sombrero de paja; ahí, una gorra de béisbol. Y lo del girasol que se parecía a un niño agitando el sombrero era en este caso justo al revés: era Chihiro la que se asemejaba a un girasol.

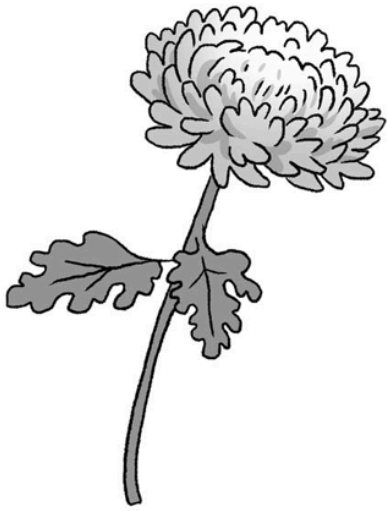


Las campanillas turcas o los gladiolos simbolizan distintas cosas según su color. Los girasoles en cambio simbolizan cosas diferentes según su número: novecientos noventa y nueve representan un amor que perdura por más veces que uno vuelva a nacer; ciento ocho, una pedida de mano; noventa y nueve, amor eterno; once, amor absoluto; siete, amor secreto; uno solo, un flechazo a primera vista; y tres...

Una declaración de amor.

CAPÍTULO 3

CRISANTEMO



—¿Te llamas Kikuko y no sabes lo del Festival del Doble Nueve?

—¿Eso qué tiene que ver con mi nombre?

—Pues que también se conoce como Festival del Crisantemo y tu nombre se escribe con el carácter de esa flor. Por eso hemos comprado tantos crisantemos.

«Sigo sin acabar de entenderlo», pensó.

Era el último viernes de agosto y, después de varios días con el cielo encapotado, había salido el sol y la temperatura superaba los treinta grados.

Los viernes, los sábados y los domingos tenía el turno de tarde, así que empezaba al mediodía. Sin embargo, Kikuko llegaba a las once y media para poder comer en casa de Rita, dos pisos más arriba de la floristería Kawarazaki. Esa vez, le tocaba a ella llevar el acompañamiento del arroz. En la tienda de platos preparados de la calle comercial del barrio compró cerdo salteado con limón y jengibre, sardina a la parrilla con salsa *kabayaki*, pechuga de pollo confitada al estilo japonés, ocra aderezado con tofu y ensalada de pasta con pimiento y atún. Si le entregaba a Rita la factura de lo que se había gastado, esta le devolvía el importe en efectivo. Kikuko se sentía un poco culpable por haber comprado solo cosas que le gustaban a ella, aunque no por eso dejó de disfrutar de la comida, que acompañó con un bol y medio de arroz. Faltaban pocos minutos para las doce del mediodía cuando bajó las escaleras y se cruzó con varios miembros del club de go, con los que intercambió un breve saludo.

Abrió la puerta junto a la entrada principal y entró en el almacén de la floristería. Rita la estaba esperando. Fueron juntas al garaje y

descargaron del monovolumen varias cajas de cartón llenas de flores que la gerente había traído del mercado de flores de Setagaya esa mañana. Eran seis en total y las llevaron al almacén en un carro.

Al abrirlas, se encontraron con que la mayoría de las flores estaban mustias por el aire que les había entrado en los vasos conductores, de modo que las sacaron y les quitaron las hojas de la parte inferior de los tallos. Así evitaban que, al sumergirlas en agua, se pudriesen y generasen bacterias que las estropeasen.

Kikuko arrancaba las hojas inferiores en el fregadero de la derecha y le daba los tallos a Rita, colocada a su lado. Esta, tras acumular varios, los alineaba por la parte de la flor, los envolvía en papel de periódico y los sellaba con celo. Metían en el fregadero de la izquierda, a rebosar de agua, puñados de tallos. Rita hacía cortes de cinco centímetros en diagonal con las tijeras en los tallos sumergidos para que el agua fluyese a través de los vasos conductores. Así, revivía las flores. Tras realizar los cortes, se distribuían las flores según de qué tipo fueran en varios cubos.

En principio, era una tarea en equipo, pero Rita no tardó en ponerse a arrancar hojas, además de cortar los tallos en el agua. Desde luego, era rápida en su trabajo. Alguna que otra vez cortaba los tallos directamente con las manos, sin usar siquiera las tijeras. De esa forma ascendía mejor el agua cuando los tallos eran duros y fibrosos. Kikuko notó que muchos eran así y luego se dio cuenta de que la mitad de las flores que había comprado Rita aquella mañana eran crisantemos. Estos solían tener los tallos con esa peculiaridad.

Aunque todas recibían el nombre de «crisantemo», había una gran variedad de flores: con una o dos hileras de pétalos, con forma de clavo, con pétalos curvados como cucharas; algunas flores eran exuberantes y estaban repletas de pétalos de gran tamaño, como si estuvieran decoradas con esmero, y otras tenían pétalos finos y

alargados, semejantes a las patas de una araña. De hecho, algunas ni siquiera parecían crisantemos. Al preguntar por qué había tantos, fue cuando Rita le contestó que el siguiente lunes era uno de los festivales estacionales: el Festival del Doble Nueve.

—Hay cinco festivales estacionales al año —explicó Rita sin dejar de trabajar con las manos—: El 7 de enero se comen gachas de arroz con siete tipos de hierbas, ¿no?

—Así es —contestó Kikuko, que conocía esa costumbre a pesar de que no recordaba haberlas probado en sus veinticinco años de vida.

—Es para desear buena salud durante todo el año en el llamado Jinjitsu, o Día de la Persona. Te suenan el 3 de marzo, que es el Día de las Niñas, y el 5 de mayo, que es el Día de los Niños, ¿verdad? El Tanabata o Festival de las Estrellas, que se celebra el 7 de julio, es otro ejemplo.

Kikuko no sabía eso.

—Los festivales estacionales vienen del concepto del yin y el yang de la filosofía china. Los números impares se consideran yang y el más alto de ellos es el nueve. Por eso, el 9 de septiembre es el Festival del Doble Nueve, o «Doble Yang». Lo cierto es que yo tampoco lo supe hasta que me quedé con la floristería. Me lo contó Mitsuyo, que incluso me prestó una edición de bolsillo de *Cuentos de lluvia y de luna*, donde aparece el relato «La promesa del crisantemo», para que me lo leyera.

Al parecer, no se lo había leído. La propia Kikuko conocía los *Cuentos de lluvia y de luna*, o al menos tenía un vago recuerdo de haberlo estudiado en la clase de Literatura clásica del instituto. Sin embargo, no se habían centrado en «La promesa del crisantemo», sino en otro relato.

—La mayoría de la gente solo compra flores para celebrar algo o con motivo de una fecha especial, ¿no? —dijo Rita, y siguió—: ¿Has

comprado flores alguna vez aparte de para el Día de la Madre?

—Lo siento, pero la verdad es que no —contestó Kikuko a modo de disculpa sincera.

—¿Lo ves? Por eso, igual que en el Día de la Madre se compran claveles, todos los años se organiza una pequeña campaña para promover la compra de crisantemos en el día del Festival del Doble Nueve. Aunque, como casi nadie conoce el festival, no acaba de tener éxito. A los pocos días, se celebra el Tsukimi en honor a la luna de otoño, y todo el mundo compra ramas de Eulalia y come bolas de pasta de arroz *mochi*. La comida vende más que las flores.

—Pero ¿qué es exactamente el Festival del Doble Nueve?

—Es una festividad en la que se pide una vida larga y llena de salud. Suele ir dirigida a las personas mayores. A pesar de que el Festival del Doble Nueve es mucho más antiguo, en el mismo mes de septiembre ya hay un día festivo, el Día del Respeto a los Ancianos, que le roba protagonismo. Además, el crisantemo suele ir asociado a ofrendas funerarias, por lo que mucha gente evita regalarlos a personas mayores, por la superstición.

—Si el 7 de enero se comen gachas de arroz, el 3 de marzo y el 5 de mayo se decoran las casas con muñecas y el 7 de julio se cuelgan tiras de papel con deseos en las ramas de bambú, ¿no hay alguna tradición por el estilo para el 9 de septiembre?

—Se bebe sake con pétalos de crisantemo flotando.

—¿No molestan para beber?

—También se come arroz con castañas, berenjenas...

—Ya, pero para comer eso no hace falta que sea un día especial, ¿no? —inquirió Kikuko.

—Bueno, en eso tienes razón. Por cierto, has tenido que ver la pizarra de la entrada, ¿no? Hay un poema de Murasaki Shikibu.

Se refería a la pizarra que habían puesto delante de la floristería Kawarazaki a modo de cartel. Mitsuyo, la mujer que trabajaba a tiempo parcial y había sido profesora de lengua en el instituto, escogía tankas y haikus de temática floral, así como poemas, frases de novelas y guiones de películas para que después Rita los escribiera con tiza.

—¿Decía algo sobre la «flor del crisantemo»? —preguntó Kikuko, que no lograba recordar cómo seguía.

—«Apenas rozo la flor del crisantemo y, en ese gesto, a su dueña le cedo mil años» —se oyó decir a Mitsuyo desde la tienda, al otro lado de la pared—. El poema quiere decir algo así como que, a pesar de lo valioso que es el algodón que cubre las flores de crisantemo, lo roza solo un poco y se lo devuelve a su dueña, para que así se mantenga joven durante mil años.

Tras la explicación, saludó a alguien que acababa de entrar. Al parecer, era una clienta habitual:

—Ah, adelante. Cómo aprieta el calor, ¿verdad?

—¿Qué es el algodón que cubre las flores de crisantemo? —preguntó Kikuko a su jefa.

—Era una práctica típica del Festival del Doble Nueve. El día anterior, el 8 de septiembre, se cubrían las flores del crisantemo de algodón para que este se impregnara con su olor. A la mañana siguiente, se aplicaba el algodón sobre la cara para preservar la juventud y la salud —explicó Rita—. El poema dice que Murasaki Shikibu recibió algodón con perfume de crisantemo por parte de la mujer de Fujiwara no Michinaga, pero pensó que no era merecedora de tal obsequio, así que usó solo un poco y le devolvió el resto a su dueña.

—¿El perfume de crisantemo tiene propiedades antienvejecimiento? No me lo creo —comentó Kikuko con sorna.

—Deja de poner pegas —replicó Rita con su habitual risa alegre y llena de vitalidad.

—No son pegas. —Kikuko apenas podía aguantar la risa que le había contagiado su jefa.

En la empresa donde había estado hasta hacía tres meses, rara vez soltaba alguna risa. Si en alguna ocasión se le escapaba, su jefe le preguntaba con voz cortante qué le hacía tanta gracia.

—¿Cuál es tu crisantemo favorito? —le preguntó entonces a Rita.

«Ya estamos otra vez», pensó Kikuko. El viernes anterior, después de cortar tallos dentro del agua, le había hecho la misma pregunta sobre otra flor. Esta vez, les tocaba el turno a los crisantemos.

—Supongo que este —dijo mientras señalaba un crisantemo pompón.

Se trataba de unas florecillas que, juntas, formaban una bola semejante a los pompones de lana. Los había de varios colores: amarillos, blancos, rosas... Sin embargo, el que ella señaló era verde.

—Vale, entonces pondré una etiqueta donde diga: «¡Las favoritas de Kiku, nuestra empleada más joven! (veinticinco años)».

—¿No escribiste lo mismo en una etiqueta la semana pasada, cuando escogí el cardo abadejo? Dudo que se vendan más por ser mis preferidas.

—Lo importante no es que sean tus favoritas, sino que sean las de una mujer de veinticinco años —dijo Rita—. Si una chica joven la recomienda, hay hombres que la comprarán convencidos de que gustará a las mujeres que trabajan en los bares que frecuentan.

Detrás de la sala de máquinas tragaperras adyacente a la floristería se apiñaban bares y clubes nocturnos, y los hombres que frecuentaban ese tipo de establecimientos solían comprar ramos de flores antes de ir. Lo habitual era que se gastasen entre diez mil y

veinte mil yenes, pero, si era el cumpleaños de la dueña o el aniversario de apertura de un negocio, podían llegar a comprar ramos de hasta cien rosas o incluso orquídeas mariposa.

—¿Puedes llevar estas de aquí a la zona de venta? —le pidió Rita mientras señalaba un cubo de flores. Gracias al agua que les había entrado por los vasos conductores, las flores parecían haber recobrado el aliento y empezaban a estar listas para exponerse en el mostrador.

—De acuerdo.



—¡Qué fuerte!

—¡Haz fotos!

—¡Date prisa o se irá!

—¿Dónde habré metido el móvil?

—¡Ay, espera!

—¡No te vayas!

El semáforo se puso en verde y Kikuko empezó a avanzar con *La vie en rose*. Al instante, oyó voces cercanas que parecían chillidos y en la acera al otro lado de la calzada divisó a varias chicas. Llevaban el uniforme escolar a pesar de que no se habían acabado aún las vacaciones de verano. Lo más seguro era que fueran de camino a casa tras alguna actividad en el instituto.

«Hay que ver», pensó.

La vie en rose era un triciclo individual motorizado con techo pero sin puertas, más ecológico que cómodo de conducir y envuelto en imágenes de rosas en plena floración.

Desde hacía un mes, le preguntaban en mitad del reparto si podían hacerle fotos al vehículo. La mayoría eran estudiantes de

instituto. Kikuko no sabía decir que no, así que les respondía que no había ningún problema. Muchas de las chicas sacaban fotos mientras conducía.

«¿Tan raro les parece un vehículo así?», se preguntaba con curiosidad. Con el tiempo, descubrió por qué lo hacían: se había difundido el rumor en internet de que hacer una foto de *La vie en rose* y ponerla como fondo de pantalla en el móvil era una garantía de éxito en el amor. Aunque lo cierto era que no sabía de dónde había salido semejante habladuría.

—Kiku, tienes una gran responsabilidad —bromeaba Rita, a pesar de que Kikuko era incapaz de cargar con el peso del amor de terceros. De todas formas, no podía mirar hacia otro lado cuando aquellas chicas la seguían. Si eso servía como aliciente o consuelo para las que estaban enamoradas, ella estaba dispuesta a colaborar.

Kikuko vio que a pocos metros había una tienda abierta veinticuatro horas. Entró en el aparcamiento y estacionó *La vie en rose*. En menos de dos minutos, varias chicas uniformadas corrieron hacia ella.

—¿Podemos hacer fotos?

—Por favor.

—¿Nos deja?

Las chicas pedían permiso sin apenas aliento y con notable dificultad para articular las palabras.

—Claro, podéis aprovechar mientras voy a comprar algo de beber —respondió Kikuko. Al instante, todas ellas sacaron sus móviles y empezaron a tomar fotografías del vehículo. Aquello parecía una sesión de fotos improvisada.

Cuando Kikuko regresó, el número de chicas se había duplicado y seguía en aumento. Las había con el mismo uniforme de las primeras, pero también con ropa de calle. Algunas incluso parecían

formar parte de algún club deportivo, por la ropa que llevaban. Kikuko recordó sus tiempos en el instituto mientras las observaba.

«¿Qué habrá sido de mi amiga Mizuho?», se preguntó.

Mizuho Kataoka había sido su mejor amiga durante el bachillerato. Vivían en el mismo barrio y habían ido al mismo colegio y al mismo instituto; incluso habían coincidido varias veces en la misma clase en primaria y secundaria, aunque casi no se habían dirigido la palabra. Sin embargo, cuando llegaron a bachillerato empezaron a ir juntas a clase. Eran las únicas chicas del vecindario que iban en bicicleta al instituto y ninguna de las dos se sentía segura yendo sola. Había sido empezar a hablar y descubrir que a ambas les gustaban los mismos cómics y series, por lo que sus charlas hacían los trayectos de ida y vuelta más entretenidos. A veces, incluso tomaban caminos poco concurridos para cantar a dúo canciones de series de animación.

Kikuko había descubierto que existía el trabajo de diseño gráfico gracias a ella. Quiso estudiar Diseño en la facultad de Bellas Artes precisamente para dedicarse a esa profesión, pero ni sus padres ni sus profesores la tomaron en serio. Mizuho fue la única que sí lo hizo. Gracias a su apoyo, decidió asistir a una escuela preparatoria de arte para los exámenes de ingreso y logró entrar en una facultad de Bellas Artes en Tokio.

Mizuho entró en una pública de su ciudad natal y, tras graduarse, consiguió un empleo en Iwato, una de las mejores empresas en el sector de los productos de pescado procesado en la prefectura. El surtido de pastel de pescado *kamaboko* que la madre de Kikuko había enviado a la floristería Kawarazaki a finales de julio era precisamente de esa empresa. Kikuko y Mizuho se habían ido viendo de vez en cuando mientras estaban estudiando en la universidad, pero habían dejado de hacerlo cuando empezaron a trabajar. A pesar

de haberse visto casi a diario en el instituto, llevaba tiempo sin acordarse de su amiga como lo estaba haciendo en ese instante.

«No es momento de ponerse nostálgica», pensó.

—¿Ya estáis? Aún me quedan repartos por hacer —les dijo a las chicas. Tenía que ir al complejo residencial Kirakiragaoka a entregar tres ramos de Hana Tenshi y siete suscripciones de Flower Break.

—¡Sí! —respondieron al unísono, como si lo hubieran practicado.

«Las chicas de hoy en día son más obedientes que yo hace diez años», pensó.

Las que obstaculizaban el paso hacia el coche se apartaron con rapidez. Kikuko se subió a *La vie en rose*, lo puso en marcha y salió a la carretera. A su espalda oyó las voces emocionadas de las chicas y aquello hizo que se sintiera popular, algo que le agradaba pero también le producía algo de vergüenza:

—¡Hasta luego!

—¡Que le vaya bien!

—¡Mucho ánimo!



El complejo residencial al que se dirigía era un hueso duro de roer. Tenía una extensión considerable, por lo que olvidar una entrega y tener que volver atrás suponía un suplicio. Todos los bloques de pisos eran de cuatro plantas y ninguno de ellos contaba con ascensor. Podía caer víctima de la desesperación si subía hasta el último piso y luego se daba cuenta de que se había equivocado de bloque. Si aquello ocurría, era capaz de caer de rodillas allí mismo, agotada del todo. Para no equivocarse, Kikuko siempre comprobaba dos veces el número del edificio y del piso y organizaba el orden de las entregas con minuciosidad.

En ese momento, estaba subiendo las escaleras del bloque 8 norte. Era una suscripción de Flower Break del apartamento 409. En teoría, la forma de las cajas en las que se metían las flores de ese servicio permitía hacer las entregas directamente en los buzones. Sin embargo, los buzones comunitarios de los bloques del Kirakiragaoka eran demasiado pequeños, lo que la obligaba a hacer las entregas en cada puerta.

«Podrían hacer las cajas de un tamaño que cupiese en el buzón», pensó Kikuko. El problema era que, en ese caso, las cajas serían demasiado pequeñas como para que pudieran caber las flores.

Después de casi tres meses repartiendo cinco días a la semana, no era que le resultase pan comido, pero sí menos trabajoso. En el rellano entre el primer y el segundo piso, un hombre que bajaba por las escaleras estuvo a punto de chocar con Kikuko.

—Uy —dijo él.

—Perdón —contestó ella.

Mientras intentaba apartarse, al hombre se le resbaló una bolsa blanca de tela que cayó justo a los pies de Kikuko. Ella se agachó, la recogió y se la devolvió.

—Lo siento.

—No, ha sido culpa mía.

El hombre, de aspecto amable y con gafas, debía de rondar los treinta años. Vestía una camisa de manga corta azul marino y pantalones con muchos bolsillos. Tenía los hombros muy caídos.

«Así, es normal que, con el mínimo roce, se le resbale la bolsa», pensó Kikuko.

—¿La floristería Kawarazaki es la que está enfrente de la estación?

«¿Cómo sabrá el nombre de la floristería?», se preguntó Kikuko. Después, vio cómo el hombre miraba la caja que llevaba ella entre

las manos, donde ponía «Flower Break» y figuraba el nombre de la empresa.

—Así es.

—Solo he ido una vez, el lunes.

Kikuko libraba los lunes, por lo que era normal que no hubieran coincidido.

—Me mudé aquí el sábado pasado y, como tengo el piso muy desangelado, pensé en comprar unas flores.

—¿Para su mujer o su novia? Qué atento.

—Estoy soltero y vivo solo —respondió con una sonrisa tímida, y añadió—: Me gustan las flores.

«Ah, vale. Claro, también hay hombres así», pensó ella.

—Compré tres cardos abadejos.

En japonés, el nombre de la flor se escribía con los caracteres de «lapislázuli», por el aspecto redondo y azulado de sus florecillas. El nombre científico era *Echinops.* Por lo visto, en griego significaba «parecido al erizo». Por la forma de los capullos y las flores, tenía sentido. En la floristería, vendían una variedad de color azul intenso llamada «Bec cheese blue».

—Había tanta variedad que los ojos se me iban de una flor a otra —confesó el hombre—. Al final escogí el cardo abadejo con el cartelito en el que ponía que era la recomendación de la dependienta más joven de la floristería.

Kikuko se sorprendió al saber que había gente que compraba gracias a aquella frase. Aunque, en su caso, lo había comprado para sí mismo, no para la trabajadora de algún bar.

—Entonces, ¿tú eres la dependienta más joven?

—Sí. Me llamo Kimina —asintió, a pesar de que no era necesario que se presentase.

—Demuestras tu buen gusto al recomendar el cardo abadejo.

—Muchas gracias —agradeció, con algo de vergüenza ante un elogio tan directo.

—Ah, sí. Tengo una petición para la floristería, aunque ahora debes de estar liada con el reparto.

—Si es rápido, soy toda oídos.

—Me gustaría encargar cierta flor. ¿Se puede hacer eso?

—Haremos todo lo posible. ¿De qué flor se trata?

El hombre sacó su móvil de la bolsa de tela, tocó la pantalla del dispositivo varias veces y le mostró una imagen.

—Es esta.

En el centro se veía un puñado de florecillas finas agrupadas en vertical. Una fila de pétalos rodeaba a su vez las flores, como si una flor estuviera dentro de otra. Era lo que se conocía como «semidoble», un término que Kikuko había aprendido cuando había empezado a trabajar a tiempo parcial en la floristería Kawarazaki. Al observarla bien, notó que los pétalos exteriores tenían una forma curiosa, pues contaban con varios bultitos.

—Se llama crisantemo con volantes. Parece occidental, pero es una variedad desarrollada a partir de un crisantemo japonés. Hace poco que salió al mercado.

«Ahora que lo dice, sí que parece que tenga volantes alrededor. Al ser blanco, el efecto es más prominente», pensó.

—¿Te importaría mandarme la foto? —preguntó Kikuko mientras sacaba su móvil. Ambos tenían iPhone, por lo que añadió—: ¿Me la puedes pasar por AirDrop?

—¿Qué es eso? —El hombre parpadeó, perplejo.

Tras explicarle amablemente lo que era, obtuvo sin problemas la foto del crisantemo con volantes.

—Hablaré con la encargada, que es quien hace los pedidos. ¿Quieres que contactemos contigo cuando lo tengamos?

—No hace falta que te molestes. Cojo el tren en la estación de Kujiranuma para ir al trabajo, así que me puedo pasar por la floristería a la vuelta.

Kikuko le informó de que cerraban los jueves y de que el horario era hasta las ocho, así como de que ella libraba los lunes.

—Avisaré también a mis compañeros. ¿Me podrías decir tu nombre?

El hombre hurgó en su bolsa de tela. Mientras rebuscaba, estuvo a punto de caérsele de nuevo en varias ocasiones. Al final, sacó una tarjeta de presentación.

—Encantado.

Trabajaba en un sitio de nombre pomposo que empezaba por «Organismo Nacional de Investigación y Desarrollo» y seguía con otros términos como «ciencia», «institución» y otras palabras que Kikuko apenas había usado en su vida. La palabra «investigación» aparecía un total de cinco veces. No obstante, su cargo era más sencillo: «investigador»; se llamaba Akira Ifukube.



Aparcó *La vie en rose* en el garaje, pasó por la entrada del edificio y accedió a la floristería a través del almacén. Eran las cuatro y media pasadas, así que ni Rita ni Mitsuyo, que tenían el turno de la mañana, estaban ya allí. Era Haga quien se había quedado en la tienda, pero en ese momento había dejado el mostrador para atender a alguien. Kikuko se estaba poniendo el delantal que había sacado de debajo de la mesa de trabajo cuando oyó el tono de reproche de la clienta a la que atendía Haga:

—¿Desde cuándo tenéis a esa chica de veinticinco años? Cuando vine a ayudar, ella no estaba, ¿verdad?

Delante de la mujer había unos crisantemos verdes con forma de pompones. Era muy probable que hubiese leído la etiqueta que llevaban.

—Nos echaste una mano el Día de la Madre, ¿no es así, Midori? —contestó Haga—. Kimina no había empezado aún.

«Si la llama por su nombre, no puede ser una clienta. Tiene que ser una conocida de Haga», pensó.

Era más baja que Kikuko y apenas le llegaba a Haga a la altura del pecho. Debía de tener unos veinte años. Llevaba un vestido de manga larga de color verde oliva, una prenda muy común. Sin embargo, cargaba con una mochila enorme, el doble de ancha que sus hombros, que le llegaba desde la nuca hasta las caderas. En tiempos de la facultad de Bellas Artes, Kikuko había visto a muchos estudiantes con ese tipo de mochila. Seguro que llevaba dentro cuadernos de dibujo, lienzos, pinceles, paletas, pintura e incluso un caballete. Solo con eso ya tenía que pesarle mucho, pero, además, llevaba una cámara réflex colgada del cuello.

—¿Cómo es esa tal Kimina?

—Es trabajadora y alegre. Tiene carnet de conducir y ha salido a hacer el reparto.

Kikuko dudó si señalar que ya había vuelto. Haga y Midori le daban la espalda y aún no se habían dado cuenta de que estaba allí.

—No me refiero a eso. ¿Qué aspecto tiene?

—¿Para qué quieres saberlo?

Midori no supo qué contestar. Fue entonces cuando notó la presencia de Kikuko. Haga también volvió la mirada hacia ella.

—Has llegado justo a tiempo. Ella es Kimina.

—Hola —saludó Kikuko.

—¿Qué tal? —respondió Midori.

Kikuko volvió a fijarse en su cara. De facciones marcadas, tenía una nariz bien perfilada y unos labios en su justo equilibrio, ni muy gruesos ni tampoco muy finos.

—Esta es Midori Fukasaku, la hermana de un amigo mío. Estudia pintura al óleo en la facultad de Bellas Artes.

—¿En qué universidad? —preguntó Kikuko.

La respuesta de Midori la cogió por sorpresa.

—Yo estudié Diseño allí.

—Entonces, ¿por qué trabajas a tiempo parcial en una floristería?

El tono irónico de su pregunta desconcertó a Kikuko.

—Pues anda que yo... —intervino Haga—. Soy asistente de investigación en la facultad de Agricultura y con treinta años sigo trabajado aquí.

La risa con la que Haga comentó aquello hizo que el semblante de Midori se tornara incómodo.

—¿Y bien? ¿Cuáles te llevas? Has venido a comprar flores para un dibujo, ¿no?

Midori acabó comprando una *Tricyrtis*, una flor de la familia de las liliáceas que en japonés compartía nombre con el ave llamada cuco chico y se escribía con los caracteres de «planta», «puntos» y «óleo». Las manchas en las flores y las hojas más jóvenes de la *Tricyrtis* se asemejaban a las que tenía el cuco chico en el pecho. Kikuko no pudo evitar pensar que acabaría con los dedos hechos polvo si tuviese que dibujar todos aquellos puntos.

Con apenas clientes en la tienda y algo de tiempo libre, se puso a confeccionar sobre la mesa de trabajo pequeños ramos de flores de quinientos yenes con Haga. Los hacían con flores cortadas sobrantes de otros ramos, para no tirarlas. Como tenían los tallos cortos, absorbían mejor el agua y duraban más. Además, al llevar flores de distintos tipos, resultaban más vistosos. Se trataba de una muy

buena oferta. Mitsuyo lo había comparado con picar la carne sobrante para aprovecharla. Aunque no le faltaba razón, Kikuko pensaba que tampoco hacía falta comparar las flores con la carne.

—Perdón por lo de antes, ¿eh? —se disculpó Haga de pronto—. La chica ha sido un poco impertinente, ¿verdad?

—Los estudiantes de arte son así, y está bien que lo sean.

—¿Tú también lo fuiste?

—Bueno, un poco sí.

Creía ciegamente en su propio talento, por lo que jamás imaginó que fracasaría en su búsqueda de empleo. Así fue como se vino abajo.

—¿Vive en Kujiranuma?

—No, vive en un piso cerca de la facultad de Bellas Artes.

La facultad donde también había estudiado Kikuko se encontraba en un barrio céntrico de Tokio, más tranquilo que los veintitrés distritos principales de la ciudad, pero mucho más animado que Kujiranuma. Lo más seguro es que hubiese varias floristerías próximas a la estación. No era necesario ir hasta Kujiranuma, en el extremo oeste de la ciudad, solo con la intención de comprar flores para un dibujo.

«¿No será que ha venido a ver a Haga?», pensó Kikuko.

No obstante, Haga no era precisamente el tipo de hombre con éxito entre las chicas. Con aire desaliñado y descuidado, siempre tenía cara de sueño, iba despeinado y con la barba mal afeitada. Parecía tener solo dos o tres conjuntos de ropa sencilla que iba alternando. Aunque, según cómo se viese, también recordaba a un gran oso de peluche. De carácter apacible, sociable y fácil de tratar, se llevaba bien con los clientes de la floristería. Para Kikuko, era la persona del sexo opuesto con quien le había resultado más fácil entablar conversación en toda su vida. Los hombres, aun sin

quererlo, tendían a intimidar a las mujeres. En cambio, eso no ocurría con Haga, por muy corpulento y ancho que fuese.

—Has dicho que era hermana de un amigo tuyo, ¿no? ¿Cómo es ese amigo?

—Es un compañero de la universidad. Se llama Makoto y el nombre se escribe con el mismo carácter que se usa para la palabra «honestidad». Fuimos a facultades distintas, pero éramos compañeros del club de escalada.

—¿Te refieres a lo de subir por paredes con salientes?

—Sí, también es eso, pero en nuestro caso escalábamos en su mayoría paredes de roca natural. A veces íbamos los dos solos.

«¿En serio?», pensó Kikuko con incredulidad. Tenía miedo a las alturas, por lo que, para ella, hacer algo así era impensable.

—Cuando Rita se hizo cargo de la floristería, Makoto fue la primera persona que contrató. Estuvo aquí casi tres años. Cuando consiguió trabajo en una gran empresa de semillas, me propuso a mí, que iba a estudiar un máster, que lo reemplazara. Y así hasta hoy.

—¿Aún quedas con él?

—Qué va. Trabajaba en el departamento de ventas internacionales, y, al segundo año, lo mandaron a Estados Unidos. Desde entonces, no lo he vuelto a ver.

—Supongo que suele pasar. Mi mejor amiga del bachillerato vive en mi ciudad natal, así que hace más de dos años que no la veo.

—Deberías quedar con ella —dijo Haga con tal vehemencia que sorprendió a Kikuko, e insistió—: Sin duda, tienes que verla.



Esa noche, un poco antes de las nueve y media, Kikuko llegó a casa y enseguida se dio un baño. Se secó el pelo con el secador, se

tumbó boca arriba en la cama y empezó a leer «La promesa del crisantemo», del libro *Cuentos de lluvia y de luna.*

—Toma esto —le había dicho Mitsuyo, y le había entregado el libro cuando ya se iba a casa. Le había contado que Rita se lo había devuelto—. Rita me ha contado que querías saber más sobre el Festival del Doble Nueve. Léete al menos «La promesa del crisantemo» y luego me cuentas qué te ha parecido.

A Kikuko no le quedó más remedio que leerlo y, cuando al fin lo hizo, logró entender la esencia de la historia.

Hacía mucho tiempo, en la región de Harima, un estudiante llamado Samon Hasebe y su madre vivían en un lugar modesto, la posada de Kako. Un día, Samon rescató a un samurái llamado Soemon Akana, que había caído enfermo. Después de aquello, entablaron amistad y sellaron un pacto de hermandad. Soemon había nacido y crecido en Izumo, donde servía a un señor feudal. En pleno viaje de Soemon a Omi por asuntos personales, se enteró de que habían tomado el castillo por la fuerza y abatido en combate a su señor, por lo que se dispuso a regresar a Izumo. Partió hacia allí de nuevo, pero antes le prometió a Samon que lo visitaría para el Festival del Doble Nueve.

Pasaron los meses y, llegado el día, Soemon no aparecía. Samon fue impacientándose, pero a altas horas de la noche por fin se presentó su amigo. Sin embargo, había algo extraño en él. Fue entonces cuando el propio Soemon confesó ser un espíritu. Tras regresar a Izumo, había sido encarcelado a traición por su primo, que se había aliado con los enemigos de su señor. Para poder cumplir la promesa hecha a Samon, había decidido suicidarse. De esa manera, convertido en espíritu, pudo ir a visitarlo. No obstante, la historia no terminaba ahí: para dar sepultura a Soemon, Samon viajó a Izumo, donde se enfrentó al primo traidor y le dijo que

cargaría con la deshonra de su perfidia. Finalmente, lo mató y se marchó sin dejar rastro.

Kikuko no sabía qué opinión darle a Mitsuyo sobre la historia. No podía decir que le hubiera parecido interesante. Había un fantasma, pero no daba miedo. Lo que sí daba miedo era que Soemon fuese capaz de quitarse la vida solo para cumplir la promesa que le había hecho a su amigo. Y que Samon matase al primo que traicionó a Soemon también daba miedo.

«Serán muy buenos amigos, pero los dos están como cabras», pensó Kikuko. Entonces empezó a pensar a Mizuho Kataoka, su amiga del bachillerato. Recordó que se había quedado a dormir unas cuantas veces en aquel apartamento.

Había sido entre el tercer y el cuarto año de carrera. Mizuho estudiaba en una universidad de su ciudad natal, pero se había presentado a varios procesos de selección de empresas en Tokio. Por mucho que dijera que vivía en la ciudad, en realidad se tardaban cuarenta minutos en tren desde el apartamento de Kikuko hasta el barrio céntrico de Shinjuku. Ambas tenían que madrugar para ir a las entrevistas. Cuando volvían a casa por la noche, se tomaban unas cervezas baratas mientras despotricaban de lo que les había pasado durante el día.

—Si encuentro empleo en Tokio, nos cogemos un piso en el barrio de Shimokitazawa o Kichijoji, así estaremos todos los días juntas como en el instituto —decía siempre Mizuho, uniendo el meñique con el de ella a modo de promesa.

Al final, no encontró trabajo en Tokio y terminó en una empresa local de productos de pescado procesado.

«Deberías quedar con ella. Sin duda, tienes que verla», recordó las palabras de Haga, y pensó: «¿Y si la llamo?».

Miró el reloj del móvil, que marcaba casi las once de la noche. En otros tiempos, la habría llamado a esa hora sin reparo, pero hacía más de dos años que no se veían y no estaba segura de que fuera buena idea. Estaba considerando enviarle un mensaje, pero justo en ese instante le sonó el teléfono.

No se lo podía creer. Era precisamente Mizuho.

—Hola, Kiku. ¿Qué tal? —dijo la inconfundible voz de Mizuho a través del teléfono. Era la misma de siempre.

—Yo bien. ¿Ha pasado algo? ¿Cómo es que me llamas así, de repente?

—Las llamadas son siempre de repente, ¿no? —respondió Mizuho con una risilla—. Hoy me he encontrado a tu madre cuando estaba presentando una degustación de nuevos productos en la sección *gourmet* del centro comercial. He hablado un poco con ella y estaba muy preocupada por ti.

—¿Mi madre? ¿Por mí? —dijo perpleja. No lo entendía. Cuando la había puesto al día a mediados de junio, su madre había aceptado su nuevo trabajo en la floristería sin más, al momento.

—Lamenta que no volvieras a casa ni siquiera durante las vacaciones de agosto. Por eso le dije que te llamaría para preguntarte cómo estabas. La verdad es que yo también tenía ganas de hablar contigo. ¿Es cierto que has dejado el trabajo?

—Sí, pero no he renunciado a ser diseñadora gráfica algún día. Mientras trabajo de florista, busco un empleo donde pueda aprovechar todo lo que aprendí de Diseño en la facultad de Bellas Artes —contestó con resolución.

Lo cierto es que no podía decir que estuviera realmente buscando empleo. En aquellos tres meses, solo había mirado en internet ofertas de trabajo relacionadas con el diseño y poca cosa más. El problema, o más bien la suerte, era que ya había pasado el período

de prueba en la floristería, por lo que le habían subido el sueldo cincuenta yenes más por hora. Eso suponía unos ingresos mensuales superiores a los que ganaba en la antigua empresa. Además, la comida le salía gratis cinco días a la semana, lo cual era de agradecer.

—¡Muy bien! —estalló Mizuho en un grito desde el otro lado del móvil.

Probablemente vivía aún en casa de sus padres, así que estos habían tenido que asustarse.

—De modo que sigues en busca de tu objetivo. Me parece genial, Kiku. ¡Esa es mi amiga! —dijo Mizuho entusiasmada—. He estado todo el día repartiendo degustaciones de *kamaboko* en el centro comercial y, aunque estoy agotada, escuchar tu voz me ha animado.

—Yo también me alegro de haber hablado contigo —respondió Kikuko, a quien le entraron ganas de ver a su amiga en ese mismo instante, aunque sin llegar al extremo de lo que había hecho Soemon.

—Buena suerte con tu sueño de convertirte en diseñadora.

—Tú también, Mizuho. Que te vaya muy bien en el trabajo.



El viernes de la semana siguiente había crisantemos con volantes en el escaparate de la floristería Kawarazaki. Los de la foto que había recibido por AirDrop de Ifukube eran blancos, pero Rita los había conseguido también amarillos y lilas. Los había obtenido a través de un mayorista del mercado de flores, que se los había traído a su vez de un floricultor de la prefectura de Aichi. Tal y como había dicho Ifukube, era un tipo de crisantemo que había comenzado a venderse al público general hacía poco.

La mayoría de los clientes se detenían un buen rato frente a ellos. Sin duda, necesitaban tiempo para digerir la forma que adoptaban los pétalos exteriores. Gracias a aquello, tuvieron más éxito de lo esperado. Quizá publicar la foto en Twitter e Instagram también había tenido algo que ver. Para la noche del domingo, ya se habían agotado.

—Mañana habrá que reponer —indicó Rita despreocupada mientras cerraba la caja al final de la jornada. Estaba encantada con el éxito de los crisantemos con volantes. Después, le preguntó a Kikuko, que barría el suelo—: ¿Habrá venido el chico que te habló de los crisantemos?

—Pues no lo sé. Mientras he estado en la tienda, no lo he visto —contestó Kikuko, que los viernes, sábados y domingos tenía turno de tarde. Salía a repartir con *La vie en rose* a la una del mediodía y no regresaba hasta las cuatro o incluso las cinco, si se le hacía tarde.

—Ya que estamos, me gustaría verlo y darle las gracias. Aparte de tener los hombros caídos, ¿no tiene más rasgos distintivos?

Kikuko se puso a pensar, aunque con pocas esperanzas de recordar algo más. En ese momento, se oyó un grito desde el almacén:

—¡Ay, qué daño! ¡Ayuda!

Cuando Rita y Kikuko llegaron allí, se encontraron a Mitsuyo encogida en el suelo.

—¿Te ha disparado una bruja? —preguntó Rita, a lo que Mitsuyo asintió enérgicamente.

—¿Llamo a una ambulancia? —preguntó Kikuko, sin entender a qué se referían.

—No hace falta llegar a tanto. Es un *Hexenschuss*, que en alemán significa «el disparo de la bruja», pero que se traduce como un simple lumbago —explicó Rita.

Kikuko fue incapaz de asentir. Viendo a Mitsuyo con ese dolor, era difícil calificar aquello de un simple lumbago.

—Te voy a llevar a casa en el monovolumen. Yo te sujeto la cabeza. Kiku, ¿puedes agarrarla por las piernas?



El día siguiente era lunes, por lo que se suponía que Kikuko no trabajaba. Sin embargo, tuvo que reemplazar a Mitsuyo. Su jornada empezó a las ocho de la mañana y terminó a las nueve de la noche, pero no le importó. Al fin y al cabo, por mucho que fuera su día de descanso, no tenía otra cosa que hacer y tampoco le pesaba sabiendo que iba a cobrar las horas.

«Tampoco cambia tanto», pensó Kikuko.

La caja registradora de la floristería Kawarazaki era una tableta con sistema TPV en la que podía consultarse la recaudación diaria. Era 9 de septiembre, el Festival del Doble Nueve, y los crisantemos se habían vendido bien. Sin embargo, en conjunto, las cifras de ventas de la floristería no distaban tanto de las de un lunes cualquiera. Faltaba mucho para que el Día del Crisantemo moviese tanto dinero como el Día de la Madre, si es que algún día llegaba a hacerlo.

No ayudó que lloviese pasadas las cinco de la tarde, pues hubo que meter los crisantemos en la tienda. Además, la lluvia fue arreciando por momentos, por lo que la gente que salía de la estación de Kujiranuma se apresuraba a llegar a casa sin siquiera dirigir la vista a la floristería. A Kikuko le dieron ganas de ponerse fuera para captar clientes, aunque tampoco habría funcionado.

Llevaba media hora sola en la tienda. Rita se había marchado a moderar una reunión de vecinos para debatir la instalación de

cámaras de seguridad en el barrio.

«Vaya», pensó Kikuko al ver que alguien había entrado en la tienda sin que ella se hubiese dado cuenta. Era un hombre de unos setenta y cinco años, pero no era el típico abuelo o viejecillo. Más bien, parecía todo un señor. Tenía la espalda recta y se lo veía en forma. Vestía un traje de buen corte que le sentaba muy bien y desprendía un halo que encarnaba a la perfección los conceptos asociados al crisantemo: nobleza, pureza y dignidad.

Mientras Mitsuyo estuviera de baja por el lumbago, Kikuko debía encargarse también de escribir en la pizarra de la entrada. Para ir a lo seguro, había buscado en internet el significado floral del crisantemo. Por lo visto, variaba según el color: el rojo significaba «te amo»; el blanco, «verdad»; y el amarillo, «amor perdido». También había encontrado dos significados en inglés. Ese día, había decidido escribir uno de ellos.

El señor contemplaba atento cada flor. Las observaba sin dar la impresión de ir a escoger una. Kikuko esperó un poco y luego salió del mostrador de la caja y se detuvo a un lado detrás de él.

—¿Hay alguna flor en particular que le guste?

—Ah, no —contestó el señor sin volverse—. Hay tanta variedad que no sé con cuál quedarme. Se nota que quien las ha elegido tiene buen ojo.

«Ifukube dijo algo parecido», recordó Kikuko.

—Muchas gracias. Bueno, yo no soy quien las compra. Lo hace la encargada.

—¿Esos crisantemos de allí los ha elegido ella también? —preguntó mientras señalaba los crisantemos con volantes. Ese día se habían vendido tantos otra vez que tan solo quedaban dos de color blanco.

—Un cliente nos pidió que los trajéramos.

—Anda —dijo el señor, y le cambió un poco el semblante. Parecía sorprendido—. ¿No será un tal Ifukube, un hombre de unos treinta años con los hombros caídos?

—Así es —confirmó Kikuko, sorprendida a su vez—. ¿Se conocen?

—Somos amigos.

«Para serlo, hay una gran diferencia de edad», pensó Kikuko.

—Fuimos compañeros de laboratorio —contestó él, que parecía haberle leído el pensamiento—. Curiosamente, nos llevábamos muy bien, por lo que enseguida nos hicimos amigos. Formábamos parte del equipo que creó el crisantemo con volantes.

—¿Y cómo se hace eso en un laboratorio? —se aventuró a preguntar ella, sin acabar de procesar lo que le había dicho.

—Nuestro equipo se dedicaba a desarrollar una técnica basada en la inducción de mutaciones mediante haces de iones pesados. Uy, disculpe. Me imagino que con esas palabras es difícil de entender. Se lo explicaré de forma más sencilla: si a los átomos se les arrancan los electrones, se forman iones. Los que pesan más que el helio se denominan iones pesados. Si estos se aceleran a gran velocidad con un acelerador de partículas, se obtiene un haz de iones pesados.

«No es para nada sencillo», pensó Kikuko.

—Cuando se aplica ese haz a una planta, provoca mutaciones que pueden dar lugar a nuevas variedades. Ese es el papel de nuestro equipo. Pero no me malinterprete, no cambia al instante ante nuestros ojos como ocurre en los cómics o en el cine.

«Ah, ¿que no sucede así?», pensó Kikuko, que era justo como lo había imaginado.

—Para empezar, el haz no se aplica directamente a la flor, sino que cortamos los tallos por segmentos, los fijamos en placas transparentes y los irradiamos. A partir de ahí, crecen miles de plántulas que cultivamos en invernaderos. Luego, seleccionamos

aquellas que hayan mutado. Después, verificamos que se mantengan estables a lo largo de varias generaciones. En el caso del crisantemo con volantes, tardamos cinco años en llegar a ese punto y otros cinco en poder comercializarlo —explicó, y contempló con cariño los crisantemos con volantes—. Verlos a la venta en una floristería me conmueve profundamente. La verdad es que trabajé hasta justo antes de comercializarlo. Tuve que dejar el trabajo antes de tiempo por ciertas circunstancias.

—Estos crisantemos han tenido una gran acogida. Los que llegaron el viernes se agotaron el domingo. Esta mañana llegaron más, pero ya solo quedan estos dos.

—Me alegro mucho —rio el señor. A pesar de las arrugas, su sonrisa era como la de un niño—. Bueno, me llevaré estos dos para ponerlos en casa.

Kikuko cogió los dos crisantemos con volantes del cubo. Añadió gipsófilas como cortesía, pues pensó que solo con los crisantemos quedaría un poco soso. Se dispuso a agrupar las flores sobre la mesa de trabajo, igualó la longitud de los tallos, los sujetó con una goma y lo envolvió todo en papel de regalo. Lo importante era no apresurarse. Mitsuyo le había enseñado que era mejor hacerlo bien, aunque le llevase tiempo, que hacerlo mal y con prisas.

Tras cobrarle con su Suica —la tarjeta recargable del tren, también válida para pagar compras—, Kikuko salió del mostrador y le entregó el ramo en mano.

—¿Suele ver a Ifukube? —preguntó él.

—Dijo que vendría a comprar los crisantemos, pero aún no lo ha hecho.

—Estará ocupado en el laboratorio. Además de ser un excelente investigador, es muy buena persona, por eso es incapaz de rechazar cualquier trabajo que le pidan. Perdónele.

—No hay nada que perdonar —rio Kikuko, que acompañó al anciano hasta la puerta. Había dejado de llover, y el cielo se había despejado un poco para dejar ver la luna.

—Bueno, si lo ve, dele recuerdos de mi parte.

—Así lo haré.

Kikuko se despidió con una delicada reverencia. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había olvidado preguntarle el nombre. Alzó rápido la vista, pero ya no había ni rastro de él.

«¿Se ha esfumado? Es imposible. Ha tenido que mezclarse entre la gente que salía de la estación de Kujiranuma y por eso le he perdido la pista», se dijo a sí misma mientras volvía al interior de la floristería.



—Buenos días.

A la mañana siguiente, Kikuko estaba colocando ramas de Eulalia en la entrada, pues faltaban tres días para la luna llena de otoño, cuando apareció Ifukube.

—Lo siento —dijo mientras inclinaba la cabeza—. Me enteré el viernes pasado a través de Twitter de que habían llegado los crisantemos con volantes, pero tenía mucho lío en el trabajo. Me tocó trabajar el fin de semana también y anoche llegué a casa pasadas las once de la noche. Hoy, por fin, he podido tomarme el día libre.

—Se han vendido más de lo que imaginábamos. Ayer nos llegaron más, pero se agotaron en un día.

—¿De verdad? ¡Qué alegría! Siento no haber venido antes, precisamente yo, que los había pedido.

—El viernes que viene nos llegan más. Ven sin falta.

—De acuerdo, vendré a comprarlos seguro. Pero ya que estoy aquí me llevaré otras flores, por supuesto. ¿Ya habéis abierto?

—Sí. Pasa, por favor.

Los martes por la mañana compartía el turno con Mitsuyo, pero, como aún no se había recuperado del lumbago, Kikuko estaba sola. En caso de que vinieran muchos clientes a la vez y no los pudiese atender a todos o si surgía algún problema, llamaría a Rita, que se encontraba en casa, dos pisos más arriba.

—Los crisantemos con volantes son una variedad nueva hecha a partir de una mutación inducida por la exposición a un haz de iones pesados, ¿verdad?

—Así es. En mi época de universitario, entré en el equipo que llevaba ese proyecto. Tardamos diez años en poder comercializarlos. Nunca imaginé que se venderían en las floristerías y que, encima, tendrían tan buena acogida —explicó Ifukube, y después preguntó —: ¿Y cómo sabes lo del haz de iones pesados? ¿Lo has buscado en internet?

—No, anoche me lo contó la persona que compró los dos últimos ejemplares que quedaban. También me dijo que trabajó contigo en el mismo laboratorio y que erais amigos. Me pidió que te diera recuerdos de su parte, pero olvidé preguntarle el nombre.

—¿Quién podrá ser? —se preguntó Ifukube, e inclinó la cabeza a un lado—. No hay nadie del laboratorio que viva por esta zona. ¿Qué aspecto tenía?

—Era un señor que, sin duda, superaba los setenta años. Ah, y al parecer, ya no trabaja en el laboratorio. Dijo que había tenido que dejarlo por ciertas circunstancias cuando ya quedaba muy poco para comercializar los crisantemos.

Kikuko se dio cuenta de que Ifukube le analizaba el rostro con la mirada. No era desconfianza, pero sí incredulidad.

—¿Qué ocurre?

—¿La persona que vino anoche era este hombre?

Ifukube sacó su teléfono, tocó varias veces la pantalla y se la mostró. Era la imagen del señor, en bata blanca y con una sonrisa a cámara.

—Sí, estoy segura. Era él.

—Se trata del profesor Mori. Fue líder del proyecto del crisantemo con volantes. Aunque yo podría ser su nieto, siempre escuchaba mis opiniones. Llevaba trajes bien confeccionados que le quedaban como un guante. Tenía más pinta de aristócrata que de académico. De hecho, corría el rumor de que era de sangre noble.

—Sé a qué te refieres. Tenía un aire de nobleza, pero también se lo veía amable y era fácil tratar con él.

—Kimina, ¿tú ves fantasmas?

«¿A qué viene eso?», se sorprendió ella.

—No, claro que no.

—¿Y no has visto nunca nada parecido a uno?

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

—El profesor Mori falleció a finales del año pasado de una gripe que derivó en neumonía. Avanzó con tanta rapidez que resultó fulminante.

Kikuko no daba crédito a sus oídos. Ifukube mantenía el semblante serio e incluso se había puesto un poco pálido.

—La foto que te he enseñado se hizo justo antes de que contrajera la gripe. Es de una cena que hicimos para celebrar el fin de año. Jamás imaginé que sería su última foto.

—Un... Un momento. La persona que vi ayer tenía piernas y no era translúcida. Encima, me pagó con una tarjeta recargable del tren.

«Pero apareció de pronto y desapareció de igual forma. ¿Un fantasma en el Festival del Doble Nueve? ¿Acaso no es lo mismo que ocurre en "La promesa del crisantemo"?», pensó Kikuko, que no entendía por qué se le había aparecido a ella.

—A lo mejor el crisantemo con volantes fue lo que lo atrajo —murmuró él.

«Podría ser. O tal vez pretendía encontrarse con Ifukube, que se suponía que vendría a comprar aquí», razonó Kikuko.

Fue entonces cuando bajó la mirada. En la pizarra donde el día anterior había escrito el significado floral del crisantemo, seguía puesta una frase en inglés:

You're a wonderful friend.



Eres un amigo maravilloso.

CAPÍTULO 4

ROSA DE NAVIDAD



—¡Dale fuerte, Chihiro!

—¡Tú puedes, Chihiro!

Chihiro Mabuchi se encontraba sobre el cajón de bateo. A lo largo del partido, y tras lograr batear en cada turno, había demostrado ser un valor seguro para el equipo. La expectativa de golpear la bola una vez más se intensificaba, y los ánimos y el fervor en las gradas iba en aumento.

Se dibujaban en el aire nubes blancas procedentes del aliento de las jugadoras y del público. Era el tercer domingo de diciembre. El cielo estaba encapotado desde buena mañana, y las bajas temperaturas hacían pensar que en cualquier momento podía nevar. Animar era la única forma de evitar que el frío calase hasta los huesos.

El partido se jugaba en el campo de béisbol de Yumenoshima, en el distrito tokiota de Koto. Era la final del campeonato metropolitano de sóftbol femenino de secundaria, entre el Kirakiragaoka Sunshines y el Koganei Kingfishers. El partido había empezado a las nueve de la mañana y llevaban una hora y media de juego.

Los domingos, Kikuko tenía turno de tarde, por lo que solía entrar a trabajar a mediodía. Sin embargo, ese día había pedido permiso a Rita para no entrar hasta las dos.

—¡Vamos, Chihiro! —gritó como no lo había hecho en mucho tiempo.

Solo eso ya le levantaba el ánimo, después de un par de días triste. Había planeado regresar a casa por las vacaciones de Año Nuevo y quedar con Mizuho, su amiga del instituto. Sin embargo, había recibido una llamada suya dos noches antes en la que le

contaba que tenía que ir a Kyushu diez días por un viaje de trabajo. Por lo visto, su jefe directo se había fracturado el brazo derecho tras una caída en la nieve, de modo que le tocaba a ella lidiar con su trabajo.

—Lo siento, Kiku. Prometo compensártelo —se disculpó.

—No te preocupes, Mizuho. Son cosas del curro.

Kikuko hizo un esfuerzo en alegrarse por su amiga, pues significaba que le iba bien en el trabajo. Aun así, le sabía mal no poder verla.

—Kikuko... —la llamó la profesora Mabuchi, que estaba sentada a su lado.

La mujer vivía en Kujiranuma, impartía clases de ikebana y era la abuela de Chihiro. Como era habitual, vestía un kimono, pero ese día llevaba también un abrigo gris parecido a un poncho. Con la mano derecha sostenía una cámara de vídeo para inmortalizar la portentosa figura de su nieta. Pero, por alguna razón, se la quería dar a Kikuko.

—¿Puedes grabar a mi nieta por mí?

—¿No se encuentra bien? —preguntó, al observar que no tenía buena cara.

—Se me corta la respiración por los nervios de ver a Chihiro.

—No se preocupe —contestó a modo de aceptación.

Kikuko no sentía ningún interés por el béisbol. Apenas entendía las reglas, pero sabía que, con dos *outs* en la última entrada y a un punto de distancia, ganarían si lograban dos puntos, pero perderían si Chihiro quedaba eliminada. La bateadora anterior, que había logrado lo que llamaban un golpe entre la segunda y tercera base, se encontraba colocada en la primera.

Con la cámara en las manos, enfocó a la nieta de la profesora. Tenía el rostro tenso; los nervios la delataban.

«Es normal que, viendo a su nieta así, se ponga mala», pensó Kikuko, con el pulso acelerado.

La profesora Mabuchi juntó las manos a modo de rezo.

—¡*Strike*!

Chihiro falló el primer intento de golpear la bola.

—¡Chihiro, estás demasiado tensa! ¡Relájate, relájate! —se oyó gritar a Nishi desde atrás. Nishi era la amiga que había tenido que dejar el equipo del Kirakiragaoka Sunshines cuando se había mudado a finales del primer trimestre.

Kikuko se había enterado de que había llegado a Tokio la noche anterior en tren bala expresamente para animar a Chihiro. Se había quedado a dormir en su casa. Menuda y de tez blanca, Nishi era una chica adorable que parecía tener poco que ver con el béisbol o el deporte en general. A través de la cámara, Kikuko pudo ver que Chihiro relajaba ligeramente el gesto.

La jugadora rival procedió con el segundo lanzamiento. Chihiro cerró los codos con fuerza e hizo un movimiento completo con el bate. En ese instante, se oyó el golpe seco de la bola. Tanto las jugadoras en el campo como los espectadores en las gradas alzaron la vista al mismo punto en el cielo durante unos segundos.



—Pensaba que nunca tendría nada que ver con este deporte. Hasta hoy, jamás había ido a un partido ni tampoco lo había visto por televisión. Ahora, resulta que mi nieta juega al béisbol. Nunca sabemos lo que nos deparará la vida —murmuró la profesora Mabuchi mientras miraba la pantalla de su cámara de vídeo.

Kikuko se le sumó. Por la pequeña pantalla se veía a Chihiro con una sonrisa de oreja a oreja, corriendo con los brazos en alto. Daba

la vuelta al campo tras realizar el último *home run* del partido y remontar el resultado.

En el tren de camino a casa, Kikuko y la profesora Mabuchi se sentaron juntas. De pie, a su derecha, Chihiro y Nishi estaban absortas en una conversación. Udagawa también estaba allí, aferrado a un asa colgante del vagón, un poco separado de ellas. Distraído, contemplaba el paisaje por la ventana.

—Qué bien que te haya pedido que grabases tú. Te ha quedado muy bien. Gracias.

—No, qué va. Aunque me alegro de haber podido ayudar.

El vídeo terminaba cuando Chihiro pisaba el plato de *home* y sus compañeras de equipo la recibían.

—¿Por qué no ha venido la madre de Chihiro? —preguntó Kikuko refiriéndose a Momoka, la hija de la profesora Mabuchi.

Eran muchas las veces que la había visto pasar por delante de la floristería Kawarazaki. Fue Mitsuyo quien le dijo que se trataba de la hija de la profesora. Ataviada con un traje de chaqueta y pantalón, y con paso decidido, era la viva imagen de una mujer segura de sí misma.

—Nunca va a sus partidos.

—¿Ni una sola vez?

—Suele estar ocupada y trabaja muchos festivos —explicó la profesora mientras guardaba la cámara de vídeo en su funda.

Le contó que, a pesar de que su nombre se escribía con el carácter de «flor», lejos de seguir los pasos de su madre, había acabado trabajando para Kakitsubata, un fabricante de artículos de papelería. Tenía cuarenta y dos años.

—En la familia nunca hemos sido buenos deportistas. Así que nos llevamos una buena sorpresa cuando Chihiro dijo que iba a entrar en el equipo de béisbol. Tampoco nos esperábamos que le fuera a ir tan

bien. Ha tenido que salir a su padre. Ya te conté que mi hija se divorció de él hace diez años, ¿no?

—Sí, sí.

—El padre de Chihiro era un gran deportista. Con don de gentes, se llevaba bien con todo el mundo. Como se diría ahora: un buen chico con excelentes habilidades comunicativas. Estaba muy bien valorado en la empresa y, al parecer, no le iba nada mal en el departamento de ventas. Sin embargo, en casa era un canalla de mucho cuidado.

Kikuko no se esperaba oír salir esas palabras de la boca de aquella elegante anciana ataviada con un kimono.

—Obligó a Momoka a dejar su trabajo, pues decía que su deber era ser una mujer tan ideal como él y que tenía que hacerse ama de casa para realizar las tareas domésticas a la perfección. Si no limpiaba, lavaba la ropa, cocinaba y hacía las demás tareas como él quería, se lo recriminaba. Incluso le llegó a poner la mano encima.

«Sin duda, un canalla de mucho cuidado», pensó Kikuko, dándole la razón.

—Cuando me enteré, no me podía aguantar y quise decirle cuatro cosas, pero mi hija me detuvo entre sollozos. Me advirtió que, si lo hacía, las cosas se complicarían aún más y que ella podría soportarlo, pero que sentía pena por Chihiro —le contó la profesora —. Al final, antes de que mi nieta cumpliera los cuatro años, se divorció y las dos se vinieron a vivir a casa. Los conflictos con el exmarido siguieron durante un año y medio. Supuse que habría escarmentado con los hombres, pero hace un par de semanas dijo que nos quería presentar a alguien. A los partidos de Chihiro no va, pero no le ha faltado tiempo para buscarse a otro. Mi nieta dice que se alegra por su madre. Fíjate, qué buena chica es.

Kikuko lo sabía bien, pues en su día Chihiro había ido a pedirle ayuda para mediar entre su amiga Nishi y Udagawa.

—En casa, todos los años celebramos juntas la Nochebuena en Mifune. Este año, el novio de Momoka también vendrá a la cena.

Mifune era un restaurante italiano de lujo situado en una mansión que había estado prácticamente en ruinas y que ahora habían reformado. Se alzaba en medio de un barrio residencial especialmente tranquilo, incluso para ser en Kujiranuma. Para hacerse una idea de hasta qué punto era lujoso, bastaba con ver el menú de degustación del chef. Suponía la mitad del gasto en comidas de Kikuko al mes, por lo que no tenía, ni por asomo, el valor de gastarse aquello en una noche.

—Ah, por cierto, ¿te puedo encargar las flores para el arreglo floral del restaurante?

—No hay ningún problema. Dígame cuáles quiere y le mando un mensaje a Rita.

—Bayas de enebro, ramas de árbol de sebo y caquis de princesa.

—Un momento, por favor.

A Kikuko le costó trabajo escribir aquellos nombres que no había oído antes. Tras pedirle a la profesora que se los repitiera, le mandó a Rita el mensaje.

El servicio de arreglos florales *in situ* estaba diseñado para oficinas, tiendas, hoteles, hospitales, locales de eventos y viviendas particulares. Consistía en llevar las flores y realizar el arreglo directamente en el lugar. La floristería Kawarazaki, aunque vendía ramos y arreglos florales de pie en la tienda, no ofrecía el servicio de montar el arreglo en el jarrón que eligiera el cliente.

Años atrás, cuando se había inaugurado el restaurante, el señor Mifune, que era el chef y dueño del negocio, había ido a la floristería

Kawarazaki a contratar un arreglo floral en su local. Con tal de no negárselo, Rita optó por presentarle a la profesora Mabuchi.

«Vale. ¿Cómo ha ido el partido?», contestó Rita por mensaje de texto en menos de un minuto.

«Ha ganado el Kirakiragaoka Sunshines», le respondió Kikuko.

—¡Jo! La siguiente parada es la estación de Tokio. Hay tantas cosas que me quedan por contarte... —se quejó Chihiro a Nishi.

—A mí también.

Ambas hablaban en tono teatral, sin duda para tomarse la despedida con humor y evitar ponerse tristes. Al margen, Udagawa se limitaba a observarlas. Aquella estampa hizo que Kikuko sintiese lástima por él, pero era algo inevitable: en la amistad entre mujeres, los hombres no tenían cabida.



—¡Mira, mamá, qué rojo está todo! —gritó Ran nada más entrar.

Era un niño de seis años que solía ir a la floristería Kawarazaki. Y no le faltaba razón, ya que, además de las macetas y los tallos de flor de Pascua, tan típica de esas fechas, el lugar estaba abarrotado de flores rojas: rosas, ciclámenes, camelias japonesas y de Navidad, escarlatas, brezos y campanas de Navidad. Por eso, todo se veía teñido de rojo, incluso desde la estación de Kujiranuma y la rotonda. Tras el éxito de ventas que habían experimentado en verano cuando tiñeron la floristería de amarillo con los girasoles, decidieron apostar por el rojo en diciembre con motivo de la época navideña.

Era el tercer miércoles de diciembre y faltaba una semana para Navidad. A pesar de ser entre semana y antes del mediodía, había seis o siete clientes. Haga estaba en la caja, Mitsuyo se encargaba de atender a los clientes y Kikuko confeccionaba un ramo en la mesa

de trabajo. Rita, que ese día tenía turno de tarde, estaba aún durmiendo en casa.

Kikuko confeccionaba un ramo de cosecha propia, en el que combinaba col rizada ornamental de color rojo púrpura con rosas rojas. Para rematar, añadía unas hojas de oreja de conejo. El resultado empezaba a ser bueno. Una mujer de unos cincuenta años, que se quejaba del ambiente apagado de su oficina, le había pedido a Kikuko que, siendo una joven con buen gusto, eligiera unas flores por valor de dos mil yenes para decorar su lugar de trabajo. La mujer, que vestía un traje y una gabardina por encima, tenía una reunión de negocios en Kujiranuma, así que le había dicho que volvería en una hora. En un pósit amarillo había dejado también escrito su apellido, «Tanaka», y un número de móvil, y había pagado el importe antes de salir.

Kikuko lo prefería así, pues si la clienta hubiese estado a su lado mientras confeccionaba el ramo, se habría puesto nerviosa, sus manos habrían empezado a temblar y era probable que no le hubiese quedado bien.



Mientras trabajaba en el encargo, se fijó en lo ásperas que tenía las manos. Con la llegada del frío invierno, las tareas que requerían el uso del agua se le hacían realmente duras. Por supuesto, usaba guantes de goma cuando limpiaba cubos y barreños, pero, aun así, las manos se le agrietaban y le salían heridas y marcas rojas. Había probado con una pomada que Rita y Mitsuyo le recomendaron aplicarse antes de dormir, pero ni rellenando los guantes con ella había logrado solucionarlo. A pesar de todo, aquello era mejor que las heridas emocionales que sufría en su antigua empresa.

—¡Mamá, las he encontrado! —se oyó decir a Ran más cerca que antes. Se quedó de pie justo enfrente, al otro lado de la mesa de trabajo, señalando el ramo en el que Kikuko trabajaba—. Esa flor es la recomendación de hoy, ¿verdad? Se llama col rizada ornamental púrpura. La he visto en Instagram con el móvil de mamá.

Kikuko llevaba las cuentas de Twitter e Instagram de la floristería Kawarazaki. Casi todos los días publicaba fotos con el móvil de ramos y arreglos de las flores que habían llegado nuevas a la tienda y también se encargaba de elegir la recomendación del día.

—Ran, deja de molestar. ¿No ves que está trabajando? —lo amonestó la madre, que estaba de pie detrás de él.

La mujer tendría unos treinta años. Kikuko calculó que había tenido que ser madre cuando tenía su misma edad, lo que la hizo imaginarse como una corredora lenta a la que le han sacado una vuelta.

—Mira, mamá. La col rizada ornamental púrpura es más chula en persona que en el móvil.

—Está bien, te compraré una.

—¡Yupi! —estalló el niño de alegría, con los brazos en alto y dando vueltas—. ¡Qué bonita es la col rizada ornamental, qué bonita es! —arrancó a cantar.

La ternura del niño provocó la risa de todos los allí presentes.

—Qué vergüenza... Para ya —lo regañó la madre mientras se aguantaba también la risa—. Perdón por el alboroto.

—Las coles rizadas ornamentales se han puesto muy contentas con la canción de Ran —dijo Mitsuyo desde detrás de la caja—. Kiku, ya has terminado con el ramo, ¿verdad? ¿Por qué no llevas a Ran donde están todas las demás?

—De acuerdo.

—¡Qué bonita es la col rizada ornamental, qué bonita es! —siguió el niño con su canción.

Parecía pasárselo en grande y animó a Kikuko hasta tal punto que le entraron ganas de cantar con él.

—Lo que parecen flores son en realidad hojas, ¿verdad? —apuntó Ran, con la nariz pegada en las coles rizadas ornamentales que estaban distribuidas, por colores, en diferentes cubos. Además de rojo púrpura, las había blancas y rosas.

—¡Sabes un montón!

—Mamá me leyó la guía de las flores.

En japonés, la col rizada ornamental se escribía con los caracteres de «hoja» y «peonía», pues sus hojas se asemejaban a esa flor. Aunque provenía de Europa, se cultivaba en Japón desde el siglo XVIII, en el período Edo, y se utilizaba como sustituto de la peonía para decorar en Año Nuevo. La auténtica florecía a principios de la primavera. Al ser de la familia de las brasicáceas, le salían flores amarillas parecidas a la flor de nabo. Aunque las coles rizadas ornamentales solían tener la imagen de planta de maceta, Rita las había encargado cortadas. Estas tenían el tallo más fino que las de maceta y sus hojas se parecían más a las rosas que a las peonías. A pesar de lo bonitas y adorables que eran, no estaban teniendo mucho éxito, quizá por estar rodeadas de tanta flor roja, de ahí que Kikuko les hubiera colocado la tarjeta de la recomendación del día. Que un niño tan pequeño se hubiese fijado la llenó de júbilo.

—¿Cortamos las ramas y las ponemos en un ramo para que Ran las pueda llevar? —preguntó a su madre mientras cogía una flor de cada color.

—Si puede ser, te lo agradezco. Por cierto, ¿aún se pueden encargar las coronas de Navidad hechas con flores frescas que publicasteis en Instagram?

—Por supuesto. ¿De qué tamaño la quiere?

—De veinticinco centímetros, por favor.

Las coronas de Navidad solían estar hechas de flores artificiales o secas. Sin embargo, en la floristería Kawarazaki las hacían con flores frescas. Las había de tres medidas: veinticinco, treinta y cuarenta centímetros; y costaban tres mil quinientos, cinco mil y siete mil yenes, respectivamente. Solo hacían treinta de cada y se tenían que pedir por encargo. Con todo el personal trabajando en ellas, era lo máximo que podían hacer. Había clientes que las esperaban con ilusión cada año. Faltaba una semana para Navidad y ya quedaban muy pocas.

—¿Para cuándo la quiere?

—Para el día 21.

—¿Vendrá a buscarla o prefiere que se la llevemos a casa? El envío tiene un coste adicional de trescientos yenes.

—No, vendré a buscarla.

—De acuerdo.

—¡De acuerdo! —imitó Ran—. Estoy practicando para ser florista.



Como si se hubieran coordinado para alternarse, la señora Tanaka regresó a la tienda justo después de que Kikuko se despidiese de Ran y de su madre; el niño daba saltos con el pequeño ramo de coles rizadas ornamentales.

—Uy, es precioso. Incluso sin saber nada de flores, me doy cuenta de la calidad —dejó escapar la mujer con asombro cuando le entregaron el ramo compuesto de rosas y coles rizadas ornamentales.

Aunque algo exagerada, tampoco sonaba a que su reacción fuera del todo falsa, por lo que Kikuko respondió complacida:

—Muchas gracias.

—Por aquí hay una maestra de las flores apellidada Mabuchi, ¿verdad?

—¿La conoce?

—Conozco a su hija. Bueno, si me oyera, se enfadaría conmigo —rio—. Está en una empresa con la que trabajamos y es cien veces mejor que yo en lo suyo. Hay que destacar que ha logrado un ascenso poco común para ser mujer y ahora es nada menos que jefa de departamento. Se rumorea que igual vuelve a casarse. ¿La ha visto pasear con alguien cogida de la mano por aquí?

—La verdad es que no, pero, por lo que me contó la profesora Mabuchi, en Nochebuena su hija hará las presentaciones.

—¿Va a llevar a su novio a casa?

—Cenarán en Mifune, un restaurante italiano. La familia de la profesora cena siempre allí en Nochebuena.

«Vaya, no debería haberme puesto a cotillear sobre la vida de otra clienta», se arrepintió Kikuko, demasiado tarde.

—Supongo que se casará el año que viene, entonces —aventuró Tanaka con una leve risa—. Me viene muy bien saberlo. Este tipo de información luego me puede ser útil. Gracias.



Era miércoles. En principio, a Kikuko le tocaba hacer el turno de mañana, pero había trabajado todo el día. A la una, había salido dos horas a hacer repartos. De regreso, se había metido en el almacén a hacer coronas de Navidad hasta la hora de cerrar.

—¿Te apetece ir a tomar algo? —le propuso Rita cuando se disponía a volver a casa. Kikuko estaba agotada después de la larga jornada, pero tampoco tenía otra cosa que hacer. Además, cerraban al día siguiente, así que aceptó de inmediato.

En la empresa anterior, donde había trabajado hasta hacía casi medio año, a menudo tenía que salir de copas con sus compañeros o con clientes. Como mínimo, una vez por semana y, en los peores casos, hasta cinco. Si se le ocurría rechazar una invitación, primero tenía que soportar un sermón, luego la obligaban a ir y en el bar volvía a recibir otra reprimenda. Al ser la empleada más joven, y mujer, tenía que estar más pendiente que nadie de si alguien tenía la copa vacía para llenársela o repartir a partes iguales la comida que había en la mesa. Pero la cosa no acababa ahí: era normal que los hombres le rozasen el hombro, la agarrasen de la mano o le tocasen el muslo. No era raro que alguno se sobrepasase aún más. El más reincidente de todos era el asistente. En la oficina lo llamaban «el rey del acoso» e incluso a veces él mismo utilizaba ese apodo. Parecía mentira que, con lo horrible que era la empresa, Kikuko hubiese sido capaz de aguantar allí más de dos años, y, encima, con aquel superior.

En contraste, el personal de la floristería Kawarazaki no solía salir de copas por la noche. No había ido nunca a beber algo ni a comer fuera con Haga o Mitsuyo. Solo había salido una vez, y fue con Rita, cuando se habían conocido en aquel restaurante, pero a Kikuko aquello le había sabido a poco.

Se dirigió con ella a la zona de bares que quedaba detrás de la sala de máquinas tragaperras. Kikuko había hecho repartos por la zona de vez en cuando, casi siempre al mediodía, por lo que apenas había pasado por allí de noche. Las luces de los adornos brillaban de tal manera que la deslumbraban.

—Ya sabes que los negocios de por aquí nos compran flores, ¿no? Por eso me paso a veces a tomar algo. Según me han contado, mi abuelo iba de bar en bar cada noche —comentó Rita.

Al cabo de poco rato, se detuvo enfrente de un local. En la pared de la fachada había un cartel luminoso en el que ponía: «Bar La Indiferencia».

—Dices que la dueña se llama Hitomi, ¿no? —quiso confirmar Kikuko.

—Eso es —respondió Rita mientras abría la puerta del local.

La campanilla de la puerta tintineó y, al instante, se oyó la voz alegre de Hitomi.

—¡Bienvenidas! ¡Qué sorpresa, Rita! Veo que has traído a Kiku.

El bar La Indiferencia era un pequeño local de poco más de dieciséis metros cuadrados y apenas contaba con una barra y seis asientos. Cuando llegaron, no había ningún otro cliente.

—Siento no haber venido antes.

—No pasa nada. Me alegro de volver a verte. Y, además, habéis venido en el momento oportuno. Hasta hace solo diez minutos, estaban los abuelos del club de go. Me tenían harta, no paraban de desafinar. Venga, va, sentaos. ¿Os pongo primero una cerveza a las dos?

—¿Te parece bien? —le preguntó Rita a Kikuko.

—Sí —contestó esta cuando Hitomi ya había colocado frente a ellas dos posavasos con sus vasos encima. Sacó dos botellines de cerveza de la nevera, les quitó la chapa y les llenó a ambas los vasos hasta arriba.

Hitomi había trabajado durante mucho tiempo en un club del barrio rojo de Kabukicho. A mediados de la treintena, sintió que había llegado a su límite y hacía casi ocho años que había regresado a su barrio de Kujiranuma y abierto su propio local.

Una maceta de *Erica formosa* adornaba el fondo de la barra. Era la que Kikuko le había traído el viernes de la semana anterior. Medía unos treinta centímetros de alto y tenía forma de cono. La planta estaba cubierta de pequeñas flores blancas, similares a lirios de los valles, que le daban un aspecto nevado. Sin duda, era perfecta para la Navidad, y, de hecho, había sido cultivada por un viverista para que floreciese justo en esa época del año. En caso de cuidarla en casa, echaría las flores en primavera, hecho sobre el que informaban a los clientes antes de venderla. Por supuesto, Hitomi no había sido una excepción.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Rita con el vaso en alto—. ¿Qué te parece por habernos conocido?

«Es verdad. Si no hubiese aparecido Rita en el restaurante hace casi medio año, es posible que todavía siguiera trabajando en aquella maldita empresa», pensó Kikuko.

—Me parece bien —asintió, y, con un ligero golpe, chocó su vaso con el de Rita y ambas bebieron. Rita se lo tomó todo de golpe.

Mientras Hitomi le llenaba el vaso vacío, preguntó:

—¿Qué tal está la profesora Kagawa? Tuvo lumbago a principios de septiembre, ¿verdad? —Se refería a Mitsuyo, de quien había sido alumna. De hecho, había sido su tutora durante los últimos tres años de instituto. En aquella época, aún no se había casado y se apellidaba Kagawa.

—De momento va bien —contestó Rita—, aunque es difícil prevenir el lumbago. Dicen que puede dar no solo al cargar peso, sino también al incorporarse, darse la vuelta en una silla, toser o estornudar.

—Qué decepción se llevarían sus admiradores si supieran que tiene lumbago. En su época, era bella y esbelta. Como suele decirse, la chica ideal. Habrá engordado diez kilos... ¿Qué digo yo? Veinte

kilos, por lo menos. La próxima vez os traigo el álbum de mi graduación para que la veáis. La adoraban tanto los chicos como las chicas —dijo con la mirada perdida en la distancia. Con toda seguridad, estaba recordando sus tiempos en el instituto—. Yo era mala estudiante, por eso recibía clases de refuerzo. Por entonces, la profesora Kagawa nos enseñaba tankas y haikus sobre el amor que iban desde la época del clásico *Manyoshu*, la colección de poesía japonesa más antigua que existe, hasta la actualidad. Con aquella voz fresca que la caracterizaba, nos explicó que, por mucho que cambiasen los tiempos, lo que una persona sentía por otra no cambiaba. Sus palabras me calaron profundamente —dijo emocionada, y añadió—: Rita, te he contado de dónde viene el nombre del bar, ¿verdad?

—Yo no lo sé. ¿Me lo explicas? —pidió Kikuko, que se había propuesto buscar el significado de aquel nombre tan curioso en internet, pero todavía no lo había hecho.

—La profesora Kagawa nos enseñó una pequeña canción popular de moda desde el período Azuchi-Momoyama hasta comienzos del período Edo, entre finales del siglo XVI y principios del XVII, que decía: «Aun aquellos que fingen indiferencia y muestran semblante frío caen rendidos al amor». Significa que incluso quienes hacen como que no les importa y se muestran impasibles pueden enamorarse de manera inesperada. De ahí cogí el nombre. Cuando iba a abrir el local, se lo conté a la profesora. Se alegró de que lo recordara y me alabó por ello —explicó, visiblemente contenta.

Debía superar los cuarenta, pero su rostro se volvió puro e inocente como el de una estudiante de instituto.

—Igual que en la canción, esperaba que algún hombre de mirada fría me encontrase y se enamorase de mí, pero ya me he cansado

de esperar —rio Hitomi—. ¿Qué te pongo, Rita? ¿Otra cerveza o prefieres la botella de licor de boniato que te tengo guardada?

—Ponme el licor de boniato con hielo. ¿Tú qué quieres, Kiku?

—Lo mismo —contestó—. ¿Cómo creéis que se enamoró y se casó Mitsuyo?

Kikuko había visto al marido de Mitsuyo tan solo una vez: el día del lumbago, cuando la llevaron a su casa y se saludaron.

—Era un simple amigo de toda la vida —contestó Hitomi mientras agarraba una botella de licor de boniato de las que había en el estante de detrás—. Uno vivía en el segundo piso y otro en el tercero del mismo bloque del Kirakiragaoka. Fueron a la misma escuela primaria y parte de la secundaria. El bachillerato lo estudiaron en institutos distintos, por lo que tan solo coincidían en las escaleras del bloque. Cuando fueron a la universidad, aún se veían menos, y ya cuando empezaron a trabajar el contacto se volvió prácticamente nulo.

—Entonces, ¿cuándo y cómo empezaron a salir juntos? —preguntó Kikuko.

Hitomi parecía estar esperando aquella pregunta, así que, en cuanto les llenó los vasos de licor de boniato, respondió con calma:

—El segundo año que la profesora Kagawa llevaba dando clases, se lo encontró de improviso en el instituto.

—¿Por qué? —preguntó Kikuko.

—En vez de hacer tantas preguntas, piensa un poco —intervino Rita en tono burlón; al parecer, conocía la respuesta.

—¿Porque también era profesor y lo habían destinado allí?

—¡Incorrecto! —contestó Hitomi como si se tratase de un concurso.

—¿Porque era el entrenador de algún club deportivo del instituto?

—¡Incorrecto! —se unió Rita al unísono.

—Dadme una pista.

—El marido fue por trabajo —dijo Hitomi.

—¿Fue a vender libros de texto o algo así?

—No vas mal encaminada, Kiku —ayudó Rita.

—Lo de vender es correcto, pero no eran objetos.

—Si no vendía objetos, ¿se trataba de eventos?

—Estás a punto de adivinarlo. ¡Tú puedes, Kiku! —la animó Rita.

«¿Jornadas deportivas o culturales? ¿Qué más eventos hay?», se preguntó Kikuko.

—¿Viajes de fin de curso?

—¡Correcto! —exclamó Hitomi, e hizo sonar una bocina dos veces.

«¿De dónde diablos la habrá sacado?», pensó Kikuko, sorprendida.

—El marido trabajaba en una agencia de viajes y estaba a cargo de los viajes de fin de curso de nuestro instituto. Acompañaba a su jefe a una reunión en la que estaba la profesora Kagawa. Después de aquel encuentro predestinado, salieron juntos durante tres años hasta que felizmente se unieron en matrimonio.

Según Hitomi, había sido durante las vacaciones de primavera del año en que había terminado el instituto. Después de la boda, se habían mudado del Kirakiragaoka a un piso de nueva construcción detrás de la calle comercial de Kujiranuma y seguían allí desde entonces.

—Tres años después tuvieron un hijo y, para dedicarse por completo a su crianza, ella dejó el trabajo de docente. La verdad, fue una lástima, porque no había nadie que enseñase mejor que ella.

—Empezó a trabajar en la floristería Kawarazaki cuando su hijo comenzó la primaria y ya no necesitaba tantos cuidados. ¿Por qué no volvió a dar clases? —preguntó Kikuko.

—Seguramente quiso y no pudo —contestó Rita a la ingenua pregunta que había planteado—. Al poco de que naciera el niño, su suegra sufrió un ictus y, aunque sobrevivió, perdió toda movilidad. Además, su suegro era incapaz de realizar cualquier tarea doméstica. Tuvo que desplazarse al Kirakiragaoka, dejar a su hijo al cuidado de los abuelos e ir a casa de los suegros a cuidar de la mujer y de la casa.

—¿Por qué tuvo que encargarse Mitsuyo de la casa de sus suegros? ¿No os parece raro?

—Tienes toda la razón, pero contratar a una empresa para que se ocupe de algo así es muy costoso. Fue ella quien se ofreció voluntariamente. Estuvo casi tres años atendiendo a su suegra y, tras acompañarla en sus últimos momentos, apenas tuvo un respiro antes de que su suegro empezase a desarrollar demencia. Lo cuidó hasta que su estado de salud se deterioró tanto que no quedó más remedio que gestionar su ingreso en una residencia especializada en cuidados intensivos para personas de la tercera edad. Cuando su hijo entró en primaria, esperaba la oportunidad de volver a impartir clases. Empezó a trabajar a media jornada para ayudar con la economía familiar, pero entonces fue su propio padre el que sufrió un infarto. Él quiso recibir los cuidados en casa, pero, en menos de seis meses, su madre se vino abajo por agotamiento. Al final, y muy a su pesar, Mitsuyo se vio obligada a hacerse cargo de los dos.

—Supongo que los padres de la profesora Kagawa ya han fallecido, ¿no? —preguntó Hitomi.

—Esta primavera se cumplieron siete años de la muerte de su padre y tres años de la de su madre. De hecho, cuando me quedé con la floristería, Mitsuyo estaba al cuidado de los dos y fue la época más dura para ella. A pesar de ello, fui tan egoísta como para insistirle una y otra vez en que me enseñase el oficio de florista. Al

cabo de bastante tiempo, le pedí perdón de mil maneras, y ella le quitó hierro al asunto. Simplemente se reía. Si bien no pudo volver a ser profesora por sus suegros y sus padres, parte de la culpa también es mía. Cada vez que lo pienso, me siento fatal.

—No te fustigues. Que Mitsuyo no haya podido volver a ser profesora no es culpa de nadie —dijo Kikuko, sorprendida por su propio ímpetu.

Hitomi y Rita, ante la inesperada vehemencia con la que habló, se quedaron con los ojos abiertos como platos.

—Pe... Perdón. No pretendía hablar sin saber. Disculpadme —balbució Kikuko, que, sin pensárselo dos veces, dio un buen sorbo de licor de boniato y se atragantó. Estaba más fuerte de lo que había imaginado.

—Kiku, ¿estás bien? —preguntó Rita mientras le frotaba la espalda.

—Sí, gracias —contestó ella, apurada.

En ese momento, sonó el tintineo de la campanilla de la puerta del local.

—¡Bienvenida! —saludó Hitomi—. ¡Ostras, cuánto tiempo!

La persona que había entrado era Momoka, la hija de la profesora Mabuchi. Se quitó el abrigo, lo puso en una percha y lo colgó en la pared. Llevaba el mismo pantalón de vestir de siempre.

—Ponme un whisky rebajado con agua —le pidió a Hitomi en cuanto se sentó en la silla más próxima a la puerta. Después, dirigió la mirada a Kikuko y a Rita. El leve tono rojo de su cara indicaba que ya había estado tomando copas en algún otro local—. ¿Vosotras sois de la floristería Kawarazaki?

—Sí. Tu madre es una de nuestras mejores clientas —respondió Rita con soltura.

—Mucho gusto —saludó Momoka, y miró a Kikuko—. Y tú eres la que conduce el coche con rosas, ¿verdad?

—Sí, así es —contestó Kikuko, que sabía que se refería a *La vie en rose*—. Me llamo Kimina.

—Te tengo que dar las gracias.

—¿A mí? —preguntó Kikuko confundida mientras Momoka se acercaba para sentarse a su lado.

—No hay palabras suficientes para agradecerte lo que has hecho. Que nos encontremos aquí ha tenido que ser voluntad divina. ¿Te apetece comer algo? Te invito —propuso Momoka. A continuación, se dirigió a Hitomi—: Me imagino que el restaurante chino Dotonbori está aún abierto a estas horas. ¿Puedo pedir comida?

—Ah, no hace falta —rechazó Kikuko nerviosa. Había cenado en la cocina de Rita antes de las seis—. Pero ¿a qué viene lo de darme las gracias?

A su pregunta, Momoka se sacó el móvil del bolsillo interior de la chaqueta y lo puso sobre la barra. En la pantalla, *La vie en rose* esperaba ante un semáforo en rojo. A juzgar por la ropa que llevaba Kikuko, la foto debía de ser de principios de otoño.

—Fui yo quien se lo contó —comentó Hitomi mientras le servía a Momoka el whisky con agua—. Le dije que tendría éxito en el amor si hacía una foto del coche y la ponía de fondo de pantalla en el móvil.

Se trataba de un rumor difundido en internet gracias al cual había tenido todo el verano y otoño a estudiantes de secundaria persiguiéndola durante los repartos. A menudo, y por temor a que alguien se hiciera daño, estacionaba en el aparcamiento de tiendas abiertas veinticuatro horas o restaurantes o enfrente de parques, para dejar que le sacasen fotos. Durante un tiempo, la cosa se había

calmado. Sin embargo, con la Nochebuena cerca, estaban volviendo a fotografiar el vehículo para que se cumplieran sus deseos de amor.

—¿De verdad os creéis esas cosas? —soltó Kikuko sin pensarlo.

—Dicen que la fe hace milagros, ¿no? —contestó Hitomi.

«Resulta que ahora tengo fieles», pensó Kikuko con ironía.

—Me ha funcionado de maravilla. A los tres días de poner la foto como fondo de pantalla, conocí a Matsunaga —explicó Momoka mientras miraba a Kikuko a los ojos—. Tendrías que creer más en ti.

«Tener fe en la que me profesan los demás», volvió a ironizar ella.

—Vas a presentarle a Matsunaga a tu madre e hija en Nochebuena, ¿verdad? Entonces, ¿la boda será para el año que viene? —preguntó Hitomi con sorna.

—Es lo que me gustaría, pero Matsunaga es un hombre muy ocupado. Ahora está en Taiwán y tiene planeado regresar para Nochebuena al mediodía. Al día siguiente, se va a Singapur y no vuelve hasta pasado Año Nuevo. Hemos hablado de viajar después a Atami o Hakone, aunque ya veremos.

—¿A qué se dedica? —preguntó Rita, no por interés, sino porque sabía que Momoka se moría por contarlo.

—Es el director ejecutivo de una empresa dedicada al comercio de productos alimenticios, principalmente en el Sudeste Asiático.

Como era de esperar, lo dijo como dando por hecho que era la envidia de los demás. A Kikuko le pareció tan cómico que apuró el vaso de licor de boniato para contener la risa. Esta vez no se atragantó.

—Este año cumple cincuenta, pero parece que tenga mi edad. Si tuviera que decir un famoso al que se parece...

Momoka siguió desarrollando, dato tras dato, información sobre Matsunaga. Kikuko se limitó a asentir con la cabeza sin escuchar

nada. Con certeza, Rita y Hitomi hacían lo mismo. Ambas mantenían una sonrisa, aunque tenían la mirada vacía.

—Estoy hablando yo sola. Perdonad.

—Para nada —dijo Rita—. Me alegro de que hayas encontrado a alguien tan especial.

—Es verdad —añadió Hitomi—. Qué envidia.

A pesar del tono cortés de sus palabras, era evidente que carecían de sinceridad. Quizá porque le había subido el alcohol, Momoka parecía no haberse dado cuenta y siguió bebiendo su whisky rebajado con agua con cara de felicidad. Al verla así, Kikuko recordó algo.

—¿Has visto el vídeo de Chihiro?

—¿El qué de Chihiro?

Kikuko vio que el gesto se le endurecía, por lo que, nerviosa, pensó que había metido la pata.

—El pasado domingo, el Kirakiragaoka Sunshines, donde Chihiro juega como capitana, ganó la final del campeonato metropolitano de sóftbol femenino de secundaria. Me refería al vídeo del partido.

—Te refieres al que grabó mi madre, ¿verdad? No lo he visto. Ni el de ese partido, ni el de ninguno.

—¿Por qué?

—Verla jugar al béisbol me recuerda a mi exmarido y me da un miedo terrible cogerle manía a Chihiro también. La niña se parece cada vez más a su padre, tanto de cara como de complexión. Lo de que sea buena deportista también le viene de él.

—Pero Chihiro no tiene ninguna culpa —dijo Kikuko, que notó cómo su tono se volvía más cortante.

—¿Qué va a saber una completa desconocida como tú? —alzó la voz Momoka.

—Yo no sé nada —replicó Kikuko, sin dejarse amedrentar y alzando también la voz—, pero sí sé que Chihiro es una persona independiente. Es una fantástica capitana del Kirakiragaoka Sunshines y ha logrado hacer mucho por el equipo. En el último partido, consiguió remontar con un *home run* que las llevó a la victoria. No se merece que no estés allí para ver su esfuerzo. No das la talla como madre.

En ese momento, a Kikuko se le vino a la cabeza la imagen de Chihiro agitando su gorra de béisbol, parecida a un girasol. Era inconcebible que alguien pudiera cogerle manía a aquella chica.

Momoka se quedó en silencio, dándole vueltas a qué contestarle. El ambiente se había tensado por completo. Kikuko se había excedido claramente al decir que no daba la talla como madre. Pensó que quizá lo mejor sería irse, pero, cuando hizo el gesto de levantarse, Momoka se dirigió a Hitomi:

—Me apetece cantar.

—A mí también —dijo Rita—. Canta tú también, Kiku.

—¿Yo? Pero... —balbuceó Kikuko.

—Dejadme a mí también —se apuntó Hitomi, que ya estaba colocando sobre la barra unos micrófonos y una tableta que servía de mando.

—Si vamos a cantar las cuatro, es más divertido poner ciertas reglas. Por ejemplo, que todas las canciones tengan alguna flor en el título —sugirió Rita cuando Momoka ya había empezado a manipular un micrófono—. Pero no valen ni cerezos ni rosas.



Eran las diez de la mañana cuando Kikuko se despertó.

«¡Qué desastre! Como tenga hoy turno de mañana, estoy perdida, pero si tengo el de tarde, aún estoy a tiempo», pensó, nerviosa, mientras se incorporaba de un salto. Entonces se dio cuenta de que, al ser jueves, la floristería Kawarazaki no abría y se quedó de rodillas sobre el futón. Le dolía un poco la cabeza. El motivo: haber bebido demasiado. El aliento le olía a alcohol.

Casi medio año antes, se había levantado prácticamente igual, a la mañana siguiente de haber conocido a Rita en un restaurante. Sin embargo, esa vez había algo distinto. Aparte de la cabeza, también le dolía la garganta. No se trataba de un resfriado; sencillamente, lo había dado todo en el karaoke. Habían seguido la regla propuesta por Rita de cantar solo canciones con títulos que contuviesen el nombre de una flor, a excepción de la del cerezo y la rosa. Entre las cuatro, habían decidido el orden de turno con piedra, papel o tijera. Kikuko recordaba las canciones que había cantado: *Marigold* (Caléndula) de Aimyon, *Carnation* (Clavel) de Ringo Shiina y *Sasanqua* (Camelia japonesa) de Sekai no Owari.

«¿Qué más canté? ¿*Sakura ga saku mae ni* (Antes de que florezcan los cerezos) de Kinoko Teikoku? No puede ser, que lleva "cerezo" en el título. Ah, la canción de *Kinmokusei no yoru* (Noches de olivo fragante)», recordó.

Las otras tres mujeres, que eran más de diez años mayores que ella, habían cantado *Sumire* (Violeta) de Yuzu, *Himawari no yakusoku* (La promesa del girasol) de Motohiro Hata, *Tanjobi ni wa masshiro na yuri wo* (En su cumpleaños, unos lirios blancos) de Masaharu Fukuyama, *Dahlia* (Dalia) de X Japan y *Chu-Lip* (Tulipán) de Ai Otsuka.

Kikuko no tenía claro qué canciones había cantado cada una. Sin embargo, recordaba con nitidez a Hitomi cantando con pasión

Suirenka (Flor de nenúfar) de Shonan no Kaze al tiempo que ellas agitaban unos pañuelos en alto al ritmo de la música.

Mientras rememoraba lo que había hecho la noche anterior, le vino un eructo con un regusto a ajo, aparte del alcohol. En ese mismo instante, le asaltó el recuerdo de haber comido a altas horas de la noche *ramen* y unas *gyozas* que habían pedido en el restaurante chino Dotonbori. Momoka había invitado no solo a Kikuko, sino también a las demás. Como respuesta, las tres mujeres habían inclinado la cabeza ante ella y le habían agradecido el gesto al unísono:

—¡Muchas gracias por invitarnos!

«¿A qué hora terminamos? A las tres..., qué va, creo que eran pasadas las cuatro», pensó.

Kikuko creía recordar que Hitomi le había preguntado a Momoka si al día siguiente sería capaz de ir a trabajar, a lo que ella había contestado que le bastaba con tres horas de sueño. A la vuelta, habían caminado hasta la floristería Kawarazaki y había ido a sacar la bicicleta del garaje, pero Rita la había detenido por el peligro que conllevaba y le había sugerido regresar a pie juntas.

Era su día libre y no tenía ningún plan, pero aun así no quería pasarlo en la cama. Pensó que no era muy apropiado que una mujer joven como ella oliese a alcohol y ajo, por lo que decidió darse un baño. Justo cuando se levantó de la cama, se dio cuenta de que tenía algo escrito en el dorso de la mano derecha. Sin duda, era la letra de Rita:

Diseñar la tarjeta comercial después de Año Nuevo

De pronto, y sin saber por qué, le empezó a sonar en la cabeza la canción *Akai Sweet Pea* (Arvejilla roja) de Seiko Matsuda.

«Ah, claro. Cuando Momoka estaba cantando esa canción, le dije a Rita que iba a pasar el fin de año en Kujiranuma», recordó.

Le había contado que su idea era quedar, después de mucho tiempo, con Mizuho, pero que finalmente habían tenido que cancelarlo porque su amiga debía sustituir a su jefe en un viaje de negocios a la isla de Kyushu. Entonces, Rita le había pedido que diseñara la tarjeta comercial de la floristería para después de Año Nuevo y, de algún sitio, se había sacado un bolígrafo con el que le había escrito la nota en el dorso de la mano.



—Por lo general, las coronas de Navidad suelen hacerse con ramas de árboles perennes como el abeto y el cedro, pero este año he querido darle un toque más elegante y adulto, así que he optado por ramas de eucalipto con hojas de color gris plateado —explicó Rita.

—Es un color que transmite calma —comentó Chihiro, la hija de Momoka y nieta de la profesora Mabuchi, mientras asentía enérgicamente.

Vestía chándal de los pies a la cabeza. Decía que no le gustaba llevar falda y que, cuando no tenía planes, iba así al instituto. Las dos estaban de pie, una al lado de la otra, frente a la mesa de trabajo. Mientras atendía en la caja, Kikuko las miraba de reojo.

Era el tercer sábado de diciembre y, contando ese, faltaban cinco días laborables hasta Navidad, en turno casi continuo, desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde. El motivo era el reparto de las coronas de Navidad. En general, solo se hacían entregas por la tarde, pero esos cinco días tenía que repartir pedidos con *La vie en rose* por todo Kujiranuma y, además, ataviada con un

traje de Papá Noel. Rita lo había alquilado por internet y se lo había entregado a Kikuko sin más el día anterior. La noche que habían estado en el bar, a Kikuko se le había ocurrido hacer los repartos vestida de esa guisa.

«No hay que tomarse en serio lo que dicen los borrachos», pensó Kikuko, reprochándose su propia imprudencia. No obstante, parecía ser del agrado de los clientes, en especial de los niños, que se alegraban al verla, por lo que finalmente no le pareció mal.

Tras el reparto de la mañana regresó a la floristería al mediodía. Se quitó el disfraz de Papá Noel en el garaje y, justo cuando entraba en el almacén, apareció Mitsuyo, que venía de la zona de venta.

—Kiku, ¿te importa ponerte en la caja mientras voy a comer? —le preguntó, a lo que ella accedió sin problemas.

Cuando llevaba un rato en la caja, Chihiro entró en la floristería. Venía del instituto para pedir una corona de Navidad de flores frescas, sin saber que había que encargarla con antelación.

—Si te parece bien, puedes prepararla tú misma aquí —le sugirió Rita.

Para arreglos con flores frescas, se solían usar esponjas absorbentes, cuyo término técnico era «espuma floral», aunque en Japón se las llamaba popularmente «oasis» por una de las marcas que las comercializaba. Existía una de color verde y con forma de aro especial para coronas navideñas. Chihiro tenía colocada enfrente una de ellas, que había estado en remojo unos quince minutos en el fregadero del almacén. Las ramas que se iban a usar para la corona estaban metidas en una lata de aluminio colocada en el centro de la mesa. A su lado, en un cesto, había una pila de manzanas pequeñas que apenas medían unos dos centímetros de diámetro.

—Vamos a empezar con este eucalipto —dijo Rita mientras le daba a Chihiro una de las dos ramas que había cogido de la lata—. Hay

que cortarlas, más o menos, unos diez centímetros, y clavarlas en la esponja sin que choquen entre sí.

—De acuerdo.

—La forma circular de las coronas simboliza la eternidad, así que hay que ir clavando ramas de izquierda a derecha, en el sentido de las agujas del reloj.

Chihiro continuó su labor con esmero, siguiendo las indicaciones de Rita al pie de la letra. Tenía el mismo rostro tenso que cuando estaba sobre el cajón de bateo en la final del campeonato metropolitano. Kikuko se acordó de los gritos de ánimo de Nishi a su amiga y la imitó:

—¡Estás demasiado tensa! ¡Relájate, relájate!

Chihiro la miró y esbozó una leve sonrisa. Después, dijo:

—Por cierto, Kikuko, muchas gracias por grabar el partido cuando te lo pidió mi abuela.

—Fue un placer.

—Y mi madre también está muy contenta.

—¿Momoka?

—Sí. Me contó que el otro día estuvo contigo, que bebió y cantó con vosotras y que se lo pasó como no lo hacía en mucho tiempo.

—Al día siguiente, ¿pudo ir al trabajo?

—Sí. A mi familia no hay alcohol que la tumbe. Tanto a mi abuela como a mi madre, por mucho que beban, les basta con tres horas de sueño para recuperarse.

«Qué pasada», pensó Kikuko con admiración.

—¡Es una rosa de Navidad! —se oyó desde algún sitio una voz animada.

Al otro lado de la mesa de trabajo estaba Ran. Por supuesto, iba acompañado de su madre.

«Puede que hayan venido a buscar su corona», pensó Kikuko.

—¿Sabías que estos pétalos en realidad son sépalos? —preguntó Ran mientras señalaba una flor blanca metida en la lata plateada y miraba a Chihiro con sus ojos adorables.

—¿Qué son los sépalos? —preguntó ella a su vez, desconcertada.

—Son las hojas que hay debajo de los pétalos. Las fresas y los tomates tienen rabitos, ¿no? Eso también son sépalos. Lo normal es que sean más pequeños que los pétalos. En cambio, en el caso de las rosas de Navidad, los sépalos son de colores y más grandes que los pétalos. Al ser hojas, no se marchitan ni se caen, por lo que da la impresión de que las rosas están en flor durante mucho tiempo. Lo mismo pasa con las hortensias. Lo que parece un pequeño capullo en el centro es la verdadera flor y lo que parecen pétalos son, en realidad, sépalos.

—Vaya, no lo sabía —contestó Chihiro con sincera admiración.

—¿Cómo puede ser que no supieras lo de los sépalos? Así no vas a ser una buena florista.

—No seas maleducado —lo regañó su madre, que se disculpó con Chihiro.

—Ah, no se preocupe, si yo...

—No trabaja aquí; es una clienta. Además, aún va al instituto —acudió Rita al rescate, al ver que la chica no sabía qué decir. Luego, se dirigió a Ran—: Como no le ha dado tiempo a encargar la corona de Navidad, se la tiene que hacer ella.

—¿De verdad? ¡Qué suerte! —exclamó el niño con envidia—. Yo también quería hacer una. Mamá, ¿por qué la has tenido que encargar?

—Pero ¿qué estás diciendo? Tú no puedes hasta que no seas mayor, como ella.

—¡Ran! —lo llamó Haga, que asomaba solo la cara desde el almacén.

—¡Anda, si es Haga!

—Con qué familiaridad habla este niño —protestó la madre.

—No se preocupe —rio Haga, y le enseñó a Ran una corona navideña que llevaba en la mano derecha—. Esta es la tuya. Solo falta ponerle las manzanitas para terminarla. ¿Quieres ponérselas tú?

—¡Sí! ¡Quiero, quiero!

Haga estuvo al momento con él, y su madre, agradecida por el gesto, preguntó:

—¿De verdad no le importa?

—Claro que no. Venga, pasen —invitó a la madre y al niño a entrar en el almacén.

—Se nota que eres nieta de la profesora Mabuchi. Hay que ver cómo manejas las flores y lo bien que las presentas —comentó Mitsuyo en cuanto regresó de comer y vio la corona que había terminado de hacer Chihiro. Lo dijo sin exagerar lo más mínimo y sin intención de halagarla. Estaba tan bien que no parecía que fuese la primera vez que confeccionaba una.

—Muchas gracias —contestó Chihiro, sonrojada—. Pero el mérito lo tiene todo Rita. Yo simplemente he seguido a rajatabla sus instrucciones.

—No hace falta quedar bien con los adultos —dijo Rita con una ligera risa.

—Yo también he puesto las manzanitas yo solito. ¿A que lo he hecho bien, Mitsuyo? —intervino Ran, que, tras recibir su corona de Navidad, se había puesto a mirar las flores expuestas en la tienda.

—¡Anda! Pues a ti también te ha quedado muy bien, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Me gustaría pediros una cosa —intervino Chihiro en tono solemne—. Esta corona es un regalo navideño para mi familia. Si me

la llevo a casa, a lo mejor me pillan. ¿La puedo dejar aquí hasta Nochebuena?

—Claro que sí —contestó Rita de inmediato—. Las Mabuchi vais todos los años a cenar al Mifune, ¿verdad? ¿Este año también?

—Ah, pues sí —confirmó Chihiro, sin mencionar que iría también el novio de su madre.

—En ese caso, ¿qué te parece si os la hacemos llegar al restaurante? Hablaré con el chef y dueño, el señor Mifune. Estaría bien que te la lleváramos en mitad de la cena para que se la puedas dar, ¿no?

—Qué buena idea —apreció Chihiro mientras asentía contenta varias veces ante la sugerencia de Rita—. Os lo agradecería mucho.



Cuando llegó al rellano entre el primer y el segundo piso del bloque 8 norte del Kirakiragaoka, vio bajar a Ifukube. Llevaba una trenca y la misma bolsa blanca de tela colgada de un hombro. No era extraño encontrárselo ahí, pues vivía solo en el segundo piso y en varias ocasiones se había topado con él por casualidad en el mismo rellano. Como también se había percatado de la presencia de Kikuko, se detuvo en la escalera y la observó con recelo.

—¿Eres tú, Kimina?

—Sí —contestó ella, que iba ataviada con el traje de Papá Noel, el gorro y una barba postiza que le tapaba media cara. Era normal que la observase desconfiado.

—Justo el otro día me pasé por la floristería, pero no estabas.

—A mediodía, muchas veces estoy haciendo repartos.

—Vaya. Pues compré las coles rizadas ornamentales que recomendabas.

—Muchas gracias. ¿Vas a algún sitio?

En invierno, se hacía de noche temprano. Eran poco más de las cuatro y media de la tarde, pero fuera estaba ya oscuro.

—Al laboratorio. Tengo que estar pendiente de algo toda la noche.

—¿En Nochebuena? —bromeó Kikuko.

—Ostras, es verdad. No me acordaba. De todas formas, no tengo a nadie con quien celebrarla ni con quien intercambiar regalos.

—Yo tampoco.

—En ese caso, ambos nos tenemos que poner las pilas —rio Ifukube—. Por cierto, ¿se te ha vuelto a aparecer el profesor Mori?

Se refería al cliente que, tres meses antes, el día del Festival del Doble Nueve, había ido a la floristería Kawarazaki. Era el líder del proyecto de los crisantemos con volantes en el que trabajaba Ifukube, solo que había fallecido a finales del año anterior por una gripe.

—Qué va —contestó ella, que ni siquiera había vuelto a percibir su presencia.

—El profesor compró dos crisantemos con volantes, ¿verdad? ¿Recuerdas el precio?

—Cada uno costaba trescientos ochenta yenes, así que los dos fueron setecientos sesenta. ¿Por?

—A principios de este mes, fui al primer homenaje por su muerte. Ese día, no lograba recordar el lugar donde salíamos con el profesor a recolectar plantas. Pensé que podría averiguar cuál era estación más próxima si revisaba el historial de su tarjeta de transporte, por lo que le pedí a su esposa que me la prestase y la mujer accedió. El templo donde se celebraba el acto estaba a una distancia que se podía recorrer a pie desde la casa del profesor Mori, así que fui hasta allí y tomé prestada la tarjeta.

Siguió contando que, una vez en la estación de tren, y a través de una máquina de billetes compatible con la tarjeta, había impreso todo el historial de uso. Aparte del uso para transporte, bajo el término «venta de artículos» figuraba la fecha y el importe de las compras, aunque no aparecía el nombre del establecimiento ni del producto en concreto.

—El 9 de septiembre de este año, salía una compra por valor de setecientos sesenta yenes, así que no cabe duda: la persona que conociste era el profesor Mori.



Hacía un frío que pelaba cuando iba por el barrio subida en *La vie en rose*, aquel vehículo ecológico que, sin techo ni puertas, era bastante incómodo de conducir. Con el fin de combatir las bajas temperaturas, se había puesto varias capas de ropa y el traje de Papá Noel por encima. Al mediodía se podía aguantar, pero, al caer la noche, empezaba a helar. También sentía más frío cuando la camiseta interior se le empapaba de sudor después de subir y bajar escaleras por todo el complejo residencial Kirakiragaoka.

Era Nochebuena y ya solo le quedaba una entrega por hacer: la corona navideña de Chihiro, en el restaurante Mifune. El plan era dársela al chef Mifune, que estaría esperando en la puerta trasera del local. Faltaban menos de diez minutos para que empezase la cena de la familia Mabuchi.

El último día, Kikuko y Chihiro se habían pasado los números de teléfono para poder escribirse en caso de que hiciese falta. Esa noche, le había mandado un mensaje a Chihiro avisándola de que llegaría justa de tiempo. Esta no tardó ni diez segundos en contestar:

Da igual que pasen de las seis.
Venga tranquila y tenga cuidado en la carretera.

Salió del Kirakiragaoka, cruzó la carretera nacional y, mientras pasaba por la calle comercial de Kujiranuma, se cruzó con Udagawa. Este entraba en el edificio donde estaba el gimnasio de boxeo. El chico dio un respingo al ver a Kikuko disfrazada de Papá Noel, pero ella, que no tenía tiempo ni para saludar, siguió su camino.

Se adentró cada vez más en un barrio residencial y entró en una calle estrecha de sentido único. Le quedaban unos trescientos metros por esa calle para llegar a la parte trasera del restaurante Mifune. Estaba todo muy oscuro y, aunque había farolas por el camino, estaban muy separadas unas de otras. Además, tenía la sensación de que daban poca luz. A su izquierda se sucedían casas unifamiliares, pero a la derecha se extendía un bosque de bambú. Bastaba una leve brisa que agitase las hojas para que estas susurrasen. A Kikuko le entró miedo.

Inquieta, siguió el camino hasta que, en medio de la calle, apareció una figura oscura. Del susto, dio un frenazo. Parecía haber salido de la puerta de atrás del restaurante, así que debía de ser el chef Mifune o alguien del personal que quizá había salido pensando que el reparto estaba al llegar. Tomó aliento y se dispuso a arrancar de nuevo el motor, pero se paró al ver que aquella sombra corría hacia ella. En un instante que pasó bajo la luz tenue de una de las farolas, lo vio.

No podía ser. Había unos diez empleados en el restaurante Mifune y, aunque solo sabía el nombre de la mitad, conocía las caras de todos. Aquel hombre no era ninguno de ellos, sino que se trataba de un desconocido. A pesar del frío, iba sin abrigo; solamente vestía un traje y una camisa estampada.

«¿Quién será?». Mientras Kikuko se hacía esa pregunta, el hombre llegó hasta el vehículo. Se plantó a la derecha jadeando, expulsando nubes blancas con su aliento. Cuando Kikuko se dio cuenta de que estaba en peligro y tenía que huir, ya era demasiado tarde. De repente, notó un fuerte dolor en el pómulo derecho que hizo que viera las estrellas. El hombre le había dado un puñetazo. Estuvo a punto de caer del asiento, pero, por suerte, mantuvo el equilibrio.

—¡Aparta! —una voz grave le resonó en los oídos.

Poca broma: si le robaba el vehículo, no podría hacer el reparto al día siguiente. Además, llevaba en el compartimento la corona de Navidad que Chihiro había hecho para su familia.

Ella se aferró al volante, pero vio surgir de pronto las manos del hombre bajo sus axilas. La atrapó por detrás y empezó a tirar de ella, logrando separarla del volante con poco esfuerzo. En vano, pataleó con ambas piernas hasta que la sacó a rastras del vehículo. Por un instante, se soltó de él e intentó huir, aunque sin éxito: el hombre la rodeó de nuevo con ambos brazos por la cintura. Al instante, notó cómo su cuerpo se elevaba y le pareció que el mundo se daba la vuelta por completo. Sin embargo, no era que el mundo estuviese al revés, sino que ella estaba cabeza abajo. El hombre la había cogido en brazos y se la había echado al hombro con la intención de lanzarla hacia atrás; así, acabaría estrellándose de cabeza contra el asfalto.

«¿Por qué me tiene que estar pasando esto a mí?», se preguntó Kikuko, cuando justo en ese momento se oyó un alarido de algún sitio:

—¡Eh, tú!

Le pareció sentir un golpe seco que la sacudió, y, al momento, cayó de lado junto con el hombre que la tenía a la espalda y salió despedida hacia el bosque de bambú.

—¡Papá Noel, huye! —dijo la voz de una mujer.

El hombre se levantó antes que ella y vio cómo se abría paso entre las cañas.

—¡Espera, no te vayas! —volvió a resonar la voz de la mujer por la oscura calle, y una sombra negra se abalanzó sobre él.

Era ella.

La luz de la farola iluminó el rostro de la persona que forcejeaba con el hombre. Parecía la mujer de unos cincuenta años a la que Kikuko le había preparado un ramo de flores para decorar la oficina: sí, la señora Tanaka.

Tras un rato de forcejeo, el hombre se alzó sobre ella. Cuando parecía que la cosa se ponía fea, Tanaka levantó ambas piernas y lo atrapó con ellas por la cintura, lo agarró por el cuello de la camisa y tiró de él, apretándole la cabeza contra el pecho. Después, le quitó las piernas de la cintura y las cruzó por la parte trasera de la cabeza del hombre, con la mano derecha le agarró el tobillo izquierdo y puso el dorso de la pierna izquierda sobre la derecha del tipo. El hombre levantó la cabeza en un intento de zafarse de ella, algo que Tanaka esperaba. En cuanto alzó un poco la cadera, Tanaka le agarró el brazo derecho y tiró hacia ella, dejando caer la cadera. ¿Qué ocurrió entonces? El hombre, atrapado entre el muslo izquierdo de Tanaka y su propio brazo derecho, terminó con el cuello comprimido. Tanaka le tiró de la cabeza, aumentando aún más la presión. En menos de cinco segundos, el hombre perdió el conocimiento encima de ella.

—Papá Noel, ¿estás bien?

Tanaka echó a un lado al hombre y se incorporó. Del bolsillo de su abrigo sacó una cuerda y, con destreza, lo ató de manos y pies.

—Ah, sí, no te preocupes.

Kikuko seguía entre el bambú. Le dolía un poco el costado derecho, aunque tampoco parecía nada grave. El grueso disfraz de Papá Noel, así como el hecho de haber caído sobre las cañas y no sobre el asfalto, habían contribuido a que no se hiciera más daño.

—Uy, vaya. ¿Eres una mujer? —le preguntó Tanaka mientras se acercaba a ella. Se agachó para verla de cerca—. Eres la chica de la floristería, ¿no?

—Sí.

—¿Qué hacías aquí?

—Tenía una entrega en el Mifune —contestó Kikuko. Por encima del hombro, vio acercarse a alguien a quien conocía.

Era Momoka. Bajo la tenue luz de la farola, tenía muy mala cara. Miraba en dirección al hombre, que seguía tumbado en el suelo.

—¡Momoka!

Kikuko dirigió la mirada hacia donde provenía el grito. Era la profesora Mabuchi. No podía verle bien la cara, pero supo que era ella por la silueta del kimono que llevaba puesto. Probablemente, la que estaba detrás de ella era Chihiro. Kikuko seguía entre el bambú, y parecía que ninguna de las tres se había percatado de su presencia.

—¿Alguien me puede explicar qué es todo esto? —reclamó la profesora Mabuchi.

«A mí también me gustaría saberlo», pensó Kikuko.

Momoka, sin mediar palabra, se abalanzó contra el hombre tirado en el suelo y le pateó la barriga. No fue solo una patada, sino que le propinó unos cuantos golpes seguidos.

—¡¿Qué está haciendo?! —gritó Tanaka, corriendo hacia ella para separarla del hombre—. Entiendo cómo se siente, pero estas cosas hay que dejárselas a la policía, ¿de acuerdo?

—i¿Qué hay que dejar a la policía?! —preguntó la profesora Mabuchi con un grito agudo.

—Que se encargue de tipos como este. Es un estafador matrimonial. Que se sepa, hasta ahora ha habido al menos cinco víctimas y el fraude alcanza un valor de treinta millones de yenes.

—¿Tre... Treinta millones? —La profesora estaba anonadada.

—¿Y quién es usted? —preguntó Chihiro con voz rasgada pero serena y digna.

—Me llamo Aoki. Soy detective y tengo una agencia privada en Nakano.

«¿Resulta que no se llama Tanaka?», pensó Kikuko, aunque le sorprendió más que, encima, fuese detective.

—Recibí un encargo de una de sus víctimas y, después de seguir sus movimientos durante casi dos meses, averigüé que se hacía llamar Matsunaga y que había empezado una relación con Momoka. Al igual que con sus otras víctimas, la conoció a través de una aplicación de citas, se hizo pasar por el director de una empresa de comercio y le prometió casarse con ella.

En su día, Momoka había dicho que lo había conocido tres días después de poner de salvapantallas una foto de *La vie en rose*, pero no había mencionado que había sido a través de una aplicación.

—Junto a la clienta que me encargó el caso, y para que no hubiese más víctimas, me puse en contacto con Momoka y le revelamos la verdadera identidad del supuesto Matsunaga. Al principio, no nos creyó, pero, cuando la víctima le contó cómo se habían conocido y le dio detalles de cómo le había robado el dinero, entró en razón. Al preguntarle si el hombre le había hablado de dinero, nos contó que quería montar un negocio en Taiwán y tenía apalabrado un buen emplazamiento en una zona comercial. El problema era que, según él, tenía que pagar el alquiler de un año

por adelantado y no podía conseguir la financiación a tiempo. Le pidió que ingresara en su cuenta de ahorros tres millones de yenes, con la promesa de devolvérselos a principios de año.

—Me imagino que no le ingresarías nada, ¿no? —preguntó la profesora Mabuchi en tono de regañina.

—La detective vino a hablar conmigo cuando me disponía a entrar en una sucursal cerca de la oficina para hacer la transferencia —contestó Momoka, resentida.

—Si sabías quién era desde hace dos días, ¿por qué quedaste con él hoy? —preguntó Chihiro, que, de las tres, era la que hablaba con más firmeza.

—Se lo pedí yo —intervino la detective—. Lo cierto es que, desde hace diez días, el hombre se había esfumado sin dejar rastro. Si en ese momento Momoka le hubiese transferido el dinero, estoy convencida de que no habría vuelto a dar señales de vida. En ese caso, habría que volver a empezar la investigación de cero y es probable que hubieran surgido nuevas víctimas. Así que, para conseguir que el hombre volviese a aparecer, Momoka le propuso que, en lugar de transferir los tres millones a su cuenta, se los daría en mano con un cheque en Nochebuena, cuando se suponía que iba a presentarlo a su familia. El hombre protestó un rato al teléfono, pero al final accedió. Es posible que sospechase que era una trampa, pero le pudo más el no dejar escapar así como así tres millones de yenes. Al final, se ha presentado a la cena, tan campante.

—Mamá, después de brindar le diste un sobre, ¿verdad? —preguntó Chihiro—. ¿Dentro estaba el cheque?

—Exacto —respondió la madre con docilidad—. Me pidió que le diera lo importante antes de que me subiera el alcohol.

—De modo que pensaba largarse sin decir nada después de coger el dinero —concluyó la detective con desprecio hacia el hombre—.

Me quedé vigilando la entrada principal. Pero cuando lo vi salir a la terraza y echar a correr directamente hacia la parte trasera, fui presa del pánico. No podía cruzar el restaurante de lado a lado, por lo que tuve que dar un rodeo hasta llegar a la parte de atrás del local.

—Me dijo que necesitaba fumar un cigarro para matar los nervios —explicó Momoka—. Preguntó a alguien del personal si podía fumar fuera y le dieron permiso para salir a la terraza. Cuando vi que pasaba mucho tiempo y no regresaba, me di cuenta de que se había escapado.

—Hace un rato que me pregunto una cosa. Este es el vehículo de la floristería Kawarazaki, ¿verdad? ¿Qué hace aquí? —preguntó Chihiro.

La detective no supo qué responder. Entonces, la profesora Mabuchi emitió algo parecido a un chillido, pues acababa de ver a Kikuko.

—Pe... Perdón —se disculpó mientras se quitaba el gorro y la barba postiza para que la reconociesen—. Soy Kimina, de la floristería Kawarazaki.

—Iba de camino al Mifune para hacer una entrega. Fue quien detuvo al hombre que intentaba escapar.

—Qué va, si yo no he hecho nada —replicó, intentando corregir a la detective, pero no sabía cómo explicarse. No lograba poner en orden sus pensamientos.

«Lo que de verdad importa es qué hago con la corona de Navidad de Chihiro. Porque ahora no es momento de entregársela», pensó, preocupada.

—Voy a llamar a la policía —dijo la detective mientras sacaba el móvil—. Momoka, ven conmigo. Y lo siento, pero Papá Noel también deberá acompañarnos. Tenemos que explicar cómo hemos detenido a este hombre.

En ese instante se oyó un sollozo. Era Momoka, que lloraba desconsolada mientras se tapaba la cara con las manos.

Kikuko sentía un dolor punzante en la mejilla derecha, donde había recibido el golpe. Al tocarse, notó una hinchazón. Quizá le saliera un moratón, pero se le acabaría yendo. En cambio, la herida en el corazón de Momoka no se iba a curar tan fácilmente.

—Mamá... —Chihiro abrazó a su madre mientras esta lloraba a lágrima viva. La profesora Mabuchi también se acercó por la espalda a consolarla.

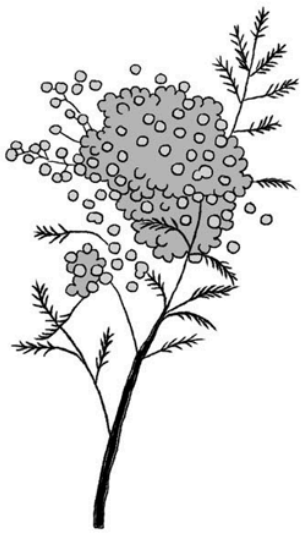
Al contemplar aquella estampa de tres generaciones de mujeres, Kikuko se acordó del significado de la rosa de Navidad:



Alivia mi inquietud.

CAPÍTULO 5

MIMOSA



Notificación del resultado del proceso de selección

Estimada Kikuko Kimina:

En primer lugar, le agradecemos el interés mostrado en el proceso de selección de candidatos con experiencia previa convocado por nuestra empresa.

Tras una revisión exhaustiva de la documentación remitida, lamentamos informarle de que, en esta ocasión, hemos decidido no seguir adelante con su candidatura.

—Pues yo también lo lamento —murmuró Kikuko, que se dejó caer sobre la cama.

Era el tercer sábado de febrero, y le tocaba el turno de tarde. Al llegar a casa, había visto el sobre en el buzón de la portería. Era de la empresa a la que se había presentado. A duras penas, había contenido los nervios y, en cuanto había llegado a su apartamento, había abierto el sobre y extraído el contenido. Ese había sido el resultado.

«Jo, y yo que creía que me había ido bastante bien», pensó, quejosa. Había llegado hasta la entrevista con directivos.

Dispuesta a aprovechar las habilidades adquiridas con sus estudios de Diseño en la facultad de Bellas Artes, llevaba desde principios de

año buscando trabajo, pero en un mes y medio no la habían cogido en ninguna empresa. Esta era la quinta.

Se había hecho a la idea de que no sería fácil. Ya en su época universitaria se había presentado a infinidad de empresas relacionadas con el diseño y en ninguna había logrado entrar. Al final, acabó en un sitio que poco tenía que ver con lo que había estudiado: una empresa de alimentación y, además, muy mala. Tampoco podía esperar que hubiese una compañía tan excéntrica como para contratar a alguien que no solo carecía de experiencia como diseñadora, sino que ni siquiera había ganado un solo yen ejerciendo. Solo de pensarlo, se sentía una necia.

Apretó la cara contra la almohada y lloró un buen rato. Aunque derramar lágrimas no iba a cambiar las cosas ni servía para nada, se sintió un poco aliviada. En ese instante, un aroma dulzón le cosquilleó la nariz. Tenía que haber estado en el aire todo ese tiempo, pero con el duro golpe que había supuesto la carta no se había dado cuenta hasta entonces.

En la floristería, la comida de ese día había sido el curri auténtico que Haga preparaba desde cero con especias. Kikuko lo había comido al mediodía y otra vez a las seis de la tarde. Con permiso de Haga, se había llevado a casa un táper con lo que había sobrado, para cuando le entrase hambre por la noche. Al fin y al cabo, había estado más de un mes esperando ese curri, pues Haga se había ausentado todo ese tiempo y no había podido ofrecérselo.

El trabajo principal de Haga era el de asistente de investigación en la facultad de Agricultura. Justo al empezar el año, había viajado a las faldas de la cordillera que se extendía entre Vietnam y Laos para recolectar muestras y especímenes botánicos. Acababa de regresar a Japón dos días antes.

De repente, Kikuko sintió hambre.

«Al menos, me quedo con que no estaré tan mal si no he perdido el apetito», se consoló. En su antigua empresa, hubo un tiempo en que casi ni comía debido al estrés.

Se levantó despacio y, en el cuarto de baño, que hacía las veces de lavadero y vestidor, se desmaquilló y se cambió. Fue a la cocina y sacó el táper del bolso. A falta de arroz, puso el curri sobre pan de molde y, tras tostarlo en el horno, se lo llevó en un plato a la sala de estar.

Comer sola le resultaba triste, así que encendió la televisión. En la pantalla, apareció una isla solitaria en medio del océano. Era un programa del canal público NHK acerca de una expedición de más de una treintena de académicos y científicos a esa isla, situada a cientos de kilómetros al sur de Tokio. Al ver a aquellas personas trepar como podían por las escarpadas rocas, Kikuko no pudo evitar preguntarse qué era lo que pretendían descubrir y por qué estaban dispuestos a correr tanto riesgo.

«Haga me contó que, estando en el club de escalada de la universidad, había trepado paredes rocosas», recordó Kikuko cuando, justo entonces, la persona que encabezaba el grupo en la pantalla se estaba dando la vuelta: era su cara.

«¡No puede ser!», se sorprendió.

—¡Ve más despacio! —se oyó gritar a otro investigador.

—¡Está bien! —dijo el primero del grupo mientras volvía a salir en pantalla. No había duda: se trataba del mismísimo Haga.



—Vaya, entonces, ¿lo ha visto? —preguntó Haga mientras parpadeaba con ojos soñolientos.

—Pues sí —contestó la profesora Mabuchi al otro lado de la mesa de trabajo, ataviada con su kimono—. ¿Cómo no lo dijiste antes? Casi me lo pierdo —siguió en un tono resentido que contrastaba con su sonrisa.

Habían pasado cerca de dos meses desde el percance que ella, su hija y su nieta habían tenido en Nochebuena. Parecía haber superado el trauma o, al menos, lo fingía bien. Al día siguiente del incidente en el que Kikuko había recibido un puñetazo en la cara siguió haciendo repartos vestida con el traje de Papá Noel. El morado no se fue hasta un mes más tarde.

Al ser domingo, coincidía en el turno de tarde con Haga. Salió a repartir antes de lo habitual, por lo que regresó a la floristería poco después de las tres y media. Ambos trabajaron en la tienda entre un incesante flujo de clientes que duró hasta casi las seis. Aunque era invierno, en la floristería Kawarazaki estaban en plena primavera: disponían de flores de cerezo y ciruelo, de melocotonero, tulipanes, arvejillas y otras variedades antes de temporada. Todas se vendían tan bien que daba la impresión de que los clientes, impacientes por la llegada de la primavera, tenían prisa por llevárselas. Cuando parecía que la ida y la venida de clientes se había calmado, apareció de repente la profesora Mabuchi.

—Yo también vi el programa —comentó enseguida Kikuko. Haga le había contado que había ido a una isla perdida en el océano hacía casi un año, en marzo.

—Me llevé una sorpresa cuando vi que te adelantabas a los demás y escalabas con esa agilidad. ¿Qué hay que hacer para conseguir algo así? —le preguntó la profesora.

—En la universidad, estaba en el club de escalada —contestó Kikuko por él.

—Me reclutaron para la expedición más por saber escalar que por mi faceta de investigador —dijo Haga mientras forzaba una risa—, pero resulta que encontré y recolecté una especie de orquídea que se suponía ya extinta, aunque eso no apareció en el programa.

—¿Acaso crecen orquídeas silvestres en una isla perdida en el océano como esa? —preguntó Kikuko de pronto.

—Yo tampoco me lo podía creer cuando la vi. Al cogerla aún no había florecido, así que llegué a pensar que quizá se trataba de otra planta similar. Ya en Tokio, le pedimos a un jardín botánico que la cultivase y hace apenas unos días nos llegó el aviso de que habían logrado que floreciese. También se analizó la secuencia genética y no había duda: se trataba de una orquídea en peligro de extinción.

—¿Habláis de mí? —interrumpió Ran, que había entrado en la floristería junto a su madre sin que los demás lo advirtieran.

—Es cierto que tu nombre se escribe con el carácter de «orquídea», pero no hablábamos de ti —rio Haga—. Les contaba que encontré una orquídea que creían extinta.

—¡Ostras, qué pasada! ¡Muy bien, Haga! Entonces, ¿ahora tendrás un puesto más importante que el de asistente?

—¡Hay que ver este niño! —le llamó la atención la madre—. Mil disculpas. Anda, Ran... Ven aquí y escoge una flor.

—Vaya, mira qué tarde es. Ya va siendo hora de irme.

—Profesora Mabuchi —la detuvo Haga—, aún no nos ha dicho las flores que necesita para el ikebana.

—Uy, me olvidaba de lo más importante. Cómo estoy... Ahora te lo digo. ¿Apuntas?

—Cuando usted quiera —dijo Kikuko con un pósit amarillo y lápiz en mano.

—Ajos blancos, nabos silvestres y arvejillas. De color rosa. También...

—¿Y mimosas? —sugirió Haga a mitad de palabra—. Este jueves iremos a una granja de flores en Chiba para abastecernos. Si quiere, le podemos traer.

—¿Es la de la familia de Makoto, el chico que trabajó aquí?

—Así es. ¿Aún se acuerda de él?

—Claro que me acuerdo. Aún no han pasado ni diez años desde que se fue. Para una anciana como yo, eso es como si fuera ayer. Después de entrar a trabajar para un fabricante de semillas, se marchó a Estados Unidos, ¿verdad? ¿Aún sigue allí?

—Sí.

—¿Y le va bien la cosa?

—Supongo. Últimamente no he estado en contacto con él —dijo Haga con aire melancólico.



La tienda se quedó en calma tras la marcha de la profesora Mabuchi y de Ran, que antes de irse compró la recomendación del día: *Muscari* con bulbos. De hecho, los domingos por la tarde, pasadas las siete, no solía haber ni rastro de clientes; ni oficinistas de camino a sus casas ni clientes que comprasen ramos para las mujeres que trabajaban en los clubes o bares de la zona, que estaban cerrados. Aun así, Kikuko no podía quedarse de brazos cruzados, por lo que cogió una escoba y se puso a barrer.

—Me han dicho que las hiciste tú —comentó Haga con una tarjeta de la floristería en la mano.

Kikuko había hecho el diseño, tal y como le había pedido Rita dos meses antes. Lo había terminado a principios de año y había hecho tres mil copias en la imprenta del barrio. Desde mediados de enero, las tarjetas estaban puestas a un lado de la caja registradora.

—Ah, sí. ¿Qué te parecen?

—Son elegantes y monas, atractivas y con estilo. Si tuviera que ponerles una pega, sería que no parecen de una floristería en el extremo oeste de Tokio.

—Rita me dijo algo así también, que me había esmerado demasiado.

—Ya, pero le ha gustado tanto el logo que lo ha hecho el oficial de la tienda, ¿verdad? —rio.

—Sí. Me dijo que estaba convencida de que sus abuelos estarían muy contentos.

Aparte de las tarjetas, Rita le había pedido el nuevo diseño de las cajas del servicio Flower Break. En una semana, las tendrían terminadas en la imprenta. En ese momento, también trabajaba en el diseño del papel de envoltorio. Además del sueldo como florista, recibía una remuneración por esos diseños. Aunque era una cantidad fija de diez mil yenes por encargo, para Kikuko era un dinero ganado gracias a su propio talento.

—Rita y Mitsuyo también me han dicho que son muy populares entre los clientes. Cuando van a pagar, casi todos se fijan en las tarjetas y se llevan una. De verdad, es admirable. Se nota que estudiaste Bellas Artes. Es un claro ejemplo de que, si quieres algo bien hecho, debes acudir a un profesional.

«Lo realmente admirable es encontrar una orquídea en peligro de extinción en una isla remota», pensó Kikuko, aunque el hecho de que la elogiasen así tampoco le sentaba nada mal.

—Muchas gracias, Haga.

—Ay, casi se me olvida. Te quería pedir un favor.

—Dime.

—¿Has ido alguna vez al centro comercial Kamo Mall?

—Fui una vez, hace tiempo.

El Kamo Mall era un centro comercial más allá del complejo residencial Kirakiragaoka. Cuando acababa de llegar a Tokio siete años atrás, se encontraba irremediablemente con pósteres publicitarios del lugar en la estación de Kujiranuma o en los vagones del tren, por lo que se había animado a ir un día en bicicleta. Se trataba más bien de un recinto de dos plantas con apenas una veintena de tiendas, todas ellas con un toque elegante y sofisticado como el de las que había en el centro de la ciudad. Era entretenido de ver, pero una se lo pensaba dos o tres veces antes de comprar nada. Desde ese día, no había vuelto a ir.

—Allí hay una tienda de dulces tradicionales que se llama Choshunka. Cuando vayas a hacer el reparto, me gustaría que comprases un surtido de los diez productos recomendados. Cuesta tres mil y pico yenes. ¿Lo puedes adelantar tú y pasarlo por gastos? Si traes la factura, Rita te lo devolverá. Y, sobre todo, di que es para regalo. Así, te lo ponen en una cajita y lo envuelven en una tela tradicional gratis.

—¿Es para la granja de flores de Chiba de la que hablabas con la profesora Mabuchi?

—Exacto.

—Entonces, ¿ese tal Makoto es amigo tuyo?

—Sí. Iba conmigo a la universidad y al club de escalada. Ah, ahora que caigo, es del que te hablé cuando un día vino Midori a la tienda. A la madre de Makoto la vuelven loca los dulces. En especial, los tradicionales son su debilidad.

—¿En qué parte de Chiba está la granja?

—En Minamiboso, una zona conocida en todo Japón por concentrar a muchos de los más prestigiosos productores de flores cortadas. Está por el tobillo de Chiiba-kun.

—¿Qué es eso de Chiiba-kun?

—Es la mascota de la prefectura. Cuando se pone de perfil, se dibuja la forma del mapa de Chiba —explicó Haga a Kikuko, que a pesar de recordar haber visto a Chiiba-kun, no era capaz de precisar en qué parte del mapa estaba aquel lugar.

—En vida, el abuelo de Rita solía encargar las mimosas allí directamente. Gracias a ese vínculo, Makoto empezó a trabajar aquí. Una vez al año, en febrero, era tradición que Rita y yo fuéramos a la granja y, con nuestras propias manos, recolectásemos mimosas. ¿Sabías que el día 8 del mes que viene es el Día de la Mimosa?

—No, es la primera vez que lo oigo.

—También es el Día Internacional de la Mujer. Al parecer, en Italia los hombres regalan mimosas a la mujer que aman. Ese día, ellas dejan el trabajo, las tareas domésticas y el cuidado de los hijos a los hombres y disfrutan saliendo a tomar algo.

—¡Qué día tan maravilloso!

—Y tú sin saber que existe.

—Perdón.

—No hay nada que perdonar. Es un reflejo de lo poco popularizado que está. Pero, como floristas, lo que queremos es dar a conocer el día y que venga más gente a comprar mimosas. Este año, el Día de la Mimosa cae en domingo. Rita y yo estamos volcados en vender más que nunca.

Kikuko recordó la campaña del crisantemo que se había hecho el 9 de septiembre del año anterior, con motivo del Festival del Doble Nueve. Pensó que, si no trabajase en una floristería, habría seguido con su vida sin conocer ninguno de los dos días.

—¿Te apetece venir a Chiba con nosotros?

—¿Puedo?

—Por supuesto. De hecho, sería de agradecer que vinieras. Ya sabes que no tengo carnet. Por eso, todos los años, Rita se queja de

que tiene que conducir tanto a la ida como a la vuelta. Nos vendría muy buen que pudieras llevar tú el coche en alguno de los dos trayectos. Cuantas más manos seamos, más mimosas podremos coger y, encima, te pagan como un día de trabajo más.

«En ese caso, sería un crimen no ir», pensó.

—¿Y Mitsuyo no va?

—Una vez que fue, hace algunos años, le dio lumbago en plena recolecta. Después de aquel mal trago, dejó de ir. De todas formas, en la universidad están ahora de vacaciones y, al parecer, Midori, la hermana de Makoto, ha vuelto a casa unos días. No es que vaya a sustituir a Mitsuyo, pero a lo mejor se nos une.

A decir verdad, Midori no era precisamente una persona agradable. Era insolente y seca en el trato y tenía que aparentar confianza y espíritu de superación para no sentirse menos que los demás. Aquello era también una señal de que no tenía suficiente confianza en poder destacar con sus obras. Pero, aunque alguien se lo razonase, no iba a cambiar de actitud. Más bien al contrario: podría volverse aún más borde. Kikuko lo sabía bien, pues ella había pasado por lo mismo en su día.



—¿Tienes a quien regalarle mimosas? —le preguntó Mizuho. Su voz a través del teléfono le sonaba igual que cuando iban al instituto.

—¿Cómo voy a tener a alguien?

Esa noche, Mizuho la había llamado por teléfono. Cuando le preguntó la razón, ella respondió que las amigas no necesitaban un motivo para llamarse. Kikuko le había contado que el siguiente

jueves iba a ir a recolectar mimosas, así como lo del Día de la Mimosa.

—¿Y el de la floristería? No te invitaría a recolectar mimosas si no le gustases, ¿no crees?

—Haga es diferente. Es amable y resulta fácil hablar con él. Además, nos prepara un curri delicioso, pero no lo veo como un hombre y mucho menos como pareja —contestó Kikuko mientras deslizaba el lápiz táctil sobre la pantalla de su tableta. Estaba trabajando en el diseño del papel de envoltorio que le había pedido Rita y había activado el altavoz del móvil para poder hablar con Mizuho en modo manos libres.

—Vale, ¿y el otro chico? El científico que proyecta haces de luz sobre las flores para mutarlas y que cambien de forma —inquirió, refiriéndose a Ifukube. Kikuko pensó que, aun sin faltarle la razón, preferiría que lo expresase de otra forma, sin dar a entender que estaba haciendo algo malo.

—Aparte de venir a la tienda alguna vez, me lo he encontrado de casualidad un par de veces en las escaleras de su bloque.

—Pues eso. ¿No sientes que estabais destinados a encontraros? En el instituto, las chicas iban todas detrás de los deportistas que jugaban al fútbol, al básquet o al béisbol. En cambio, a ti te gustaban los chicos poco atractivos de ciencias, los que iban al club de química, astronomía o informática, ¿te acuerdas?

—Ahí tienes razón —admitió, sin poder contradecir a su amiga.

—Llegaste a declararte a uno del club de química, ¿no?

—Es verdad —se acordó Kikuko, que le había pedido a Mizuho ese día que la acompañase, de lo insegura que era.

—Y el tipo pensó que era imposible que una chica se fijara en él, por lo que te mandó a freír espárragos y se fue enfadado. Yo iba a seguirlo, pero tú me paraste. ¿Te acuerdas?

—Sí —contestó ella, que recordaba haberse sentido mal por herir los sentimientos del chico que le gustaba. Desde entonces, le daba pánico declararse.

Mizuho cambió de tema y le contó que, gracias a Kikuko, iba a una floristería donde compraba flores una vez a la semana.

—Hoy también he ido y he comprado la *Muscari* de la que hablabas por Instagram. También tiene bulbos.

La *Muscari* se conocía asimismo como jacinto ramoso o jacinto de uva, ya que sus flores redondeadas y con forma de vasija florecían agrupadas, cual racimos de uvas.

—No mojes los bulbos o se pudrirán. Tan solo hay que poner una fina capa de agua en un recipiente y dejar que las raíces la toquen. En una semana, florecerá en todo su esplendor, aunque el tallo crecerá más de lo que imaginas. Cuando ocurra, córtalo y colócalo en otro recipiente. Es posible que en algún bulbo queden capullos que acaben floreciendo.

—Cómo se nota que eres florista, sabes un montón —dijo Mizuho medio en broma, aunque lo cierto era que Kikuko lo había aprendido ese mismo día de Ran, que había ido a la floristería a comprar *Muscari*—. ¿Qué tal te va con el trabajo de diseñadora? ¿Te han dicho algo de la empresa después de la entrevista con directivos?

—Sí. Al final, nada. Ayer me llegó una notificación; decía que el resultado no estaba a la altura de sus expectativas.

Pasaron unos segundos en silencio, hasta que Mizuho dijo:

—Cuando empezamos el penúltimo curso de instituto, ¿te acuerdas de que fuimos a ver unos pósteres de mi grupo favorito?

—Supongo que te refieres a aquellos a escala real, ¿no?

En el vestíbulo de una estación de la capital de la prefectura donde vivían, habían colocado unos pósteres a tamaño real de un grupo musical compuesto por cinco chicos. Kikuko no tenía el menor

interés en ellos, pero Mizuho quería hacerse una foto con su integrante favorito, por lo que habían ido juntas después del instituto para cumplir su deseo. Los primeros días, se agolpaban multitud de fans para hacerse fotos. En las noticias de la televisión local habían contado que los fines de semana tenían que desplegar a cuerpos de seguridad, aparte del personal de la estación, para controlar a las masas. Sin embargo, cuando fueron Kikuko y Mizuho ya había pasado un poco la fiebre y apenas había gente dispersa alrededor de los pósteres.

Se trataba de publicidad para un zumo de verduras con cinco nutrientes: licopeno, potasio, betacaroteno, vitamina C y fibra. Cada uno de ellos estaba representado por un color: rojo, marrón, azul marino, rosa y amarillo. Los integrantes del grupo posaban vistiendo trajes en esa gama de colores según el nutriente que se les había asignado. Aunque no era nada nuevo, el diseño estaba hecho con estilo y causaba un gran impacto. A Kikuko le gustó especialmente el hecho de que, con solo un vaso de zumo, se obtuviera, al instante, la cantidad exacta de los cinco nutrientes esenciales para todo el día, en su justa medida, y beneficiando al cuerpo.

—Tú fuiste la que me dijo que tenía que ser la única chica de instituto capaz de valorar de esa forma el diseño de los pósteres —rememoró Kikuko.

—¿Y recuerdas que te sugerí dedicarte al diseño de ese tipo de cosas?

—Claro que me acuerdo. Ese día, una vez en casa, busqué información por internet y descubrí que eso se llamaba diseño gráfico. Cuando en la sesión de orientación vocacional dije que iba a estudiar Diseño en la facultad de Bellas Artes, mis padres y mis profesores dudaron de mi cordura. En cambio, tú confiaste en mí y me animaste a hacerlo...

—¿Y no me guardas rencor?

—No digas tonterías —respondió Kikuko descolocada—. ¿Por qué te iba a guardar rencor?

—Pues porque todavía no has conseguido ningún trabajo como diseñadora. Al fin y al cabo, tu vida se descarriló por culpa del comentario que hice.

—No te guardo ni el más mínimo rencor. Al contrario, solo siento gratitud. Para mí, lo que dijiste me abrió ante los ojos un nuevo camino.

Habían pasado casi diez años desde entonces y aquel camino era de todo menos de rosas. Tampoco sabía si la llevaba a alguna parte, pero Kikuko pensó que era mejor aguantarse y no decirle nada a Mizuho para evitar preocuparla.

—¿De verdad?

—Claro. Sentir rencor o envidia no va a hacer que mi vida sea más feliz. Al contrario, la haría más dolorosa y miserable.

—Gracias, Kiku. Me alegro de ser tu amiga.

—Yo más.



Las colinas se teñían de amarillo por las flores de ese mismo color, que surgían de innumerables árboles. Eran las inconfundibles mimosas.

Había ciento cuarenta kilómetros de distancia desde la floristería Kawarazaki hasta Minamiboso, en el tobillo de Chiiba-kun. Justo antes de partir, a las seis de la mañana, Kikuko había perdido al piedra, papel o tijera contra Rita, por lo que le tocó a ella conducir. Era la primera vez que conducía una distancia tan larga desde que se había sacado el carnet aquel invierno con dieciocho años. A pesar

de estar preocupada por cómo le iba a ir, lejos de sentir estrés le pareció incluso más estimulante que conducir cortas distancias con prisa en *La vie en rose* por el barrio de Kujiranuma. En cuanto se incorporó a la autopista, aumentó la velocidad sin problemas.

Condujo por primera vez por la vía Aqua-Line Bahía de Tokio y lo hizo sin contratiempos. Durante el trayecto, se percató de que Rita y Haga dormían plácidamente. Alcanzaron sin dificultad Kisarazu, ya en Chiba, y siguieron más de cincuenta kilómetros por la autopista de Tateyama hasta salir a una carretera secundaria. A medida que avanzaban por suaves colinas, se veían cada vez menos casas. Con la agradable y abundante luz del sol, apetecía detener el coche y tumbarse allí mismo.

«Vaya», pensó Kikuko al ver a alguien en medio de un sendero en mitad del campo. Deslizaba un pincel sobre un lienzo que tenía apoyado en un caballete. De espaldas al coche, vestía una sudadera con capucha y vaqueros, por lo que no era capaz de distinguir si era hombre o mujer. A sus pies, tenía una mochila grande, como la que llevaba Midori a sus espaldas el día que se había pasado por la floristería Kawarazaki.

—Gira ahí a la izquierda —dijo Haga desde el asiento de atrás.

Se había despertado sin que ella se diese cuenta. Giró el volante tal y como le había indicado. Parecía un camino privado, sin pavimentar, y apenas era lo bastante ancho como para que pasase un monovolumen. A medida que subían una suave cuesta, cada vez más árboles de mimosa los envolvían. Kikuko dudó si preguntarle a Haga si había visto hacía un momento a alguien pintando en el sendero en mitad del campo.

—¡Qué pesada! ¡Déjalo ya, mamá! —habló Rita en sueños, con una voz sorprendentemente clara y fuerte.

Al instante, abrió los ojos, miró a su alrededor confusa y poco después cayó en la cuenta de la situación en la que se encontraba. Hizo como que no pasaba nada y preguntó:

—¿Cuánto queda?

—Ni cinco minutos —contestó Haga con una risa ahogada—. ¿Otra vez tu madre regañándote en sueños?

—No me regañaba, pero me atosigaba con la misma cantinela de siempre: que cuándo le voy a dar un nieto y que si la nieta de Toe ya va a secundaria.

—¿Quién es Toe?

—Se refiere a la profesora Mabuchi —le dijo Haga a Kikuko.

«Cierto, se llama Toe, y su nombre se escribe con el carácter de "diez"», recordó.

—La profesora y mi madre tienen la misma edad y son muy buenas amigas. Al parecer, en su día fueron también rivales en el amor. Aunque al final ninguna de las dos se salió con la suya.

—¿Dónde vive tu madre?

—En Manila.

—¿En Filipinas? ¿Y eso?

—Lo mismo me pregunto yo. Ya han pasado unos siete u ocho años desde la última vez que la vi, así que no sé —contestó con aparente disgusto.

Kikuko pensó que lo mejor era dejarlo estar y guardar silencio, pues no iba a obtener más respuestas claras de su jefa.



Subidos en el monovolumen, llegaron a un imponente edificio de dos plantas que perfectamente podía denominarse mansión. Faltaban diez minutos para las nueve de la mañana, la hora de

llegada acordada. Un hombre y una mujer de unos sesenta años aparecieron por la puerta para recibirlos. Rita les presentó a Kikuko y, a continuación, esta recibió tarjetas de presentación de la pareja.

MARI FUKASAKU
Directora general del Parque de Mimosas Fukasaku

MASAYUKI FUKASAKU
Director ejecutivo del Parque de Mimosas Fukasaku

—En mi casa, la que manda es mi mujer, así que ella es la directora general —dijo el hombre, que soltó una gran carcajada.

«Seguro que hace el mismo chiste cada vez que conoce a alguien», sospechó Kikuko, que esbozó una sonrisa amable por cortesía.

—¿Eres estudiante?

—No —contestó, sin saber cómo explicar quién era.

En ese momento, intercedió Rita:

—Se está formando para ser diseñadora gráfica.

«Qué expresión más acertada. La utilizaré la próxima vez», decidió Kikuko.

—Le hemos traído un detalle —apuntó Haga mientras le entregaba a la mujer la caja envuelta en un pañuelo.

—¡Anda, pero si son dulces de Choshunka! —Mari se alegró más de lo esperado.

Kikuko entendía su júbilo, pues el día que había ido a Kamo Mall se había comprado ella también un dulce. Había probado el llamado «flor sumergida», hecho de pasta de judía roja con forma de flor

dentro de una gelatina transparente. La dulzura de las judías combinaba en el paladar a la perfección con el sabor a limón de la gelatina. Estaba realmente delicioso.

—Muchas gracias por el regalo. Ah, por cierto, Haga... ¿Cómo no nos dijiste que ibas a salir en el canal NHK? Nos lo perdimos.

—¿Cómo?

—Tiene razón —coincidió Rita—. No se lo dijo ni a sus compañeras de la floristería.

Kikuko recordó que tanto Rita como Mitsuyo se lo habían perdido.

—Tan solo salía un momento. No era para tanto. Pero, si no lo vio, ¿cómo se ha enterado?

—Nos lo dijo Makoto, que sí te vio —contestó Masayuki—. Allí también dan la NHK, por satélite. ¿Es verdad eso de que fuiste de expedición a una isla desierta y encontraste una orquídea en peligro de extinción?

—A... Así es.

—Al parecer, Makoto leyó un artículo sobre el tema en una revista científica de Estados Unidos. Cuando se enteró de que iban a dar un programa en la NHK sobre la investigación, lo estuvo viendo por si salías.

—Makoto también tiene parte de culpa. Podría habérnoslo dicho antes y no enviarnos un correo electrónico justo después de verlo. Qué poco espabilado.

—Si me permiten el comentario —intervino Kikuko de repente, haciendo que la mirasen todos, incluido Haga, que tenía cara de preocupación—, este sábado a medianoche repiten la emisión del programa.

—¿En serio? —preguntó Mari, que miró esta vez a Haga—. Si es así, haberlo dicho antes. ¿Nos lo ibas a esconder otra vez?

—Qué va, si yo también me acabo de enterar de que lo repiten —respondió él en tono de disculpa.



—Esta zona tiene un clima templado gracias a las corrientes cálidas que fluyen hacia el mar. La temperatura media anual ronda los diecisiete grados, uno más que en Tokio. La cantidad de precipitación al año llega prácticamente a los dos mil milímetros, cuatrocientos más que en la capital, a causa de los tifones. No es raro que, en cultivos al aire libre como el nuestro, suframos daños por las inclemencias del tiempo. Por eso cultivamos distintas variedades de mimosa en varios lugares, para minimizar el impacto en la producción. Entre ellas, cultivamos la *Acacia podalyriifolia*, *Acacia baileyana*, *Acacia retinodes*, *Mimosa microphylla* y *Acacia dealbata*.

Mientras subían la suave pendiente rodeada de frondosos árboles de mimosa, Masayuki conversaba con Kikuko, que estaba a su lado. El puesto de directora general mantenía a Mari ocupada, por lo que no había venido.

—El momento de floración difiere un poco según qué variedad sea. Las que hay en la zona donde estamos ahora son *Acacia baileyana* y están a punto de entrar en su punto álgido de floración. Tienen unas bonitas hojas plateadas y ya solo por eso lucen mucho como ornamento.

Después de soltar toda aquella retahíla, Masayuki se detuvo, agarró con suavidad la rama de un árbol y señaló una hoja.

—¿A que se parece a la hoja de la planta dormilona? —le preguntó de repente a Kikuko.

—Ahora que lo menciona, sí que se parece bastante... —contestó ella, sin saber muy bien qué decir.

—En realidad, las mimosas se llaman así por el nombre científico de esa planta, que es *Mimosa pudica*. La gente las confundió por la forma tan parecida que tienen su hojas y flores.

—¿Y cómo se llaman de verdad?

—Acacias. ¿Conoces una canción, de hace años, que se titula *Acacia no ame ga yamu toki*?

—La he oído cantar en el karaoke.

El título de la canción se traducía por «Cuando cesa la lluvia de acacias». En lo que llevaban de año, Kikuko había ido con Rita al bar La Indiferencia tres veces y habían disfrutado del karaoke junto a Hitomi. La noche del miércoles anterior, de la misma forma que a finales de año, habían puesto como norma cantar canciones que llevasen nombres de flores en el título, exceptuando las rosas y los cerezos. Entonces, Hitomi cantó precisamente aquella canción. Como al bar iban muchos clientes de edad avanzada, conocía un sinnúmero de canciones antiguas.

—La letra dice que uno muere después de la lluvia de acacias, ¿no? —los interrumpió Rita, que también recordaba habérsela oído cantar a Hitomi.

—No te equivocas, pero, dicho así, suena a película de terror —replicó Masayuki con una carcajada.

—Entonces, las acacias a las que se refiere... ¿son mimosas? —preguntó Kikuko, a lo que Masayuki negó con la cabeza.

—Las de la canción son, en realidad, falsas acacias, también llamadas *Robinia pseudoacacia*. Ni las hojas ni las flores son las de la mimosa. Según dicen, la acacia de los haikus y de las referencias a las estaciones tampoco puede ser la mimosa, sino la falsa acacia. En

resumen, a la falsa acacia se la ha acabado llamando acacia y a la acacia de verdad se la conoce como mimosa. Es un lío, ¿verdad?

«Y tanto», pensó Kikuko.

—Aunque, bueno... Últimamente, según el tipo de mimosa que sea, las hojas pueden ser muy distintas. Por ejemplo, las de la *Acacia podalyriifolia* se parecen a las del caqui o la camelia. De hecho, sacamos al mercado las ramas sin florecer, como follaje decorativo verde. Las de la *Acacia dealbata* parecen agujas, las de la *Acacia retinodes* se parecen a las del sauce, y las de la *Mimosa microphylla* tienen forma de haba.

—Si hoy nos llevamos *Acacia baileyana*, ¿cuánto aguantarán las flores? —preguntó Rita.

—Como he dicho antes, están en el punto álgido de floración, así que supongo que unos tres o cuatro días. No os la recomiendo, porque, una vez que pasa su mejor momento, no hace más que perder valor. Lo mismo sucede con las mujeres —añadió Masayuki, que soltó una risa estentórea. Supo que había metido la pata al instante y se apresuró a corregir sus palabras—: Bueno, a ver... Quería decir que lo mismo sucede con las mujeres y con los hombres. En definitiva, que tú sigues igual de guapa, Rita.

—No se lo tendré en cuenta —contestó Rita con una sonrisa forzada—. Entonces, ¿cuál nos recomienda que recolectemos hoy?

—Pues os diría que optarais por la *Mimosa microphylla*, que es de floración más tardía que las otras variedades. Venga, vamos allá.



Tal y como había dicho Masayuki, las hojas de la *Mimosa microphylla* se parecían a las habas. No obstante, la forma y el color de las flores eran muy semejantes a los de la *Acacia podalyriifolia*.

Rita y Haga, más experimentados, avanzaban con rapidez en la recolección, pero a Kikuko le tenía que enseñar Masayuki. A pesar de que solo debía ponerse guantes y cortar las ramas de mimosa con unas tijeras de podar, la comían los nervios. Además, cuando tuvo que subirse a una escalera para cortar las ramas más altas, no pudo evitar sentirse intimidada. Le daban miedo las alturas, aunque solo hubiese un metro hasta el suelo. Pero también le daba vergüenza confesarlo, así que siguió hasta el final como pudo.

Casi todas las ramas tenían los capullos sin florecer. Para forzar que se abriesen, se metían en un invernadero lleno de vapor. Era una técnica empleada no solo para las mimosas, sino también para los cerezos, los melocotoneros, los ciruelos o las espíreas. Según el tipo de flor y el estado de la rama, había que ajustar los niveles de humedad y temperatura. Aunque la técnica del vapor requería tiempo y dedicación, las ramas llegaban al cliente en su mejor estado.

Con un cálido tiempo atípico para febrero, Kikuko tenía que secarse el sudor que le corría por la frente, una y otra vez, con una toalla que llevaba al cuello. Además, estuvo a punto de caerse de la escalera varias veces cuando alguna abeja la atacaba.

«Si lo llego a saber cuando me ofrecieron venir, les digo que no», pensó, algo arrepentida. Aun así, siguió cortando ramas de mimosa tan concentrada que empezó a divertirse inexplicablemente. Tal vez el cansancio le hubiera inundado el cerebro de dopamina y hubiera entrado en un estado de euforia.

—Lo haces muy bien para ser la primera vez —la animó Masayuki desde el pie de la escalera—. Tienes buena mano con las tijeras.

—Gracias.

—¿Te interesaría trabajar con nosotros?

—¿Perdón?

—En nuestra empresa no solo cultivamos mimosas, sino que también vamos a apostar fuerte por la elaboración de flores secas, herbarios y accesorios. Y nos hace falta una mujer joven y con buen gusto.

—Director —se oyó la voz de Rita, que recogía ramas de otro árbol, aunque Kikuko no la veía—, Kiku es una pieza clave en nuestra floristería.

—Pero es un trabajo temporal, ¿no? —insistió Masayuki, dirigiéndose a Kikuko en vez de a Rita—. Nosotros te haríamos un contrato fijo. Aunque pequeña, somos una sociedad anónima y contamos con buenas prestaciones sociales. Incluso en las épocas de más trabajo, tienes garantizados dos días de descanso a la semana. ¿Qué te parece?

Cuando oyó lo del contrato fijo, vaciló un poco, pero enseguida pensó que no se podía permitir alejarse más aún de su meta de convertirse en diseñadora gráfica. Al instante, vio acercarse un vehículo que le resultaba familiar. Era un triciclo motorizado como *La vie en rose* y de él se bajó Mari.

—¡Chicos, es la hora de comer!



El matrimonio Fukasaku y los tres empleados de la floristería Kawarazaki, sentados en círculo y rodeados de árboles de mimosa, empezaron a comer. Mari les había traído fiambreras de cuatro pisos con tortilla, brócoli y beicon salteados con ajo, pez blanco asado con miso dulce, albóndigas de carne con salsa agridulce, alitas de pollo fritas en forma de tulipán, jurel rebozado, pepino encurtido con salvado de arroz y verduras de raíz guisadas. También había preparado bolsas de tofu frito rellenas de arroz y verdura encurtida,

jengibre fresco o camarones pequeños. Eran porciones bastantes generosas.

Durante la comida, el matrimonio conversó con Haga acerca de la expedición en la isla desierta y comentaron que les gustaría cultivar y hacer florecer la orquídea en peligro de extinción que había descubierto allí. Entonces le pidieron que les enseñara una foto de la planta. Haga sacó el móvil, tocó la pantalla varias veces y se la mostró:

—Aquí tienen.

—¡Uy, qué flor más mona!

—En realidad, no tiene ni un centímetro de diámetro.

Kikuko se acercó para verla también. Era una flor pequeña, redonda y sin nada de particular. Los pétalos eran verdes, como las hojas, excepto por unas manchas lilas. Pasaría desapercibida si creciese en cualquier matorral de la zona; en absoluto parecía una orquídea en peligro de extinción.

—¿Y Midori? —preguntó Rita—. Pensaba que vendría a recolectar mimosas con nosotros.

—Pues resulta que, aunque dijimos que vendríais hoy, la niña salió a dibujar por la mañana y aún no ha vuelto —se quejó Mari—. Se llevó la bici, así que no ha podido ir muy lejos.

—¿Llevaba una mochila grande? —preguntó Kikuko al recordar lo que había visto esa mañana.

—¿La has visto en algún sitio? —respondió Mari con otra pregunta.

—Cuando veníamos en coche, vi a alguien dibujando en un sendero en mitad del campo con una mochila a los pies.

—Seguro que era ella —aseguró Masayuki con cara de disgusto—. No tiene remedio. Por mucho que le guste dibujar, no tendríamos que haberla dejado estudiar Bellas Artes. Para ser una chica, nunca

ha sido simpática, sino terca y altanera, y, ahora, ese carácter se le ha acentuado. Si ya de por sí es difícil encontrar trabajo después de estudiar Bellas Artes, siendo como es dudo que la vayan a contratar en ningún lado. Al final, no le quedará más remedio que hacerse cargo del negocio, así que ya le he dicho que ayude y aprenda el oficio, pero no me hace ni caso. ¡Anda que no tendrá tiempo para dibujar en otro momento!

—Hay dibujos que solo se pueden hacer en el momento —repuso Kikuko, notando su propia voz algo cortante.

Recordaba las veces que, en su antigua empresa, su jefe directo y sus compañeros se habían burlado o le habían dicho cosas desagradables por haberse graduado en Bellas Artes. Además, la expresión «para ser una chica» la había sacado de quicio y le hacía hervir la sangre. Aunque quisiera, no fue capaz de contenerse y siguió:

—¿Qué hay de malo en que una haga lo que le gusta?

—Tranquilízate, Kiku —advirtió Rita ante su tono de voz, cada vez más aguda—. Disculpe, director. Kiku estudió en la misma universidad que Midori.

—¿Eh? Vaya, pues... Lo que quería decir es que... —se intentó excusar Masayuki, que no hacía más que balbucear sin ton ni son.

—Perdón —intervino Mari con rapidez—. Mi marido suele hablar demasiado, dice cosas que no debería y acaba ofendiendo. Disculpadlo.

—Lo... Lo siento —concluyó Masayuki con una profunda inclinación de cabeza—. Mi mujer tiene razón. Perdonadme.

«A quien le tendrías que pedir perdón es a tu hija», pensó entonces Kikuko, aunque también se disculpó:

—Perdóneme usted a mí.

—Por cierto, ya que estamos, ¿te importaría echar un vistazo a una pintura de mi hija? —saltó Mari con voz alegre, tratando de disminuir la tensión del ambiente—. Le hice una foto y la guardé en el móvil. Siendo alguien con más experiencia, ¿le podrías dar algún consejo?

—Buena idea. Por favor, danos tu opinión —coincidió Masayuki, en un intento de congraciarse con ella—. Nosotros dos no tenemos la más mínima idea de dibujo. La verdad es que no tenemos muy claro el nivel de Midori.

—Pero, aunque seamos de la misma universidad, yo estudié Diseño —farfulló Kikuko en vano.

—Yo también quiero ver la pintura de Midori —dijo Rita.

—Yo tampoco he visto nunca nada suyo —se sumó Haga.

—Claro que sí, aquí la tenéis. Esto es el último que ha hecho.

Todos miraron el móvil de Mari. En la pantalla, casi tan grande como la de una tableta, aparecía la imagen de un chico que aparentaba poco más de veinte años, con el busto desnudo. Delgado pero musculoso, miraba hacia un punto lejano mientras esbozaba una ligera sonrisa. De fondo, se dibujaba un cielo y un mar azules y una playa de arena blanca. Era un cuadro con tanto detalle que podía confundirse con una fotografía. La calidad era tal que resultaba difícil creer que lo hubiera hecho una chica de dieciocho o diecinueve años, por muy estudiante de Bellas Artes que fuera.

«Nada que ver conmigo», pensó Kikuko, que sentía no tener el nivel suficiente para poder opinar. Aunque estudiasen disciplinas distintas, le daba vergüenza presentarse como compañera con más experiencia.

—¿Ese no es Makoto? —preguntó Rita, convencida de que era él, el hijo de los Fukasaku, hermano de Midori y compañero de Haga en el club de escalada de la universidad.

«Ahora que lo dice, los ojos y la nariz son como los de Mari», notó Kikuko.

—Así es. Hace casi ocho años que se marchó a Estados Unidos y, como mucho, regresa a Japón una vez al año, cuando puede. Una vez me quejé a Midori de que, por mucho que nos escribamos por correo electrónico y hablemos por videollamada, lo veía tan poco en persona que lo seguía echando de menos. Ella se acordó, cogió una foto antigua y me hizo esta pintura. Tiene algún que otro problema de carácter, pero en el fondo es buena chica.

—La foto que usó para hacer el dibujo... ¿no será de cuando Makoto trabajaba con nosotros? ¿En qué playa estaba? ¿En Minamiboso, quizá? —preguntó Rita.

—En la isla de Ishigaki —murmuró Haga con seguridad.

—Es verdad, Makoto nos trajo un recuerdo de Okinawa. ¿Y tú fuiste con él? —siguió Rita.

—Durante las vacaciones de verano de tercero, fui a trabajar como guía de un *tour* de escalada en rocódromo a la isla de Ishigaki y me vino a ver Makoto. Su idea era quedarse dos o tres días, pero, entre una cosa y otra, terminó ayudándome como guía y se quedó al menos diez.

—Tenía entendido que solíais ir juntos de viaje, pero no sabía lo de Ishigaki. ¿Tú lo sabías, cariño?

—Me acabo de enterar.

—A Makoto le gustaba la fotografía, ¿verdad? Sobre todo, las cámaras de carrete —comentó Haga.

—Le viene de cuando se unió al club de fotografía en otoño del cuarto año de instituto. Un compañero le pidió que se apuntara, aunque solo fuera sobre el papel, porque, si no reunían suficientes miembros, iban a cerrarlo. Al principio no le interesaba lo más mínimo, pero acabó enganchándose.

—Ah, sí. Es verdad. Antes de empezar el bachillerato, con el dinero que ahorró ayudándonos en el negocio, se compró una cámara réflex. Recuerdo que, aunque era de segunda mano, no le salió barata.

—Se la llevó a Ishigaki. Nos hacíamos fotos el uno al otro en la costa. Supongo que Midori cogería una de esas para el dibujo.

—Ahora esa cámara es de Midori. Desde que empezó en la facultad de Bellas Artes, la ha estado usando para tomar referencias para sus pinturas. Se ve que con el móvil no le bastaba.

Kikuko recordó que Midori llevaba una cámara colgada del cuello el día que fue a la floristería Kawarazaki. Debía de ser la de segunda mano que había comprado su hermano.

—Midori siempre quiere usar las cosas de Makoto. La bici en la que iba hoy también es de su hermano.

Mari hablaba de sus hijos con auténtica dulzura. Con los ojos al borde de las lágrimas, las comisuras de los labios mantenían una elevada sonrisa.

«¿Mamá hablará de mí con esta voz tan dulce?», se preguntó Kikuko, que llevaba tiempo sin oírla. La última vez que había hablado con ella había sido a finales de año, cuando la llamó para decirle por teléfono que no volvería a casa para las vacaciones de Año Nuevo. Recordaba que solo le había contestado: «Ah, ¿no? Lo importante es que estés bien». Antes, si pasaba tres días sin llamarla, o incluso solo dos, era su madre la que lo hacía. En cambio, ya no se preocupaba si tardaba un mes en devolverle una llamada. Debía de estar desbordada con el cuidado de sus nietos.

—Sabes que hay un cuarto de revelado a un lado del garaje, ¿no?

—Sí, lo recuerdo —contestó Haga a Masayuki, asintiendo enérgicamente—. Ese que se montó él mismo para revelar fotos, ¿verdad?

—¿Eso es un cuarto de revelado? —preguntó Rita sorprendida—. Siempre pensé que era un baño.

—Es normal, el cuarto mide poco más de tres metros cuadrados —se rio Masayuki—. Está tal cual lo dejó cuando se fue a Estados Unidos, aunque ahora Midori lo usa de vez en cuando.

—Ahí guardaba Makoto las fotos que hacía. Creo que cogió uno de los carretes que había y reveló la foto que usó para este dibujo.

—¿Y Midori no les ha contado nada sobre otras fotos que pudiera haber? —preguntó Haga.

Kikuko se fijó en que, por alguna razón, tenía el rostro tenso.

—A mí no me ha dicho nada. ¿Y a ti?

—Si a ti no te lo ha dicho, ¿cómo quieres que me lo diga a mí? —contestó Masayuki.

—Luego se lo preguntamos —dijo Mari volviéndose hacia Haga.

—No, no hace falta —titubeó él mientras negaba con la cabeza.

—Uy, se nos olvidaba contarte algo importante. Hay que ver...

—Ay, sí. Pero ya se lo habrá contado Makoto, ¿no crees?

—¿Contarme el qué? —preguntó Haga.

—Makoto se casa —contestó Masayuki.

—¿En serio? —dijo Rita—. ¿Con quién?

—Con una mujer de allí. Llevarán un año de relación. Tú lo sabías, ¿no?

—Sí, bueno... —contestó Haga de forma ambigua—. Pero no sabía que se iba a casar. ¿Cuándo?

—Este verano, así que vendrá durante las vacaciones de agosto. Por eso pensaba hacer una ceremonia o, más bien, una fiesta, con los más allegados. Cuando sepamos la fecha, te invitaremos.



Por la tarde, siguieron con la recolecta. Terminaron cuando el cielo de poniente se teñía de rojo. Después, entre todos apilaron las ramas de mimosa en el triciclo motorizado que Mari había traído al mediodía.

—Me adelanto, ¿vale? Sabes el camino, ¿no? —le preguntó Masayuki a Haga.

—No se preocupe —contestó.

Al momento, Masayuki se subió al vehículo y arrancó camino a casa.

—Kiku, ¿qué tal? ¿Estás cansada? —se interesó Rita mientras los tres bajaban en fila por una leve pendiente.

—Estoy agotada, aunque satisfecha, y me siento genial. ¿Y tú, Rita? Mañana te tienes que levantar a las cuatro para abastecerte en el mercado de flores, ¿no? A la vuelta conduzco yo, así que aprovecha y duerme.

—¿Por qué no le haces caso? —la apoyó Haga—. Hay que dejarse guiar por los jóvenes.

—Ni que fuera yo vieja.

—El año pasado, acabaste tan cansada que al día siguiente no pudiste ir al mercado —argumentó él—. En la tienda había *stock* suficiente, pero no logramos reunir todas las flores que nos había pedido la profesora Mabuchi y aquello fue un problema. ¿Te acuerdas?

«No sabía que había pasado eso», pensó Kikuko.

—Vale, vale —aceptó Rita a regañadientes—. Puedes llevar el coche tú, pero, si te cansas, dímelo y sigo yo. Uy, Kiku, ¿qué te pasa?

—Perdonad, pero es tan bonito... —murmuró Kikuko, tras detenerse deslumbrada por la belleza del campo de mimosas bañado

en la luz del atardecer. Tenía el móvil preparado para inmortalizar el momento.

—Enseguida termino de hacer la foto.

—Ya que estás, súbela a nuestras cuentas de Twitter e Instagram.

—Vale.

En el instante en que se volvió para responder a Rita, apareció la figura de alguien detrás de ella. Salía del campo de mimosas montada en bici. Era Midori y llevaba la famosa mochila grande. Rita y Haga, siguiendo la mirada de Kikuko, se dieron también la vuelta.

—¿Qué haces aquí, Midori? —preguntó Haga.

Su voz hizo sobresaltarse a la chica, que parecía no haberse percatado de la presencia de los tres.

—¡No te acerques! —le gritó cuando Haga echó a andar hacia ella.

—¿Cómo?

—¡Os odio a ti y a mi hermano! ¡A los dos! —exclamó con desprecio.

Soltó la bicicleta y bajó la pendiente a toda prisa.

—¡Espera, Midori! —le pidió Haga, yendo tras ella.

Kikuko se quedó pasmada, incapaz de comprender lo que acababa de suceder.

—Kiku, encárgate de la bici —le pidió Rita.

Cuando Kikuko le iba a contestar, ya era tarde: Rita había salido corriendo tras Midori. Pensó que lo importante era, primero, hacer lo que le habían pedido. Se acercó rápido a la bicicleta que había tirada en el suelo, pero cuando la intentó poner de pie se dio cuenta al momento de que se le había soltado la cadena. Lo cierto era que la bicicleta había pasado por mejores momentos y no se podía decir que estuviese bien cuidada.

—¡Ah! —resonó un grito por todo el campo de mimosas. Midori se acababa de caer de bruces, a unos cien metros de donde estaba

Kikuko.

—¿Estás bien?

—¡Midori!

La chica intentó incorporarse, pero su paso era inseguro y volvió a tropezar. Haga y Rita le ofrecieron la mano, pero Midori, cual niña caprichosa, se dio la vuelta de mala gana y, con los brazos cruzados alrededor de ambas piernas, escondió la cara.

Cuando llegó arrastrando la bicicleta al lugar, Kikuko vio a Midori llorando entrecortadamente. Haga y Rita seguían ahí plantados, sin saber qué hacer. Al momento, Midori masculló algo con una voz tan baja que resultó ininteligible.

—¿Qué te pasa, Midori? —le preguntó Rita.

—¿Cuándo empezasteis mi hermano y tú esa relación? —Esta vez, a pesar de sorberse los mocos de llorar, la chica habló con voz clara.

—¿Has visto todas las fotos de Ishigaki?

—¡Contesta a mi pregunta!

—Al poco tiempo de entrar en la universidad —respondió Haga con voz ronca.

—¿Aún seguís?

—Lo dejamos hace mucho tiempo. Cuando se fue a Estados Unidos, la relación se volvió tensa y, al final, se acabó por sí sola.

—¿Y solo te gustan los hombres, Haga?

El rostro de Haga reflejó una expresión amarga. Parecía acorralado.

—¿Qué? Dímelo —insistió Midori.

—Pues sí, ha sido así desde que tengo uso de razón. En cambio, a Makoto no, pero aceptó lo que sentía por él y salió conmigo. Todavía me siento agradecido.

Ante las palabras de Haga, Midori se levantó con ímpetu, se sacudió la tierra de la ropa y alzó la cabeza. En ese momento, se dio

cuenta de que Kikuko estaba allí. Algo sorprendida, se le acercó, le dio brevemente las gracias y cogió la bicicleta.

—¿Os podéis ir sin mí? Me quiero quedar un rato aquí sola —dijo Midori de forma tajante.

No tuvieron más remedio que obedecer.

—Venga, vámonos —ordenó Rita antes de empezar a caminar.

—Midori, solo te quiero pedir una cosa. ¿Me dejas?

—¿El qué?

—No sé cuántos carretes de Ishigaki hay, pero ¿los puedes quemar todos? Ahora que Makoto se va a casar, no conviene que salgan a la luz.

Midori le lanzó una mirada fulminante y contestó:

—Está bien, lo haré.

—Gracias. Cuento contigo —respondió él, con una sentida inclinación de cabeza.

Con el rojo cada vez más intenso del sol de atardecer, el campo de mimosas se había transformado en un paisaje de belleza tan irreal que parecía de otro mundo. Kikuko quiso sacar el móvil e inmortalizar las vistas, pero pensó que no era el mejor momento. Resignada, decidió grabar aquella imagen en su retina.



—Perdón, Kimina —se oyó decir a Haga desde el asiento de atrás —. ¿Puedes girar a la derecha en el próximo semáforo y dejarme enfrente de la estación de Tateyama?

Habían pasado al menos veinte minutos desde que habían abandonado el Parque de Mimosas Fukasaku. El sol se había puesto y todo alrededor estaba completamente a oscuras.

—¿Tienes que ir al baño? Si quieres, podemos parar en esa tienda abierta veinticuatro horas.

—No es eso. Quiero volver a casa en tren para poder pensar a solas.

—Como quieras —intervino Rita—. Luego pasa por gastos el importe del billete hasta Kujiranuma.

—Gracias. Y otra cosa: no digáis nada de lo que le he contado a Midori.

—¿Cómo vamos a decir algo? ¿Verdad, Kiku?

—Cla... Claro que no. No pensamos decir nada —contestó ella.

Al responder, le vino a la cabeza que, quizá, a Midori le gustaba Haga. Pensó que la relación entre su hermano y él había tenido que resultar un duro golpe para ella. Pero, más que nada, seguramente no soportaba saber que nunca podría estar con Haga por mucho que lo deseara. Y si él se diera cuenta de lo que sentía...

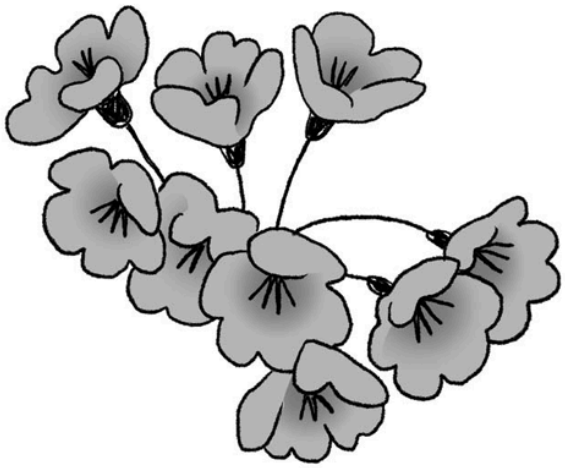
«Vamos a dejarlo. Ponerse a hacer cábalas sin fundamento es peor que cotillear. Las mimosas me están haciendo pensar cosas raras». Kikuko giró el volante para dirigirse a la estación de Tateyama.

La flor de mimosa simbolizaba la elegancia, la amistad y...

El amor secreto.

CAPÍTULO 6

FLOR DE CEREZO



—¡Achís!

—Seguro que alguien está hablando de ti —se burló Mitsuyo.

—Es una simple alergia al polen —rio Kikuko.

Era el primer sábado de marzo. Kikuko hacía el turno de tarde y, desde que había llegado al mediodía, había estornudado repetidas veces mientras trabajaba con Mitsuyo en el almacén.

—Si te has hecho famosa en Kujiranuma.

—Yo no. Lo que se ha hecho famoso es *La vie en rose*.

Kikuko se refería al rumor que la gente seguía creyendo de que, para cumplirse un amor, había que sacar una foto del vehículo así llamado y guardarla como salvapantallas del móvil. De hecho, últimamente se acercaban muchas estudiantes de instituto a la floristería Kawarazaki cuando sus deseos se cumplían para agradecérselo, a lo que Kikuko solo sabía responder que para ella era un honor haber contribuido.

—Pues, si no es eso, será porque alguien está hablando bien de las tarjetas o de las cajas que has diseñado —siguió Mitsuyo.

Eso sí que le hacía ilusión a Kikuko. Aparte de las tarjetas comerciales, a principios de ese mes se habían empezado a usar las cajas del servicio Flower Break diseñadas por ella.

—¿Acaso no están teniendo buena acogida las cajas en redes?

—Es de agradecer —respondió, y se le escapó una sonrisa.

Tras colgar una foto de las cajas en Twitter e Instagram, el número de «me gusta» había sido diez veces mayor de lo normal.

En el almacén, metían las flores que había que repartir ese mismo día en cajas de Flower Break. Tocaban *Fressia* de base blanca y toques púrpura, así como *Mimosa microphylla* de las que habían

recolectado dos semanas antes en el Parque de Mimosas Fukasaku. Tras aplicar la técnica del vapor en el invernadero, enviaron los tallos con los capullos en su estado ideal, justo a tiempo para el Día de la Mimosa, que era al día siguiente, domingo.

«¿Cuándo empezasteis mi hermano y tú esa relación?».

Kikuko recordó la pregunta que le había hecho Midori a Haga mientras contemplaba las flores amarillas y delicadas de las mimosas. Había sido impactante, aunque después había seguido hablando con él con normalidad y coincidían en los turnos de la tienda. Su curri seguía estando igual de bueno, y los días habían seguido sin que nada cambiara ni un ápice.

—A mí también me gustan. Son elegantes y tienen un aire sofisticado.

—Perdón, ¿qué decías?

—Pues eso, te hablo de las cajas de Flower Break.

—Ah, vale. Muchas gracias.

—¿Estás bien? A lo mejor la alergia te ha hecho perder la lucidez, ¿no?

—Qué va —negó Kikuko con una risa forzada—. ¿Hay más cosas para repartir?

—Justo hace un momento le han pedido a Rita un arreglo floral para celebrar la inauguración de una tienda. Quizá esté manos a la obra en la mesa de trabajo de la tienda. ¿Te importa ir a preguntarle cómo lo lleva mientras yo voy a comer?



No lo tenía listo. Cuando Kikuko fue a la zona de venta, la mesa de trabajo estaba vacía. Rita se encontraba contemplando el

ordenador portátil que había tras la caja registradora, con los brazos cruzados.

—Rita, ¿cómo llevas el arreglo floral para la inauguración?

—Aún no está —contestó cortante. Luego, señaló al ordenador—. Fíjate, Kiku.

En la pantalla se veía a un hombre con los brazos cruzados. Sin duda, era una foto hecha en un estudio de fotografía por un profesional. A la derecha de la imagen, ponía: «Tsugunobu Kotani, presidente de Akane Sasu, S. A.», junto a su perfil. Según los datos, tenía treinta y dos años, aunque el bigote y la barba le hacían parecer un poco mayor. No obstante, lo que más llamaba la atención eran la túnica y los pantalones anchos de color lila que llevaba. En cierto modo, podía pasar por miembro de una secta budista sospechosa.

—¿Qué te parece el tipo?

—¿A qué te refieres?

—A esa cara tan llena de confianza, como si mirara a los demás por encima del hombro. Me juego lo que quieras a que es un tipo siniestro.

—No me parece que eso se pueda juzgar solo por una foto.

—Tengo ojo clínico para las personas —rebatió Rita con orgullo—. Y tú eres la mejor prueba.

—¿Yo?

—En cuanto te vi, supe que eras seria y buena persona, así que tuve la corazonada de que tenías que trabajar con nosotros. Que después de nueve meses sigas aquí es la mejor prueba.

—Bueno, puede ser —respondió.

Kikuko en realidad no había tenido la intención de trabajar allí tanto tiempo. Mientras iba tirando con el trabajillo de la floristería Kawarazaki buscaba algún otro empleo relacionado con el diseño,

aunque las cosas no acababan de salir como quería. Y, sin que se diera cuenta, habían ido pasando los meses.

—Al parecer, mañana es la inauguración de una tienda suya en Kamo Mall.

Quizá fuese en el local que estaba en obras al lado de la tienda de dulces tradicionales Choshunka a la que Kikuko había ido dos semanas antes para comprar un detalle que llevar al Parque de Mimosas Fukasaku.

—¿Y las flores son para esa inauguración?

—Sí. La clienta me pidió un arreglo personalizado. Quería pistas para saber qué flores escoger, así que he buscado en internet y he encontrado la web de Akane Sasu. Solo pensar que tengo que hacer un arreglo para ese tío me da tanta pereza que no sé qué hacer.

—Pero ¿qué dices? Esto es trabajo, Rita. Trabajo.

—Entonces, ¿te importaría hacerlo tú?

—¿Que lo haga yo? ¿Cómo quieres que me encargue de un arreglo floral personalizado?

Los arreglos consistían en clavar distintos tallos de flores en esponjas absorbentes colocadas en un recipiente. En el caso de los ramos, había que quitarles el envoltorio para ponerlos en un florero, pero los arreglos florales podían exponerse sin más, por lo que eran ideales en las inauguraciones de tiendas.

Un ramo personalizado solía costar entre dos mil y tres mil yenes. Los más caros, como mucho, cinco mil yenes, pero el arreglo que había que hacer ese día costaba veinte mil yenes. Y, encima, era para una inauguración. Kikuko dudaba de su capacidad para hacerlo, pero Rita, que parecía haberle leído el pensamiento, insistió:

—Ya verás como eres capaz, ¿eh? Espabila, que corre prisa.

—¿Qué piensas hacer con todas esas flores lilas? —preguntó Ran, que había entrado en la tienda sin que Kikuko se diese cuenta.

—Tengo que hacer un arreglo floral y estoy escogiendo las flores que voy a usar.

—Ah, vale —respondió él mientras asentía satisfecho—. Si un ramo tiene muchas flores, quedan mejor todas del mismo color, porque, si son de varios, no hay armonía.

«Tiene toda la razón. Es un truco que le enseñó Mitsuyo», pensó Kikuko.

Lo primero que hizo fue leer la web de Akane Sasu para entender mejor qué tipo de negocio era. Se trataba de una marca de moda que diseñaba y vendía ropa utilizando exclusivamente tintes naturales, extraídos de todo tipo de hierbas y flores, sin recurrir a colorantes sintéticos. La ropa que llevaba el presidente Kotani en la foto tenía que ser de la propia marca. Sus productos se vendían en más de cincuenta tiendas repartidas por todo Japón, entre las cuales había grandes almacenes famosos. El local que abrirían al día siguiente en Kamo Mall iba a ser el tercero que inauguraba la propia marca, tras la tienda insignia de Kichijoji, que contaba con una fábrica de tintas, y la segunda en Asagaya. Observando fotos de las dos primeras tiendas, había visto que ambas tenían un elegante diseño con el lila como color base.

Tal vez fuera un poco simplista, pero había ido a la zona de venta para elegir flores en tonos morados. Las principales serían rosas, acompañadas de calas, delfinios y ásteres. Además, se le había ocurrido que sería buena idea enfatizar la imagen natural de la tienda con unas cuantas ramas con hojas de romero, albahaca y oreja de cordero.

—¿Qué te parece? —preguntó mientras se agachaba, sosteniendo con delicadeza las flores para que las viera Ran.

—Aunque sean del mismo color, las flores tienen formas distintas. La belleza está en la imperfección.

«Genial», pensó Kikuko.

Ran tenía solo seis años e iba a empezar la escuela primaria en abril. Era cliente habitual de la floristería Kawarazaki desde antes de que Kikuko hubiera empezado a trabajar allí y, desde luego, sabía mucho de flores y tenía buen ojo.

«Si al niño le gusta, es que está bien».

—Ya te he dicho que no molestes a los trabajadores —lo amonestó su madre.

—No me molesta en absoluto. Al contrario, me estaba asesorando.

—Exacto, estaba asesorando —repitió el niño.

Tras dejar sobre la mesa de trabajo las flores que iba a utilizar, Kikuko fue al almacén a elegir un jarrón. Había cestas y varios tipos de jarrones de plástico que imitaban la cerámica, todos ellos de varios tamaños. Las cestas contaban con asas, por lo que resultaban cómodas de entregar, pero no quedaban bien en una tienda diseñada con el color lila como base. Al final, eligió un jarrón de cerámica sencillo y sin esmaltar, en armonía con la imagen natural de las flores. Moldeó la espuma absorbente siguiendo la forma del jarrón, la colocó dentro y la cubrió de agua antes de regresar a la zona de venta.

Primero, clavó las ramas con hojas alrededor de la espuma y formó una especie de cerco redondo. En el centro, clavó una rosa, la protagonista del arreglo. Cortó el tallo de dos rosas más, para que la cabeza de las flores quedase por debajo de la que estaba en el centro. De ese modo, fue colocando las flores mientras ajustaba las distintas alturas.

Ran observaba la tarea de Kikuko desde el otro lado de la mesa de trabajo.

—Nos tenemos que ir —llamó la madre.

—Estoy asesorando —contestó el hijo sin intención de moverse.

Aunque Kikuko estaba un poco nerviosa, le sabía mal echarlo.

—¿Puedo comentarte una cosa? —le preguntó el niño cuando ya había terminado de clavar todos los tallos—. Te has dejado unos huecos aquí y aquí. Si miras desde este lado, se ve eso verde —indicó, refiriéndose a la espuma absorbente.

—¿Qué? ¿En serio? —se le escapó a Kikuko.

Ran tenía razón. Cuando se disponía a recolocar las flores, intervino Rita:

—Oye... Todo de color lila no queda mal, pero ¿qué te parece si le das un toque con alguna flor blanca? De esa forma quedará todo más definido.

Kikuko trajo rosas blancas y gipsófilas y Rita fue colocándolas en los huecos con destreza y decisión. Añadió también las ramas con hojas que habían quedado sobre la mesa. En apenas tres minutos, el resultado había cambiado notablemente. La mejora era evidente y había que reconocerlo: se había convertido en un producto digno de regalar.

—Aquí tienes —dijo Rita mientras le entregaba un albarán que sacó de un portapapeles.

En él ponía con letra pulcra y fácil de leer:

Destinatario: *Tsugunobu Kotani, presidente de Akane Sasu, S. A.*
Remitente: *Ai Sagae*

—Escríbelo en un cartelito. Y, cuidado, no te vayas a equivocar. Cuando lo tengas hecho, hazle una foto y mándasela por correo al remitente —le indicó Rita. Luego, se dirigió al niño—: Ran, gracias por asesorarnos. Nos ha venido muy bien.

—De nada —contestó orgulloso y con el pecho henchido—. Cuando necesitéis que os asesore, no dudéis en pedírmelo.



Pasaba por una zona bordeada de cerezos.

Se dirigía a Kamo Mall después de terminar el reparto en el complejo residencial Kirakiragaoka. La entrega para la inauguración de la tienda Akane Sasu era la última del día. Tras incorporarse a la carretera nacional y avanzar un trecho, se dio cuenta de que los árboles que había plantados a lo largo del camino eran de esa especie. A pesar de que faltaba una semana para la fecha estimada de floración, aquellos cerezos no parecían muy motivados: era como si se hubiesen olvidado de echar las flores. Kikuko los observó preocupada.

En ese momento, tuvo una idea:

«¿Y si hago fotos de esta hilera de cerezos cada día, desde que empiezan a florecer hasta que llegan al punto máximo y después pierden los pétalos? Podría colgarlas en las cuentas de Twitter e Instagram de la floristería».

Por supuesto, tenía que consultarlo antes con Rita, quien probablemente no se negaría. Por el momento, decidió sacar la primera foto.

Detuvo *La vie en rose* en el arcén, sacó el móvil y, cuando se estaba preparando para fotografiar los cerezos, vio en la acera, al otro lado de la carretera, a un grupo de diez chicas vestidas con el mismo uniforme. Eran del equipo del Kirakiragaoka Sunshines. Entre ellas estaba Chihiro, la nieta de la profesora Mabuchi.

Al verlas, Kikuko recordó que ese día jugaban en el campo de Kujiranuma un partido amistoso contra el Machida. Chihiro le había pedido que fuese a verlo, pero tuvo que rechazar la invitación porque ese día trabajaba. La estudiante le había dicho que el partido

empezaba a la una, por lo que ya tenían que haber acabado y estarían de camino a casa.

—¡Kikuko! —la llamó Chihiro en cuanto la vio, saludándola con la mano.

—¿Cómo ha ido el partido? —preguntó ella mientras respondía con el mismo gesto.

—¡Hemos ganado!

—¡Enhorabuena!

—¡Todo gracias a ti! ¡Muchas gracias!

«¿A mí? Que yo sepa, no he hecho nada», se dijo Kikuko, extrañada.

Sin detenerse, Chihiro siguió andando con las demás chicas.



Estacionó en el aparcamiento de Kamo Mall, sacó el arreglo floral del compartimento de carga, lo envolvió con ambos brazos y lo llevó a la tienda. Tal y como sospechaba, era el local adyacente al del Choshunka. Una gran cristalera permitía ver todo el interior del local. Igual que en las dos primeras tiendas de la marca, esta también tenía el lila como color principal. Habían puesto varios ramos de flores de felicitación sobre lo que parecía ser el mostrador de la caja.

Unos diez empleados colocaban ágilmente productos, movían recipientes o se subían a escaleras para cambiar las luces del techo. Tanto hombres como mujeres llevaban la misma túnica y pantalones anchos de color lila. De esa guisa, parecían aún más una sospechosa secta budista.

Kikuko se plantó delante de la puerta, aguantó el arreglo floral con la mano izquierda y con la derecha tocó la puerta de cristal. En ese momento, un hombre que estaba justo al lado se giró. Era

Tsugunobu Kotani. Era más bajo de lo que había imaginado; a duras penas llegaría al metro sesenta.

—¡Le traigo unas flores por la inauguración de la tienda!

Kikuko habló con una sonrisa dibujada en la cara. Sin embargo, Kotani abrió la puerta muy serio.

—¿De parte de quién?

—De Ai Sagae —contestó ella pensando que, si leyese el cartelito, lo podría ver él mismo.

—¿De Ai? —repitió Kotani, dejando entrever un aire de familiaridad—. No las pienso aceptar.

—¿Cómo? Pero... ¿por qué?

—¿Acaso tengo que dar explicaciones de todo?

—No, claro, tampoco es eso.

—Entonces, ya estás tardando en irte. Estoy muy ocupado —replicó Kotani antes de cerrar la puerta con agresividad.

Era la primera vez que le pasaba algo así a Kikuko. Pillada por sorpresa y sin saber cómo reaccionar, se quedó allí plantada.

—¡¿Qué hacéis perdiendo el tiempo?! ¡A este paso no podremos abrir mañana!

Cuando oyó los gritos al otro lado de la puerta, aun sabiendo que no la regañaban a ella, se dio la vuelta con las flores entre los brazos y volvió por donde había venido a paso ligero.

Regresó al aparcamiento, dejó el arreglo en el compartimento trasero de *La vie en rose* y enseguida llamó a la floristería para contarle a Rita que no había podido hacer la entrega.

—Tenías razón, el tipo es un miserable y un sinvergüenza.

—Tampoco he dicho eso exactamente. Veo que has tenido mala suerte. Ya me encargo yo de llamar a la clienta.

Antes de aceptar un encargo, se le explicaba al cliente que, en caso de que la entrega no pudiera realizarse por cambio de dirección

del destinatario, ausencia prolongada o rechazo de recepción, no se realizaban reenvíos ni reembolsos. En la factura también lo ponía por escrito. Aun así, echar a perder veinte mil yenes era un mal trago.

—¿Y qué hacemos con el arreglo floral?

—Puedes llevártelo a casa si quieres.

—No tengo dónde ponerlo.

Desde que había llegado a Tokio, vivía en un pequeño apartamento de una sola habitación con cocina. Era exagerado decir que no tenía sitio para poner unas flores, pero pensaba que un arreglo valorado en veinte mil yenes no encajaba en su piso.

—Entonces, no hay más remedio que desmontarlo y hacer pequeños ramos de quinientos yenes. En cualquier caso, vente ya.

—De acuerdo.

Aunque Rita había hecho los últimos retoques, era el primer arreglo floral de Kikuko, por lo que aquel desenlace la desanimó. También le sabía mal por Ran, que la había asesorado. Se sentía perpleja y frustrada, pero no podía hacer nada. Colgó el teléfono, lo guardó y se secó con el dorso de la mano las lágrimas que le asomaban de los ojos.

—Disculpe —oyó decir a alguien. A su derecha, una chica la observaba con el cuerpo ligeramente inclinado—. Este es el vehículo de la floristería que hay frente a la estación de Kujiranuma, ¿verdad?

—Ah... Pues sí.

—¿Le puedo pedir una cosa?

—¿De qué se trata? —inquirió Kikuko, preguntándose si sería otra persona más que, creyéndose el rumor de *La vie en rose*, quería hacerle una foto. Sin embargo, resultó ser otra cosa.

—Permita que me presente —dijo la chica, a la vez que le ofrecía a Kikuko su tarjeta.

En ella podía leerse lo siguiente:

SANAE YUKI
Encargada de la tienda de Kamo Mall
Choshunka, S. A.

—Hace un par de semanas, vino a comprar un surtido variado a la tienda, ¿verdad?

—Así es. Era un regalo para unos clientes y quedaron encantados. También me compré un dulce para mí. Se llamaba «flor sumergida» y estaba buenísimo.

—Muchas gracias —respondió la chica.

Kikuko la observó con atención. Serían de la misma edad. Llevaba melena corta ligeramente ondulada y tenía unos rasgos marcados de manera natural, no fruto del maquillaje. No vestía la típica bata de las pastelerías tradicionales japonesas, sino una especie de chaqueta de chef blanca típica de las confiterías y los restaurantes occidentales, así como un gorro rojo con visera.

—Lo cierto es que me gustaría poner flores en la tienda. Querría que me aconsejaran dónde convendría ponerlas, de qué tamaño y cuántas veces al mes tendría que cambiarlas. Perdone el atrevimiento.

—Para nada. Me alegro de que me lo comente.

—Si fuera posible, me gustaría que vinieran a ver la tienda en algún momento de la semana que viene.

—En ese caso, hablaré con la encargada y entre hoy y mañana nos pondremos en contacto con usted. ¿Prefiere que la llamemos por teléfono o que le enviemos un mensaje?

—Mejor un mensaje. Y otra cosa... —añadió de pronto en voz baja y contenida—. He visto cómo le ha gritado el presidente de Akane Sasu. ¿Está usted bien?

«Vaya, se ha enterado», pensó Kikuko.

—Ah, sí.

—A mí me hizo lo mismo.

—¿Y eso?

—Justo el otro día, fui a saludarlo y le propuse que, ya que éramos vecinos, hiciéramos algún tipo de colaboración. Me contestó que era una pérdida de tiempo y un sinsentido, que esa idea tan simple se le podría haber ocurrido a una niña pequeña y que no tenía la menor intención de considerarla. Finalmente, me dijo que estaba ocupado y que me largase.

—Qué tipo más desagradable —soltó Kikuko, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—Si una cosa he descubierto estos últimos tres días es que ese hombre adopta una actitud muy autoritaria con las mujeres y con sus subordinados.

—Qué horror.

—A mí me gusta la ropa de Akane Sasu, y, de hecho, tenía varias prendas de la marca, pero me he llevado tal decepción que las he vendido en una web de ropa de segunda mano. ¿Cómo es posible que ese hombre haya llegado a presidente?

—¿Antes era otra persona?

—Hasta hace dos años, era una mujer. Descubrí la marca Akane Sasu a través de una entrevista que le hicieron en una revista. A pesar de tener la apariencia de una persona tranquila y un poco despistada, hablaba con coherencia y demostraba tener carácter. Pero parece que lo ha dejado.

—¿Se acuerda de cómo se llama?

—Me acuerdo porque tiene un apellido raro. Se escribe con los caracteres de «frío», «río» y «ensenada» y se pronuncia «Sagae».

«Lo imaginaba», pensó Kikuko.



En un abrir y cerrar de ojos, le habían dado ya las siete y media. Aunque faltase media hora para el cierre, no podía bajar la guardia, pues no eran pocos los clientes que los viernes y los sábados venían a última hora. A veces se llenaba de golpe a unos minutos de las ocho. Encima, esa tarde le tocaba a Kikuko hacer el turno sola. Rita había salido para asistir a una reunión de la asociación de vecinos. Llevaban debatiendo desde el verano pasado si debían poner o no cámaras de seguridad en el barrio y aún no habían llegado a ninguna conclusión.

Empezó a recoger poco a poco, primero metiendo en la tienda las flores que había fuera. Con las que había desmontado del arreglo floral, había hecho diez ramos de quinientos yenes que había colocado en una caja de madera y se habían vendido muy bien. Los dos que quedaban los trasladó a un vaso de plástico transparente que dejó a un lado del mostrador. Fue a llevar la caja de madera al almacén y, cuando regresó a la zona de venta, vio que había entrado una clienta. Era alta y tenía una figura estilizada, llevaba un vestido amarillo y un chal de color rosa pálido sobre los hombros. Tendría entre treinta y treinta y cinco años.

—¿Está abierto aún?

—Sí, sí. Pase.

—Qué bien. Me llamo Sagae —se presentó la mujer.

Kikuko tardó un poco en ubicar el nombre, pero al final preguntó:

—¿Es usted la que encargó el arreglo para una tienda?

—Así es.

Tal y como había dicho la encargada del Choshunka, en apariencia tenía un aire tranquilo y un poco despistado, aunque a Kikuko le

vino a la cabeza uno de los significados de la flor de cerezo: mujer elegante.

—Volvía de una reunión de trabajo cuando, en el tren, he visto otra vez el arreglo floral que habían preparado para la inauguración. El degradado en tonos lilas era de un gusto exquisito, me ha gustado mucho.

—Muchas gracias —dijo Kikuko—. Lo hice yo —se le escapó, de contenta que estaba ante el elogio.

—¿Por casualidad no será usted también la que lo llevó a entregar?

—Así es.

—Lamento el mal trago que ha tenido que pasar.

—Oh, no se preocupe.

Sagae inclinó la cabeza con tal firmeza que Kikuko se puso nerviosa, sin saber cómo reaccionar.

—No tiene sentido que no haya querido recibir un arreglo floral tan bonito. Si el problema era que fueran de mi parte, podría haber tirado él mismo las flores. Es incapaz de imaginar hasta qué punto sus actos importunan e incomodan a los demás. Siempre ha sido así. Lo siento mucho —se volvió a disculpar Sagae—. ¿Aún tiene las flores? Estoy pensando que igual me las llevo.

—Me temo que ya las hemos desmontado.

—Vaya.

—Lo siento —se disculpó Kikuko de inmediato al ver la expresión de pesar de Sagae.

—No se preocupe. Tendría que haber dicho que pasaría a recogerlas cuando me avisaron. Pero, ya que he venido, compraré algo —quiso apaciguarla, y empezó a dar vueltas por la tienda—. Hay muchas mimosas... ¿Es porque mañana es su día?

—Exacto. ¿Cómo sabe lo del Día de la Mimosa?

—Una compañera de mi escuela técnica que trabaja ahora en Italia lo puso en Facebook. Aparte de regalar mimosas a las mujeres, ese día los hombres trabajan por ellas, hacen las tareas domésticas y demás, para que puedan salir con sus amigas.

Justo cuando Kikuko iba a decir que le parecía un día magnífico, Sagae añadió:

—¿No le parece una desfachatez que las mujeres solo salgan a divertirse una vez al año?

Sagae buscaba su aprobación, y el hecho era que, visto así, Kikuko estaba de acuerdo con ella.

—Tiene razón.

—En cualquier caso, yo no tengo a quien pasarle mi trabajo ni mis tareas de casa, ni quien me regale mimosas, así que lo mismo me las compro yo. ¿Qué otras flores hay? ¿Me ayuda a elegir?

Kikuko eligió tres tipos de tulipán: un tulipán «Margarita», de pétalo doble de color rojo púrpura; un tulipán «Flaming Coquette», de color blanco y amarillo; y un tulipán «Flaming Flag» blanco con vetas moradas. También escogió dos variedades de anémonas: una sencilla con pétalos ondulados de color lila, llamada «Mona Lisa», y otra blanca, de flor grande, llamada «Porto». Por último, añadió ramas con hojas de eucalipto sidra y *Mimosa microphylla*.

—¿Cuánto cuesta todo?

—Dos mil yenes en total.

—Es bastante económico, ¿no?

El precio real era de algo más de tres mil yenes, pero Sagae ya se había gastado veinte mil en un arreglo floral que su destinatario había rechazado. Además, habían vendido ocho ramos hechos con las flores de ese mismo arreglo. A Kikuko hasta le entraron ganas de darle las flores gratis.

Se colocó frente a la mesa de trabajo y empezó a confeccionar el ramo. Cortó los tallos para dejar las flores a la misma altura, arrancó las hojas inferiores por donde se cogía el ramo y fue colocando las flores por colores.

—El chal que lleva le queda muy bien —comentó sin dejar de trabajar. No lo decía por quedar bien, sino porque lo pensaba de verdad—. Ese tono rosa tan suave y sutil es precioso.

—Gracias —respondió Sagae con una sonrisa—. De hecho, está teñido con ramas de cerezo.

—¿Con ramas y no con flores?

—Antes de que florezcan los cerezos, se cortan las ramas con los capullos a trocitos. El tinte se obtiene hirviendo y enfriando esos trocitos repetidas veces. Y este vestido está teñido con las hojas y el tallo de la artemisa japonesa. A simple vista, solo se aprecia el amarillo, pero en realidad tiene un toque verdoso distintivo. Sin luz natural es difícil de apreciar.

Según le había contado Yuki, Sagae era la antigua presidenta de Akane Sasu, la empresa de moda especializada en tintes naturales.

«A lo mejor sigue usando tintes naturales aunque ya no esté en la empresa», pensó Kikuko. De todas formas, lo que más la intrigaba era la relación que había tenido con Kotani, pero no iba a cometer la indiscreción de preguntar por ello.

Una vez que terminó de confeccionar el ramo, lo envolvió con celofán y papel de envoltorio.

—Cuando fue a la tienda, Kotani iría completamente de lila, ¿verdad?

—Ah, pues sí —respondió Kikuko, descolocada al oír a Sagae mencionarlo.

—El nombre de la tienda, «Akane Sasu», proviene de una composición de la poeta Nukata no Okimi que aparece en la

colección del clásico *Manyoshu*. El poema dice: «Pasando por campos purpúreos bañados en la luz carmesí, y por otros tantos del dominio imperial, ¿no te verán los guardianes agitando las mangas por mí?». Cuando habla de «campos purpúreos», hace referencia a la raíz de una planta del mismo color, que se escribe con el carácter de «púrpura» o «morado» y que emplea Kotani para su ropa. Pero, y que esto quede entre nosotras, en realidad se trata de una raíz similar que se importa de China, pues la variedad autóctona de Japón de la que hablaba Nukata no Okimi está en peligro de extinción. Personalmente, me gustaría hacer el tinte con nuestra variedad autóctona, por lo que entré en una asociación que trabaja para la conservación de esta raíz. Hemos intentado cultivarla, pero no logramos que se mantenga, por lo que, de momento, es imposible utilizarla. Cuando trabajaba en Akane Sasu, contaba con la ayuda de algunos empleados que se prestaban voluntarios, pero ahora ya no es tan fácil.

—Entonces, ¿trabajó en Akane Sasu? —preguntó Kikuko, aprovechando la ocasión.

—Bueno, más que trabajar ahí, fundé la empresa hace siete años junto a Kotani, que era mi compañero de clase en la escuela técnica. Propuse llamar a la empresa «Akane Sasu» porque era un epíteto poético de esa raíz morada.

—¿Y por qué dejó la empresa?

—Yo quería confeccionar ropa únicamente con tintes naturales extraídos de plantas y flores y eso requiere tiempo y dedicación. Al final, el producto acababa siendo de tirada limitada y a un precio más bien caro. Aun así, mi intención era seguir por ese camino. Por eso, al principio montamos una tienda de apenas diez metros cuadrados al lado de un taller de tintes. No obstante, tuvimos buena aceptación, las ventas aumentaron, empezamos a contratar personal

y Kotani quiso ampliar los puntos de venta abriendo una nueva tienda. Por mi parte, hice entrevistas para periódicos, revistas y medios en internet. Obtuvimos un reconocimiento social mucho mayor del que esperábamos, por lo que no tuve objeción en hacer crecer la empresa. De hecho, estaba de acuerdo en que era lo necesario. Sin embargo, con la apertura de la segunda tienda, tuvimos que aumentar el número de productos, y, poco a poco, comenzaron a surgir diferencias entre Kotani y yo. Él pretendía producir en masa con tal de ganar más dinero y propuso dejar de lado los tintes naturales para, en cambio, utilizar tintes artificiales que los imitasen. Pensé que había perdido el juicio. ¿Cómo íbamos a confeccionar una burda imitación de nuestros propios productos? Le dije que ni hablar, que no contase conmigo, pero él respondió que, entonces, lo haría solo.

—Pero en la página web pone que no se utiliza ningún tipo de tinte artificial, ¿no?

—No solo hace imitaciones, sino que, además, miente. Por más que insistiera, no me quiso escuchar y me dijo que, si no me gustaba la idea, podía irme.

«Menudo desgraciado está hecho», pensó Kikuko, rabiosa.

Rita había sido capaz de ver su verdadera naturaleza con solo una fotografía. A Kikuko no le quedaba más remedio que admitir que su jefa estaba dotada de una buenísima intuición.

—¿Cómo es que le envió a un tipo así unas flores para celebrar la inauguración de su nueva tienda? —preguntó Kikuko, pero al momento se arrepintió de haber abierto la boca.

Fue a disculparse por la indiscreción, pero Sagae se le adelantó y explicó:

—Desde finales del año pasado, vendo por internet mis propias prendas teñidas. Varias tiendas se han puesto en contacto conmigo

para comercializar mis productos. Precisamente, esta tarde he ido a una reunión con una de ellas en Shimokitazawa. Quise mandarle las flores a Kotani para que supiera que yo estaba bien y para darnos ánimos mutuamente, pero veo que no captó el mensaje. Tiene lógica. La necia he sido yo por pensar que nos íbamos a entender intercambiando flores cuando no lo hacemos ni con palabras.

Sagae se dirigía a Kikuko, pero poco a poco fue agachando la cabeza y hablando cada vez más bajo, hasta que llegó un punto en que murmuraba para el cuello de su vestido. Cuando pareció darse cuenta, se aclaró la garganta y, en tono alegre, siguió:

—¡Ah, casi lo olvido! Lo que llevo ahora puesto es la muestra de una de mis prendas. La tienda se llama Sotoorihime y la dirección es... Perdón, ¿no tendrá un bolígrafo?

Tomó un pósit amarillo y un bolígrafo de Kikuko, y empezó a escribir apoyándose en el mostrador. Con la misma letra pulcra y fácil de leer del albarán, escribió los caracteres de «ropa», «atravesar» y «princesa», junto con su lectura: «Sotoorihime», como la legendaria princesa japonesa.

—Se dice que, hace muchos años, había una princesa de belleza tan intensa que refulgía incluso a través de sus ropajes —explicó Sagae—. Disculpe. Aunque hace más de tres meses que creé la página web, todavía no me he hecho una tarjeta de presentación. Kotani se encargaba de ese tipo de tareas administrativas.

—Si le parece bien, se la puedo hacer yo.

—¿Usted?

—Lo cierto es que me estoy formando para ser diseñadora gráfica. Esta la diseñé yo misma —explicó mientras le entregaba una de las tarjetas de la tienda que había a un lado de la caja registradora.

—Hace rato que me había fijado en ella. Estaba pensando que tiene mucho estilo y es muy mona. ¿Me haría también el logo?

—Por supuesto. Lo haré encantada —accedió Kikuko con ímpetu.

—En vez de una tarjeta personal, quizá debería hacer una tarjeta de la tienda parecida a esta.

—¿Y qué le parecería si la hiciéramos a doble cara? Por un lado, la información personal y, por el otro, una tarjeta de la tienda con un logo bien grande.

—Es una idea fantástica. ¿Cuánto cuesta el diseño?

—¿Qué le parece diez mil yenes?

—Genial. Le dejo aquí escrito mi nombre, mi dirección y mi correo electrónico.

—¿Para cuándo lo quiere?

—Me vendría bien tener las tarjetas dentro de dos semanas para llevarlas a imprenta. Por supuesto, me hago cargo de los gastos de impresión.

—De acuerdo. A mediados de la semana que viene, le entregaré tres propuestas de diseño. Cuando escoja la que más le guste, haré unos retoques y, para principios de la semana siguiente habré finalizado el diseño. Una vez decidido qué papel quiere usar para las tarjetas, lo enviaré a imprenta. ¿Le parece bien?

—Me parece perfecto —respondió Sagae con una sonrisa—. Me muero de ganas de verlas.



Rita aún no había regresado pasadas las ocho, hora del cierre. Cuando estaba barriendo el suelo después de haber terminado de meter en la tienda los productos expuestos en la entrada, recibió un mensaje de texto suyo.

Parece que la reunión de vecinos va para largo. Si terminas de limpiar y de recoger, puedes irte a casa antes de las nueve. Acuérdate de cerrarlo todo con llave.

Kikuko salió a las nueve menos veinte, no sin antes mandarle un mensaje a Rita:

Me voy a casa.

Sacó la bici del garaje y comprobó que lo había cerrado con llave. Justo en el momento en que se acababa de montar en el sillín e iba a empezar a pedalear en dirección a la estación, oyó una voz:

—¡Kikuko!

Justo en la dirección hacia la que se dirigía, cinco metros más adelante, había una persona de pie. Debido a que la luz de las farolas alineadas junto a la terminal de autobuses le daba de espaldas, el rostro de la persona quedaba en sombras, por lo que no veía bien quién era. Sin embargo, la voz le resultaba familiar.

—¿Eres tú, Momoka?

—Sí —respondió ella acercándose.

Su aspecto era distinto al de siempre: en vez de ir vestida con traje y pantalón, llevaba chándal. Para su sorpresa, le quedaba bien; tenía pinta de atleta. Cargaba con un bolso Boston exageradamente grande.

—Qué oportuna. ¿Tienes tiempo ahora?

—¿Eh? Sí... —contestó, a pesar de que quería volver a casa y empezar a pensar en el diseño de la tarjeta que le acababa de pedir Sagae.

—Estaba de camino al bar La Indiferencia. ¿Te vienes? No te retendré mucho rato, una horita, más o menos. Y yo invito. ¿Qué?

¿Te animas?

No podía negarse ante tanta insistencia. Además, Momoka la tenía intrigada.

—Vale, te acompaño.



—¡Vaya, qué pareja tan inusual! —exclamó Hitomi en cuanto las dos entraron al bar.

—Me la he encontrado de camino, así que la he invitado —explicó Momoka mientras dejaba el gran bolso a sus pies y se sentaba. Kikuko tomó asiento a su lado. No había más clientes.

—¿Hoy también lo has vuelto a hacer? —le preguntó Hitomi a Momoka mientras extendía ambos brazos hacia delante, alternándolos, una y otra vez. Aunque lejos de resultar esclarecedora, Kikuko comprendió de qué iba la gesticulación.

—Sí, por eso tengo tanta sed. Ponme un botellín de cerveza. ¿Tú también quieres, Kikuko?

—Sí, otro igual.

Hitomi sacó dos vasos y los llenó de cerveza.

—¿Te has puesto a practicar boxeo, Momoka? —preguntó Kikuko.

—Va al gimnasio de boxeo de Tobe —contestó Hitomi por ella—. ¿No ves que ha perdido papada y ha adelgazado?

—Imposible. Solo llevo dos meses y entreno una hora y media dos veces por semana. Además, a la vuelta me vengo aquí sin falta a tomar alguna que otra cerveza, así que ¿cómo voy a adelgazar? Lo hago más para liberar estrés que para perder peso. Golpear sacos de boxeo me ayuda a olvidarme de las cosas malas que me hacen sufrir.

«Si empezó hace dos meses, sería después de lo que le ocurrió. Debe de haberlo pasado muy mal», pensó Kikuko.

—Hoy, antes de entrenar, he ido a un sitio. ¿Sabéis adónde? —preguntó Momoka.

Kikuko pensó que no había manera de saberlo, pero entonces recordó que, de camino a Kamo Mall, se había encontrado en la acera del otro lado de la calle al equipo del Kirakiragaoka Sunshines.

—¿Fuiste a ver el partido de Chihiro?

—¿Cómo lo has sabido?

—Me encontré con ella de camino al reparto. Me dijo que habían ganado.

—Chihiro ha hecho dos *home runs*. Me ha dicho que lo ha conseguido porque estaba allí animándola y me ha dado las gracias —rio con cierto rubor—. Por eso le he contado que me dijiste que no daba la talla como madre si no iba a verla jugar.

—Ese día me pasé. Perdón.

—Qué va, tranquila. No te equivocabas.

«¡Todo gracias a ti! ¡Muchas gracias!», le había dicho Chihiro. Ahora entendía el motivo de su agradecimiento.

—Durante el partido, estaba tan entregada en animar a mi hija que no me he acordado en ningún momento de mi exmarido. Se trataba únicamente de Chihiro. Ha sido la primera vez que la he visto lucirse de esa manera. Aunque ya es tarde, me arrepiento de no haber ido a sus partidos antes.

—Entonces, ¿por qué no brindamos por la victoria del Kirakiragaoka Sunshines?

—Vale, venga.

La cerveza fría bajó por la garganta de Kikuko, que sintió cómo le refrescaba todo el cuerpo. Había sido un día largo y tenía la

impresión de que había pasado mucho tiempo desde que Ran la había estado ayudando en la tienda.

En un suspiró, el botellín de cerveza se quedó vacío, así que Momoka decidió que tomarían, con soda, whisky Kakubin de la botella que tenía reservada.

—Kikuko, nunca podré agradecértelo lo suficiente —soltó de repente y, tras volverse hacia ella, añadió solemnemente y con una profunda inclinación de cabeza—: Siento mucho las molestias que te causé la pasada Nochebuena.

—Tranquila, que no fue nada.

—Me lo ha contado —intervino Hitomi—. Seguiste al estafador matrimonial con el vehículo de las rosas y, después de la gran pelea que protagonizaste, lo atrapaste, ¿verdad?

«¿De dónde se habrá sacado eso?», se preguntó Kikuko.

—¿Quién te ha contado esa historia?

—Todo el barrio lo sabe. Incluso hay quien dice que eres experta en *jiu-jitsu* brasileño. ¿Es eso cierto?

—¿Cómo va a ser verdad? Para empezar, no seguí al estafador matrimonial, no protagonicé ninguna pelea y tampoco atrapé a nadie.

—Tampoco hace falta que te pongas así, ¿no? Que lo han detenido gracias a ti es un hecho.

Mientras decía eso, Momoka sacó un trozo de papel de debajo de la funda del móvil y lo dejó sobre la barra.

Detenido un hombre de cincuenta y cinco años por estafar treinta millones de yenes a diferentes mujeres a través de una aplicación de citas

El día 25, la Policía Metropolitana de Tokio detuvo a Motoki Hashizume, desempleado de cincuenta y cinco años y residente en el distrito de XX, por

sospecha de estafa. Fue acusado de haber engañado a una mujer a la que había conocido a través de una aplicación de citas, insinuando una posible boda para lograr así que le diera alrededor de dos millones de yenes en efectivo. El sospechoso ha admitido los hechos y ha declarado que el dinero que obtuvo lo utilizó para pagar deudas. Se sospecha que ha podido estafar en total cerca de treinta millones de yenes a varias mujeres, incluida la denunciante, por lo que se continúa investigando otros posibles delitos. El motivo de su detención se remonta a septiembre de 20XX, cuando, haciéndose pasar por directivo de una empresa comercial, convenció a una mujer residente en el distrito de Toshima, en la capital, con la que mantenía una relación sentimental, de que le prestara un millón de yenes en efectivo alegando que lo necesitaba para la compra de diferentes productos. La mujer transfirió a la cuenta del sospechoso dos millones de yenes. Poco después, perdió el contacto con él y, en octubre de ese mismo año, presentó una denuncia ante la comisaría. La policía llevaba tiempo siguiéndole el rastro.

—Qué poca cosa de artículo, ¿verdad?

Momoka tenía razón. El recorte de periódico apenas le cubría la palma de la mano. Incluía una fotografía de Motoki Hashizume, que había engañado a Momoka haciéndose pasar por Matsunaga. La imagen no era muy nítida, pero se apreciaba que tenía poco pelo. A Kikuko le había parecido que el hombre que le había dado el puñetazo en la cara y había estado a punto de hacerle una llave tenía la cabeza mucho más tupida.

Momoka, como si le leyera el pensamiento, explicó:

—Al parecer, llevaba peluquín. Me lo dijo la detective. Desde que lo conocí hasta que todo acabó, mantuvimos una relación de casi tres meses. Salía con él prácticamente todas las semanas, hicimos un viaje al extranjero y otros tres por Japón, pero nunca me di cuenta de que llevaba peluquín. Mira que fui tonta. Llevaba diez años divorciada, centrada en el trabajo, sin tratar con hombres. Por eso estaba entusiasmada con la idea de que me llegase caído del cielo un hombre así, con lo seria que soy. Pero no se trata solo del

peluquín. En retrospectiva, pienso que tendría que haber sido más racional y haber caído en que muchas cosas no cuadraban. Durante las citas y los viajes, yo corría con más del noventa por ciento de los gastos. Y, aun así, pensaba que era maravilloso poder gastar dinero en el hombre al que quería. Fui una ingenua de manual. No tengo remedio.

«Parece una confesión», pensó Kikuko mientras saboreaba cada gota de su whisky con soda. Era como si Momoka buscara la forma de redimirse contándolo todo. Le daba la impresión de que no necesitaba consejos ni palabras de consuelo; lo único que podía hacer Kikuko era guardar silencio y escuchar.

—Ahora estamos organizando una asociación de víctimas para llevarlo a juicio. Tras oír el testimonio de las demás mujeres, he comprobado que recurría casi siempre al mismo método. Su manera de seducir, así como las palabras que utilizaba para pedir matrimonio, eran casi calcadas. Me avergüenzo de haber llegado a pensar que quizá las otras mujeres habían sido un blanco fácil y que lo que había sentido por mí tenía que haber sido cierto. ¿Cómo podía seguir creyendo en él después de todo? Pero lo cierto es que, mientras estuve con él, fui feliz y ese es un recuerdo que no podré borrar.

Momoka apoyó los codos sobre la barra y se llevó las manos a la frente.

—¿Qué tal si te buscas otro novio y grabas buenos recuerdos encima de los que ahora tienes? —sugirió Hitomi en un deliberado tono jocoso y burlón.

—Mi madre me propuso algo parecido.

—¿La profesora Mabuchi? ¿Qué te dijo exactamente? —se interesó Kikuko.

—Que no tengo buen ojo para los hombres y que ella me podría buscar a alguien con solvencia, atractivo y buena persona. Que, si me volvía a casar a través de un matrimonio concertado, dejaría enseguida atrás los malos recuerdos.

Su opinión no difería mucho de la de Hitomi, pero a Kikuko le pareció exagerada, autoritaria e intransigente.

—¿Y piensas hacerlo? —preguntó.

—No es que haya sido muy buena hija; no continué con el negocio familiar, me casé con alguien a quien mi madre no veía con buenos ojos y regresé a casa divorciada y con una hija. Y, para colmo, he caído en la trampa de una estafa matrimonial. Si le pongo pegas, me deshereda —contestó con una ligera risa—. Vamos a ver qué tipo de buenos hombres es capaz de traerme mi madre.

Bella flor de cerezo,
ojalá no hubiera tardado tanto
en amarte como lo hago ahora.



Mitsuyo se encontraba en medio de la tienda, antes de la hora de apertura, recitando de memoria el poema a la vez que lo escribía con tiza en la pizarra negra.

—¿De quién es? —preguntó Kikuko desde la mesa de trabajo.

Estaba metiendo pequeñas macetas con arreglos de plantas suculentas en bolsas de plástico transparente. De esa forma, el cliente se las podía llevar en el momento de pagar. A pesar de tener un precio ligeramente elevado, de dos mil yenes, se vendían a un ritmo vertiginoso después de que, a mediados de la semana anterior,

un programa de televisión matutino hubiera hecho un reportaje especial sobre el encanto de aquellas plantas.

—Es del emperador Ingyo. Se considera el poema sobre cerezos más antiguo de todo Japón. Significa algo así como: «Hermosa y delicada flor de cerezo, si iba a amarte, ojalá lo hubiera hecho antes, querida mía». ¿A quién crees que se refiere, Kiku?

Kikuko se quedó sin saber qué decir ante aquella repentina pregunta.

—¿Cómo lo voy a saber?

—Claro que lo sabes —aseguró Mitsuyo con una sonrisa socarrona —. Últimamente has estado dándole vueltas al nombre de esa persona.

«Solo puede referirse a ella», pensó Kikuko.

—¿Hablas de Sotoorihime?

—Exacto.

Hacía dos semanas que Sagae le había encargado el diseño de las tarjetas comerciales de su negocio. Le había costado sangre, sudor y lágrimas idear un logo para la marca, de nombre «Sotoorihime». Después de realizar varios prototipos que no solo había enseñado a sus compañeros de la floristería, sino también a la profesora Mabuchi, a Chihiro e incluso a Ran, para que le dieran su opinión, le había entregado a Sagae tres opciones. Una vez escogida una, había hecho un boceto de la tarjeta y decidido qué color y tipo de papel eran los más adecuados. Ese mismo día, que coincidía con el equinoccio de primavera, el modelo acabado había llegado a manos de Sagae.

—Entonces, ¿Sotoorihime existió realmente?

—Pero bueno... ¿De verdad que no lo sabías? Cuando te vi adornando el logo con pétalos de cerezo pensé que te habías informado.

—Lo siento —se disculpó Kikuko ante las palabras de Mitsuyo, que le habían sonado a reproche—. Cuando me dijeron que era una princesa de belleza tan intensa que refulgía incluso a través sus ropajes, pensé que sería el personaje de algún cuento de hadas, como la princesa Kaguya, Blancanieves o Pulgarcita.

Según Mitsuyo, Sotoorihime aparecía en los libros históricos *Kojiki* y *Nihonshoki*, aunque no se trataba de la misma persona en ambas obras.

—En el *Nihonshoki*, hace referencia a la hermana menor de la esposa del emperador Ingyo.

—Entonces, ¿le escribió un poema a su cuñada diciéndole que, ya que la iba a amar, ojalá lo hubiese hecho antes? ¿Eso fue antes o después de casarse con su hermana?

—Fue después. Su mujer se puso como una hidra, claro. El emperador Ingyo construyó una villa para Sotoorihime, donde la visitaba cuando se iba de caza. Cuando su esposa se enteró, le aseguró que no estaba celosa de su hermana pequeña, pero le pidió que dejara de ir allí de caza. Y aunque empezaron a verse con menos frecuencia, el emperador acababa igualmente en los brazos de Sotoorihime.

—¡Qué fuerte me parece! Hoy en día sería un escándalo.

—La Sotoorihime del *Kojiki* es aún peor, pues se refiere a la hija del emperador Ingyo. Se rinde a un amor prohibido por su hermano mayor, hijo de su misma madre, pero de distinto padre. Al final, acaban suicidándose.

—Es todo tan extremo que me cuesta seguir el hilo.

—Vaya, ¿en serio? En clase, este tipo de historias causaban furor y enganchaban a todos mis alumnos.



—¡Achís!

Mientras subía las escaleras de uno de los bloques del Kirakiragaoka para entregar un paquete de Flower Break, se detuvo en el rellano de la escalera y estornudó con fuerza, como haría un señor mayor. Al ir a poner un pie en el siguiente peldaño, se oyó desde arriba otro estornudo tan fuerte o más que el de ella.

—¿Ifukube?

—¿Kimina?

Ambos comprobaron la identidad del otro bajo unas gafas parecidas a las de natación y unas mascarillas grandes que les cubrían la mitad inferior de la cara. Estaban en el bloque 8 norte, donde vivía él. Era ya la tercera vez que se encontraban así, en el rellano entre el primer y el segundo piso.

—¿Tú también eres alérgica al polen?

—Pues sí. Ha pasado casi un mes desde que empecé con los síntomas. Por culpa del viento, hoy está siendo el peor día.

Puesto que *La vie en rose* no contaba con puertas, el polen entraba a su antojo, así que unas gafas como las de nadar y una mascarilla enorme era la única protección a la que podía aspirar.

—Me gustaría medicarme, pero lo evito porque no quiero que me entre sueño ni perder la concentración.

—A mí me pasa lo mismo.

—¿Trabajas hoy, que es festivo? —le preguntó a Ifukube, que llevaba un abrigo fino y su habitual bolsa blanca de tela colgada al hombro. Como tenía los hombros caídos, en cualquier momento se le podía resbalar.

—No, hoy no.

—Entonces, ¿tienes alguna cita?

—Ni mucho menos.

—¿Acaso no juramos la pasada Nochebuena que nos íbamos a esforzar?

—A ver, jurarlo... tampoco —rio él con desgana—. ¿Y a ti qué tal te ha ido en este tiempo?

—No he conocido a nadie.

—Ni yo. Solo hay hombres en el laboratorio.

Kikuko recordó las palabras de su amiga Mizuho acerca de cómo le gustaban los chicos poco atractivos de ciencias, los que iban al club de química, astronomía o informática. Ifukube tenía un aire al chico del club de química al que se le había declarado Kikuko en el instituto.

—¿Hoy vas a algún sitio?

—Iba de camino al centro de la ciudad para asistir a una reunión del club de campanillas mutadas.

—¿Qué son las campanillas mutadas?

—Son campanillas con formas inusuales fruto de una mutación.

—¿Con haces de luz, como los crisantemos con volantes?

—No. Todo empezó hace más de doscientos años, en el período Edo, cuando unos aficionados a la jardinería descubrieron unas mutaciones espontáneas en las campanillas. Sin escatimar en tiempo ni en esfuerzo, fueron cultivando variedades cada vez más inusuales.

En realidad, a Kikuko no le importaban lo más mínimo las campanillas mutadas. Sin embargo, al ver cómo hablaba apasionadamente de ellas, se sobresaltó al descubrir que se sentía atraída por él.



Después de recorrer un tramo del desvió de la carretera nacional con *La vie en rose*, se detuvo en el arcén. Llevaba desde el primer

sábado de marzo haciendo fotos desde el mismo sitio de los cerezos alineados, para colgarlas después en las cuentas de Twitter e Instagram de la floristería Kawarazaki. Incluso los días que no tenía que hacer entregas por la zona, se acercaba hasta allí con *La vie en rose* o, si libraba ese día, con su bicicleta. Había días bastante duros en los que, empapada por la lluvia, seguía haciendo fotos, puesto que la acogida y los numerosos «me gusta» hacían que valiese la pena. Cuando estaba sacando el móvil para hacer la foto del día, le llegó un mensaje de Sagae:

> Me acaban de llegar las tarjetas. Han superado
> con creces mis expectativas; estoy impresionada
> y encantada con ellas. Solo quería darte las
> gracias.

—Gracias a ti —pensó Kikuko en voz alta mientras encendía la cámara del móvil.

Los cerezos estaban en su máximo esplendor y la imagen de los pétalos cayendo arrastrados por el fuerte viento que soplaba era espectacular.

> Bella flor de cerezo,
> ojalá no hubiera tardado tanto
> en amarte como lo hago ahora.



Mientras contemplaba las flores de cerezo, pensó que había que estar loco para dedicarle aquel poema a la hermana pequeña de su mujer. Aunque... ¿acaso no era la locura lo que definía al amor?

«La necia he sido yo por pensar que nos íbamos a entender intercambiando flores cuando no lo hacemos ni con palabras».

Cuando le había preguntado a Sagae sobre el motivo por el que había enviado un regalo a Kotani por la inauguración de la tienda, esa había sido su respuesta. También recordó las palabras de Momoka aquella misma noche, cuando había hablado sobre el estafador matrimonial: «Mientras estuve con él, fui feliz y ese es un recuerdo que no podré borrar».

Cada vez que subía una foto de los cerezos a las redes sociales, añadía un significado de la flor. Ya solo con las variedades más comunes del cerezo había expresiones como «belleza natural», «mujer elegante» o «pureza». Según el tipo de cerezo, los significados cambiaban. Además, las flores tenían significados distintos según el país. Ese día, Kikuko había preparado un significado en francés. Quizá era lo que le había hecho recordar las palabras de Sagae y Momoka:

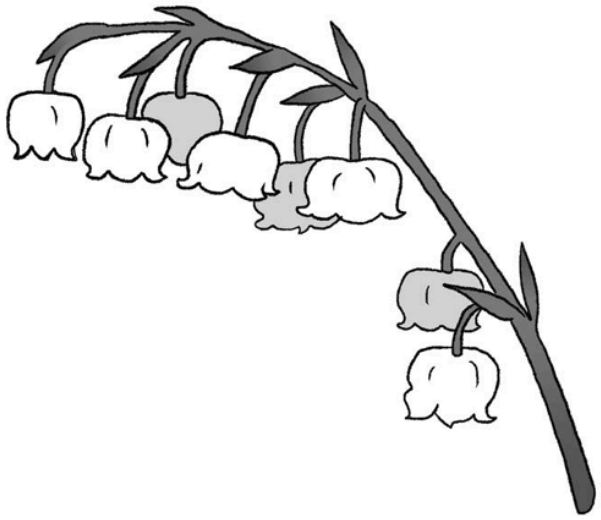
Ne m'oubliez pas.



Que en francés significa «no me olvides».

CAPÍTULO 7

LIRIO DE LOS VALLES



—Cuanto más miro la florecilla del lirio de los valles, más me parece una campanilla. ¿No cree que es casi calculadora, con esa forma que a todo el mundo le parece tan mona?

«¿Cómo va a ser calculadora una flor?», pensó Kikuko, y se le escapó la risa ante el comentario de Sanae Yuki. De todas formas, entendía a qué se refería. Le hizo recordar el poema que Mitsuyo había escrito en la pizarra delante de la floristería Kawarazaki.

En el viento va
el tintineo del lirio.
Tilín, tilín, tilín.



Se trataba de un poema escrito por Sojo Hino. Sin duda, el timbre más adecuado para unas campanillas pequeñas como las del lirio de los valles era «tilín, tilín», en lugar de «ding-dong».

—¿Sabía que el 1 de mayo es el Día del Lirio de los valles? —preguntó Kikuko.

—No, es la primera vez que lo oigo.

En realidad, Kikuko se había enterado también apenas tres días antes, cuando Rita se lo había contado.

—En Francia, se regalan lirios de los valles a los seres queridos. Nos gustaría importar esa costumbre a Japón, así que ayer empezamos una campaña —le explicó a su clienta.

En ese momento, se encontraban en la tienda Choshunka de Kamo Mall. A principios de marzo, Yuki, la encargada, le había pedido a Kikuko asesoramiento para decorar su local con flores.

Una semana más tarde, se reunieron con Rita en la tienda y decidieron que llevarían un arreglo floral valorado en diez mil yenes el segundo y el cuarto martes de cada mes. Eso sí, Yuki había pedido que se realizase antes de la hora de apertura. Dado que aquel día era el segundo martes de abril, Kikuko se había presentado a las nueve en punto.

Justo al entrar, a la izquierda, había una mesa donde se colocaban las flores. En el faldón de la mesa había un calado de rosas y las cuatro patas presentaban un elaborado tallado. Era propio de una pieza antigua que, según Yuki, databa de los años veinte, entre finales del período Taisho y principios del Showa. Contaba que se la había traído a Tokio después de encontrarla en el almacén de la casa de sus padres. La mesa ocupaba demasiado espacio en su piso, así que la había puesto en la tienda.

A Kikuko le picaba la curiosidad ante aquella casa familiar con almacén propio donde se guardaba semejante objeto antiguo, pero decidió no indagar más.

—¿Qué son estas flores verdes? ¿Hortensias? —preguntó Yuki.

Era normal que se lo pareciesen, pues florecían prácticamente igual.

—No. Se trata de mundillos, que son de la familia de la madreselva japonesa. Ahora son de color verde, pero, a medida que las flores se abren, se van volviendo blancas. También se los conoce como «bola de nieve» por su forma redondeada.

—Vaya, no lo sabía.

—¿Qué le parecen? ¿Le gusta el ramo de hoy?

—Muy buen trabajo —sonrió, y levantó el pulgar de la mano derecha a la altura del pecho. Se notaba que sabía cómo sonreír y qué gesto hacer para hacer sentir bien a los demás. Si Kikuko hubiera sido un chico, se le habría acelerado el pulso.

«Sus formas son más calculadas que las del lirio de los valles», pensó. Aun así, respiró aliviada, pues ella misma se había encargado de todo, desde escoger las flores hasta confeccionar el ramo. Había librado el día anterior, lunes, por lo que el domingo le había indicado a Rita qué flores iba a utilizar. El martes por la mañana había entrado a trabajar media hora antes, había preparado el arreglo floral, se lo había enseñado a Rita para que le diera el visto bueno y finalmente lo había llevado a su destinataria en *La vie en rose*.

—Le haré una foto para colgarla en nuestras cuentas de Twitter e Instagram. Aprovecho para advertirle de que el lirio de los valles es venenoso. Mientras no se lo meta en la boca, no hay problema, pero no está de más tener precaución con los niños pequeños y los animales domésticos.

—De acuerdo. Tenemos un cartelito que pide que no se toquen las flores por ser delicadas, así que no creo que haya ningún problema. No obstante, tendré especial cuidado.

—Muchas gracias.

—Kimina, ¿tiene un segundo? —dijo para detener a Kikuko, que se disponía a marcharse.

—Sí, dígame.

—En septiembre de este año, nuestra tienda central en Nihonbashi conmemora su ciento cincuenta aniversario —explicó mientras la llevaba a la zona de mesas del local—. Así que, para celebrarlo, se pondrán a la venta unos dulces frescos japoneses que llevarán el mismo nombre de la marca, Choshunka. Esta mañana nos han

llegado unas muestras de la sede central y me gustaría que probase una.

—¿Que pruebe una yo? Qué apuro.

—No sea modesta. Vamos, siéntese aquí. Enseguida le traigo una.

La zona donde se podía comer dentro de la tienda era un espacio recogido y acogedor que contaba con una barra que daba a la pared y varios asientos, así como cuatro mesas con dos sillas cada una. Al no ser aún la hora de abrir, no había clientes.

—Aquí lo tiene. El dulce Choshunka.

Yuki le había traído, en una bandeja, un té con cubitos de hielo flotando en un elegante vaso junto con un dulce tradicional japonés sobre papel decorativo y servido en un plato lacado.

—El término japonés *choshunka* hace referencia a dos tipos de flores: la caléndula, de la familia de las asteráceas, y la rosa china, de la familia de las rosáceas. Nuestro nombre proviene de esta última, que se considera que trae buena suerte porque florece durante las cuatro estaciones, varias veces al año. Pero ¿qué le voy a contar a una florista sobre flores? Perdón por la osadía.

—Para nada.

En la floristería Kawarazaki vendían muchos tipos de flores, pero, al menos desde que Kikuko había entrado a trabajar, no habían tenido nunca rosas chinas.

—De ahí que el dulce tenga forma de rosa, ¿no? —comentó.

—Así es. ¿A que es impresionante hasta qué punto nuestros artesanos han logrado recrearla?

Sin duda, era increíble. Aun mirándolo de cerca, costaba apreciar la diferencia con una rosa real. Kikuko pensó que, en el mundo, había gente con un talento extraordinario.

—Vamos, no sea tímida y pruébelo.

—Está bien —accedió Kikuko, que se resistía a deshacer aquella magnífica forma. La mirada fija de Yuki la incomodaba y la ponía más nerviosa. No obstante, no podía estar así todo el día, por lo que, con determinación, clavó el palillo en el dulce, cortó tres pétalos y se los llevó a la boca. Al poco de masticar, se le fue extendiendo un aroma a rosa.

—¿Qué le parece? —preguntó Yuki, que se había colocado justo enfrente de ella.

—No sabe como el típico dulce tradicional japonés, pero tampoco es como los occidentales. Parece que esté comiendo un género totalmente nuevo. Más que sorprendida, me tiene desconcertada.

—¿No está bueno?

—Al contrario —se apresuró a decir—. Está muy rico.

A Kikuko le dio rabia no ser capaz de encontrar las palabras idóneas para expresarse. Repetir que estaba bueno o rico, como solían hacer los famosos en los programas de comida de la televisión, resultaba poco creíble. Al final, se acabó el dulce entero en tres minutos.

—Entonces, ¿le ha gustado?

—Sí.

—Qué bien. La verdad es que también le quería pedir un favor.

—¿Un favor? ¿A mí?

—Es usted diseñadora gráfica, ¿no?

—Me estoy formando.

—Ya, pero ha diseñado las tarjetas de la floristería Kawarazaki, el papel de envolver y las cajas de suscripción. Además, acepta otros encargos de fuera.

—Bueno... —vaciló, pensando que el único encargo de fuera había sido el de Sagae.

—¿Podría diseñar el empaquetado del dulce Choshunka?

—¿Cómo? Lo siento, pero...

—¿No puede?

—No es que no pueda, pero ¿cómo voy a diseñar yo el empaquetado de un dulce para celebrar el ciento cincuenta aniversario de la marca?

—¿Y por qué no? Me encantan sus diseños. Son únicos y rebosan entusiasmo por hacer cosas totalmente nuevas. ¿Cómo lo diría? Se percibe pasión en ellos.

—Va... Vaya.

Yuki se había inclinado hacia delante y se había acercado tanto al rostro de Kikuko que casi lo rozaba. Su agitada respiración mientras hablaba acabó por abrumarla.

—Uy, perdón —se disculpó Yuki, retomando la compostura cuando se dio cuenta de que Kikuko se sentía algo incómoda—. Me he dejado llevar y me he venido arriba.

—No se preocupe. Me alegro mucho de que le gusten tanto mis diseños. Haré el del empaquetado que me propone.

—¿De verdad? Muchas gracias —contestó, y, al momento, puso cara de disculpa—. Aunque, lo cierto es que...

Al parecer, Choshunka había organizado un concurso entre diez agencias de diseño para elegir la que iba a diseñar el empaquetado del nuevo dulce, y Yuki le proponía que se presentara también.

«Está claro que no van a confiar ciento cincuenta años de historia a alguien como yo, sin la experiencia suficiente», se dijo Kikuko, que, aunque sintió una leve decepción, a la vez se quedó más tranquila. Si perdía, sería lo normal, pero si ganaba, lo consideraría fruto de la suerte.

Yuki le pidió que no contara nada acerca del dulce conmemorativo. Por supuesto, eso incluía también no colgar nada en redes sociales.

El plazo de entrega se cumplía en dos semanas, el cuarto jueves de abril, justo antes de la Golden Week, la semana de vacaciones entre finales de abril y principios de mayo. Ese día, tenía que ir a la tienda central de Nihonbashi y exponer su diseño ante los altos cargos de Choshunka, entre quienes se encontraba el director general. Desde luego, hablar en público no era su fuerte. En su antiguo trabajo, se ponía tan nerviosa cuando tenía que presentar productos a los clientes que todo le salía del revés. En cuanto se lo contó a Yuki, esta le aseguró que ella también estaría allí para animarla y le pidió que no desistiera.

«¿Solo me va a animar?», pensó Kikuko, aunque poco más podía hacer.

En cualquier caso, no le quedaba mucho tiempo. Además, a finales de la semana anterior, Sagae la había llamado al móvil para pedirle que, después de hacer las tarjetas, diseñara las cajas de envío de su tienda. Kikuko se había comprometido a mostrarle un boceto del diseño antes de las vacaciones, así que tendría que trabajar en ambos proyectos a la vez.



Tras aparcar *La vie en rose* en el garaje, se bajó del vehículo y se plantó delante del mapa del barrio de Kujiranuma que había colgado en la pared. Quitó la chincheta con una bolita de color verde que había clavada sobre Kamo Mall y clavó otra en el mismo lugar con una bolita marrón. Justo cuando iba a cerrar la puerta metálica del garaje, vio a una mujer enfrente del edificio. Llevaba un vestido camisero rojo con un leve toque lila, pantalón negro de punto y un pequeño bolso colgado del hombro. Tendría poco más de sesenta años y resultaba bastante alta para su edad. Parecía dudar entre

entrar o no en el edificio, aunque no estaba muy claro para qué. Si su intención era ir al club de go, este no abría hasta el mediodía. Kikuko cavilaba sobre ello cuando la mujer la miró y le preguntó:

—¿Trabajas en la floristería?

—Sí, aunque soy temporal.

—¿Cuánto llevas trabajando aquí?

—Empecé en junio del año pasado, así que llevo poco más de diez meses.

—¿Y qué tal va el negocio?

—Por suerte, no nos podemos quejar.

—¿Te pagan todos los meses las horas trabajadas?

—¿Por qué me hace esas preguntas?

—Porque me preocupo.

—¿Por la floristería Kawarazaki? ¿Y eso?

La mujer no respondió. Apretó los labios con fuerza y siguió mirando fijamente a Kikuko. Parecía evaluarla con detenimiento.

—Eres de fiar —decidió con calma.

—¿Lo sabe a simple vista?

—Tengo ojo clínico para las personas.

«Vaya, juraría que le he oído decir esa misma expresión a alguien. ¿Quién sería?», pensó Kikuko.

—Kiku... —se oyó decir a Rita, aunque no se la veía desde el garaje. Lo más probable era que la estuviese llamando desde la puerta del almacén, que daba a la entrada—. Te quería pedir un favor. ¿Puedes venir?

—Enseguida voy —dijo y, al instante, la mujer se le acercó.

—¿A qué hora terminas de trabajar?

—Hoy hago el turno de mañana, así que salgo a las cuatro.

—Me gustaría quedar contigo después para hablar de una cosa —pidió mientras abría su pequeño bolso.

—¿Hablar de qué?

—No voy a forzarte. Si te apetece, me puedes llamar a este número —prosiguió sin contestar a su pregunta. Sacó una tarjeta de presentación del bolso y la metió en uno de los bolsillos del delantal que llevaba Kikuko puesto—. No le cuentes a nadie que nos hemos visto aquí. Confío en ti.

En cuanto terminó de hablar, se marchó con rapidez. Kikuko la vio alejarse mientras cerraba la puerta del garaje. Entonces sacó la tarjeta del bolsillo.

«¿Qué es esto?».

Se sorprendió al ver que estaba casi todo en inglés. En la parte del cargo, ponía: «Travel consultant». Tan solo el nombre estaba en japonés: «Rika Tojima». En la dirección, identificó las palabras «Manila» y «Philippines».

«Tengo ojo clínico para las personas»: recordó que había sido Rita quien lo había dicho. Si tenían el mismo apellido, aquella mujer debía de ser...



El lunes anterior, Rita había acudido al mercado de flores de Setagaya. Además de comprar lirios de los valles para la campaña que habían organizado, también se había hecho con ramas de árboles florales: cornejos, azaleas y viburnos japoneses. Había comprado una cantidad de rosas mayor de la habitual, ya que así salía a mejor precio. Asimismo, se había llevado hermosas florecillas de *Rodgersia*, escabiosas, campanillas turcas y *Nigella*.

¿Cómo se lee este arbusto ornamental, que se escribe con los caracteres de «pleno», «cielo» y «estrella»? Cuando vaya a pagar, responda a la pregunta en la caja. ¡Quienes acierten recibirán de regalo un marcapáginas hecho con flores prensadas! Hay unidades limitadas, así que dense prisa ❤️. Solo se permite un intento por persona.

Kikuko observaba desde el otro lado de la mesa de trabajo a Rita, que, a falta de menos de diez minutos para abrir la tienda, escribía ese mensaje en un papel negro del tamaño de una postal. Los tres caracteres japoneses estaban escritos en color dorado y el resto de las letras en blanco; el corazón estaba dibujado con rosa fosforescente.

—¿Se lee «*mantenboshi*»? —preguntó Kikuko, optando por la lectura más previsible y obvia.

—Si ese fuera el caso, ¿crees que haríamos un acertijo?

«Ahí tiene razón», se dio cuenta.

—Pero quien lo busque en el móvil lo sabrá en un segundo.

—Bueno, en realidad, lo hacemos por diversión, así que tampoco pasa nada.

—Y si responden en la caja, los demás clientes lo oirán, ¿no?

—Con esto, no habrá problema —contestó Rita mientras sacaba un megáfono de debajo de la mesa de trabajo—. Se coloca la parte estrecha en la oreja y el cliente dice la respuesta por la parte ancha.

Kikuko lo había visto hacer en concursos de la televisión.

—¿Dónde están los marcapáginas hechos con flores prensadas?

—Te encargas tú de hacerlos.

—¿Era ese el favor que me querías pedir?

—Sí. Después de todo, fue idea tuya.

Era cierto: Kikuko había propuesto prensar las flores desechadas y hacer marcapáginas con ellas para regalárselos a los clientes que comprasen algo. Le había llegado a mostrar a Rita una página que había encontrado en internet en la que se explicaba cómo hacerlo.

—Hay un montón de cajas de cartón en el almacén y puedes usar el papel de cocina y las gomas elásticas que tengo en casa. ¿Te importa ir a comprar la cartulina y los lazos? Tráete sin falta la factura.

—¿Tienes pegamento para fijar las flores prensadas en el marcapáginas? También hará falta una perforadora de papel para hacer los agujeros por donde pasar el lazo.

—Tendrás que comprar pegamento. En cuanto a la perforadora, tenemos una —dijo mientras se desplazaba hacia el mostrador y buscaba en uno de los cajones inferiores—. Ah, aquí está.

—¿Cuántos quieres que haga? —preguntó cuando recibió la perforadora de manos de Rita.

—De momento, cincuenta. ¿Los podrás tener acabados para el mediodía?

—Lo intentaré —contestó Kikuko.

Entonces se quedó mirándola fijamente y se dio cuenta de que los rasgos faciales y la forma de la barbilla eran muy parecidos a los de Rika Tojima.

—¿Qué pasa? ¿Tengo algo en la cara?

—No, es que me he fijado en que tienes la piel más tersa y radiante que nunca y me estaba preguntando si habías cambiado de maquillaje.

—¿De verdad? —sonrió Rita alegremente.

Se había creído aquella mentira improvisada y Kikuko se sintió mal por ello.

—Pues no, no he cambiado de maquillaje. Seguro que es porque he dejado de tomar alcohol antes de dormir. Hitomi me contó que, aunque ayude a quedarse dormida, el alcohol vuelve el sueño más ligero y de peor calidad. En su lugar, me ha enseñado una técnica que usan los pilotos del ejército estadounidense para coger el sueño en un par de minutos. ¿Te la cuento?

—Mejor en otro momento, que ya es hora de abrir.

—Tienes razón. Bueno, dejo en tus manos los marcapáginas florales.



Después de comprar todo lo que necesitaba para elaborar los marcapáginas en la calle comercial de Kujiranuma, fue al almacén a escoger un puñado de flores entre las que iban a ser desechadas: astrágalos, anémonas, violas y violetas. Tomó prestada la llave de Rita, subió al segundo piso y empezó a hacer los marcapáginas florales en la cocina. Al rato, oyó el sonido de unos pasos subiendo la escalera. Era raro, pues a esa hora el club de go seguía cerrado. Los pasos llegaron hasta la segunda planta.

—Kiku, soy yo, Mitsuyo. ¿Me puedes abrir?

—Ya voy —respondió mientras quitaba el cerrojo y abría la puerta.

—Le he ido a pedir la llave a Rita y me ha dicho que estabas aquí. ¿Qué haces?

—Estoy prensando flores.

Cuando Kikuko le contó lo del premio por acertar el nombre del arbusto ornamental de tres caracteres, Mitsuyo le dio la respuesta sin pestañear. Era lo esperable para alguien que llevaba diez años trabajando a media jornada en una floristería. Mitsuyo acabó

contándole por qué aquellos tres caracteres habían pasado a leerse de esa manera.

—Pero ¿cómo vas a hacer cincuenta marcapáginas con flores prensadas para antes del mediodía?

—Coloco las flores entre un trozo de cartón y papel de cocina y lo ato todo con una goma elástica. Después, lo meto en el microondas un minuto a seiscientos vatios. Así, las flores quedan bien aplastadas y, una vez secas, están listas.

—Entonces, ¿no las aplastas tú?

—La producción en masa requiere tecnología moderna —bromeó —. Por cierto, ¿y tú? Hoy libras, ¿no?

—Esta tarde debo hacerle la comida a alguien a quien voy a ver. Si tengo que volver a casa, no me da tiempo, así que cocinaré aquí. Os dejaré hecho un poco.

—Yo ya tengo comida para acompañar el arroz —repuso Kikuko, que la había comprado en una tienda de platos preparados en Kamo Mall que, aunque no era barata, hacía comida riquísima.

—Voy a preparar arroz condimentado —comentó Mitsuyo mientras dejaba el bolso sobre una silla y sacaba unas bolsas de plástico de la tienda abierta veinticuatro horas llenas de hierbas.

—¿Qué son esas hierbas?

—Son plantas silvestres de la familia de las asteráceas. En japonés se llaman comúnmente «*yomena*» u hojas de novia. ¿No conoces el poema de Shiki Masaoka que dice: «Todas ellas, de espaldas, recogiendo *yomena*»?

«¿Cómo quiere que lo conozca?», pensó Kikuko.

—Las he recogido esta mañana en Kirakiragaoka.

—¿Hay un huerto o algo?

—¿Qué dices? Las recojo de donde crecen, en los caminos y los márgenes del campo. Aunque se pueden hacer en tempura,

mezcladas en aliño o hervidas, hoy las voy a cocinar con arroz. «Arroz cocido, verde y tenue color, arroz con *yomena*».

—¿También es de Shiki Masaoka?

—No, es de Hisajo Sugita.

«No sé quién es esa tal Sugita, pero eso es lo de menos...», pensó Kikuko, antes de preguntar, preocupada:

—¿Y no pasa nada?

—¿Nada por qué?

—Por coger plantas que crecen en la calle.

—He pedido permiso a la comunidad de vecinos. Aparte de *yomena*, también recojo perifollo verde, pamplinas, bolsa de pastor, artemisa japonesa y astilbes.

—Me refería al tema de la higiene. Si no nos comemos lo que se nos cae en la calle, mucho menos hierbas que crecen al borde del camino.

—No te preocupes por eso. Llevo cincuenta años comiéndolas, desde que era niña, y hasta ahora no me han sentado mal ni me han revuelto el estómago una sola vez. Ni a mí, ni a mi familia.

«Si me insiste tanto, no se lo puedo rebatir», pensó.

Mitsuyo se puso a lavar las hierbas silvestres en el fregadero de la cocina mientras Kikuko seguía prensando flores en el microondas. Al cabo de un rato, Mitsuyo inquirió:

—Kiku, ¿es cierto que te han pedido diseñar también las cajas de Sotoorihime?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella bastante sorprendida.

Sagae le había hecho el encargo por teléfono a finales de la semana anterior y no lo había hablado con nadie.

—Ayer vino la mujer de Sotoorihime —explicó, refiriéndose a Sagae—. Antes de nada, se presentó y me preguntó si estabas. Tampoco es que hubiese venido expresamente para tratar algo

contigo. Había ido a la prefectura de Yamanashi en busca de plantas para sus tintes y, de camino a casa, se le ocurrió pasarse por la tienda. Ya que estaba aquí, aprovechó para comprar un ramo de lirios de los valles. ¡Qué bien que le hayas gustado! A ver si hay suerte y te hacen más encargos de diseño.

—De hecho, también me ha llegado una propuesta para participar en un concurso.

Yuki le había pedido que no contase nada, pero pensó que mencionarlo tampoco tenía nada de malo.

—Estás que te sales, Kiku.

—No exageres.

—Bueno, como mínimo, el viento sopla a tu favor. Tienes que saber aprovechar la oportunidad y volar alto. Solo se vive una vez. Hay que hacer lo que una quiere cuando se es joven. A medida que pasan los años, se hace más difícil. Yo me he acabado arrepintiendo mucho. Estoy más que harta —declaró Mitsuyo mientras ponía una olla con agua sobre un fogón y encendía el fuego.

Mitsuyo no había variado en ningún momento el tono de voz, pero Kikuko se detuvo, sorprendida por aquellas palabras. Ella había logrado huir de aquella terrible empresa. En cambio, por más que le hubiera gustado, Mitsuyo no había podido huir de casi veinte años cuidando de sus padres y sus suegros junto a su marido, dejando escapar la oportunidad de retomar su puesto de maestra. Le era imposible comprender cómo se sentiría, pero no era algo que le pudiese preguntar.

En ese mismo instante, Kikuko vio cómo Mitsuyo reía entre dientes.

—¿Qué ocurre?

—Me he acordado de que el señor al que voy a visitar esta tarde también se quejó como tú de tener que comer hierbas recogidas del

camino.

—Yo no me he quejado —replicó—. ¿A quién vas a visitar?

—A mi suegro.

«¿Sigue vivo?», estuvo a punto de preguntar. El pasado diciembre, Rita le había contado su situación familiar, pero en ese momento se dio cuenta de que no le había dicho que el suegro hubiese fallecido.

—¿Dónde vive?

—En una residencia cerca del monte Takao —respondió mientras echaba en el agua hirviendo las plantas silvestres que había lavado —. Lleva más de diez años allí, desde que empezó con la demencia. Ah, por cierto... ¿Te he contado que mi marido y yo vivíamos de niños en el mismo bloque de Kirakiragaoka?

—No lo sabía —contestó, para no admitir que se lo había dicho Hitomi.

—Mi marido vivía en el tercer piso y yo en el segundo. Y no solo eso... Él nació un día antes que yo, en el mismo hospital. Nuestras madres eran amigas y su relación abarcaba a toda la familia. Mi madre nació en Nagano, así que entendía de plantas silvestres. Una primavera, invitó a la madre de mi marido a casa para enseñarle a cocinar plantas recogidas en Kirakiragaoka.

—Vaya. ¿Fue entonces cuando su suegro dijo lo mismo que yo?

—Exacto —respondió Mitsuyo. Apagó el fuego, escurrió las hierbas hervidas, las enjuagó bajo el grifo y prosiguió—: Pero cuando su mujer logró convencerlo de que las probara, le parecieron deliciosas. Le gustaron tanto que, a la primavera siguiente, fue él mismo quien se ofreció a recogerlas. Incluso ahora, que está en la residencia de ancianos, sigo preparando y llevándole arroz con *yomena* por estas fechas.

Mitsuyo le contó que, una vez por semana, iba a visitar a su suegro y le llevaba preparados alguno de sus platos favoritos.

—Siempre me mira con cara de estar preguntándose quién seré. Dicen que, una vez que se empieza con la demencia, lo normal es vivir cinco, seis o como mucho diez años. En cambio, mi suegro lleva quince años fresco como una rosa.

—¿Y tu marido no te acompaña?

—Le duele que su padre no lo reconozca a él, su único hijo, así que ya es mucho pedir que vaya a verlo una vez al año.

Cerró el grifo, escurrió ligeramente las hierbas y las colocó sobre una tabla de cocina para ir cortándolas con cuidado.

—Y no es solo la comida. Si le llevo un ramo de flores que haya escogido aquí, sonríe con la inocencia de un niño y se pone muy contento. Por raro que parezca, su expresión me reconforta. Llevo toda la vida arrepintiéndome de cosas, pero, al final, siento que no me he equivocado. La prueba está en que, hoy por hoy, creo que soy feliz a mi manera. A lo mejor es una falsa impresión, aunque prefiero creer que no. Uy, perdona. Pretendía animarte ahora que estás a punto de alzar el vuelo hacia tu futuro, pero he acabado quejándome de mis cosas. Lo siento.

—No, mujer. No te preocupes —se sintió obligada a responder Kikuko.

—Hace años, podía superar cualquier situación, por muy dura que fuese, a base de determinación. Pero, pasados los cincuenta, ya no tengo la misma fuerza física, y, solo con determinación, no basta. Vaya, ya me estoy quejando otra vez —rio Mitsuyo.

De nuevo, se oyeron pasos desde la escalera. Sonaban ágiles, como si alguien subiera con prisa, y llegaron al segundo piso en un momento. Después, alguien llamó a la puerta con suaves golpes.

—¿Quién es? —preguntó Mitsuyo volviéndose hacia la entrada.

—Soy yo, Fukasaku.

«¿Cómo?», se preguntó Kikuko sorprendida.

—Kiku, ábrele la puerta.

Cuando abrió, se encontró a Midori Fukasaku ante ella. Llevaba una cazadora vaquera por encima de una sudadera gris con capucha y unos pantalones negros de pitillo. Era un atuendo sencillo y algo masculino que sabía lucir con estilo. Esta vez no cargaba con ninguna inmensa mochila, sino que llevaba un bolso colgado del hombro.

—Buenos días —saludó Midori.

—Ho... Hola.

Aunque se mantenía cortés, la manera brusca de hablar de Midori desconcertó a Kikuko.

—Disculpa —dijo mientras entraba en el recibidor esquivando a Kikuko para luego descalzarse e irse directa a la cocina.

—Pasa, Midori —invitó Mitsuyo, que aceptó sin inmutarse que estuviera allí en lugar de sorprenderse—. No te veía desde el pasado Día de la Madre. Cada vez te veo más mayor.

—No sé, yo no me lo noto.

—¿Empiezas hoy a trabajar?

—Así es. Espero aprender el trabajo lo antes posible con vuestra ayuda.

—Ahora seremos compañeras. Pero ¿y la universidad? Las clases del primer semestre ya han comenzado, ¿no?

—Los martes solo tengo clase las dos primeras horas de la mañana, pero hoy nos han cancelado la segunda hora.

—Eh... ¿Va a trabajar aquí? —empezó a decir Kikuko, nerviosa—. ¿Cuándo se ha decidido?

—Ayer —contestó Midori.

—Ostras, Kiku... ¿No te lo ha dicho Rita?

—Me acabo de enterar.

—¿Y lo de que Haga lo deja? —preguntó Mitsuyo.

—¿En serio?

—Se marcha al Ártico a investigar flores y, como pronto, volverá dentro de tres años.

—¿Cuándo se va?

—A finales del mes que viene. Ha dicho que seguirá trabajando con nosotras hasta el Día de la Madre. En cuanto lo supo, Rita sugirió que Midori, la hija de los Fukasaku, los del parque de mimosas, lo sustituyera.

—Rita me llamó ayer por la tarde y me lo propuso con tal entusiasmo que no pude decir que no. También tenía interés por conocer el lugar donde mi hermano había trabajado.

—Has empezado este mes el segundo año de carrera, ¿no? Makoto empezó a trabajar aquí en la misma época. Qué tiempos. Es increíble que ya hayan pasado diez años. Por cierto, Rita me ha dicho que Makoto se va a casar.

—Sí, este verano —contestó la chica, y se volvió hacia Kikuko—. ¿Has terminado de hacer los marcapáginas florales?

—To... Todavía no.

—Pues te ayudo. Me lo ha pedido Rita.

—Ah, vaya —contestó Kikuko, algo acobardada ante la mirada fija de Midori—. En ese caso, ¿puedes pegar las flores prensadas en las cartulinas?

«¡Os odio a ti y a mi hermano! ¡A los dos!», volvió a oír Kikuko en su mente. Eran los gritos de Midori, que resonaban por los campos de mimosas teñidos con la luz del atardecer.

Se preguntó qué había sido de Haga después de aquello, si habían hecho las paces o no. Desde aquel día, no le había vuelto a oír mencionar a Midori. Aunque tampoco era aquel el momento de averiguarlo.



Kikuko pedaleaba con todas sus fuerzas. Se dio cuenta de que se había levantado del sillín; hacía mucho que no pedaleaba de esa forma. Al rato, apareció el cartel del restaurante Mifune ante ella.

El chef y propietario del restaurante había sentido un flechazo en cuanto había visto la mansión, que estaba casi en ruinas, y la había reformado de arriba abajo. Ya habían pasado cinco años desde que había abierto el restaurante italiano de lujo. Aún no eran las cinco de la tarde, pero el local ya estaba iluminado. Parecía como si el edificio en sí brillase.

Dos veces a la semana, Kikuko iba a repartir las flores que la profesora Mabuchi utilizaba para confeccionar los arreglos *in situ*. Sin embargo, como clienta, era la primera vez que iba. Al fin y al cabo, el precio del menú degustación equivalía casi a lo que Kikuko se gastaba en comida en dos semanas. Ni se había imaginado que aquel día acabaría yendo allí.

Había sido algo repentino: cerca de una hora antes, había terminado su trabajo en la floristería Kawarazaki, había sacado su bicicleta del garaje y había llamado a Rika Tojima. No podía contener la curiosidad. En la tarjeta de presentación, llena de cosas en inglés, había escritos dos números de teléfono. El móvil tenía que ser el que ponía *cell-phone*, así que había llamado a ese. Al momento, se había oído la voz de Rika.

Antes de que Kikuko hubiera terminado de presentarse, Rika Tojima la interrumpió:

—Me alegro de que quedemos para hablar. Podemos hacerlo mientras cenamos algo temprano. Hay un restaurante al que me gustaría ir. ¿Te apuntas? Por supuesto, invito yo. Es un italiano que

se llama Mifune. De hecho, ya he reservado a las cinco. ¿Sabes dónde es?

Kikuko se había pasado por casa para cambiarse de ropa. No podía ir al Mifune con la misma camisa arrugada y los mismos pantalones de pitillo que se había puesto para trabajar. Sin embargo, como llevaba una vida sencilla, toda su ropa también lo era. Aun así, en el fondo del armario empotrado encontró un vestido elegante y unos zapatos de tacón bajo guardados en una caja.

Había comprado ambas cosas por internet cuando estudiaba Bellas Artes, para asistir, gracias al contacto de una amiga, a la fiesta de inauguración de la exposición de un famoso ilustrador. Los había usado una sola vez. La parte superior del vestido dejaba los hombros al descubierto, y las mangas negras le llegaban hasta el antebrazo. La falda era de tul, en un tono gris claro, y tenía un gran lazo en la cintura. Ese había sido el detalle que la había hecho decidirse y pulsar el botón de compra.

Se había echado por encima una rebeca de un suave tono verde azulado. Con esmero, había dedicado tres veces más tiempo de lo habitual a maquillarse, por lo que cuando salió faltaban solo diez minutos para las cinco. Pensó que en bicicleta llegaría a tiempo, pero se fue topando con los tres semáforos que había por el camino en rojo y a duras penas llegó a la hora. Dejó su bicicleta a un lado del aparcamiento del Mifune y se cambió las zapatillas deportivas que había usado para pedalear por los zapatos de tacón bajo que llevaba en la cesta de la bici. Se quedó en la entrada hasta recuperar el aliento y abrió la puerta.

Rika Tojima se encontraba en el vestíbulo, pero no estaba esperando a Kikuko. De espaldas a la puerta, contemplaba el ikebana de la profesora Mabuchi que adornaba la entrada al salón.

—Si... Siento haberla hecho esperar.

—Ay, hola —saludó la mujer, sin dejar de contemplar el arreglo floral aunque Kikuko estuviese a su lado—. Lo ha hecho Toe, ¿verdad?

Kikuko tardó en darse cuenta de que se refería a la profesora.

—Sí. ¿Conoce a la profesora Mabuchi?

—Somos amigas de la infancia. Fuimos juntas a clase desde primaria hasta el bachillerato, y estuve todo ese tiempo yendo a su casa a aprender ikebana. También fuimos rivales en el amor.

Kikuko recordó que Rita se lo había contado en su momento.

—En cuanto he entrado, he sabido que era obra de Toe. Y cuando lo he preguntado, me han dado la razón. El equilibrio entre los colores del cornejo florido, la forsitia y la azalea es exquisito. El arreglo está hecho como si una fuerte ráfaga de viento azotara las flores, lo que le da un efecto de dinamismo muy bien logrado. Y colocar la rama seca en el centro me parece una idea brillante y audaz. Parece la captura de un fragmento de paisaje montañoso. Es admirable que, con más de sesenta años, lejos de decaer, sea capaz de crear obras así de impresionantes.

El nombre de la rama seca a la que hacía referencia se podía escribir de varias formas: con los caracteres de «madera» y «expuesto a la intemperie» o con los de «madera» y «dejado al descubierto», pues era una rama que había estado expuesta al viento, la lluvia y el sol. Otra manera de escribirlo era con los caracteres de «madera» y «reliquia sagrada», según le había enseñado la profesora Mabuchi. En esa ocasión, la profesora había utilizado una rama de pino seca.

—Lo cierto es que me contó que había encontrado esa rama por el camino durante una excursión por la montaña, en la linde entre Tokio y la prefectura de Yamanashi. De eso hace más de diez años y esta ha sido la primera vez que la ha usado para el ikebana.

—¿Toe nos sigue comprando flores?

—Cuando dice «nos», ¿se refiere a la floristería Kawarazaki?

—Claro. Ay, perdona. Es un poco raro que, después de casarme e irme hace más de cuarenta años, considere también mía la tienda, ¿verdad?

—Siempre nos compra las flores. De hecho, me encargo de llevárselas.

—¿Con aquel coche de las rosas?

—Sí. Voy a casa de la profesora una vez por semana y aquí vengo dos veces al mes.

—Por eso conocías el sitio.

—¿Ha visto a la profesora Mabuchi?

—Nos escribimos habitualmente por Facebook. Esta vez, Toe me ha dicho que está ocupada, así que he preferido no decirle que estoy aquí —contestó Rika Tojima, que por fin le dirigió la mirada—. Aún no te he preguntado cómo te llamas, aunque sé que Rita se refiere a ti como Kiku.

En cuanto Kikuko le dijo su nombre, apareció un empleado del restaurante.

—Disculpen la demora. Su mesa ya está lista. Por aquí, por favor.



—He pedido el menú degustación del chef. ¿Tienes alguna alergia o hay algo que no te guste?

—No.

—¿Y puedes beber alcohol? Me imagino que tienes más de veinte años.

—Tengo veinticinco años y bebo lo normal.

—¿Alguna preferencia en cuanto al vino? Si hay alguno en particular que te guste, dímelo. Al parecer, aquí tienen una selección bastante buena.

—Ninguna en especial —respondió, sorprendida de que pudiera pensar que sí. Solo había bebido el de las cadenas de restaurantes baratas.

—En ese caso, ¿te importa si lo elijo yo?

—Adelante.

Después de pedir el vino, el camarero hizo una reverencia cortés y salió del reservado. Kikuko todavía no se podía creer que estuviera allí. Del techo colgaba una lámpara de araña de cristal. Las ventanas estaban adornadas con vidrieras de diseños geométricos y la chimenea contaba con ornamentación pesada parecida al mármol. Una alfombra cubría todo el suelo. Las dimensiones de la estancia superaban con creces las del apartamento de Kikuko. De la pared colgaban un reloj de péndulo larguísimo y una pintura que parecía impresionista. La mesa, con grandes patas curvas, tenía un tablero decorado. Las sillas, además de tener el marco tallado, contaban con cojines mullidos en el respaldo y el asiento. Todo aquello era tan ajeno a su vida que Kikuko se sintió algo incómoda y nerviosa.

—¡Qué recuerdos! —exclamó Rika Tojima mientras miraba a su alrededor.

—¿No es la primera vez que viene? —preguntó Kikuko sorprendida.

—Desde que es un restaurante italiano, sí.

—Antes estaba casi en ruinas.

—Estuve antes de que se deteriorara. De eso hace ya cincuenta años. Toe y yo veníamos aquí cuando íbamos al instituto.

—¿Venía con la profesora Mabuchi? ¿Quién vivía aquí?

—La familia de un comerciante inglés. Tenían una hija llamada Henrietta. Antes te he dicho que Toe y yo fuimos rivales en el amor, ¿no? Nos disputábamos el de Henrietta.

«No me lo puedo creer», pensó Kikuko.

—Henrietta era dos años mayor que nosotras. Aunque hablaba japonés, no se le daba bien leerlo ni escribirlo. Por eso, diccionario en mano, puse todo mi afán en expresar en inglés mis sentimientos en cartas de amor. Al final, ni Toe ni yo fuimos correspondidas. Eso sí, nuestras notas de inglés se volvieron excepcionales y competíamos por el primer puesto de la clase. Apenas dos años después de terminar el instituto, Henrietta regresó a Inglaterra con su familia. La mansión cambió luego dos veces de propietario. Creo que, después del segundo cambio, a principios de los años noventa, ya nadie se instaló aquí. Aunque el interior haya cambiado por completo, sé que esta sala era la habitación de Henrietta. La chimenea estaba ahí y tenía el mismo número de ventanas y la misma forma. No me cabe la menor duda. Aquí nos invitaba a tomar té a las dos. Yo venía de una familia de floristas y la de Toe era de artistas de ikebana, así que a menudo hablábamos de flores. Competíamos la una con la otra. Podría considerarse que tratábamos de marcar el territorio, como dicen ahora. Y Henrietta nos observaba siempre con una amable sonrisa dibujada en el rostro.

En ese momento, trajeron la botella de vino. Rika Tojima probó un poco antes de que se lo sirvieran a ambas. Lo único que Kikuko concluyó fue que, claramente, sabía muy distinto al vino blanco que tomaba en cadenas de restaurantes. Sin embargo, no se veía capaz de explicar bien cuál era la diferencia.

—Lo que me gustaría confirmar es que, si dice que la floristería Kawarazaki era su negocio familiar, significa que usted es la madre de Rita, ¿no es así?

—Ostras, perdóname. ¿Aún no te lo había dicho? Lo siento. Estás en lo cierto, soy su madre. Espero que mi hija no te meta en muchos embrollos.

—Qué va, me ha ayudado mucho. Cuando esta mañana me dijo que se preocupaba, ¿se refería a ella?

—Así es. Por eso quería preguntarte qué tal anda mi hija últimamente.

—¿Por qué a mí?

—Ya te he dicho que eras de fiar, ¿no?

—No me refiero a eso. ¿Por qué no le pregunta a Rita directamente?

—Porque esa chica nunca se abre con sinceridad.

«Yo tampoco se lo cuento todo a mi madre. No le hablé de lo horrible que era mi empresa, ni de que me está costando encontrar otro trabajo. Siempre le he ido escondiendo las cosas malas. Y tampoco tengo la intención de contárselo a partir de ahora», pensó Kikuko, comprendiendo el razonamiento de Rika Tojima.

—Además, acabaría preguntándole cuándo se piensa casar o cuándo tendré nietos y al final discutiríamos y nos enfadaríamos.

«Eso también lo entiendo», pensó Kikuko. Cuando iba a visitar a sus padres, su madre quizá no, pero otros parientes le hacían preguntas similares que le parecían fuera de lugar y le molestaban.

—Cuéntame cómo empezaste a trabajar para nuestra... Perdón, para la floristería de Rita.

Kikuko expuso con entusiasmo cómo todo había empezado en un restaurante en junio del año anterior, que Rita había puesto en marcha el servicio Flower Break para mejorar las ventas, que había decorado la floristería por fuera con flores del mismo color para que pudiera verse desde la salida de la estación, que promocionaba días de flores poco conocidos, como el Festival del Doble Nueve, el Día

de la Mimosa o el próximo Día del Lirio de los valles, y que no escatimaba esfuerzos en gestionar día a día la tienda.

A medida que hablaba, fue comiéndose uno a uno todos los platos que le sirvieron. Estaba todo tan rico que cuchillo y tenedor trabajaban a marchas forzadas. En muy poco tiempo, se habían bebido entre las dos la botella de vino, y Rika Tojima no tardó en pedir una segunda.

—Ahora sé que mi hija trabaja duro. ¿Y qué hay de su vida personal?

Kikuko no sabía qué responder, pues fuera del trabajo no sabía en absoluto lo que hacía Rita. Si le preguntaba qué había hecho el fin de semana, siempre le contestaba lo mismo: dormir. Nunca le había contado si había quedado con alguien. Además, si salía por la noche, la mayoría de las veces era para ir a la junta de vecinos del barrio. En realidad, Kikuko había ido a tomar algo con Rita tan solo cuando se habían conocido en el restaurante y dos veces en el bar La Indiferencia antes de Navidad.

—Me lo imaginaba —contestó Rika Tojima, visiblemente decepcionada—. Para ella, el trabajo es su ocio. Lleva así muchos años. De pequeña, los estudios ocupaban la mayor parte de su tiempo, no tenía novios ni amigos y tampoco salía. Tan solo estudiaba sin parar con tal de llegar a cumplir su sueño.

—¿Y cuál era? —preguntó Kikuko, pensando que no hacía falta estudiar tanto para ser florista.

—Ser abogada. De hecho, se presentó al examen oficial de acceso a la abogacía. Lo dejó al primer intento.

—¿Al primer intento? ¿Quiere decir que podría haberlo intentado más veces?

—Estamos hablando de hace más de diez años. Ahora hay un límite de tres intentos en cinco años. Pero ella, después de intentarlo

una vez, cambió de objetivo y se hizo asistenta legal.

—¿Qué es una asistenta legal?

—¿No sabes que trabajó en un despacho de abogados?

—Sí que lo sabía, pero me dijo que no trabajaba como abogada, sino como oficinista.

—Puede que lo llamase así, pero no se limitaba a atender el teléfono y llevarles la agenda a los abogados. El trabajo de asistenta legal también consiste en preparar los documentos que se entregan en el juzgado, investigar reglamentos y precedentes judiciales, acudir a la fiscalía y hacer copias de los expedientes presentados en el juicio y estar ahí para ayudar a los abogados con las tareas legales. En definitiva, aunque Rita no aprobase el examen, lo intentó y cuenta con ciertos conocimientos legales que la convierten en una persona bien preparada.

—O sea, que, en parte, sí logró cumplir su sueño. En ese caso, ¿por qué lo dejó y se puso al frente de la floristería Kawarazaki? ¿Acaso se lo pidieron sus abuelos?

—No fue eso —negó la mujer antes de tomar un sorbo de vino—. Mi madre fue la primera en fallecer y, justo antes de cumplirse un año, mi padre también murió, como si la siguiera. Durante el velatorio, llegó un primo mío, cinco años mayor que yo, que solo suele aparecer en este tipo de encuentros familiares. Me acusó a mí, la encargada del funeral, de querer quedarme con todo si decidíamos vender la tienda de mis padres. Aun estando en el límite occidental de Tokio, tiene una ubicación privilegiada frente a la estación de tren y el valor del terreno asciende a millones. Si la vendíamos, podríamos ganar una buena suma de dinero. Al principio, todos los familiares fruncieron el ceño, como indicando que no era el momento de hablar de aquello, pero se les cambió la cara en cuanto oyeron la cifra y, junto a mi primo, empezaron a

acorralarme. Aunque mi marido intentó calmar los ánimos, aquello derivó en histeria colectiva y la situación se fue de las manos.

Después, le contó que, de pronto, alguien se había ofrecido a encargarse de la floristería Kawarazaki sin vender la propiedad, tratando así de apaciguarlos.

—Fue Rita.

—¿Y la familia no se opuso?

—Sí. Insistieron en que no iban a permitir que tomara esa decisión por su cuenta. Pero ella ni se inmutó. Dijo que iba a dejar su trabajo y tomar las riendas del negocio. Suplicó con una reverencia casi hasta el suelo que, de momento, se le diera un período de gracia de tres años. Entonces los ánimos se calmaron, pero casi todos pensaron que era una mera excusa que se le había ocurrido para sacarnos a mi marido y a mí del apuro. Nosotros también creímos lo mismo. Sin embargo, al día siguiente del funeral, presentó su carta de renuncia en el bufete de abogados y empezó a prepararse para convertirse en florista. Se fue de nuestra casa de Yoga, en el distrito de Setagaya, y se mudó a casa de sus abuelos, justo encima de la tienda. Toda la familia se sorprendió, aunque estoy convencida de que no esperaban que fuese a durar tres años.

—Pues, al final, ha seguido al pie del cañón.

—Mi hija es increíble, ¿verdad? —asintió Rika Tojima con orgullo—. Mi primo aún no se ha dado por vencido y, en los grandes eventos familiares, le sigue preguntando a mi marido si Rita continúa con la floristería o cuándo va a claudicar. En el fondo, si mi primo no hubiese dicho aquello en el velatorio, nada de esto habría ocurrido. Le está bien empleado.

A pesar de que Kikuko era completamente ajena a la familia, también se sintió a gusto con aquel justo desenlace y, a su vez, se

dio cuenta de que le había ocurrido lo mismo la noche que había conocido a Rita en el restaurante.

—Como yo había estado unos siete años ayudando a mis padres con el negocio desde que iba al instituto y sabía lo esencial del trabajo de florista, me ofrecí a ayudarla en cuanto entendí que mi hija iba en serio. Sin embargo, ella me contestó que no, que debería hacer lo que quisiera o me acabaría arrepintiendo. Cuando me dijo aquello, pensé que, desde que me había casado, mi marido y mi hija habían sido mi prioridad y me había puesto siempre a mí misma en un segundo plano, pero que no me sentía insatisfecha ni había nada en particular que me apeteciera.

Kikuko recordó lo que le había dicho Mitsuyo por la mañana: «Hay que hacer lo que una quiere cuando se es joven. A medida que pasan los años, se hace más difícil. Yo me he acabado arrepintiendo mucho. Estoy más que harta».

—Pensando en lo que me había dicho Rita, me vino la imagen de Toe y de mí en el instituto, viniendo a esta mansión a charlar con Henrietta. Recordé que, después de adquirir un buen nivel de inglés escribiendo cartas de amor diccionario en mano, me había planteado durante un tiempo trabajar en algo utilizando mis conocimientos de ese idioma. Nunca había viajado al extranjero, así que decidí que más valía ir a estudiar inglés fuera. En realidad, me habría gustado ir a Inglaterra, donde vivía Henrietta. Pero después de informarme, vi que entre los gastos de estancia y estudios aquello suponía un dineral y que era mucho más barato estudiar en Filipinas que en otros países. Aun así, siendo ama de casa y con tan pocos ahorros, no me lo podía costear todo y tuve que pedirle a mi marido que me pagara una parte. Al final, lo de Filipinas fue un acierto. A medida que estudiaba inglés, me fui integrando en el país de manera natural, hasta el punto de creer que, quizá, fui filipina en una vida

anterior. Para ganar un poco de dinero extra, empecé a trabajar como coordinadora de viajes para turistas japoneses. Finalmente, la buena acogida que tuve hizo que lo que pensaba que sería un año acabasen siendo casi nueve viviendo en Filipinas.

—¿Tanto tiempo lleva? —preguntó Kikuko, que recordaba que Rita le había contado que llevaba siete u ocho años sin ver a su madre—. ¿Y qué hace su marido?

—Vive en Yoga. Se jubiló, pero sigue trabajando en la misma empresa con un contrato temporal. Dos o tres veces al año vuelvo a Japón, como ahora, y me quedo en casa. Vivir separados nos ha venido bien para nuestra salud mental. Hablamos de todo como nunca lo habíamos hecho y, más que un matrimonio, parecemos viejos amigos —comentó. Luego, señaló la segunda botella de vino —. Vaya, ya no queda. Kiku, ¿puedes seguir bebiendo?

—Sí.

En ese preciso instante, el camarero trajo el plato principal, por lo que Rika Tojima aprovechó para pedir una tercera botella y cambió de tema:

—Ya no me tengo que preocupar por mi hija. Me quedo más tranquila sabiendo que te encontró y trabajáis juntas. Las cuentas de Twitter e Instagram de la floristería Kawarazaki estaban un poco abandonadas, pero desde el verano pasado hay publicaciones casi a diario. Por casualidad, ¿no serás tú quien las lleva?

—Pues sí —respondió Kikuko con un tono extraño. Se dio cuenta de que le había subido el alcohol, pero siguió—: Me lo pidió Rita. Y esto también...

Kikuko sacó una tarjeta comercial de la tienda que llevaba metida debajo de la carcasa del móvil y se la dio.

—Rita me pidió que la hiciera.

—¿La has hecho tú?

—Me estoy formando para ser diseñadora gráfica.

—Qué logotipo más mono.

—Gracias.

—Soy yo la que te tiene que dar las gracias. Seguro que mis padres, que en paz descansen, estarían muy contentos.

—Es un honor. De hecho, Rita me dijo lo mismo. Hay gente que, después de ver la tarjeta, me ha hecho encargos de diseño. Hoy mismo me han propuesto participar en un concurso. Todo gracias a ella. No le puedo estar más agradecida.

—El talento ya lo tenías, mi hija no ha sido más que el desencadenante.

—No me refiero solo al diseño. Desde que me vine a Tokio con dieciocho años, llevo seis años en Kujiranuma y prácticamente no conocía el barrio. No frecuentaba ninguna tienda ni tenía amigos. En cambio, desde que empecé a trabajar en la floristería, he conocido a muchísimos vecinos y me he dado cuenta de que tanto ellos como yo nos necesitamos mutuamente. Por eso cada día me siento viva y eso es algo que jamás pude experimentar mientras trabajaba en mi antigua empresa.

«Madre mía, cómo estoy», pensó Kikuko.

Le brotaron lágrimas de los ojos justo cuando el camarero entraba en el reservado con la tercera botella de vino. No varió su expresión, pero Kikuko notó que la observaba, por lo que hizo una pausa antes de continuar:

—Si no hubiese conocido a Rita aquel día, a estas alturas me seguirían explotando en la empresa. No sería extraño que, con tanto sufrimiento, hubiese optado por quitarme la vida. No exagero al afirmar que Rita me salvó y me hizo recordar la alegría de vivir.

—Está bien, pero deja de llorar —pidió Rika Tojima mientras le tendía un precioso pañuelo verde con un bordado de encaje. Era tan

bonito que a Kikuko le supo mal mojarlo de lágrimas. Sin embargo, incapaz de rechazar el amable gesto, lo tomó y se las secó. El pañuelo desprendía un leve aroma. Parecía perfume y recordaba haberlo olido recientemente en algún lugar.

«Ahora caigo».

—¿Es lirio de los valles?

—¿Cómo lo has sabido? —se sorprendió Rika Tojima con una amable sonrisa—. ¿Quizá porque el 1 de mayo es su día?

—Así es. En la tienda estamos en plena promoción del lirio de los valles para entonces.

—Ahora que lo comentas, había muchos lirios de los valles alineados enfrente de la floristería. Para celebrar la fecha, una histórica marca francesa de cosméticos saca cada año al mercado una edición limitada de ese perfume. Es bastante caro, así que, evidentemente, no lo puedo comprar siempre. Venga, vamos a beber un poco más.



Al final, entre las dos se bebieron tres botellas de vino y acabaron completamente borrachas. Cuando Kikuko se disponía a montarse en la bicicleta y regresar a casa, Rika Tojima la detuvo y le pidió al personal del Mifune que le dejasen aparcarla ahí durante la noche.

A mitad de camino, Kikuko empezó a notar un fuerte malestar en el estómago y, en cuanto llegó a su piso, fue directamente al baño y vomitó casi todo el menú degustación del chef y una botella y media de vino. Contando el precio de la bebida, estaba echando veinte mil yenes por el desagüe. Encima, Rika Tojima la había invitado y se sintió fatal por ello. Se quedó un rato tumbada en la cama y, de

repente, se dio cuenta de que tenía el móvil en las manos y estaba llamando a su madre.

—¿Cómo es que me llamas a estas horas? —le llegó la voz alegre de su madre. No era tan tarde, sino poco antes de las nueve, aunque sus padres ya se estarían preparando para irse a la cama.

—Tampoco tiene que pasar nada para que te llame. Hace días que no hablo contigo.

—Hija, estás borracha, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—No se te entiende ni una palabra. No trato con borrachos —contestó la madre.

Cuando estaba a punto de colgar el teléfono, Kikuko se apresuró a decir:

—Mamá, ¿no te preocupas por mí?

—¿Preocuparme? ¿A qué te refieres?

—Piénsalo. Soy una chica joven viviendo sola en la gran metrópoli de Tokio.

—Con veintipico años, ya no eres tan joven. Además, tu piso está en el extremo occidental de la ciudad, que no parece en absoluto una gran metrópoli.

—Bueno, ya, pero...

—Cuando me dijiste que querías estudiar Bellas Artes en Tokio, supe que pasara lo que pasara harías lo que te propusieses. Por eso dejé de preocuparme y tomé la firme decisión de confiar en ti. Así que, Kikuko, no te vengas abajo por dos o tres fracasos. Sigue esforzándote, ¿de acuerdo?

«Ostras, creo que voy a llorar», pensó Kikuko.

—Me alegro de ser tu hija.

—Ah, ¿sí? A mí me habría gustado que mi hija fuese actriz, como Mana Ashida o Minami Hamabe.

«No pidas tanto, mamá», pensó Kikuko, divertida.



—¿Estaba buena la cena del Mifune?

—Sí —respondió animada.

Después, dejó de lavar el cubo de flores y se volvió hacia Rita. Ambas estaban en el almacén, en plena faena, cambiando el agua de los cubos.

—Comiste el menú degustación del chef, ¿verdad?

Kikuko recordó haberlo vomitado todo en cuanto hubo regresado a casa, pero no se lo pensaba contar. Gracias a ello, no le quedaba apenas alcohol en el cuerpo, aunque sí tenía la cara hinchada. Había buscado en internet cómo darse un masaje facial para rebajar la hinchazón, pero no le había servido de nada y tampoco era el momento de darle más vueltas.

—¿Cómo sabes que fui al Mifune?

—Anoche, estaba tomando algo en La Indiferencia cuando, pasadas las once, vino el chef. Me dio las gracias por la visita de mi madre al restaurante y me dijo que había estado contigo.

«¿En serio?», pensó Kikuko, incrédula.

—Más que nada, piensa que mi madre es de Kujiranuma. A lo mejor, una de cada diez personas no, pero una de cada treinta personas sí la conocen. Si se pasea por el barrio, mucha gente la reconocerá. Hay quienes se paran a saludarla después de tanto tiempo. Me lo van diciendo por correo o mensajes. Ayer, cuando te fuiste, vino la profesora Mabuchi y me preguntó si era cierto que mi madre había vuelto. Ya podría haber quedado con ella, la verdad. Por cierto, ¿de qué hablasteis? —acabó preguntando Rita mientras cortaba una a una la punta de unos tallos de flores con las tijeras.

—Me contó cómo acabaste tomando las riendas del negocio.

—¿Lo del velatorio de mi abuelo?

—Eso.

—¿Te contó que quería ser abogada?

—Sí. Y que te rendiste después de presentarte una única vez al examen oficial y suspender.

—No me rendí. Mi intención era aprender sobre el terreno y volver a intentarlo. Por eso me puse a trabajar en un bufete de abogados.

—¿Como asistenta legal?

—Veo que mi madre también te ha contado eso.

—Sí, que no eras una simple oficinista, sino que ayudabas a los abogados. Por eso me pareció extraño que dejaras el trabajo, habiendo logrado, al menos en parte, tu sueño.

—Una abogada y una asistenta legal son como la noche y el día —se burló Rita—. Después de casi tres años de trabajo, entendí que no estaba hecha para ser abogada.

—¿Y eso?

—Pensaba que la ley lo podía resolver todo, creía en la justicia. Y la principal razón por la que lo dejé fue que descubrí que no era así. Hubo muchas otras razones y, a medida que todo se enredaba en una maraña cada vez más compleja, empecé a perder la confianza en poder aprobar el examen de acceso a la abogacía. La idea de seguir trabajando como asistenta legal me empezó a resultar insufrible. Ahora pienso que, si en lugar de una floristería, hubiese sido un puesto de buñuelos de pulpo o una tintorería, habría hecho lo mismo. También es cierto que lo de continuar con el negocio familiar me sirvió un poco de excusa cuando presenté mi carta de renuncia en el trabajo. Aunque aquello fue una auténtica bobada y seguro que todos en la oficina se dieron cuenta de cómo me sentía

en realidad. Lo cierto es que no sé cómo he conseguido mantener un negocio así.

—Tu madre se deshacía en halagos. Decía que su hija es increíble.

—¿Sí?

—¿Cómo es que no quedáis directamente?

—Si nos viéramos, le acabaría diciendo que, para la edad que tiene, debería dejar de beber alcohol o le preguntaría hasta cuándo piensa quedarse en Filipinas. Prefiero evitarlo. Es mejor guardar las distancias, por el bien de las dos.

Rika Tojima también había dicho que, si quedaba con su hija, se le escaparía algún comentario y al final se pelearían y acabarían ambas enfadadas.

«En definitiva, de tal palo, tal astilla».



«Hoy no ha habido suerte», pensó Kikuko mientras bajaba las escaleras, desanimada y sin fuerzas. Se hallaba en el bloque 8 norte de Kirakiragaoka. Con lo de la falta de suerte se refería a no haberse encontrado con Ifukube, que vivía en el segundo piso. Como el horario de trabajo en el laboratorio era irregular, se habían cruzado inesperadamente varias veces, incluso a mediodía entre semana. La primera vez había sido a finales de agosto del año anterior; la siguiente, en Nochebuena; y la tercera, a mediados de marzo. Kikuko se dijo a sí misma que quizá la suerte había sido no encontrárselo aquel día, pues, aunque ya estaba mejor, seguía teniendo los ojos hinchados.

—¡Kimina!

Kikuko se inquietó al oír su voz. Como en las tres ocasiones anteriores, habían coincidido en el rellano de la escalera entre el

primer y el segundo piso. Sin embargo, esta vez era ella la que bajaba e Ifukube el que subía.

—Hoy vuelves a casa pronto, ¿no? —apuntó, ya que eran poco más de las dos.

—Qué va. Me fui a trabajar ayer por la mañana y he pasado treinta horas sin salir del laboratorio. He estado todo el tiempo encerrado —replicó él, con la bolsa de tela a punto de caérsele del hombro. Se volvió a colocar bien el asa y añadió—: Por fin me han soltado.

—Vaya. Ahora toca descansar.

—*Dodan-tsutsuji* —soltó Ifukube de repente.

«Es la lectura correcta del arbusto ornamental. A lo mejor ha visto el acertijo en Twitter o en Instagram. Pero ¿qué pretenderá que haga yo si me lo dice aquí?», pensó Kikuko.

Ifukube pareció darse cuenta y añadió:

—Supongo que, sin comprar nada en la tienda, no tengo derecho a responder, ¿verdad?

—Cuando te pases por allí y compres alguna flor, te regalaré un marcapáginas con una flor prensada.

—¿De verdad? ¡Qué bien! —rio él—. Me echaré un rato antes de pasarme por la floristería. ¿Hasta qué hora trabajas hoy?

—Termino a las cuatro.

—¿Dentro de dos horas? No voy a ser capaz de levantarme. ¿Y mañana?

—Los jueves cerramos. Viernes, sábados y domingos hago el turno de tarde, así que, desde que acabo los repartos, sobre las cuatro, hasta la hora del cierre, a las ocho, estoy en la tienda. Te guardaré un marcapáginas.

—Gracias.

—Para entonces, habré elegido una flor que vaya bien contigo.

«¿Cómo he podido soltar eso con tanta naturalidad?», se reprendió a sí misma, en silencio, mientras esbozaba una sonrisa. En ese momento, se acordó de que tenía los ojos hinchados, aunque a él no parecía importarle.

—Estoy deseando verla —le respondió antes de seguir subiendo las escaleras.



Kikuko empezó buscando información sobre la cúrcuma. De la familia de las zingiberáceas, al final de su tallo recto surge una flor rosa o blanca, similar al loto. No obstante, lo que parece una flor es, en realidad, la llamada bráctea u hoja, cuya función es proteger los brotes y capullos. La flor se halla dentro de las hojas, es muy pequeña y su periodo de floración cortísimo.

También buscó en el móvil su significado: «tu presencia me embriaga».

«¿Adónde voy con eso? Parece una declaración», pensó.

A continuación, buscó información sobre los cardos. Sus florecillas se agrupan en forma de esfera, cual pompones, y unas brácteas puntiagudas las rodean, formando una imagen que recuerda a figuras geométricas. A Kikuko le gustaba en especial el brillo metálico que tenían. En la tienda los había azules y pensó que eran perfectos para un chico soltero que vivía solo. Entonces, buscó el significado de su flor: «amor secreto» o «amor silencioso».

«Quizá es demasiado profundo», concluyó.

La tercera flor que buscó fue la bergamota. En Japón, también se la conoce como «flor de antorcha», pues el rojo de su flor es tan intenso que parece arder. Su significado: «amor que consume el alma» o «sentimiento que arde sin cesar».

«Descartado», pensó de inmediato.

Después, buscó acerca de las gerberas. De la familia de las asteráceas, echa una sola flor al final de su grueso tallo. Rita las había comprado dobles, con muchos pétalos, de gran tamaño y con un diámetro de diez centímetros. En ese momento las tenían expuestas en la entrada de la floristería. Significaban: «esperanza, seguir avanzando siempre».

«Esta puede estar bien, ¿no?», caviló. Sin embargo, las que había en la tienda eran rojas, y las gerberas de ese color significaban «amor misterioso y ardiente».

«¿Por qué habrá tantas flores con significados románticos?», se preguntó hastiada.

Sin dirigirse a nadie en particular y quejándose en voz baja, Kikuko echó un vistazo a la tienda en busca de flores que no tuvieran relación con el amor.

«¿Qué tal la *Orlaya grandiflora*?», se le ocurrió. Tenía unas florecillas blancas, muy parecidas a las gipsófilas, aunque esta última pertenecía a la familia de las *Caryophyllaceae*, mientras que la *Orlaya grandiflora* pertenecía a las apiáceas. Si se observaba con atención, se podía ver que la forma en que crecían sus flores es distinta. La flor de la *Orlaya grandiflora* significaba «delicadeza», «agradecimiento» y «emoción sutil».

—Kiku, ¿qué estás haciendo? —le preguntó de repente Mitsuyo.

A Kikuko se le aceleró el pulso. Su compañera traía un arreglo de lirios de los valles que había hecho en el almacén.

—Estaba pensando en qué flor recomendar pasado mañana en redes sociales. Por cierto, Mitsuyo, no encuentro los marcapáginas de flores prensadas.

—Como todo el mundo busca la respuesta en el móvil, todos han acertado. El único que ha sabido contestar sin ayuda ha sido Ran.

Kikuko pensó que no había más remedio que hacer el de Ifukube para dentro de dos días. En ese momento, Mitsuyo le preguntó:

—¿Qué te ocurre, Kiku?

—Ah, ¿no te lo he contado? Ayer bebí más de la cuenta y, aunque ya se me ha bajado la hinchazón de la cara, sigo teniendo los ojos hinchados.

—Eso también, pero me refiero a que se te ha quedado una sonrisa de tonta. ¿Te ha pasado algo bueno?

—Qué va, nada.

«¿Sonrisa de tonta? ¿Yo? Vaya...», pensó, y trató de apretar las mejillas, aunque sin éxito.

—Antes de que se me olvide, gracias por el arroz con *yomena* de ayer. Pensé que sabría más a hierba, amargo, pero en absoluto.

—Me alegro. ¿Y no te sentó mal?

—Para nada —respondió, a pesar de que era posible que lo hubiera vomitado junto al menú degustación del chef del Mifune.

—Ya son casi las cuatro, la hora a la que sales. De camino a casa, ¿te importaría llevar este arreglo floral a La Indiferencia?

—Vale, pero una cosa... —empezó a decir Kikuko.

—¿Qué?

—Ayer dijiste que hay que hacer lo que una quiere cuando se es joven.

—Sí. Siento haberte aburrido con mis quejas.

—Para nada; me vino muy bien. Por eso quería decirte que no te rindas, independientemente de tu edad. Tenemos que darlo todo. Como tú misma dijiste, solo se vive una vez.

Mitsuyo, en silencio, observó fijamente los lirios de los valles que había sobre la mesa de trabajo.

—Kiku...

—Dime.

—¿Cuál es el significado del lirio de los valles?
Kikuko entendió que esa era su manera de responder y contestó:
—El regreso de la felicidad.

CAPÍTULO 8

CLAVEL



Dos hombres estaban frente a frente. El que estaba en primer plano se encontraba de espaldas y parcialmente fuera del encuadre, de modo que no se le veía la cara. El otro, que llevaba una camisa blanca, un chaleco rojo y un sombrero de fieltro, le estaba diciendo algo. Entre ambos había una rosa en un pequeño florero. Más que una fotografía, se trataba de un póster, enmarcado y colgado en la pared.

—Es Joseph Beuys, ¿verdad? —preguntó Kikuko, refiriéndose al artista contemporáneo alemán; aunque, por muy contemporáneo que fuera, había muerto diez años antes de que ella naciera.

—¿Lo conoces? —preguntó Sagae desde la cocina.

—Lo dimos en clase cuando estudiaba Bellas Artes, pero tampoco sé mucho de él. ¿Le gusta?

—Bueno, es algo reciente. Hace poco vi un documental sobre él. Me conmovieron sus palabras acerca de esculpir la sociedad y de que todos somos artistas.

«Es verdad, defendió la noción de "escultura social" que, lejos de limitarse a los estrechos márgenes de la pintura, la escultura o el diseño, entendía que todas las personas son artistas, en el sentido de que decidimos por nosotros mismos el futuro de la sociedad. Con el fin de probar su idea, se volcó en distintas actividades sociales. En los años ochenta, llevó a cabo un proyecto de plantación de siete mil robles en la ciudad alemana de Kassel. En sus últimos años, ayudó a fundar el Partido Verde alemán», fue recordando Kikuko. Esos datos, en su día, los había tenido que memorizar para un examen.

Estaban en casa de Sagae, una vivienda unifamiliar de una sola planta con dos habitaciones y cocina. Sagae utilizaba diez metros

cuadrados como taller y los cinco restantes como vivienda. Kikuko se había sentado en el porche, que daba al jardín, y cuando dirigió la mirada al taller vio el rostro de Joseph Beuys.

—Aquí tienes —le ofreció Sagae al regresar de la cocina con una bandeja, que colocó al lado de Kikuko. Al instante, un denso aroma a rosas inundó el aire.

—¿Qué es?

—Té de rosas. Es un poco particular, pero pruébalo.

La primera vez que se habían visto, Sagae se había dirigido a ella en un tono más formal, pero en algún momento había empezado a tutearla. Eso hacía que Kikuko estuviese más relajada y la hacía sentirse más cercana.

—¿La taza es de madera?

—Está hecha de bambú moso natural —respondió Sagae, que también se sentó en el porche junto a ella, cogió la taza y tomó un sorbo.

«Una mujer con carácter», pensó Kikuko, pues vivía conforme a sus ideas, fiel a sí misma, sin dejarse doblegar y siguiendo siempre su propia voluntad. Seguro que por eso había dejado la empresa de Akane Sasu y fundado su propia marca. Tenía una expresión afable y cordial, y su carácter también lo era, aunque a veces dejaba entrever una intensa pasión interior.

—Más que amarillos, se han quedado de color ocre —comentó Sagae en referencia a los objetos recién teñidos que estaban tendidos en el jardín.

En una olla grande, habían cocido primero unas ramas y hojas de morera, previamente troceadas. Una vez reducida la cocción, habían pasado la mezcla por un colador y retirado los restos de ramas y hojas. Al tinte resultante le habían añadido un agente fijador para que el color se adhiriese a las fibras y realzara su tonalidad. En la

misma olla, habían metido, junto al líquido, una pañoleta, un bolso y una camisa de manga larga que Kikuko había traído de casa. Habían vuelto a cocerlo todo hasta que el color se había impregnado. Los habían sacado, los habían lavado varias veces y los habían colgado en el tendedero. En ese momento, estaban esperando a que se secaran.

—Cogí las hojas de morera hace tres días. Las puse a secar y perdieron casi un cuarenta por ciento de su peso, pero aún estaban demasiado húmedas y creo que por eso se han quedado de ese color.

—A mí me gusta.

—Entonces, me alegro.

Una semana antes, Kikuko había terminado el diseño preliminar de las cajas de envío que le había pedido Sagae y habían intercambiado algunos mensajes. Aunque quedaba algún que otro detalle por corregir, en general había recibido el visto bueno. Después, la conversación había derivado en cómo iban a pasar las vacaciones de la Golden Week. Kikuko iba a trabajar haciendo los turnos de siempre, pero, de repente, se le ocurrió preguntar si podía pasarse un día por el taller de Sagae.

—Claro que sí, cuando quieras. ¿Qué te parece si pruebas a teñir algo? Aunque vivo bastante lejos —y había añadido, con sorna—: A ver si te vas a dar la vuelta a mitad de camino.

El último comentario había sido una broma, pero lo cierto es que el viaje en sí resultó toda una excursión. Una vez que hubo salido su tren de la estación de Kujiranuma, había hecho un transbordo para luego llegar a la estación de Hachioji.

«Hasta ahí, bien», pensó Kikuko.

Sin embargo, después de un trayecto movido de más de veinte minutos en autobús, había tenido que subir casi quince minutos por

un camino de montaña desde la parada donde se había bajado. No había llegado a dar media vuelta a mitad de camino, pero en un momento dado sí que se arrepintió un poco de haber ido.

Era el primer lunes de mayo, el sol brillaba con fuerza y había acabado sudando la gota gorda. Cuando Sagae le había dicho que pagaba un alquiler de treinta y ocho mil yenes, le había parecido un precio irrisorio para Tokio, pero, viendo el lugar, entendía por qué. En el trayecto de subida a pie desde la parada de autobús no vio nada semejante a una tienda. Incluso las viviendas eran escasas.

Desde el porche se veía el azul del cielo y el verdor recién brotado de la vegetación. Se oía el rumor de las plantas agitadas por el viento, así como el canto de los pájaros, interrumpido de vez en cuando por el lejano rugido del motor de algún coche o moto.

«Desde luego, este sitio es más rural que mi ciudad natal», pensó Kikuko. Al mediodía, quizá no tanto, pero por la noche tenía que resultar triste y se preguntó con cierta preocupación cómo una mujer podía vivir allí sola.

Mientras trabajaba con el tinte natural, Sagae le hizo un nuevo encargo: en septiembre iba a organizar una exposición individual con venta de productos cerca de la estación tokiota de Nishi-Ogikubo, así que le pidió que diseñara el cartel promocional y las invitaciones al evento.

«Uy, casi lo olvido», recordó Kikuko de pronto, y dijo:

—El mes pasado, me pagó el diseño de las tarjetas de presentación, ¿verdad? Pero ¿cómo es que, en vez de diez mil yenes, recibí un ingreso de treinta mil?

—Cuando iba a hacer la transferencia, pensé que, aparte del diseño de las tarjetas, tenía que pagarte por el logo también, así que añadí otros veinte mil. ¿Me he quedado corta?

—Qué va —repuso, negando con la cabeza—. Veinte mil yenes son más que suficientes.

—Para poder seguir adelante, tienes que ser más ambiciosa —apuntó Sagae con una risilla—. ¿Cómo te fue en el concurso de diseño? Era durante las vacaciones, ¿no?

—Fue el martes pasado. Presenté mi propuesta a los altos cargos de la empresa —contestó ella.

Hablaban del diseño del empaquetado del dulce conmemorativo por el ciento cincuenta aniversario de Choshunka, cuya sede central de Nihonbashi se encontraba en un edificio de cuatro plantas. La entrada contaba con un alero de tejas y una puerta de celosía. En ella colgaba un rótulo alargado y tallado en una sola tabla donde se leía, de derecha a izquierda, a la manera tradicional, el nombre de la empresa: Choshunka. Kikuko se había quedado sobrecogida por la imponente fachada, digna de un establecimiento de larga tradición que iba a celebrar su ciento cincuenta aniversario el año siguiente.

Llevaba un traje negro que solía usar en su antiguo trabajo y casi se había muerto de la vergüenza cuando se había dado cuenta de que se notaba que los codos de la chaqueta y las rodillas del pantalón estaban desgastados.

—Me dijeron que el resultado saldrá a mediados de este mes.

—¿Y te fue bien?

—No lo sé —respondió Kikuko, que era plenamente consciente de que había hablado durante los veinte minutos que le habían asignado, aunque no recordaba muy bien qué había dicho. Yuki, la encargada de la tienda en Kamo Mall, también estuvo allí, aunque con los nervios de punta, incluso más que Kikuko. Al acabar su exposición, fue a preguntarle qué tal, pero Yuki se había limitado a abrazarla y a echarse a llorar.

—*Sin la rosa, no lo haremos* —dijo Sagae, con la mirada puesta en el póster de Joseph Beuys.

—Ese es el título del póster, ¿verdad?

—Así es. ¿A que es bueno?

—Quedaría perfecto para una floristería; las rosas son lo que más se vende. Sin ellas, una floristería no funcionaría.

El comentario pareció hacerle mucha gracia a Sagae, quien, raro en ella, soltó una sonora carcajada.

—Me parece muy acertado. Tantas rosas vendidas esculpen la sociedad, así que, en realidad, todos somos artistas.

Kikuko desconocía si esa interpretación era correcta. En cierto modo, el Joseph Beuys del póster parecía también desconcertado.

—Para ti, ¿qué es imprescindible en la vida?

—Seguramente, el diseño —contestó, algo tímida, a pesar de que era cierto.

Lo que más disfrutaba y hacía que se sintiera verdaderamente ella misma era plasmar con lápiz o diseñar en el ordenador las ideas y los pensamientos que le rondaban por la cabeza cuando estaba en su apartamento.

—¿Cuántos años tienes?

—Pronto cumpliré veintiséis, ¿por?

—Con tu edad, fundé la empresa junto a Kotani. ¿Y si montas tu propio negocio?

—Pero si no tengo la suficiente experiencia.

—Nosotros en aquel entonces tampoco. Lo único que teníamos era una confianza infundada. Aunque imagino que resulto poco convincente, después de que hayamos terminado peleados y de que me echara de la empresa.

Sagae esbozó una sonrisa y soltó una risa forzada. Al ver esa expresión más bien triste, a Kikuko la invadió un sentimiento de

cierta melancolía.

—¿Y si piensas en un hipotético nombre para el negocio que montarías? Cuando iba al instituto, siempre pensaba en nombres para mi marca. En tu caso, puedes incluso crear el logo. Anda, inténtalo. A fuerza de hacerlo, llegará un momento en que querrás probar de verdad.



—Kiku, ¿qué vas a hacer hoy cuando llegues a casa?

—Nada en particular —le contestó a su amiga Mizuho Kataoka.

Ambas iban lado a lado por el camino de tierra en bicicleta. Era el mismo camino de regreso que hacían siempre juntas desde que habían empezado el bachillerato.

—Entonces, ¿te vienes a ver el póster?

Enseguida supo que se refería al de los cinco miembros de su grupo favorito, que habían colocado en el vestíbulo de una estación de la capital de la prefectura. Sin embargo, había algo más. Mizuho le iba a sugerir también, después de verlo, que se hiciera diseñadora gráfica.

«Vaya, estoy soñando».

Cuando llegaron a la carretera nacional de cuatro carriles, ya no podían ir una al lado de la otra, así que su amiga se adelantó. Podía oírla tararear la canción *Sakura ga saku mae ni* (Antes de que los cerezos florezcan), del grupo musical Kinoko Teikoku. La canción no había salido hasta después de que ellas hubieran terminado el bachillerato, pero Kikuko se la estaba oyendo cantar a Mizuho.

Su amiga se había quedado varios días en el apartamento de Kikuko cuando fue a Tokio para buscar trabajo. Habían ido a un karaoke con el pretexto de motivarse la una a la otra en la búsqueda

de trabajo. Allí había sido donde Mizuho había cantado esa canción. Kikuko quiso sumársele, pero, por alguna razón, no recordaba la letra.

Justo en ese momento, se despertó. Tardó un poco en darse cuenta de que estaba sentada en el tren. Pensó que quizá se había pasado de estación, así que aguzó el oído al escuchar la megafonía y descubrió que faltaban tres paradas para llegar a Kujiranuma. Regresaba de casa de Sagae. Los días eran más largos y, aun pasadas las cinco, seguía habiendo luz. Cogió el móvil y vio que tenía varios mensajes por leer, todos ellos de Mizuho.

> De repente, me ha surgido un viaje de negocios a Tokio. Si te va bien, ¿me puedo quedar en tu casa desde pasado mañana hasta el sábado por la mañana?



—Lo siento, Kiku. Ya te comenté ayer en el mensaje que había sido de improviso. ¿Recuerdas que, a principios de año, tuve que ir de manera repentina a Kyushu por trabajo? Pues, igual que entonces, tengo que sustituir a mi jefe directo. La última vez, se partió el brazo derecho en la nieve y ahora se ha roto la muñeca izquierda y el tobillo derecho saliendo de la bañera de su casa. Está apañado.

Mizuho llegó al apartamento de Kikuko pasadas las diez de la noche del primer miércoles de mayo, justo después de la semana de vacaciones. En cuanto entró y se descalzó, comenzó a hablar sin parar.

—Te acordabas bien del camino, ¿verdad?

Diez minutos antes, había avisado a Kikuko de que estaba ya en la estación de Kujiranuma.

—Tranquila, creo que sé llegar —le dijo cuando Kikuko se ofreció a ir a buscarla.

Y así fue. Mizuho dejó su maleta de ruedas a un lado de la cocina y comentó:

—No sé leer un mapa, pero recuerdo un camino si he pasado por ahí antes. ¿No te lo conté cuando estábamos en bachillerato?

«Me suena», pensó Kikuko.

—¿Te importa que me dé un baño?

—Se está calentando el agua de la bañera. Espérate unos cinco minutos.

—Me meto mientras se calienta —respondió a la vez que abría la maleta y sacaba la ropa interior y una sudadera que había traído como pijama.

—Supongo que has cenado.

—Sí. En general, procuro no comer nada después de las nueve.

—¿A qué hora te levantas mañana?

—¿Conoces la tienda que hay en el barrio de Yurakucho de productos de nuestra región?

—Sí, la que hay delante de la estación —contestó Kikuko, que había ido en numerosas ocasiones, cuando sentía la necesidad de probar los sabores de su tierra.

—La marca Iwato va a ofrecer allí una venta con degustación de su nuevo *kamaboko*. Para llegar antes de las nueve, ¿bastará con que salga de aquí a las siete?

—Con salir a las siete y media te da tiempo de sobra.

—Como mañana es jueves, libras, ¿no? No te preocupes por mí. No hace falta que te levantes.

—No libro. A partir de mañana, empezamos un servicio de envíos un poco tempranos. Ofrecemos el envío de claveles un cinco por ciento más baratos que el mismo Día de la Madre, y la idea ha tenido muy buena acogida.

—¿Con el coche de las rosas?

—Sí. Por cierto, ¿por qué te desnudas aquí?

—En casa, acostumbro a quitármelo todo antes de ir al baño. ¿Acaso no te lo dije una vez que vine?

—Y yo te respondí que no hacía falta que te trajeras las costumbres raras de tu casa —se quejó Kikuko, aunque, en realidad, no le importaba que lo hiciera.

El rato que estuvo en la bañera, Mizuho cantó varias canciones una tras otra: *Kinmokusei no yoru* (La noche del olivo fragante), *Tokyo* y *Sakura ga saku mae ni* (Antes de que los cerezos florezcan) de Kinoko Teikoku.

Aunque cantar no era su fuerte, le gustaban tanto aquellas canciones que conseguía no desafinar. Kikuko deslizaba el lápiz táctil sobre la pantalla de su tableta mientras oía a su amiga. Una vez terminado el diseño de las cajas de envío, que había aprobado Sagae, y después de enviarlo a la imprenta, tenía previsto acabar el prototipo en una semana. En ese momento, trabajaba en el diseño del cartel promocional para la exposición de Nishi-Ogikubo. Había planeado crear uno con fotografías de distintas prendas teñidas con tintes naturales que Sagae había colgado en su cuenta de Instagram, aunque le resultaba una idea bastante trillada y poco interesante. Pensó que parecería más un catálogo que un cartel y que así daría igual dónde lo pusiera, pues no atraería las miradas.

«No sirve de nada si quienes vean el cartel no saben que las prendas de la exposición están teñidas con tintes naturales»,

reflexionó y, en lugar de utilizar las fotos que ya tenía, creyó preferible hacer nuevas, acordes con ese concepto.

—Trabajando duro, ¿eh? Te admiro —oyó decir a Mizuho a sus espaldas y, cuando se dio la vuelta, vio que estaba mirando la pantalla de la tableta con la sudadera puesta y una toalla enrollada en la cabeza—. ¿Para qué es el cartel?

Mientras Kikuko le hablaba acerca de la exposición de Sagae, Mizuho se sentó delante de ella, sacó varios tipos de productos cosméticos y un espejo plegable de su neceser y se puso con su rutina de cuidado facial. Las otras veces que se había quedado a dormir allí había hecho lo mismo. Según ella, cuando se quitaba las lentillas no era capaz ni de verse la cara en el espejo del baño. Cuando le contó que la casa de Sagae estaba tan perdida en el campo que no parecía siquiera Tokio, Mizuho soltó una carcajada mientras se aplicaba tónico facial en las mejillas. También le contó cómo Sagae le había recomendado montar un negocio propio y que, al menos, empezase por pensar en un nombre.

—¡Ahora lo entiendo! —exclamó Mizuho. Con la mascarilla facial, se le veía la cara completamente blanca.

—¿El qué?

—La razón por la que no te han cogido en ninguna empresa de diseño. Es porque eres un prodigio y todos temen tu talento.

—Menuda bobada.

—Te digo yo que es eso. He atado todos los cabos y resuelto el misterio. Así que, como dice la chica de los tintes, no cabe otra que montar tu propio negocio. Sería genial, ¿no? ¿Qué? ¿Has pensado ya en un nombre?

Antes de que pudiera responder que aún no, su amiga se le adelantó:

—¿Qué te parece Mizuho Company?

—¿Y por qué tengo que usar tu nombre?

—Porque ¿acaso no fui yo la que te recomendó que escogieras Diseño? El otro día me dijiste que, en vez de guardarme rencor, me estabas agradecida, ¿no? Pues entonces, puedo ser tu atractiva secretaria.

—No te llames atractiva a ti misma —le reprochó.

Se miraron y ambas rieron. O, más bien, rio Kikuko, pues su amiga a duras penas podía con la mascarilla facial puesta.

—Es como si hubiéramos vuelto al bachillerato —suspiró Kikuko con melancolía después de reír.

—Manteníamos este tipo de charlas triviales largo y tendido —añadió Mizuho en tono solemne—. Estábamos aburridas y teníamos todo el tiempo del mundo. Siempre anhelaba marcharme de allí y, ahora que ya trabajo, después de haber terminado el instituto y haber ido a la universidad, recuerdo con mucha nostalgia nuestros días juntas. Brillábamos, a pesar de que tuvimos una juventud sosa y aburrida, sin sudor, lágrimas ni líos amorosos.

Mientras escuchaba a su amiga, Kikuko recordó el sueño que había tenido dos días atrás en el tren. Las dos estudiantes de instituto deslumbraban con su radiante brillo.

—Lo cierto es que sí me aceptaron en una empresa de Tokio.

—Ah, ¿sí? —reaccionó Kikuko, que se acababa de enterar.

—Era una pequeña agencia de publicidad que no llegaba ni a diez empleados. Pero el trabajo parecía valer la pena y, más importante aún, al ser en Tokio, pensé que así podría estar contigo. Sin embargo, mis padres se opusieron frontalmente. Me dijeron que no podían admitir que su hija entrase a trabajar en una empresa que podría quebrar en cualquier momento. En aquel entonces, también me habían aceptado en Iwato, así que, harta de llorar, desistí. Por eso siempre quise que regresaras de Tokio. Así, aunque no fuese

como en el instituto, nos podríamos ver de vez en cuando. Total, que cuando tu madre me contó en otoño del año pasado que habías dejado tu antiguo trabajo y estabas en una floristería, pensé que era la oportunidad perfecta. Te llamé por teléfono con la intención de convencerte para que volvieras a casa.

—Pero, en la práctica, no me dijiste nada de eso.

—Porque antes de que lo hiciera, aseguraste con firmeza que aún no habías desistido de convertirte en diseñadora gráfica. ¿No te acuerdas?

Kikuko se acordaba, pero, en realidad se había puesto bravucona ese día solo para no mostrar su flaqueza.

—Estabas luchando para cumplir tu sueño en Tokio, así que me avergoncé de mí misma por querer interferir. Haga lo que haga, es imposible volver a los tiempos del instituto. Me di cuenta de que lo importante ahora es seguir adelante.

—Yo también me he dado cuenta de algo.

—¿De qué?

—De que, por muy profundo que sea lo que cuente una persona con mascarilla facial, no me emociona.

—¡Oye!

—¡Es broma! —se defendió Kikuko.

Entonces notó que algo caliente le bajaba por las mejillas. Mizuho se quitó la mascarilla.

—Eh, Kiku, ¿estás llorando?

—No es eso —negó ella, y se secó rápidamente las lágrimas con el dorso de la mano—. Tengo los ojos cansados de estar tanto tiempo con la pantalla de la tableta. ¿Y tú? ¿A qué vienen esas lágrimas?

—Al verte a ti, me ha dado a mí también por llorar.

—A mí no me eches la culpa —bromeó Kikuko.

Ambas acabaron riendo, como solían hacer cuando cursaban el bachillerato. Al pensarlo, la nostalgia las hacía llorar y, a la vez, no podían dejar de reír.



A la mañana siguiente, desayunaron juntas antes de que Mizuho partiera cuando aún no eran las siete y media. Kikuko fue después a trabajar a la floristería Kawarazaki. Ese día, a pesar de que era el de descanso habitual, hizo el turno desde primera hora de la mañana, junto a Rita y Midori Fukasaku. Después de cambiar el agua y hacer el mantenimiento del almacén, barrió la zona de venta hasta que faltaron solo diez minutos para la hora de abrir. Entonces sacó grandes cantidades de claveles y los colocó enfrente de la tienda. Tras ello, se dirigió a la estación de Kujiranuma y, desde allí, sacó con el móvil una foto panorámica de la floristería que publicó en Twitter e Instagram junto con un breve texto:

> ¡Faltan tres días para el Día de la Madre! Contamos con una amplia variedad de arreglos, buqués y ramos para ese día. Los esperamos en la tienda.

De nuevo en la floristería, se dedicó a fotografiar los claveles. Desde el domingo de la semana anterior, habían sido los protagonistas de la recomendación diaria, y, en el pie de foto, había ido añadiendo el significado de cada uno según su color: el blanco simbolizaba «mi amor sigue vivo»; el rosa, «gratitud» y «elegancia»; y el naranja, «amor ardiente». El problema había venido con la recomendación, el día anterior, del clavel amarillo. Este simbolizaba «desdén» y «celos».

«Así no habrá quien los compre amarillos», pensó Kikuko, por lo que se le ocurrió escribir para la foto: «¿Qué tal regalar estos

claveles con el siguiente mensaje? “Mamá, no me trates con desdén por no dar palo al agua. ¡Siento celos de tu belleza!”».

Contra todo pronóstico, los claveles amarillos habían recibido más «me gusta» que los de cualquier otro color.

Ese día tocaba el clavel azul, que simbolizaba «dicha eterna».

—Kiku, lo siento —se disculpó Rita mientras salía del mostrador de la caja registradora—. Como nos estamos quedando sin monedas para el cambio, me voy a pasar por el banco para coger más. Volveré enseguida. Mientras tanto, ¿te importa hacer ramos con Midori y atender la tienda?

—Claro, no te preocupes.

Midori se encontraba ya confeccionando ramos en la mesa de trabajo. Llevaba menos de un mes en la floristería y trabajaba cuatro días a la semana. Al ser universitaria, lo hacía entre semana, antes de empezar o después de acabar las clases, entre cuatro y cinco horas. Ese día había entrado a las ocho y media de la mañana y terminaría a la una del mediodía.

—Kimina...

—¿Sí? Dime —se sobresaltó Kikuko cuando Midori se dirigió a ella en cuanto se puso a su lado para hacer más ramos.

Estar a solas con la chica la ponía muy nerviosa, y, si Midori era ya de por sí descarada y cortante, lo parecía aún más cuando estaba ante ella.

—Has hecho estas tarjetas con forma de corazón, ¿no?

—Sí.

Para el Día de la Madre, todos los productos de la floristería Kawarazaki llevaban una tarjeta con forma de corazón en la que ponía en inglés «Mother’s Day». En el caso de los ramos de flores, la tarjeta se ataba directamente a las flores con un cordel. En cambio, si era una maceta, se fijaba con un clip a una rama cortada y se

clavaba en la tierra. Todas contaban con un espacio para que los clientes escribiesen un mensaje para sus madres. En ese momento, a medida que hacía los ramos junto a Midori, iban poniéndoles las tarjetas, que estaban hechas de papel rojo con las letras estampadas en oro. Eran más lujosas que las tarjetas comerciales de la tienda, por lo que el coste por unidad resultaba bastante caro. A pesar de ello, Rita estuvo conforme con hacerlas.

«¿A qué ha venido eso?». Kikuko se había quedado esperando en vano a que Midori dijera algo más mientras esta seguía trabajando en silencio.

«¿Ya está? ¿En serio? Estaba preparada por si me decía algo sobre cómo habían quedado», pensó incrédula.

—Otra cosa... —empezó de nuevo Midori—. El color de esa camisa de manga larga es muy chulo.

—Ah, vale —reaccionó, algo perpleja, preparada para otro tipo de comentario y no para un repentino halago.

—¿Dónde la has comprado? ¿En una tienda de segunda mano?

—La compré por internet. Al principio, era blanca, pero la teñí con hojas y ramas de morera.

—¿Tú sola?

—Bueno, sí, pero... —balbuceó Kikuko.

Entonces le habló de Sagae y de su empresa, Sotoorihime. También le contó que, tres días antes, había ido a su casa. Sin embargo, Midori volvió a quedarse en silencio, sin siquiera asentir.

«Pero bueno, ¿y esta chica?», pensó Kikuko, hastiada, justo antes de que Midori, de repente, volviese a hablar:

—Si vuelves a ir, ¿me puedes llevar contigo?

—¿Y eso?

—Yo también quiero probar el tinte natural.

«No soportas que haya algo que yo sepa hacer y tú no, ¿verdad?», dijo Kikuko para sus adentros.

—De acuerdo. Hoy a mediodía tengo que llamar a Sagae. Aprovecharé para comentárselo —accedió, refiriéndose a la llamada acerca del cartel para su exposición, en la que quería proponerle no usar material ya existente, sino fotos tomadas expresamente para la ocasión.

—Muchas gracias, y lamento las molestias que te pueda ocasionar —respondió Midori en un tono de excesiva cortesía, aunque no necesariamente distante.

«Tan seca como siempre», pensó Kikuko. Aunque, por raro que le pareciese, esa vez, el tono no la molestó.

«Ahora que caigo...».

—¿Verdad que tenías una cámara réflex?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Midori con cara de desconfianza.

Parecía alerta a cómo fuese a proseguir.

—Hace tiempo viniste con una colgada al cuello. ¿Te acuerdas?

—¿Sí? Pues no me acuerdo. Pero ¿a qué viene eso?

—¿Se te da bien usarla? —se atrevió a preguntar, para ver cómo reaccionaba la chica.

—Solo hago fotos como referencia para mis dibujos, pero me salen mejor que a la mayoría de la gente —respondió, demostrando que había mordido el anzuelo sin rodeos, hecho que a Kikuko le resultó hasta adorable.

—En ese caso, ¿te importaría ayudarme con mi trabajo? —le propuso, y le explicó lo del cartel de la exposición de Sagae.

—¿Qué tipo de fotos hay que hacer?

«¡Bien, la tengo en el bote!».

—Dame un segundo.

Kikuko rio para sus adentros, intentando que no se le notara en la cara. Después, sacó su móvil de uno de los bolsillos del delantal que llevaba puesto.

—Estas son las fotos que hice el día que fui a casa de Sagae.

—¿Eso es en Tokio? —se extrañó Midori, como era lógico, cuando vio una de las fotografías, en la que se veía a Kikuko poniendo a secar en el jardín de Sagae la misma camisa que llevaba en ese momento.

—Yo también me sorprendí cuando fui. Es más campestre aún que de donde yo vengo. Para el cartel, había pensado que, usando de fondo el bosquecillo que se ve al otro lado del jardín, podría colgar en el tendedero varias prendas teñidas con tintes naturales hechos por Sagae, como en esta foto.

—¿No crees que sería buena idea colocar prendas en tonos verdes, similares al verdor del bosque? Así, quien lo vea tendrá la impresión de que las prendas se han sacado de la propia naturaleza.

—¡Guau! —exclamó Kikuko con admiración—. ¡Qué gran idea!

—Se le puede ocurrir a cualquiera —repuso Midori con una leve sonrisa que Kikuko no pasó por alto.

Se sentía satisfecha con cómo había ido la conversación. De repente, sonó el teléfono que había en la pared detrás del mostrador.

—Yo lo cojo —se adelantó Midori y descolgó el teléfono—. Floristería Kawarazaki, dígame. Ahora mismo la encargada no está. De acuerdo. ¿Kimina? Espere un momento.



—¡Claveles, claveles! ¡Voy a comprar claveles para las mamás! —se oyó cantar a Ran mientras entraba en la floristería, pasada la una

del mediodía.

En la tienda se encontraban Kikuko y Haga. Este último había relevado a Midori en el turno de tarde, ya que ella había tenido que irse a clase. Kikuko tenía pensado salir a repartir a la una y media, en cuanto Rita terminase de comer. A esa misma hora, Mitsuyo entraría en la tienda. Había un sinfín de tareas por hacer: ramos solo de claveles, ramos de claveles y otras flores, los paquetes de Flower Break para el Día de la Madre y arreglos florales de Hana Tenshi. En ese momento, Kikuko estaba confeccionando junto a Haga arreglos originales de la floristería Kawarazaki solamente disponibles para aquellos que los encargasen con antelación.

—¡Eh, Haga!

—¡Hola, Ran! ¿Y tu madre?

—Como ya voy a primaria, he venido a comprar yo solo.

—¿Y qué has venido a comprar?

—Claveles.

—Pero si ya encargaste unos con tu padre el otro día, ¿no? Los tendrás que venir a buscar el mismo Día de la Madre.

—Esos eran para mi mamá. Esta vez son para la mamá de mi mamá y para la mamá de mi papá; es decir, para mis abuelas. Mi papá los tendría que haber encargado también el otro día, pero se le olvidó.

La noche anterior, el padre de Ran había estado a punto de pedirlos a través de la web de Hana Tenshi con el móvil. Sin embargo, el propio Ran lo había visto, ojo avizor, y le había pedido que lo dejaran ir a la floristería a encargarlos él mismo. Les había asegurado a sus padres que era capaz de ir por su cuenta y que no tenían nada que temer. Lo cierto era que la madre de Ran se lo había contado antes a Kikuko, cuando había llamado por teléfono esa mañana, recién abierta la floristería. Había querido avisar de que

Ran iría ese día solo a la tienda, pero le había pedido que no le contaran a su hijo que había llamado, pues quería que pensara que había sido capaz de hacerlo todo él solo.

—La mamá de mi mamá vive en Chiba, y la de mi papá, en Sendai. ¿Aún me da tiempo?

—De sobra —respondió Haga.

—Pues toma. —Ran abrió la bandolera que llevaba cruzada sobre el cuerpo y sacó una hoja de papel—. Son los nombres, direcciones y números de teléfono de mis abuelas. Kimina, ¿te puedo pedir que rellenes el formulario de los pedidos?

—Claro.

—Haga, también te quiero pedir una cosa a ti.

—¿Qué me quieres pedir?

—Ya has visto que ayudo a mi papá en sus tareas. Por eso, mi papá me ha dicho que me puedo comprar algo como regalo —explicó Ran.

Kikuko también lo sabía por su madre, que se lo había comentado en la llamada de esa mañana.

—¿Me recomiendas alguna flor?

—A ver... —pensó Haga mientras dejaba su labor en la mesa de trabajo y se dirigía a la zona de venta—. ¿Te acuerdas de la flor de *Nigella*?

—Sí, porque su nombre se parece al de Gamera, el monstruo. Es aquella con unos pétalos que en realidad son sépalos y las hojas parecen hilillos, ¿verdad? Esa flor me gusta.

—Pues esta no es la flor, sino el fruto que produce —explicó Haga, mientras le mostraba aquel fruto hinchado como un globo y con forma parecida a una pelota de rugby.

Tenía unas rayas de color verde y marrón y la punta de la bráctea sobresalía como si fuera un cuerno.

—¡Qué pasada! —exclamó Ran mirando de cerca el fruto, con la respiración entrecortada por la emoción.

—Cuentan que, cuando unos extranjeros lo vieron, lo llamaron «demonio entre arbustos».

—Así que no era un monstruo, sino un demonio, ¿eh? ¡Me lo llevo! —decidió Ran.

Haga cogió dos frutos del cubo de flores de *Nigella* y los llevó al mostrador de la caja.

—Kimina, ¿has terminado de escribir?

—Sí, ya estoy.

—Entonces, cóbrame todo junto, las flores de mis abuelas y mi regalo. Te pago con esto —indicó mientras sacaba de la bandolera una tarjeta de prepago—. Dame también el tique de compra.

Para cuando Ran acabó de pagar, Haga había terminado de envolver los frutos de *Nigella*.

—Aquí tienes.

—Gracias —respondió Ran al recibir su compra—. ¿Sabes si la nueva incorporación se ha acostumbrado ya al trabajo?

Había sido Mitsuyo quien había presentado a Midori como «la nueva incorporación». A pesar de que también le había dicho cómo se llamaba, Ran insistía en llamarla así y de ese modo se dirigía también a Midori, que no lo corregía.

—¿Podrá hacer bien tu trabajo?

—Claro que sí —respondió Haga con total seguridad.

Y lo decía de corazón. Midori no llevaba ni un mes trabajando y, a pesar de que hacía turnos de pocas horas, se había convertido en un destacado miembro del equipo. Captaba rápidamente lo que era importante y nunca olvidaba lo que le enseñaban. Además, era habilidosa con las manos. Esa misma mañana había elaborado unos

delicados ramos con rapidez, uno tras otro, casi como si se tratase de una producción en serie.

—Pero es que la nueva incorporación siempre tiene cara de enfadada y me da un poco de miedo. Papá dice que es una lástima, con lo guapa que es.

—No sabe fingir la sonrisa.

—¿Qué es fingir la sonrisa?

—Sonreír de manera falsa para contentar a los demás. Es muy franca.

—Ah, entonces, no tiene remedio.

—Aunque también estaría bien que sonriera un poco cuando atiende a los clientes. Se lo diré.

—¿Cuándo lo dejas y te vas al Polo Norte? —continuó Ran, que parecía no querer irse.

—Termino de trabajar aquí el miércoles de la semana que viene, y, a finales de mes, me marcho.

—Hoy es jueves, después va el viernes, el sábado y el domingo —contó con los dedos—. Lunes, martes, miércoles... Faltan solo seis días. Si quieres, te puedo venir a ver todos los días.

—Sí, ven a verme. Como es mi último servicio, trabajaré aquí los días que quedan.

—Oye, Haga...

—Dime.

—Las flores son interesantes, ¿verdad?

—¿Qué crees que las hace así?

—Para mí, lo más interesante fue descubrir que lo que pensaba que eran pétalos eran en realidad sépalos y brácteas. La flor de *Nigella* es solo un ejemplo, pero también pasa con las rosas de Navidad, las hortensias, las clemátides o las anémonas, cuyos pétalos son sépalos. Los tulipanes parecen tener seis pétalos, pero

los tres de fuera son también sépalos. Las flores son muy interesantes porque lo que creías que era una cosa en realidad no lo es. Por eso quiero estudiar mucho para convertirme en un experto en flores como tú. ¿Qué tengo que hacer?

—Para poder sacarte el doctorado, tienes que haber estado más de cinco años en la escuela de posgrado de la facultad de Agricultura, haber obtenido más de treinta créditos y la orientación necesaria para tu investigación, así como haber aprobado los exámenes y la defensa de la tesis doctoral.

—¿Para eso hay que estudiar mucho?

—Sí, pero lo más importante es pensar siempre en las flores. Por eso en tu caso basta con que sigas así.

—Vale. Oye, ¿te da pena que no nos vayamos a ver a partir de ahora?

—Claro que me da pena.

—A mí no.

—¿Por qué? —intervino Kikuko.

—Por muy lejos que esté el Polo Norte, sigue estando en el mismo planeta, ¿no? El cielo del Polo Norte y el de Kujiranuma son el mismo. Si miras al cielo, no hay por qué estar triste.

Haga se quedó boquiabierto. Aquellas palabras lo sorprendieron sobremanera. En ese momento, se oyó una extraña voz proveniente del almacén:

—¡Ay, ay, ay!

Ran se echó a temblar del susto.

—¡A... Ayuda!

Sin duda, era Mitsuyo. Kikuko recordó que le había ocurrido exactamente lo mismo en septiembre del año anterior.

—Rogamos a los que no hayan reservado aún su regalo del Día de la Madre que hagan la cola aquí. Repartiremos catálogos con fotos, así que vayan eligiendo y dígannos qué quieren comprar cuando les llegue el turno. Gracias por su atención —anunció Chihiro, la nieta de la profesora Mabuchi.

Se notaba que era la capitana del equipo de béisbol por su imponente y firme voz. Vestida con el mismo chándal que usaba para ir al instituto, guiaba a los clientes que llegaban a la floristería Kawarazaki. No habían pasado ni diez minutos desde que habían abierto la tienda y ya se había formado una fila de entre diez y veinte personas en la calle de sentido único, desde la entrada de la floristería hasta el supermercado. Kikuko repartía entre los clientes unos catálogos improvisados hechos a última hora.

Chihiro se había pasado por la floristería Kawarazaki la mañana del día anterior. En cuanto se hubo enterado por la profesora Mabuchi del episodio de lumbago de Mitsuyo, se ofreció a ayudar en lo que hiciera falta. Rita, que en ese momento se encontraba en la tienda, se quedó pasmada ante su entusiasmo.

—¡Ánimo, Chihiro!

—Muchas gracias —contestó algo confundida ante el repentino grito de Hitomi.

La dueña del bar estaba de pie en el garaje de la tienda, con la puerta abierta de par en par, viendo cómo Chihiro trabajaba con ahínco. A su lado, frente al mapa del barrio de Kujiranuma que había colgado en la pared, se encontraban también Kikuko y Mizuho.

El jueves, tres días antes, Mitsuyo había ido a trabajar. Acababa de entrar en el almacén y, justo cuando se iba a poner manos a la obra, le había dado un ataque de lumbago. En circunstancias normales, Rita, Haga, Kikuko y Midori podrían haber suplido el trabajo de

Mitsuyo, pero no el Día de la Madre, pues se trataba del día de más trabajo para cualquier floristería.

El principal problema era el reparto a domicilio: había que hacer cinco veces más que cualquier otro día, y Kikuko no podía hacerlo sola. La idea era que Rita también hiciera el reparto con su furgoneta mientras Mitsuyo se quedaba a cargo de la tienda, pero, al faltar ella, era Rita la que se tenía que quedar en la floristería.

—¿Y quién reparte conmigo? —se había quejado Kikuko una vez que hubo llegado a casa la noche anterior.

—¿Quieres que te ayude? —se había ofrecido Mizuho.

Kikuko recordaba que ambas se habían apuntado juntas a un curso para sacarse el carnet de conducir en cuanto aprobaron el examen de ingreso a la universidad. Mizuho le había contado que solía ir en coche a la universidad y que, desde que trabajaba en ventas, tenía que seguir conduciendo casi a diario por la zona donde vivía. También había comentado que llevar de copiloto a alguien que conociese el barrio y la guiase un poco facilitaría las cosas.

Kikuko había llamado a Rita para decirle que Mizuho se había ofrecido a ayudar y esta había aceptado y dicho que, por supuesto, le pagaría la jornada. Atendiendo a la petición de Mizuho, le había conseguido a Hitomi de guía, pues la llamada la había pillado tomando una copa en el bar La Indiferencia.

Kikuko se encargaría de las entregas en la mitad norte de Kujiranuma, mientras que Mizuho y Hitomi se encargarían de la mitad sur. Kirakiragaoka estaba en la mitad norte y comprendía el setenta por ciento de los repartos. Para transitar por las inmediaciones de los bloques, un triciclo motorizado como *La vie en rose* era más ágil y se movía mejor por sitios estrechos que la furgoneta. Habían dividido los repartos en una tanda por la mañana

y dos por la tarde. Después de colocar la carga en los vehículos, salieron a hacer la primera.

El día anterior, Kikuko le había dado a Mizuho una lista con las direcciones de entrega y esta había recorrido el área en la furgoneta junto a Hitomi, a modo de ensayo, para que todo fuera sobre ruedas. Las dos estaban muy entusiasmadas y de buen humor.

—Jamás pensé que llegaría el día en que podría devolverle el favor a la profesora Kagawa por todo lo que hizo por mí en el instituto —comentó Hitomi.

—Yo también estoy encantada de ayudar a Kikuko —añadió Mizuho.

Hitomi llevaba menos maquillaje que cuando Kikuko la había conocido en La Indiferencia. Vestía una sudadera con capucha y unos vaqueros que la hacían parecer mucho más joven. Por otra parte, Mizuho, que no había traído más que un traje de trabajo y ropa para dormir, había tomado prestados de Kikuko una camisa de rayas horizontales blancas y negras y unos pantalones pirata.

—Hay comida hecha en el segundo piso. Podéis venir a almorzar a la hora que queráis.

—Es el curri de Haga, ¿no? —preguntó Hitomi visiblemente contenta—. He oído hablar tanto de él que me muero de ganas de probarlo.

Kikuko también tenía ganas de hincarle el diente. Aquella era la última vez que Haga se encargaba de llevar comida, pues dejaría el trabajo el miércoles.

—Tampoco hay prisa por comer —contuvo Kikuko a sus compañeras, aunque en parte se lo recordaba a sí misma—. Lo importante es tratar con cariño la mercancía y conducir con cuidado.

—¡Entendido!

—¡A tus órdenes!



«No puedo más. Me va a dar algo», pensó Kikuko, que tenía la frente apoyada en ambas manos sobre el volante. Después de acabar la primera tanda de repartos alrededor de la calle comercial de Kujiranuma por la mañana, la cosa iba a buen ritmo. A la una, había regresado a la tienda para almorzar antes de empezar con la segunda tanda.

Kirakiragaoka era, como siempre, un hueso duro de roer. Se notaba que todos los bloques eran de cuatro plantas y sin ascensor. Después de casi un año trabajando en la floristería, había fortalecido bastante las piernas y mejorado su capacidad pulmonar. Aunque prácticamente no se había equivocado en ningún número de bloque ni de piso, sí había cometido un grave error: comer demasiado curri de Haga.

«Por muy bueno que estuviera, si ya lo sabía, ¿por qué he tenido que repetir dos veces?», se reprochó hastiada.

Ese día eran siete para comer, tanto al mediodía como por la noche, así que Haga había hecho más del doble de curri que de costumbre y lo había guardado en ocho táperes de distintos tamaños. Teniendo en cuenta que habría podido cenar curri, no debería haber comido tanto, con un plato al mediodía le habría bastado. Desde luego, se había pasado.

En cuanto subió a lo más alto del segundo bloque de pisos empezó a sentir náuseas, y, cuando regresó a *La vie en rose* y se disponía a ir al siguiente edificio a hacer el reparto, sintió un dolor punzante en la barriga. No era capaz de moverse. Aunque no se fuera a morir, no dejaba de ser una situación crítica.

—Kimina, ¿te encuentras bien? —preguntó una voz que le resultaba familiar.

Kikuko alzó la vista y se encontró con Ifukube. Llevaba su bolsa de tela cruzada al hombro, una camisa de algodón blanca y unos pantalones chinos. Estaba asomado al asiento del conductor.

—Solo estaba descansando un poco —contestó Kikuko, ya que le daba apuro reconocer que se encontraba mal por haber comido demasiado curri—. ¿Y tú qué haces aquí?

—Gracias al marcapáginas floral que gané por resolver vuestro acertijo, ahora me he puesto a leer. Vengo de tomar prestado el *Kojiki*, el *Nihonshoki* y los *Cuentos de lluvia y de luna* de una biblioteca de la zona. Cuando he visto el vehículo, he querido saludarte, me he acercado y te he visto con la cabeza apoyada en el volante. Me has preocupado.

—Gra... Gracias por preocuparte.

—Siendo hoy el Día de la Madre, supongo que tendrás muchísimo que repartir, ¿no?

Ifukube había ido a la floristería Kawarazaki una vez durante las vacaciones de la Golden Week con la intención de encargar un arreglo floral para el Día de la Madre y enviarlo a través del servicio de entrega a domicilio Hana Tenshi. Ese día, Kikuko le había contado la cantidad de trabajo que les esperaba.

—He acabado más cansada de lo que creía.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—¿Lo dices en serio? —reaccionó en un tono de voz más alto de lo esperado, movida por la alegría, aunque procuró recuperar rápidamente la compostura—. Es que me da apuro. Encima de que hoy es domingo...

—Aunque sea domingo, tampoco es que tenga ningún plan en concreto.

—¿Sigues sin novia?

—Pues sí —respondió Ifukube, melancólico—. Me he dado cuenta de que no es mera cuestión de ponerle empeño. Mis compañeros de trabajo me han recomendado usar aplicaciones de citas o ir a eventos para buscar pareja, pero me genera cierto reparo y sigo sin saber muy bien qué hacer. Uy, perdón, que no es momento de hablar de mis cosas. Déjame que te ayude con los repartos. Aunque no lo parezca, estuve siete años en el club de remo, tanto en el instituto como en la universidad.

«¿Con esos hombros tan caídos?», estuvo a punto de señalar Kikuko. Aunque, a decir verdad, eso no parecía muy importante a la hora de remar.

—Sigo entrenándome con una máquina de remo.

—¿Qué es una máquina de remo?

—Una que hace así —explicó Ifukube, mientras gesticulaba con los puños levemente cerrados, uno al lado del otro, y los movía hacia delante y hacia atrás—. Es una máquina para entrenar haciendo como si remara. Por eso tengo el torso y las piernas tan fuertes. Dime cuál es el siguiente bloque al que hay que ir, que ya me adelanto yo.

Las náuseas y el dolor de barriga todavía no daban señales de calmarse, así que Kikuko aceptó su ofrecimiento.

—En ese caso, ve al bloque 8 este, tres edificios más adelante.

—Vale —asintió Ifukube mientras se remangaba la camisa—. Oye, ¿me guardas la bolsa? Si corro, se me cae.



Lo que Ifukube había dicho era cierto. Después de subir y bajar escaleras casi el doble de rápido de lo que lo habría hecho Kikuko, no parecía cansado.

«Creía que era de ciencias, pero resulta que tiene una doble faceta: la intelectual y la deportista», pensó Kikuko, sorprendida.

Se había recuperado en menos de una hora, pero a pesar de que le había dicho a Ifukube que ya podía hacerlo sola, él había insistido en seguir, alegando que, ya que se había puesto, no iba a dejar el trabajo a medias. Terminaron de hacer el reparto entre los dos. La reconfortaba ver que él se movía con rapidez y diligencia, siguiendo sus instrucciones. Al final, un trabajo que Kikuko había calculado que le llevaría tres horas y media lo terminaron en menos de la mitad de tiempo.

—Muchísimas gracias.

—¿Ya hemos terminado? ¡Qué pena! —exclamó Ifukube medio en broma, medio en serio.

Aún quedaba una tercera tanda de repartos, pero Kikuko no quería abusar más de su ayuda.

—Deja que te lo agradezca de alguna forma.

—No hay nada que agradecer. Estamos el uno para el otro cuando lo necesitemos. De hecho, el que te quiere dar las gracias soy yo. Llevaba tiempo sin hacer ejercicio físico como hoy y me ha dado un subidón de adrenalina. Me lo he pasado muy bien.

—Ah, espera —le pidió Kikuko, mientras se apresuraba a detener a Ifukube cuando se iba a marchar y sacaba de *La vie en rose* su bolsa de tela.

—Se me olvidaba. Gracias. Nos vemos pronto —se despidió Ifukube y, sin necesidad alguna, se marchó corriendo con gracia y soltura.

Kikuko se quedó un rato observando cómo se alejaba.

—¿Puedes beber alcohol? —preguntó Rita desde el mostrador.

—Sí —respondió Midori, aparentemente algo molesta—. Ya tengo veinte años. Los cumplí el 29 de abril. Cuando nací, ese día se llamaba *Midori no hi*, o Día del Verdor.

—¿Por eso te pusieron Midori? —preguntó Kikuko.

—Pues sí. ¿Qué pasa?

—No, si no pasa nada —rio Kikuko ante su tono cortante de siempre.

Tras hablar con Sagae, habían acordado que iría con Midori a su casa el próximo jueves. A Kikuko le hacía un poco de ilusión.

La floristería Kawarazaki había seguido abierta una hora más de lo normal y cerró a las nueve de la noche. Un domingo cualquiera, pasadas las seis de la tarde, los clientes dejaban de venir, pero ese día la tienda había seguido animada hasta la hora de cerrar y unas diez personas más habían apurado hasta el último momento. Según Rita, las ventas habían sido un veinte por ciento superiores a las del mismo día del año anterior.

—¡Vayamos a mi bar a celebrarlo! —propuso Hitomi.

Por eso le habían preguntado a Midori si podía beber alcohol. A esas horas, Chihiro ya se había ido a casa; su madre, Momoka, había ido a recogerla antes de la seis.

—Rita, ¿de verdad no quieres vienes? —insistió Hitomi con pena.

—Ya te he dicho que me es imposible. Mañana tengo que salir a las cuatro de la mañana para ir al mercado de flores. Pasadlo bien. Haga, ya celebraremos tu despedida en otro momento.

—De acuerdo.

—Mizuho, muchas gracias por todo lo que has hecho hoy. Nos has ayudado mucho —dijo Rita mientras le entregaba un sobrecito—. No es gran cosa.

—No era mi intención...

—Acéptalo —intervino Hitomi—. A mí me pagó por adelantado y, si tú no lo aceptas, se lo tendré que devolver.

—Está bien, gracias.

—¡Venga, vamos todos a mi bar!

—Perdonad, iré un poco más tarde. Me gustaría hablar de una cosa con Rita —anunció Kikuko con la intención de explicarle que Ifukube la había estado ayudando con el reparto.

—Me va de perlas —respondió ella mientras sacaba el móvil de uno de los bolsillos del delantal—. Yo también quiero hablar contigo.



—¡Yuju! —se oyó gritar a alguien mientras volaba por encima del mar.

Por supuesto, no lo hacía por sus propios medios, sino que empleaba un artilugio pesado que llevaba puesto en los pies del que salía agua a presión, y esta era la que le permitía volar.

Rita le enseñó primero el móvil sin decir nada, hasta que Kikuko preguntó:

—¿Es tu madre?

—Exacto. Es un vídeo que ha colgado en Facebook. Ha escrito presumiendo de que antes apenas llegaba al metro de altura, pero ahora llega a siete metros —expuso Rita, que volvió a pulsar la pantalla del móvil y se lo guardó de nuevo en el bolsillo del delantal —. Anoche, de repente, me llamó. Me pidió que te preguntase cómo te había ido en el concurso de diseño al que te habías presentado.

—Fui a la sede central e hice mi presentación, pero no me han dado aún el resultado.

—¿Las sensaciones fueron buenas?

—No lo sé. Casi ni me acuerdo de qué hablé. Pero ¿cómo es que tu madre se preocupa por mí?

—Al parecer, le has caído bien. Me elogió, cosa rara en ella, por haberte contratado. Me dijo que se notaba que yo era su hija y que ciertamente tenía buen ojo para las personas. También aseguró que te valdrías por ti misma como diseñadora en un futuro cercano y me advirtió de que, por mucho trabajo que tuviera o por mucho que te necesitara en la floristería, no debía intentar retenerte llegado el momento, sino dejarte ir como es debido.

—Aún falta mucho para eso.

—También previó que te pondrías pesimista, así que me ordenó que te enseñara su vídeo montada en un *flyboard*.

—¿Por qué?

—Supongo que quiere transmitirte que, si ella con sesenta y cinco años prueba cosas nuevas, tú con veinticinco deberías hacer lo mismo.

Kikuko le pidió a Rita que le volviese a enseñar el vídeo de Rika Tojima volando a siete metros de altura.

—¡Yuju!

Quizá el objetivo de enseñarle el vídeo era el que había expuesto Rita, pero Rika Tojima parecía divertirse tanto que costaba entender lo que realmente quería expresar. Rita pareció darse cuenta y esbozó una sonrisa forzada.

—Así lo que parece es que esté presumiendo de lo increíble que está a sus sesenta y cinco años. Por cierto, ¿de qué querías hablar conmigo?

—La verdad es que... —empezó Kikuko, para a continuación explicarle que Ifukube la había estado ayudando con el reparto en Kirakiragaoka.

Rita la observó fijamente, sin pestañear.

—¿Ifukube es el chico de los hombros caídos que creó el crisantemo con volantes?

—Sí, ¿por?

—Antes de ayer por la mañana, al regresar del mercado de flores, vi a un señor mayor que no era de por aquí enfrente de la tienda. Pensé que quizá estuviera vagando sin rumbo y necesitara ayuda, así que le pregunté si podía hacer algo por él. Me contestó que sabía de una chica llamada Kikuko Kimina que trabajaba aquí. Al preguntarle si os conocíais, me explicó que le habías vendido unos crisantemos con volantes en el Festival del Doble Nueve.

«¿Cómo?», se sorprendió Kikuko.

—¿Sabes quién es?

—Un hombre erguido que viste un traje de buena confección.

—Exacto. Un señor que, en otros tiempos, podría haber sido un noble distinguido. Me contó que un joven amigo suyo llamado Akira Ifukube se había quedado prendado de ti después de haberte conocido por casualidad a finales de agosto del año pasado. Desde entonces, y para intentar que el amor llegase a buen puerto, me contó que os había hecho coincidir en tres ocasiones, pero que Ifukube siempre acababa hablando de cosas sin importancia y nunca te invitaba a salir a cenar, por lo que ya no sabía qué hacer.

«¿Que se quedó prendado? ¿Que nos ha hecho coincidir en tres ocasiones?», intentó procesar Kikuko.

Ciertamente, la primera vez se habían visto a finales de agosto, mientras hacía el reparto en el bloque 8 norte de Kirakiragaoka, donde vivía Ifukube. Había sido en el rellano de la escalera entre el primer y el segundo piso. Después, se habían vuelto a ver tres veces más en el mismo lugar.

«Entonces, ¿no ha sido casualidad?».

—Comentó que, por mucho que os siguiera juntando, dudaba de que la relación llegase a algún sitio y que, a lo mejor, sería más sencillo si a ti te acabase gustando Ifukube. Fue entonces cuando me preguntó si conocía alguna forma de conseguirlo.

—¿Y le diste alguna idea?

—Claro. Me pareció extraño lo que decía, pero hablaba con tal seriedad que, tras pensar un rato, le sugerí que un buen recurso sería emocionarte sacándote de un aprieto. Desde luego, es algo que ya está muy trillado, pero, precisamente por eso, es evidente que funciona. Añadí que el efecto sería aún mayor si en ese momento se revelaba un lado inesperado de él, algo que resultara encantador a la vez que sorprendente. El anciano me dijo que le había servido de gran ayuda y que iba a probarlo. Entonces no entendí muy bien lo que quería decir, pero resulta que es exactamente lo que te ha sucedido hoy, ¿no?

—No es más que una casualidad —rio Kikuko, aunque incluso a ella le sonó forzada su risa.

—¿Quién demonios es ese anciano? —preguntó Rita con cara de sospecha.

—Es el profesor Mori, jefe de Ifukube y líder del equipo que creó el crisantemo con volantes —respondió Kikuko, que no se atrevió a contarle que había fallecido dos años antes, a finales de año, para evitar desconcertar a Rita.

—¿Y qué hacía tan temprano ahí?

—Al parecer, había salido a recoger plantas con Ifukube —mintió Kikuko—. Habían quedado en la estación de Kujiranuma, pero, como había llegado antes de tiempo, encontró la floristería. Por eso te topaste casualmente con él frente a la tienda. Eso es todo.

—Ya, pero... —empezó a decir Rita inclinando la cabeza—. Después de darme las gracias y emprender la marcha hacia la

estación, abrí la puerta metálica del garaje y me di cuenta de que se me había olvidado preguntarle cómo se llamaba. Me di la vuelta para hacerlo, pero ya había desaparecido. Fue como si se hubiera esfumado.



El chirrido de las ruedas de la maleta que arrastraba Mizuho resonaba por la mañana en el barrio de Kujiranuma. La celebración con karaoke en el bar La Indiferencia de la noche anterior había sido muy animada. Habían puesto como norma cantar solo canciones cuyo título o letra contuvieran los términos «flor de cerezo» o «rosa». Estuvieron cantando sin parar y terminaron a la una de la madrugada. Midori, que en principio pensaba volver a casa en el último tren de la noche, había terminado quedándose a dormir en el apartamento de Kikuko. A esas horas, seguía durmiendo acurrucada en un futón. Su gesto, tan distinto de su habitual expresión áspera, la hacía parecer más joven de lo que era.

Tras acompañar a Mizuho a la estación, Kikuko iría directamente a la floristería Kawarazaki a trabajar. Llegaría quince minutos antes de su hora, pero pensó que Rita ya habría terminado de comprar en el mercado de flores y estaría de vuelta en la tienda. Los lunes Kikuko libraba, pero ese día tenía que hacer el reparto del servicio de envíos tardíos. Si el envío temprano de claveles costaba un cinco por ciento menos, el tardío era un diez por ciento más barato, así que tenían bastantes encargos. Por eso tenía que trabajar ese día desde la mañana hasta la hora del cierre.

Cuando se le escapó un sonoro bostezo, Mizuho le preguntó:

—¿Vas a poder trabajar? Ve con cuidado en el vehículo de las rosas.

—No te preocupes. Antes de abrir la tienda, usamos agua a raudales para lavar los cubos de flores; con eso me despejo. ¿Y tú? Trabajas esta tarde, ¿no?

—En el tren bala puedo dormir tres horas, así que no te preocupes.

Cuando llegaron frente a la estación, el lugar estaba sorprendentemente abarrotado de gente que iba a trabajar o a estudiar. Para Kikuko parecía que hubiese pasado una eternidad desde que, apenas un año antes, ella había sido una de esas personas.

—Qué bien me lo he pasado —comentó Mizuho casi en un susurro —. Igual vengo otra vez para el próximo Día de la Madre.

—Sí, hazlo. Eres más que bienvenida.

—Aunque para entonces estarás liadísima con tu trabajo de diseño y habrás dejado la floristería, ¿no?

—Qué va.

—Por cierto, tengo nombre para tu empresa.

—Ya te dije que no le voy a poner Mizuho Company.

—No, he pensado otro nombre. Como eres Kiku, como crisantemo en japonés, ¿qué te parecería usar el significado de esa flor?

—Ya, pero es que significa «noble», «sofisticado» e «íntegro».

—En inglés tiene otro significado.

—Lo sé —contestó Kikuko, que se acordaba perfectamente porque lo había escrito el año anterior, para el Festival del Doble Nueve, en la pizarra de la entrada a la tienda—. «*You're a wonderful friend*», ¿verdad?

—Eso, eso. ¿Qué te parece «Wonderful Friend» como nombre para tu empresa?

—Genial, me encanta —contestó Kikuko al instante, y lo decía en serio—. Así puedo mostrar a mis clientes que soy su *wonderful*

friend.

—Me alegro de que te guste —rio Mizuho, satisfecha—. Rezo para que llegue pronto el día en que empieces con Wonderful Friend.

Tras esas últimas palabras, Mizuho atravesó las puertas del control de billetes y, sin volverse una sola vez, se dirigió al andén. De pronto, la tristeza se apoderó de Kikuko, que notó que los ojos se le humedecían por las lágrimas.



Aunque la acumulación de trabajo no llegó al nivel del día anterior, Kikuko salió al mediodía a hacer los repartos tardíos y no regresó a la tienda hasta pasadas las cinco de la tarde. Tras aparcar *La vie en rose* en el garaje, atravesó la entrada del edificio y, cuando entró en la zona de venta a través del almacén, vio cómo Haga, que tenía el turno de tarde, contemplaba el cielo enfrente de la tienda.

—¿Qué te pasa?

—Ran ha estado aquí, hace solo un rato que se marchó. Venía solo, así que su madre ha vuelto a avisar con antelación por teléfono. Está bien que venga a comprar flores, pero me ha acribillado a preguntas —explicó Haga mientras esbozaba una leve sonrisa y seguía observando el cielo—. Me he acordado de lo que me dijo el otro día de que, por muy lejos que esté el Polo Norte, sigue estando en el mismo planeta y que el cielo del Polo Norte y el de Kujiranuma son el mismo, así que no hay por qué estar triste.

Haga seguía observando el cielo, probablemente recordando a alguien que se encontraba muy lejos de allí. Kikuko no quiso hacer ningún comentario al respecto.

—Ostras, casi se me olvida... —Haga se sacó del bolsillo del delantal la llave del apartamento de Kikuko—. Ten. Midori ha venido

a mediodía y me ha pedido que te la devuelva.

Después de acompañar a Mizuho a la estación, Kikuko había ido a trabajar sin pasar por casa. Como Midori seguía durmiendo, le había dejado la llave pegada a la puerta por dentro junto a una nota en la que le pedía que cerrase bien con llave y la trajese a la floristería.

—Me ha dicho que le has pedido que haga unas fotos para el cartel de la exposición de la mujer de los tintes naturales. Habéis quedado para eso, ¿no?

—Sí, iremos el próximo día libre.

—Se quejaba de por qué tenía que hacerlo, aunque parecía muy contenta. Puede que te dé un poco de trabajo, pero sé amable con ella.

—Ya intento serlo —respondió Kikuko, provocando una sonora risa en Haga.

—Ahora que lo dices, anoche estuvo cantando con tu amiga y contigo canciones de Kinoko Teikoku, ¿no? Ah, y otra cosa... Te he traído todas las especias del curri. Quédatelas tú. También te he escrito la receta. Cuando te salga bien, cocínaselo a las demás.

—¿Por qué me las das a mí?

—Porque eres la que más disfruta comiéndolo. Se dice que uno mejora en lo que le gusta, ¿no?



Después, Haga subió a cenar al segundo piso y Kikuko se quedó sola en la tienda. Pudo apañarse sin problemas, a pesar de que estuvo ocupada atendiendo a varios clientes. Cuando la cosa se calmó un poco, sonó el teléfono de la pared: era la profesora Mabuchi, que llamaba para encargar las flores de la semana.

—Gracias por cuidar de Chihiro ayer —dijo la profesora cuando Kikuko terminó de tomarle nota.

—No hay de qué. Nos vino de fábula.

—Dice que se lo pasó en grande y que quiere cursar el bachillerato en un centro donde le permitan trabajar unas horas para estar en la floristería Kawarazaki.

—Ay, sí. Que lo haga.

—Por cierto, fuiste a cenar con Rika al restaurante Mifune, ¿verdad? ¿Te contó algo malo de mí?

—En absoluto. Cuando vio su obra de ikebana, dijo que era admirable que, con más de sesenta años, lejos de decaer, fuese capaz de crear obras así de impresionantes.

—¡Anda! ¿En serio? Ayer me estuve escribiendo con ella por Facebook, pero no me comentó nada.

—Entonces, ¿vio el vídeo que colgó? Ese en el que vuela por encima del mar.

—Sí, sí que lo vi. Le gusta presumir de las cosas que se le dan bien. No ha cambiado ni una pizca.

«No ha cambiado ni una pizca», repitió Kikuko en su cabeza. Era lo que le gustaría decir de Mizuho dentro de cuarenta años.

En ese momento, vio la sombra de alguien enfrente de la tienda: era Ifukube. Se preguntó si aquello sería de nuevo obra del profesor Mori, aunque pensó que no tenía sentido. Era evidente que había ido por iniciativa propia.

—Disculpe, pero ha llegado un cliente y tengo que dejarla —se despidió Kikuko, y se apresuró a colgar el teléfono justo cuando Ifukube entraba en la tienda.

—Hola.

—Ho... Hola. Muchas gracias por lo de ayer.

—Tranquila. Fue un placer ayudarte. Otro día, vuelve a dejar que te eche una mano —respondió Ifukube con el rostro tenso, algo que a Kikuko no le pasó desapercibido.

—¿Qué flor quieres hoy?

—Claveles, por favor. Rojos.

«¿Cómo?», se preguntó Kikuko, sorprendida.

—Ya has enviado un arreglo de claveles para el Día de la Madre a través de Hana Tenshi. ¿Se te ha olvidado?

—Lo sé, esta mañana he recibido un mensaje suyo dándome las gracias.

—En ese caso, supongo que los claveles de hoy son para llevártelos a casa, ¿no?

—Pues no —negó con excesivo énfasis.

—Entonces, ¿son para alguien?

—Sí, son para ti.

—¿Para mí? ¿Por qué?

—Me he enterado por la cuenta de Twitter de la floristería de que el significado de los claveles cambia según el color. Y el de los claveles rojos...

En ese instante, sonó el teléfono de la pared, como si quisiera interrumpir lo que estaba diciendo Ifukube.

—Perdón —se disculpó Kikuko mientras descolgaba el teléfono—. Floristería Kawarazaki, dígame.

—Soy Yuki, de Choshunka. ¿Está Kimina?

—Soy yo.

—Ki... Kimina —repitió Yuki con la voz quebrada, dominada por la emoción—. Me han llamado de la sede central para decirme que ya ha salido el resultado del concurso del otro día.

El clavel rojo tenía varios significados: amor hacia una madre, amor puro y...

Amor verdadero.

ACERCA DEL AUTOR

Yukihisa Yamamoto es un autor japonés conocido por su delicadeza narrativa, sus ambientaciones detalladas y su enfoque emocional. Con varios libros publicados en Japón, ha logrado conectar con un amplio público lector ávido de historias cálidas y humanas.

Esperamos que hayas disfrutado de *La pequeña floristería en Tokio* y, si te ha gustado, nos encantaría que lo compartieras con tus amigos, familiares y todos aquellos que disfruten de un buen libro.

Te invitamos a que sigas explorando el fascinante mundo asiático con nosotros en **Neko Books**.

La pequeña floristería en Tokio
Yukihisa Yamamoto

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: 花屋さんが言うことには

© Yukihisa Yamamoto, 2022
Publicado originalmente en Japón en 2022 como HANAYASAN GA IU KOTONIWA por Poplar Publishing Co., Ltd. Los derechos de traducción al español fueron gestionados con Poplar Publishing Co., Ltd. a través de Vicki Satlow de The Agency srl.
Todos los derechos reservados.

© de la traducción, Marc Blanco Reniu
(DARUMA Serveis Lingüístics, SL), 2026

© de las ilustraciones del interior, Ana Oncina

© Editorial Planeta, S. A., 2026
NEKO BOOKS es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.nekobooks.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2026

ISBN: 978-84-10427-39-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
CAPÍTULO 1. MAGNOLIA
CAPÍTULO 2. GIRASOL
CAPÍTULO 3. CRISANTEMO
CAPÍTULO 4. ROSA DE NAVIDAD
CAPÍTULO 5. MIMOSA
CAPÍTULO 6. FLOR DE CEREZO
CAPÍTULO 7. LIRIO DE LOS VALLES
CAPÍTULO 8. CLAVEL
ACERCA DEL AUTOR
Créditos